

DAVID RICARDO

PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y TRIBUTACION

Principios de economía política y tributación constituyen el núcleo central de la obra de David Ricardo (1772-1823), pues en sus páginas estudia sistemática y ordenadamente los diversos temas que integran la Economía Política. Su importancia fue reconocida desde el primer momento; reeditada dos veces en vida del autor, en 1819 y en 1821, desde su aparición suscitó numerosos comentarios en su país y en el extranjero. Sus análisis del valor, de la renta, de la oferta y la demanda, de la mano de obra, del comercio exterior, en suma, de los capítulos que integran la Economía Política clásica, han sido considerados desde entonces no sólo como un tamiz de todo conocimiento previo sino como culminación teórica de una época entera de la historia económica. El brillante grupo de economistas que integraba su círculo — Malthus, Mill, McCulloch, Torrens, Tooke y Trower figuran entre los sobresalientes — a veces discrepa de sus opiniones pero siempre lo reconoce como su portavoz y lo alienta a poner por escrito su pensamiento; así nacen, partiendo de un *Ensayo* inicial que tiene por objeto estudiar la influencia del bajo precio de los cereales sobre las utilidades del capital (1815), los *Principios de economía política y tributación* (1817), después de dos años de esfuerzo, meditación y dedicación constantes.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

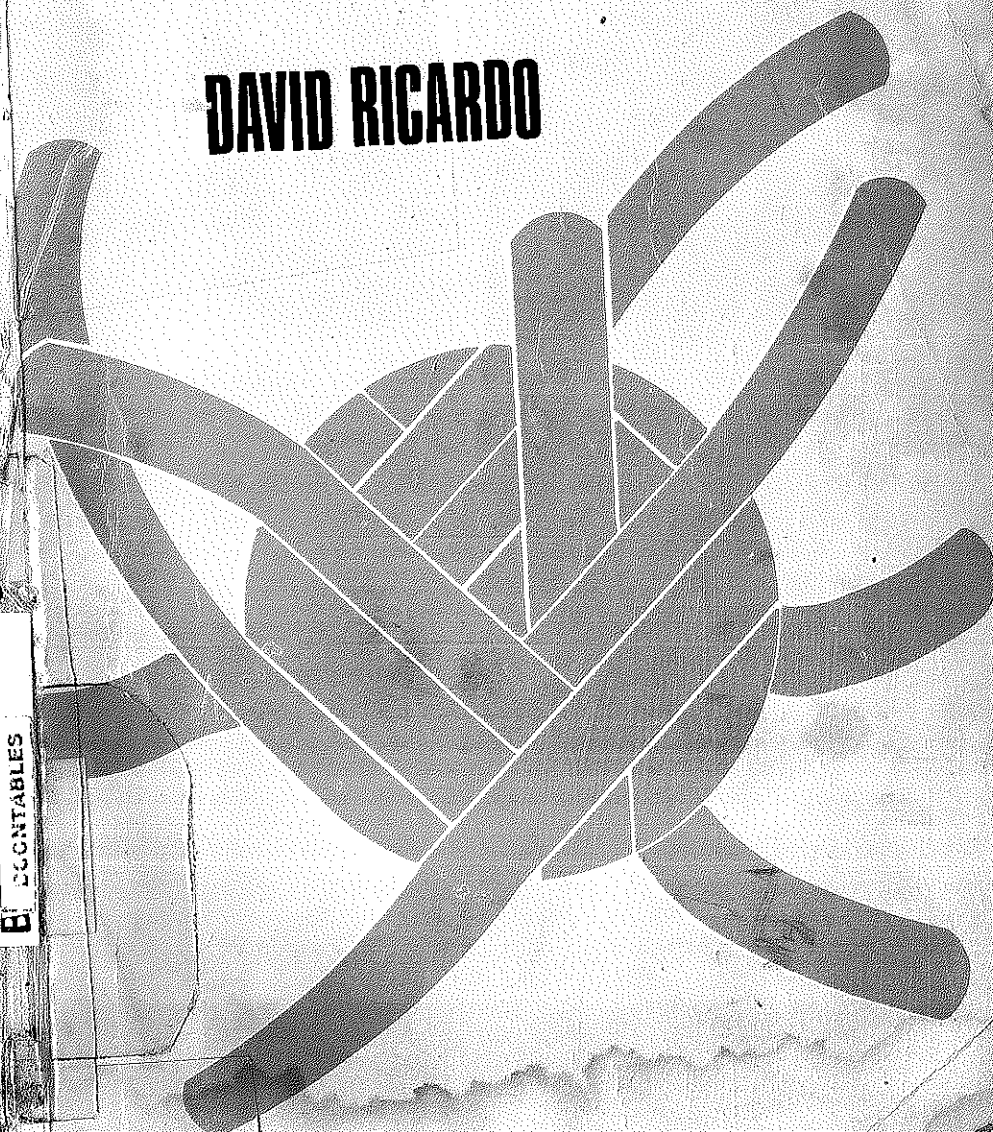
PRINCIPIOS DE ECONOMIA POLITICA Y TRIBUTACION



DAVID RICARDO

336.2 R488

EL ECONOMISTA



Primera edición en inglés, 1950
Primera edición en español, 1959
Primera reimpresión, 1973
Segunda reimpresión, 1973

UNIVERSIDAD DEL CAUCA
Departamento de Bibliotecas

No. _____
Fecha 12 JUL 1988 Vol. _____
TÍTULO: PRINCIPIOS DE ECONOMÍA POLÍTICA
AZZ: 080-4-(03-06-88) DOC: 23 ITN: 137
PRECIO: \$ 1,004.12 EJEMP: 1
INVENTARIO: 72,738 VOL: TONO:

AZZ 080-4(137) 6-111-88

27412-1001

Traducción de
JUAN BROU B.,
NELLY WOLFF
y JULIO ESTRADA M.

Revisión de
MANUEL SÁNCHEZ SARTO

Título original:
The Works and Correspondence of David Ricardo (Edición
preparada por Piero Sraffa), Vol. I: *On the Principles of
Political Economy and Taxation*.
© 1950 Cambridge University Press, Londres

D. R. © 1959 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

Impreso en México

PRÓLOGO GENERAL

336.2
R488
e. CUANDO, en 1899, se publicaron las *Letters to Trower*, de Ricardo (última de tres colecciones análogas), los editores de dicho volumen hicieron en su introducción la siguiente advertencia: "Subsisten aún dos *desiderata* apreciables —la evidencia literaria de su larga e íntima amistad con James Mill y las importantes *Notas a Malthus*." Concluyeron que un conocimiento más amplio de Ricardo tendría que demorarse "hasta que un accidente afortunado o una búsqueda más fructífera" dieran a luz dichos documentos. En el tiempo transcurrido de entonces a acá se encontraron y publicaron las *Notas a Malthus*; la última laguna de importancia desaparece ahora con el descubrimiento de la correspondencia cruzada entre Ricardo y James Mill, que en esta serie publicamos por vez primera.

Además, se encontraron finalmente las cartas de Malthus a Ricardo, que también reproducimos por primera vez en la presente edición. Refiriéndose a dicha correspondencia, que se suponía perdida para siempre, el profesor Foxwell escribió en 1907 (cuando publicó en el *Economic Journal* la única carta que entonces existía): "La pérdida de la contribución de Malthus a esta literatura puede equipararse a otro desastre literario, la destrucción de los comentarios de David Hume a la *Riqueza de las Naciones*."

El caso de Ricardo es, quizás, el único en la historia de la literatura económica en que los documentos, cartas y discursos de un pensador tienen una unidad temática tal, que permite su reproducción integral sin mermar su interés para el economista, a pesar de que sus obras y correspondencia se conservan casi en su integridad. La publicación total de este material implica inevitablemente ciertas repeticiones. Sin embargo, la presentación de las mismas doctrinas en etapas sucesivas de su desarrollo, en varios contextos dirigidos a distintas audiencias, tiene ventajas evidentes. Como la mayor parte de los escritos de Ricardo constituyen discusiones con personajes contemporáneos suyos, es indispensable incluir gran parte de su epistolario; así como extractos de escritos y discursos.

Gran parte del material nuevo de la presente edición puede encontrarse en los cuatro tomos de Cartas (vols. VI-IX). Además de su correspondencia con Mill y de las cartas de Malthus y de otros corresponsales, dichos volúmenes incluyen otras varias cartas inéditas de Ricardo. En conjunto, más de la mitad de sus (555) cartas no habían sido publicadas antes. Varios artículos y notas nuevos se reproducen en los volúmenes de Folletos y Artículos (vols. III-IV); de éstos, probablemente el que más atraerá la atención es el trabajo inconcluso sobre "valor absoluto y valor en cambio" al que Ricardo dedicó las últimas semanas de su vida. Sus discursos en la Cámara de los Comunes, dispersos en los once tomos de *Hansard*, se compilaron en el vol. V, que contiene, además, sus discursos pronunciados en otras ocasiones, y sus testimonios en Comités parlamentarios. Las *Notas a Malthus*, en el vol. II, van acompañadas del texto correspondiente de Malthus. En cuanto a los *Principios*, reproducidos en el vol. I, las variantes de las distintas ediciones se señalan en notas y se analizan en la Introducción. En general, las introducciones o notas editoriales antepuestas a las obras de Ricardo se limitan a reseñar la causa inmediata que dio origen a dichas obras, y las circunstancias bajo las cuales se redactaron.

En 1930, cuando se inició la búsqueda de manuscritos inéditos para la elaboración de la presente edición, el Sr. Frank Ricardo descubrió una caja grande

con el rótulo de "Documentos del finado D. Ricardo, Esq. M. P.", en Bromesberrow, cerca de Ledbury, antigua residencia de Osman, primogénito de Ricardo. Esta caja, que permaneció intacta durante casi un siglo, resultó contener prácticamente todas las cartas de interés permanente recibidas por Ricardo, así como esbozos y otros papeles de su propiedad. Dicho hallazgo es la mayor fuente homogénea de material nuevo, y constituye gran parte de los "Papeles de Ricardo" (abreviado P. R.) a los que se hace referencia en la presente edición. Un legajo de papeles similares, separados del cuerpo principal, había sido encontrado anteriormente por el Sr. Frank Ricardo; el profesor J. H. Hollander estaba publicándolos mientras se preparaba la presente edición; por dicha razón fue posible incluirlos todos. Posteriormente se localizaron otros manuscritos, entre ellos grupos más pequeños de cartas dirigidas a John Murray, a Francis Horner y a J. B. Say.

Como resultado de ello, pudo disponerse de todas las series de cartas de Ricardo a sus principales corresponsales, y las que éstos le dirigieron, con excepción de sus cartas a James Mill. Precisamente estas últimas eran las únicas que podía esperarse localizar ya que se suponía que John Stuart Mill las había heredado. Teníamos, por otra parte, la inquietante declaración de Bain, en el prólogo de su biografía de James Mill (1882), señalando que "varias colecciones de cartas interesantes habían sido destruidas". Más aún: a pesar de que los documentos de John Stuart Mill se dispersaron cuando fueron vendidos en remate en 1922, incluían un paquete conteniendo cartas dirigidas a James Mill, ninguna de ellas procedía de Ricardo, según pudo comprobarse gracias a las investigaciones realizadas entre los compradores. Años de encuesta sistemática entre los numerosos descendientes de Mill y sus albaceas y amigos, en todas partes del mundo, transcurrieron sin resultado alguno; parecía que esta edición tendría que publicarse llenando tan sólo la mitad del vacío existente.

Posteriormente, en julio de 1943 y de manera inesperada, el Sr. C. K. Mill encontró una caja de metal cerrada; en la casa de su suegro, el Sr. F. E. Cairnes, en Raheny, Co. Dublín; abierta la chapa por un cerrajero, lo primero que apareció fue un legajo de papel desvaído dirigido a J. S. Mill, Esq., India House, Ciudad, y rotulado "Manuscritos del Sr. David Ricardo". Como se comprobó más tarde, dicho legajo contenía la serie íntegra de cartas dirigidas a Mill, así como varios escritos nuevos de Ricardo, todos los cuales habían pertenecido a James Mill. Dichos documentos fueron puestos pronta y generosamente por sus propietarios, a disposición del editor, gracias a los buenos oficios de los profesores O'Brien y Hayek. Al informar acerca de la importancia de este hallazgo a Lord Keynes, el profesor O'Brien escribió desde Dublín: "Casi puede compararse con el descubrimiento de los manuscritos de Boswell en la caja del Castillo de Malahide. Cosa rara: dicho castillo y Raheny, donde vive el Sr. Cairnes, están próximos uno a otro."

El resto de la caja eran documentos de John Elliot Cairnes, el economista, padre del Sr. F. E. Cairnes. Es indudable que los manuscritos de Ricardo le fueron legados por su íntimo amigo John Stuart Mill, bien sea directamente o, lo que parece más probable, a través de su albacea, Miss Helen Taylor.

Con anterioridad al acontecimiento reseñado, para el verano de 1940, seis tomos de la presente edición estaban ya en pruebas de página, y el de *Discursos y Testimonios* en pruebas de galera. El descubrimiento de estos "Documentos de Mill a Ricardo" hizo necesario recomponer los tres volúmenes correspondientes a cartas (ya que estaban ordenados en forma cronológica) y su ampliación a cuatro tomos, cuando se reemprendió la tarea editorial después

de la guerra. Al mismo tiempo, las adiciones al tomo de *Folletos y Artículos* implicó su división en dos volúmenes; se espera complementar las *Obras y Correspondencia* de Ricardo con un tomo de material biográfico y bibliográfico, y con un índice general.

En 1948 el Sr. Maurice Dobb comenzó a colaborar en las tareas de la edición, en particular en lo referente a la redacción de las Introducciones a los vols. I, II, V y VI.

El hecho de que haya transcurrido tanto tiempo desde que se empezó a trabajar en esta edición ocasionó ciertas anomalías en las referencias editoriales. Estas son apreciables, en particular, en el caso de referencias a personas que murieron en el interin. Además, en algunas ocasiones, ciertos manuscritos que se señalan como pertenecientes a un solo propietario han sido transferidos a las colecciones públicas (y otros tal vez seguirán ese camino antes de que salga la presente edición). Esperamos que en el décimo tomo se pueda actualizar este tipo de información.

Sería imposible dar a conocer en este prólogo todas las cooperaciones recibidas en la preparación de la presente edición. La ayuda que disfrutamos en relación con ciertos puntos particulares se menciona en el correspondiente lugar del contexto, y el agradecimiento aquí expresado se limita a aquellas personas con las que se contrajeron mayores obligaciones o cuya ayuda se extendió a lo largo de toda la obra.

La iniciativa de esta empresa se debe al finado Lord Keynes quien, al final de su vida, mostró un gran interés personal y prestó su ayuda activa en la búsqueda del material inédito, aconsejando acerca de la planeación y anotación de los volúmenes. Su sucesor como Secretario de la Royal Economic Society, el profesor Austin Robinson, ha continuado la obra de su antecesor para el progreso de la edición. Fuerza es reconocer la deuda especial contraída con ambos, así como con el Consejo de la Sociedad, por su paciencia frente a las demoras e interrupciones que surgieron al editar estos volúmenes.

Agradecemos en primer término al finado Tte. Cor. H. G. Ricardo y al Sr. Frank Ricardo su generosa cooperación y su autorización para publicar los escritos de su antepasado; en particular al primero, por prestar libros y documentos conservados en Gatcombe, y al segundo por su fecunda búsqueda de manuscritos, por facilitar los que tenía en su poder y por las molestias que le ocasionó conseguir otros. Se agradece también al Sr. C. K. Mill, al finado F. E. Cairnes y al Sr. Robert Malthus el préstamo de importantes colecciones de documentos de su propiedad, y por haber cedido los derechos de reproducción que les pertenecían; a Sir John Murray por facilitarnos cartas y valiosa información del archivo de su casa editorial; al finado Sir Bernard Mallet por permitirnos citar extensamente pasajes de los Diarios inéditos de John Lewis Mallet, que tenía en su poder; a Lady Langman, al Sr. M. Edgar Raoul-Duval y al profesor H. E. Butler, por permitirnos el acceso a cartas de su propiedad; a los Delegados de la Oxford University Press, a The Johns Hopkins Press y a la American Economic Association por autorizarnos a reproducir escritos de Ricardo publicados por ellos; y finalmente, por su valiosa ayuda, orientación o información, al finado Dr. James Bonar, al profesor Jacob Viner, al profesor F. A. Hayek, al profesor George O'Brien, al finado profesor Edwin Cannan, a Sir Theodore Gregory, al Sr. Nicholas Kaldor y al Dr. R. Mattioli.

Prestaron ayuda indispensable de índole general (además de la que en particular se agradece) y en distintas épocas, como asistentes editoriales, el Dr. Eduard Rosenbaum, el Dr. Karl Bode, la Sra. Barbara Lowe y, por períodos más breves, la señorita Margery Seward y la Sra. Lucy Munby.

Finalmente, el editor hace patente su agradecimiento particular a los impresores de la Cambridge University Press, por su inagotable paciencia y por su certero juicio, en los cuales hemos podido descansar a lo largo de los veinte años que esta edición permaneció "en prensa".

Trinity College
Cambridge
Diciembre de 1950

P. S.

INTRODUCCIÓN

ÍNDICE. I. La redacción de los Principios, p. xi. II. Contribución de James Mill, p. xv. III. Ordenamiento y subdivisión, p. xvii. IV. El capítulo sobre el valor en la edición 1, p. xxiv. V. Cambios principales al capítulo sobre el valor en las Eds. 2 y 3, p. xxviii. VI. La edición 2, p. xxxvii. VII. La edición 3, p. xxxix. VIII. La presente edición, p. xliv.

I. LA REDACCIÓN DE LOS PRINCIPIOS

El plan que dio origen a los *Principios de Economía Política y Tributación* tomó forma inmediatamente después de la publicación del *Essay on the Influence of a Low Price of Corn on the Profits of Stock*, en 1815. La intención original de Ricardo (a sugerencia de James Mill) consistía tan sólo en formular una versión ampliada del *Essay*. Según escribe a J. B. Say desde su residencia campestre, Gatcomb Park, en agosto de 1815: "El Sr. Mill desea que vuelva a escribirlo ampliándolo", y en seguida añade: "Temo que esta empresa exceda mis posibilidades."¹ Sin embargo, como señala Mill a Ricardo en el mismo mes, se propone no dejarlo en paz hasta que "se dedique de lleno a la economía política".² Seis semanas más tarde (en octubre 10), Mill considera la importante obra como trabajo definitivamente en marcha: "Creo que ahora está Ud. en condiciones de informarme acerca del progreso logrado en su libro. Supongo que está Ud. enfrascado en dicha tarea."³ El 29 del mismo mes, Ricardo informa a Trower su determinación de "concentrar toda la aptitud" que posee en el tema sobre el cual sus opiniones "difieren de las grandes autoridades de Adam Smith, Malthus & Cia.", o sea "los principios de la Renta, la Utilidad y los Salarios". "Para mi propia satisfacción lo intentaré ciertamente, y quizás con repetidas revisiones, que durarán uno o dos años, redactaré algo que pueda entenderse".⁴ El 9 de noviembre encontramos a Mill, en contestación a una desalentadora carta de Ricardo ("¡oh, si fuera capaz de escribir un libro!"),⁵ asumiendo la función de "maestro", y encargando a Ricardo "empezar con el primero de los tres capítulos propuestos para su obra, renta, utilidad, salarios: o sea, *renta*, sin más demora".⁶

Durante este período Ricardo se retrasó por dificultades de estilo. Más tarde se queja a Malthus: "No progreso en el difícil arte de la redacción. Creo que debo estudiarlo."⁷ La ayuda de Trower consistió en el consejo, no muy práctico, de consultar *Lectures on Rhetoric and Belles Lettres* del Dr. Blair.⁸ Mill envió, sin embargo, instrucciones detalladas para la redacción del *opus magnum*,⁹ para el 22 de diciembre espera "un anticipo del manuscrito" que creía "recibir en breve, como parte de la gran obra"; al dar ulteriores instruc-

¹ Carta de 18 de agosto de 1815, *infra*, tomo VI. Cp. la referencia de Grenfell en una carta del 19 de agosto de 1815 sobre "el trabajo que Ud. tiene con la Meditación sobre el convenio de cereales" (*infra*, tomo VI), que sin duda alguna fue una alusión a una ampliación del *Essay* (cuyo título completo se refiere al "Precio de los cereales" y a las "Restricciones a la importación").

² Carta de 23 de agosto de 1815, *infra*, tomo VI.

³ *Infra*, tomo VI.

⁴ *Infra*, tomo VI.

⁵ 24 de oct. de 1815, *ib.*

⁶ Tomo VI, *ib.*

⁷ Carta a Malthus, 7 de feb. de 1816, *infra*, tomo VII.

⁸ 26 de nov. de 1815, *infra*, tomo VI.

⁹ 19 de dic. de 1815, *ib.*

ciones con respecto al estilo literario, insiste siempre en que Ricardo considere a sus lectores "como personas legas en la materia". Mill le impuso también un "ejercicio escolar": probar, paso a paso, la proposición que él (Ricardo) formuló a menudo: "Que las mejoras en agricultura elevan las utilidades del capital, y no producen, de inmediato, otros efectos." "Estoy convencido de que será también el mejor escritor, como ya es Ud. el mejor *pensador* en economía política." ¹⁰

Es sorprendente que en esas cartas de octubre y noviembre de 1815, que ofrecen ya los principales capítulos de la obra propuesta (renta, utilidad, salarios), no se haga ninguna referencia al Valor. Este se menciona por vez primera en una carta dirigida a Mill, con fecha 30 de diciembre, como tema separado que Ricardo se proponía tratar. "Se que en breve me verá detenido por la palabra precio" escribe, "y entonces solicitaré su consejo y ayuda. Antes de que mis lectores comprendan las razones que pienso ofrecer, deben entender la teoría de la moneda y del precio".¹¹ De esa fecha en adelante el problema del Valor le preocupó en forma creciente. El 7 de febrero de 1816 escribe a Malthus: "Si lograra superar los obstáculos que me impiden ofrecer una idea clara del origen y de la ley del valor relativo o de cambio habría ganado la mitad de la batalla."¹²

En febrero de 1816 se trasladó a Londres, llevando consigo sus papeles, algunos de los cuales leyó a Mill durante su estancia en la capital.¹³ Sin embargo, en dicha ciudad no progresó su obra. "Puedo seguir divirtiéndome con mis especulaciones pero no pienso que pueda proseguirlas. Unos obstáculos casi insuperables se oponen a mi avance, y encuentro las máximas dificultades en evitar confusiones en mis asertos más sencillos."¹⁴ Un mes más tarde escribe: "He suspendido mi trabajo durante dos meses; hasta abrigo serias dudas acerca de si podré reanudarlos en la quietud y la calma del campo."¹⁵

En julio, de vuelta a Gatcomb, reanuda sus actividades; teniendo (según escribe a Mill) "pocas tentaciones para desertar de mi tarea por el placer de pasear o montar a caballo, ya que el tiempo es malo de manera casi constante"; no obstante se siente "incapaz de concentrarse".¹⁶ Empero, a pesar de que las cartas de Ricardo mantienen "el mismo tono desesperanzado,"¹⁷ para mediados de agosto Mill suponía que a la sazón debía tener "un conjunto apreciable de escritos redactados de punta a cabo acerca del tema: papeles que Mill solicitaba se le mandasen, ordenados por materia, de ser posible, con "alguna indicación del contenido de cada subdivisión", o, en caso contrario "como estén".¹⁸ A pesar de la insistencia de Mill, Ricardo demoró el envío de los manuscritos por dos meses, pretextando que debía copiarlos.¹⁹ Por fin, el 14 de octubre de 1816 remitió un proyecto extenso, abarcando el tema de los siete primeros capítulos, o sea la totalidad de los *Principios de economía política* propiamente dichos; y añadió en la carta en que anunciaba a Mill su envío, "Me dedicaré ahora al tema de la tributación".²⁰

La verdadera razón de su demora fue que había "tenido muchas dificultades con respecto al precio y al valor" (según indica a Malthus),²¹ y que (tal

¹⁰ Ib.

¹¹ Ib.

¹² *Infra*, tomo VII.

¹³ Carta de Mill de 14 de ago. de 1816,

ib.

¹⁴ Carta a Malthus, 28 de abril de 1816,

ib.

¹⁵ Carta a Malthus, 28 de mayo de 1816,

ib.

¹⁶ Carta de 8 de ago. de 1816, ib.

¹⁷ Carta de Mill de 14 de ago. de 1816,

ib.

¹⁸ Ib.

¹⁹ De Ricardo a Mill, 8 de septiembre,

y de Mill a Ricardo, 6 de octubre de 1816,

ib.

²⁰ Cf. Tomo VII.

²¹ 5 de oct. de 1816, ib.

como informó a Mill) había "experimentado vacilaciones al tratar de encontrar la ley del precio". "Recurriendo a las cifras me di cuenta de que mi primera opinión no podía ser correcta, y tuve que ponderar por dos semanas mis dificultades para saber cómo resolverlas."²² Este importante cambio estuvo evidentemente relacionado con el "extraño efecto" (sobre el que llama la atención de Mill en la misma carta) que se registra en un aumento de salarios cuando se reducen los precios de "aquellos artículos que se obtienen, principalmente, con ayuda de maquinaria y de capital fijo".²³

Una carta de Mill, del 18 de noviembre de 1816, redactada inmediatamente después de leer el manuscrito y de hacer "anotaciones marginales" para su uso particular, nos permite reconstruir el contenido de dicho escrito con la ayuda del texto de la primera edición, ya que los comentarios de Mill, con respecto a los tópicos principales, siguen el orden en que fueron tratados bajo cuatro títulos.²⁴

① "Su explicación del principio general de que el trabajo es la causa y medida del valor de cambio, salvo en los casos mencionados por Ud., es a la vez satisfactoria y clara."

② "Su exposición y argumentaciones encaminadas a demostrar, en oposición a Adam Smith, que las utilidades del capital no interfieren con esa ley, son brillantes. Igual puedo decir de la exposición y de la argumentación desarrollados para probar que la renta tampoco influye en ella."

De aquí en adelante Mill encuentra la argumentación "clara y fácil de comprender". Continúa sus comentarios al manuscrito de la manera siguiente:

③ "En la página 79 comienza Ud. la investigación referente a las causas de las alteraciones en los salarios; de ahí hasta la p. 105, creo que los temas están algo revueltos... Considero que la investigación efectuada en dichas páginas no concierne sólo a las causas del cambio en la tasa de salarios sino a todas las de variaciones en salarios, utilidades y renta, indistintamente." Sin duda alguna ésta es la parte que sufrió la mayor alteración antes de publicarse la obra; probablemente incluía el estudio de ese "extraño efecto", cuyo esclarecimiento le costó tanto tiempo y tanta reflexión a Ricardo durante el verano, y que apareció finalmente en el capítulo *Sobre el Valor*, de la primera edición. No hay duda de que Ricardo pensaba en esas páginas cuando escribía en la siguiente forma: "Son peores de lo que hubieran podido ser, ya que a medida que iba adelantando fui familiarizándome con el asunto. Buena parte de lo que he señalado al principio debería eliminarse o alterarse para concordar con las opiniones posteriores que considero más correctas."²⁵

④ Mill prosigue tratando de "la investigación referente al comercio exterior, que comienza en la página 106 y continúa hasta el final". Las proposiciones que menciona son las siguientes: "Que el comercio no eleva el valor de la propiedad de una nación: que puede ser conveniente para un país importar artículos de otra nación, en la que la producción de dichas mercaderías cueste más de lo que costaría al importador: que un cambio en la habilidad manufacturera de un país ocasiona una nueva distribución de los metales preciosos".

De las cuatro partes de este proyecto, todas, salvo la tercera, pueden identificarse con facilidad en los *Principios* en una forma que, a juzgar por la descripción de Mill, aparece casi inalterada en la primera edición.

En consecuencia, la primera parte, que contiene la explicación de la ley del

²² Carta a Mill de 14 de oct. de 1816, *infra*, tomo VII. Cp. Referencia de Trower respecto a los "dos meses" perdidos por Ricardo comprobando el error de su propia teoría,

carta de 19 de noviembre de 1816 (ib.).

²³ Ib.

²⁴ Ib.

²⁵ Carta a Mill, 14 de oct. de 1816, ib.

valor y de sus excepciones (casos raros, etc.) se encontrará a continuación, de la página 9 a la página 17.

En cuanto a la segunda parte, la exposición, discrepante de la de Adam Smith, de que la ley no resulta afectada por los pagos de utilidades ni por los pagos de renta, aparece en el pasaje de la 1ª ed., *infra*, páginas 17-8; nota 20; la argumentación íntegra dedicada a las utilidades se localiza en las páginas 17-20, (segundo párrafo) del capítulo Sobre el Valor; el referente a la renta en las páginas 51-2 (primer párrafo) del capítulo Sobre la Renta.²⁶

En relación con la cuarta parte (la investigación relativa al comercio exterior) los puntos señalados por Mill se encontrarán como sigue, y en el mismo orden: a) que el comercio exterior no aumenta el Valor, pp. 98-102 (primer párrafo); b) la teoría de los costos comparativos, p. 102-4 (tercer párrafo); c) la redistribución de metales preciosos ocasionada por un cambio en la calificación técnica de una nación, pp. 104-7 (último párrafo). Este contexto cubre más de la mitad del capítulo Sobre el Comercio Exterior de los Principios.

Por otra parte, el estudio de los salarios (de la p. 79 a la 105 del proyecto manuscrito), que Mill considera mezclado con las investigaciones relativas a las utilidades y a la renta, no tiene un equivalente exacto en la obra publicada. Es indudable que el material que contenía se amplió en forma considerable, y fue parcialmente incluido dentro del capítulo Sobre el Valor, repartiéndose el resto entre los capítulos Sobre el Precio Natural y de Mercado, Sobre los Salarios y Sobre las Utilidades.

Después de despachar el primer envío de su manuscrito y de iniciar su labor relativa a la tributación, el 17 de noviembre de 1816 Ricardo terminó y remitió a Mill la "investigación del tema referente a la tributación" (tal como Mill lo describe).²⁷ En opinión de Mill, esta parte requeriría mucho más trabajo que la primera antes de quedar lista para la imprenta: "Siguió Ud. el orden de sus propios pensamientos", y el tema necesitaría una reconsideración "para hacerlo más comprensible a sus lectores".²⁸

Hasta llegar a este punto, lo que Ricardo hizo fue (según escribió a Malthus) "más bien una exposición de sus propias opiniones que un intento de contradecir las ajenas".²⁹

Después de concluido el capítulo sobre Tributación, se dedicó "a leer de nuevo a Adam Smith, anotando todos los pasajes que favorecían o se oponían directamente a mis opiniones particulares";³⁰ volvió también a leer el *Traité d'économie politique* de Say, y el comentario de Buchanan a la *Riqueza de las Naciones*, y anotó sus propias críticas.³¹ Estas constituyeron la base del grupo de capítulos polémicos que siguen a los capítulos dedicados a la tributación. Finalmente, a fines de enero leyó de nuevo los folletos de Malthus sobre la renta y los cereales y, a principios de marzo, mientras su obra estaba en la imprenta, envió a Malthus el manuscrito de su último capítulo, que contiene sus comentarios a dichos folletos.³²

²⁶ Tanto material (la mayor parte del capítulo Sobre el Valor) fue insertado entre los dos argumentos sobre las utilidades y sobre la renta que el vínculo entre ellos se desvaneció. En realidad, en la ed. 3 se omite también el pasaje que establece esta conexión (p. 17-8, n. 20), mientras, de manera incongruente, la frase inicial del capítulo Sobre la Renta, que presupone dicho nexo ("Queda, sin embargo, por considerar"), se conserva en todas las ediciones. Cp. también p. 59, n. 18.

²⁷ Mill comenta esta parte de la obra en carta a Ricardo de 16 de dic. de 1816, *infra*, tomo VII.

²⁸ Ib.

²⁹ 3 de enero de 1817, ib.

³⁰ Carta a Mill, 17 de noviembre de 1816.

³¹ Cartas a Mill y a Malthus, fechadas el 2 de diciembre de 1816 y el 3 de enero de 1817, ib.

³² Cartas a Malthus de 24 de ene. y 9 de mar. de 1817, ib.

La impresión de los Principios comenzó a fines de febrero de 1817. Según escribió Ricardo a Malthus, la labor se inició al ritmo de una hoja diaria, y para el 9 de marzo se habían corregido once hojas, de un total de treinta y ocho.³³ El *Monthly Literary Advertiser*, del 10 de marzo, lo incluía en la lista de obras "en prensa", de Murray. El 26 de marzo, cuando Ricardo entregó al impresor la última parte de su manuscrito, se quejó de que la impresión "no seguía una marcha regular".³⁴ Sin embargo, tenía esperanzas de que para el lunes 7 de abril, fecha originariamente fijada, según parece, para su aparición en público, el libro estaría listo.³⁵ No obstante se demoró su publicación, y la fecha definitiva fue anunciada en *The Day and New Times* del miércoles 16 de abril, donde el libro fue citado por Murray en la columna titulada, "El sábado se publicará".

La fecha se confirmó en la misma publicación del día sábado 19 de abril, con el encabezamiento siguiente "Hoy se publicará", en donde se señalaba el precio, 14s. Como Trower escribió el 28 de abril a Ricardo agradeciéndole desde Godalming el envío de su libro "recibido hace unos cuantos días",³⁶ no podía haber sido enviado mucho después del 19. Por tanto podemos adoptar esa fecha (19 de abril de 1817) como la de su publicación.

II. CONTRIBUCIÓN DE JAMES MILL

En su *Autobiografía* dice John Stuart Mill que los Principios de Ricardo "no habrían sido publicados ni escritos nunca, de no haber sido por el aliento solícito y constante de mi padre; porque Ricardo, el más modesto de los hombres, a pesar de estar firmemente convencido de la veracidad de sus doctrinas, se sentía tan poco capaz de plantearlas y expresarlas claramente, que rehuía toda idea de publicidad".³⁷ De modo similar, el obituario, probablemente redactado por el hermano de Ricardo, afirma que era "muy renuente, primero a escribir y, después, a publicar esa obra; sólo se decidió a ello después de los constantes requerimientos de sus más íntimos amigos, particularmente por la influencia del Sr. Mill".³⁸ Si tales manifestaciones se toman en cuenta para evaluar la influencia del estímulo y del aliento que James Mill brindó a Ricardo, quedan plenamente confirmadas por la correspondencia cruzada entre ambos personajes.³⁹ Pueden prestarse, sin embargo, a falsas interpretaciones, ya que han dado lugar a la opinión, originariamente emitida por el profesor Dunbar, de que "el libro de Ricardo no fue escrito para el público, sino más bien como una exposición de puntos de vista con propósitos personales, y que su publicación se debió a la influencia posterior de sus amigos".⁴⁰ Esta creencia se difundió ampliamente después de ser aceptada por Marshall.⁴¹ La

³³ Carta a Malthus, 9 de mar. de 1817, ib.

³⁴ Carta a Malthus, 26 de mar. de 1817, ib.

³⁵ Carta a Trower, 30 de mar. de 1817, ib.

³⁶ Cf. Tomo VII, ib.

³⁷ *Autobiography*, 1873, p. 27.

³⁸ *Annual Biography and Obituary*, for the Year 1824, p. 374. McCulloch hace una declaración similar, probablemente derivada de la anterior, en las numerosas versiones de su *Life and Writings of Mr. Ricardo* (omitiendo en las últimas cualquier referencia a Mill).

³⁹ Sus obligaciones al respecto con Mill están resumidas por Ricardo en una carta de 2 de diciembre de 1816: "Si tengo éxito en

mi empresa se deberá principalmente a Ud., sin cuyo aliento no creo que hubiera podido seguir adelante, y es a Ud. a quien acudo en busca de una ayuda de extrema importancia: la ordenación de distintas partes, y la supresión de lo que puede ser superfluo". (*Infra*, tomo VII.)

⁴⁰ C. F. Dunbar, "Ricardo's Use of Facts", en *Quarterly Journal of Economics*, julio 1887, vol. I, p. 475.

⁴¹ "Con dificultad fue inducido a publicarlo; y si al escribirlo tenía en mente algunos lectores, fueron principalmente aquellos estadistas y hombres de negocios con quien se asoció. Por tanto omitió, de propósito, muchas

correspondencia entre Ricardo y Mill comprueba lo infundado de tal aseveración, y que desde un principio Ricardo pensó en la publicación de su obra a pesar que, de vez en cuando, lo asaltaban ciertas dudas acerca de su aptitud para lograr la meta propuesta (según demuestran varios pasajes antes citados). A continuación citaremos una declaración típica de Ricardo, que formuló en una carta enviada a Mill, en noviembre de 1816, cuando estaba ya redactada la mitad de su obra: "Tengo un ferviente deseo de producir algo que merezca publicarse, pero temo que esta empresa exceda mis posibilidades."⁴²

Al mismo tiempo, es evidente que la contribución de Mill a la elaboración de los *Principios* fue menor de lo que parecen indicar sus promesas y estímulos. En lo que respecta a la teoría, su influencia fue imperceptible; había estado desconectado de la Economía Política durante algún tiempo⁴³ y sus cartas a Ricardo contienen tan sólo leves referencias a cuestiones teóricas. Las cartas que Mill le dirigió en este período están llenas de innumerables consejos referentes al "arte de expresar sus pensamientos, de manera que sea más fácil su comprensión."⁴⁴ Pero, a pesar de sus repetidas aseveraciones de que procuraría estudiar el orden y acomodo de los temas ("si Ud. me confía su revisión")⁴⁵ más bien parece que, en lo más importante, la secuencia de los temas se mantuvo tal como Ricardo la había ideado originalmente. Sin embargo, en detalles específicos probablemente Mill contribuyó bastante. Aquí y allá una frase inconfundiblemente característica de Mill (tal como "Es una verdad que no admite duda"⁴⁶, "la naturaleza del mal señala el remedio"⁴⁷ o, "nadie, a no ser quien tenga prejuicios, ignora sus verdaderos principios")⁴⁸ es prueba de su participación. También puede reconocerse su pulcro estilo en el prólogo⁴⁹ y en el largo pasaje relativo a la "tendencia perniciosa" de las leyes de pobres.⁵⁰

Entre las tareas más humildes de Mill figura quizá la compilación del Índice, similar, por el método y la claridad de expresión, al Índice de su *History of British India*, publicada más tarde, en 1817. Es notorio que varios conceptos revelan incomprensión del texto, o presentan radicales cambios de énfasis que no parecen ser debidos al autor del libro.⁵¹ Gran parte de los críticos contemporáneos de Ricardo aprovecharon el contraste entre el estilo del texto y el del Índice en detrimento del primero. Así, uno de ellos dice que Ricardo "se atuvo a una corrección que salvara sus deficiencias en el Índice, claro y minucioso".⁵² Otro, Samuel Bailey, dice: "En la obra del Sr. Ricardo, la úni-

cosas esenciales para la plenitud lógica de su argumento, que se considerarían obvias." A. Marshall, *Principles of Economics*, apéndice a la "Teoría del Valor" de Ricardo 8ª ed., p. 813 y cp. p. 761.

⁴² *Infra*, tomo VII.

⁴³ Carta a Ricardo de 9 de nov. de 1815, *infra*, tomo VI.

⁴⁴ *Ib.*

⁴⁵ *Ib.*

⁴⁶ *Infra*, p. 81. El uso obsoleto de la negativa es una peculiaridad de Mill, según señala Bain (James Mill, p. 426). Hay otro pasaje en que aparece (*infra*, p. 48: "si los salarios no comparten...") y demuestra por lo menos otros indicios de una revisión por Mill.

⁴⁷ *Infra*, p. 81.

⁴⁸ *Ib.* p. 263.

⁴⁹ Simon N. Patten ha señalado que los tres primeros párrafos del Preámbulo tienen el "tono y estilo" de Mill: "The Interpretation

of Ricardo", en *Quarterly Journal of Economics*, abril 1893, vol. VII, p. 338.

⁵⁰ *Infra*, pp. 80-3.

⁵¹ Cp. por ejemplo, los siguientes conceptos con los pasajes a que se refieren: "población, incremento de, no es causa del alza de la renta, 306.7". "Trabajo, teoría de Adam Smith sobre el trabajo productivo y el improductivo, consideraciones, 57-8, notas". "Valor, efectos del pago de renta sobre el valor, 48-9, 51". "Smith, crítica severa a su doctrina relativa a que el trabajo es el único o último patrón del valor en cambio de las mercancías, 13, 14, 16.7, nota, 310.1". Lo mismo se aplica a las adiciones al Índice en la ed. 3; por ejemplo, en "impuestos", concepto en el que se señala que un impuesto sobre la renta "desanima el cultivo, 131-2". (Las referencias se han ajustado a la presente edición.)

⁵² "Ricardo on Political Economy", en *Monthly Review*, diciembre de 1820, p. 416.

ca parte donde he podido encontrar debidamente especificada la regla general, es el Índice. En éste, dice: 'la cantidad de trabajo requerida para obtener los productos es la fuente principal de su valor en cambio'."⁵³

La traducción exacta, aunque libre, de los pasajes citados de Say, se debe también, con toda probabilidad, a Mill, quien aconsejó que la cita del texto no se hiciera en francés.⁵⁴

ORDENAMIENTO Y SUBDIVISIÓN

Por consiguiente, la promesa de Mill, consistente en que atendería al debido ordenamiento de los pensamientos asentados por Ricardo en su manuscrito, parece no haber sido cumplida. De cualquier manera, el resultado no acredita gran cosa la pasión de Mill por el sistema; los ostensibles defectos de la ordenación de la obra fueron señalados, en diversas ocasiones, por los críticos de Ricardo.⁵⁵

El ordenamiento en cuestión fue el resultado directo del método seguido por Ricardo a medida que redactaba su obra. Como lo demuestran sus cartas, procedió a escribir según la secuencia de sus propias ideas, sin otro plan que el sugerido por los encabezados: "Renta, Utilidad y Salarios". En verdad, Mill le había aconsejado "proceder, sin pérdida de tiempo... sin preocuparse del orden, de las repeticiones ni del estilo; sin otro propósito, en suma, que el de escribir sus pensamientos, sin más".⁵⁶ "Cuando tengamos terminado el conjunto, aunaremos nuestros esfuerzos para ver cómo puede clasificarse y conformarse lo mejor posible."⁵⁷ Las tres partes seleccionadas por Ricardo para formar su libro, que envió por separado a Mill, corresponden a sendos grupos a los que se vinculan naturalmente los capítulos de la obra publicada: la Economía Política, la Tributación y los capítulos finales, de naturaleza polémica. El ordenamiento hubiera estado igualmente expuesto a críticas si esa división se hubiese realizado explícitamente mediante encabezados separados. De hecho Mill esperaba, con anterioridad, que dicha división se hiciera, como lo demuestra la nota de pie de página en su *History of British India*, 1817, donde se refiere al grupo de capítulos de Ricardo correspondientes a los impuestos como "una disertación sobre los principios de la Tributación".⁵⁸ Además, en una carta dirigida a Mill, en el mismo período (diciembre de 1816, Ricardo describe

⁵³ A *Critical Dissertation on the Nature, Measures, and Causes of Value*, Londres, Hunter, 1825, pp. 213-14.

⁵⁴ Carta de Mill de 16 de dic. de 1816, *infra*, tomo VII.

⁵⁵ Algunos comentaristas, desde De Quincey a Marx, han sugerido diversas maneras para reacomodar los capítulos en un orden lógico. (Véase "Dialogues of Three Temples", Works, de De Quincey, ed. Masson, vol. IX, p. 53, y *Theorien über den Mehrwert*, de Marx, vol. II, I, pp. 5-6. Respecto a otros intentos, véase de J. H. Hollander, *David Ricardo, A Centenary Estimate*, Baltimore, 1910, página 82.)

⁵⁶ Carta de Mill, 14 de agosto de 1816, *infra*, tomo VII.

⁵⁷ Carta de Mill, 16 de diciembre de 1816, *ib.* Es interesante que únicamente en esta última etapa de la preparación del libro (diciem-

bre de 1816) Mill plantease a Ricardo la cuestión de si "se decidía por incluir en él toda la ciencia": "O se contentará Ud. con aquellas partes de la ciencia que Ud. mismo perfeccionó." (*Ib.* A lo que Ricardo contestó que le sería mucho más fácil publicar solamente aquellas partes a las que se había "dedicado en particular"; agregando que, si las recibieran en forma favorable, más tarde podría "considerar toda la ciencia".) (*Ib.*)

⁵⁸ Vol. I, p. 196, nota: "Véase A *Dissertation on the Principles of Taxation*, con mucho, lo más profundo que hasta ahora se ha dado al mundo, por David Ricardo, Esq. en su obra ("On the Principles of Political Economy and Taxation." Esta nota de pie de página fue insertada sin duda en las pruebas que Mill estaba corrigiendo cuando recibió esta parte del manuscrito de Ricardo (cp. *infra*, tomo VII).

como "apéndice" esta parte del libro que contiene la mayor parte de sus críticas a Adam Smith.⁵⁹

Sin embargo, dentro de las dos primeras partes, el ordenamiento de los capítulos coincide claramente con el de los temas de la *Riqueza de las Naciones*, según demuestra la comparación de los títulos de capítulos (véase cuadro de la página siguiente).

La única discrepancia notoria corresponde al lugar ocupado por la Renta, alteración obligada por la necesidad que Ricardo sintió de "terminar con la renta" (según sus propias palabras), con objeto de simplificar el problema de la distribución entre el capitalista y el trabajador.⁶⁰ En consecuencia, contrariamente a Adam Smith, consideró la Renta inmediatamente después del Valor, y antes de los Salarios y las Utilidades.

Lo mismo puede decirse de la Tributación (véase cuadro en esta página). Este grupo de capítulos referentes a la Tributación precede al Capítulo XVII

Tributación

Adam Smith, Libro V, Cap. II, Parte II

De los Impuestos

Art. I Impuestos sobre la Renta
Impuestos sobre la Renta de la Tierra

Impuestos que no guardan proporción con la Renta sino con el Producto de la Tierra

Impuestos sobre la Renta de las casas

Art. II Impuestos sobre el beneficio o sobre las Utilidades procedentes del Capital

Impuestos sobre el beneficio de ciertos negocios Particulares

Art. III Impuestos sobre los Salarios del trabajo

Art. IV Impuestos ... sobre cualquier especie de renta

Impuestos de capitación

Impuestos sobre artículos de Consumo

Ricardo, Ed. I

Cap. VII. Sobre impuestos

Cap. VIII. Impuestos sobre Materias Primas

Cap. VIII.* Impuestos sobre la Renta

Cap. IX. Diezmos

Cap. X. Impuestos sobre la Tierra

Cap. XII. Impuestos sobre Inmuebles

Cap. XIII. Impuestos sobre Utilidades

Cap. XIV. Impuestos sobre Salarios

Cap. XV. Impuestos sobre Bienes otros que Materias Primas

Cap. XVI. Impuestos de pobres

⁵⁹ *Infra*, tomo VII.

⁶⁰ Carta a McCulloch, 13 de junio de 1820, *infra*, tomo VIII.

Sobre los cambios repentinos en los canales comerciales (correspondiente al XIX de la 3ª ed.), su posición está determinada por haber surgido inmediatamente después del tema referente a la Transferencia de capital de un empleo a otro, discutido al final del capítulo sobre el Impuesto de pobres.⁶¹ El tercero y último grupo consta de los capítulos dedicados al comentario de las diversas doctrinas de Adam Smith y de otros autores, formando "el apéndice" o una serie de digresiones críticas poco vinculadas entre sí.

Economía Política

Adam Smith, Libro I

Ricardo, ed. I

Cap. v. Del Precio real y nominal de las mercancías

Cap. vi. Sobre los elementos componentes del precio de las mercancías

Cap. vii. Sobre el Precio natural y del precio de mercado de los bienes

Cap. viii. De los Salarios del trabajo

Cap. ix. De los beneficios del Capital

Cap. x. De los salarios y beneficios en los diferentes Empleos del trabajo y del capital †

Cap. xi. De la Renta de la Tierra

Cap. I. Sobre el Valor

Cap. II. Sobre la Renta

Cap. III. Sobre la Renta de las Minas

Cap. IV. Sobre el precio natural y el precio de mercado

Cap. V. Sobre los Salarios

Cap. V.* Sobre las Utilidades

Cap. VI. Sobre el Comercio Exterior

† Ricardo trató este tema en el Capítulo sobre el Valor, en los cinco párrafos que más tarde formaron la Sección II del mismo capítulo; *infra*, pp. 16-7.

Se pensó en la subdivisión sólo después de concluida la redacción de toda la obra. El 16 de diciembre de 1816, después de recibir el manuscrito de la Economía Política y la Tributación, Mill preguntó "y cómo los ordenaría Ud. en Capítulos y Secciones? Piense en ello; y cuando lo haya hecho envíeme una lista al respecto".⁶² A lo que Ricardo contestó: "En cuanto a la división en capítulos y secciones, temo mucho ser parcial."⁶³

Por tanto, el proceso de fraccionamiento de la obra en capítulos comenzó después de concluirse su redacción; en realidad, se efectuó mientras el manuscrito estaba en prensa, y el último corte se realizó una vez impreso el libro.

⁶¹ Otra cuestión que surge inmediatamente de este tema (y también carece de una conexión obvia con los impuestos de pobres) es la que amplía la noción de la Renta para incluir el ingreso de aquellos capitales que no pueden ser retirados de la tierra. Ello fue el tema de

una extensa nota de pie de página insertada al final del capítulo referente a los impuestos de pobres.

⁶² Carta de Mill de 16 de dic. de 1816, *infra*, tomo VII.

⁶³ Carta de 20 de dic. de 1816, *ib.*

CHAPTER IV.

ON NATURAL AND MARKET PRICE.

In making labour the foundation of the value of commodities, and the comparative quantity of labour which is necessary to their production, the rule which determines the respective quantities of goods which shall be given in exchange for each other, we must not be supposed to deny the accidental and temporary deviations of the actual or market price of commodities from this, their primary and natural price.

In the ordinary course of events, there is no commodity which continues for any length of time to be supplied precisely in that degree of abundance, which the wants and wishes of mankind require, and therefore

[p. 82]

89

then of the exchangeable value of commodities, or the power of purchasing possessed by any one commodity. I mean always that power which it would possess, if not disturbed by any temporary or accidental cause, and which is its natural price.

[p. 89]

CHAPTER V.

ON PROFITS.

The profits of stock in different employments, having been shewn to bear a proportion to each other, and to have a tendency to vary all in the same degree and in the same direction, it remains for us to consider what is the cause of the permanent variations in the rate of profit, and the consequent permanent alterations in the rate of interest.

We have seen that the price* of corn is regulated by the quantity of labour necessary to produce it, with that portion of capital which pays no rent. We have seen too that all manufactured commodities rise and fall

* The reader is desired to bear in mind, that for the purpose of making the subject more clear, I consider money to be invariable in value, and therefore every variation of price to be referable to an alteration in the value of the commodity.

[p. 116]

CHAPTER V.

ON WAGES.

LABOUR, like all other things which are purchased and sold, and which may be increased or diminished in quantity, has its natural and its market price. The natural price of labour is that price which is necessary to enable the labourers, one with another, to subsist and to perpetuate their race, without either increase or diminution.

The power of the labourer to support himself, and the family which may be necessary to keep up the number of labourers, does not depend on the quantity of money, which he may receive for wages; but on the quantity of food, necessities, and conveniences become essential to him from habit, which that money will purchase. The natural price of labour, therefore, depends on the price of the food, necessities, and conveniences required

[p. 90]

Como pronto veremos, ello explica la enigmática anomalía de la ed. I, o sea la doble numeración de los capítulos que, según parece, se debe a ese motivo, y no, como sería natural suponer,⁶⁴ a la inserción de nuevos temas. De esa doble numeración existen dos ejemplos.

El primero corresponde a los capítulos Sobre los salarios y Sobre las utilidades; ambos llevan como título "Capítulo V". Sin embargo, en el índice general, mientras el primero se numera "V", el último aparece como "V*". Es poco probable que dicha duplicación existiera en el manuscrito enviado al impresor, ya que Ricardo redactó (siguiendo las instrucciones de Mill) una lista de sus capítulos, y en ella la duplicación difícilmente podía pasar inadvertida. Por tanto, es lógico suponer que los temas del actual Capítulo IV Sobre el precio natural y el Precio de Mercado, y del Capítulo V, Sobre los salarios, formaban, en el manuscrito, un solo Capítulo IV (probablemente titulado "Sobre Salarios") que fue subdividido más tarde, alterando el título del Capítulo IV, e introduciendo una nueva división del Capítulo V (Sobre Salarios) durante la revisión de las pruebas. El íntimo nexo entre esos dos capítulos (que en la primera versión enviada a Mill sin duda figurarían entre los temas "revueltos") es evidente, en vista de la continuidad de la argumentación que principia en el capítulo Sobre los salarios (y sigue, en varias páginas) en términos referentes al precio natural y al precio de mercado de la mano de obra. Además, la aserción al final del Capítulo III (*infra*, p. 66) donde anuncia su propósito de seguir suponiendo un valor invariable del oro "en el próximo capítulo", debe haber sido redactada cuando los dos capítulos estaban sin dividir, ya que dicha suposición se relaciona únicamente con el tema Sobre los salarios, que más tarde sería el Capítulo V. Además, es una peculiaridad tipográfica de la edición I, original, que el texto de la última página del primero de estos dos capítulos y el de la primera página del segundo (o sean, las pp. 89 y 90 de la ed. I) forman exactamente una plana entera si se imprimen juntas (véase facsímil). Si suponemos que ambas estaban juntas en la primera prueba, el impresor bien pudo efectuar la subdivisión sin alterar para nada la formación tipográfica de las páginas posteriores,⁶⁵ con sólo tolerar que la primera página del capítulo Sobre los salarios quedara 2 ó 3 líneas más larga (así sucedió en realidad) de lo que sería la página inicial de un capítulo normal. Como Ricardo recibía una hoja de pruebas al día,⁶⁶ era imposible que de inmediato pudiera revisar la numeración de los capítulos posteriores y, siendo lógico que las devolvía sin demora, nunca tuvo simultáneamente en su poder los capítulos entonces correspondientes al numeral V. Por consiguiente, la duplicación fue descubierta cuando se elaboró el índice general, y una vez terminada la impresión de la obra.

La explicación de la segunda duplicación se basa en una prueba de mayor peso; en efecto, por analogía con este caso, viene a robustecerse nuestra conjetura sobre el primero, ya que de otro modo su justificación sería bien escasa. Este segundo caso se refiere a los capítulos "Impuestos sobre productos primos" e "Impuestos sobre la Renta" numerados VIII y VIII* respectivamente, puesto que el asterisco aparece tanto en el texto como en el índice general. Nuestra hipótesis es que ambos formaban, antes, un solo capítulo (numerado VIII y titulado "Impuestos sobre productos primos") que se dividió no durante la revisión de las pruebas sino más tarde, después de compilado el índice y, por

⁶⁴ Véase Edwin Cannan, Repaso a la teoría económica [ed. del F. de C. E., 1940], p. 216.

⁶⁵ Las primeras pruebas se presentaban

en páginas, no en las largas galeras que se usan actualmente.

⁶⁶ Carta a Malthus de 9 de marzo de 1817, *infra*, tomo VII.

CHAPTER VIII.

TAXES ON RAW PRODUCE.

HAVING in a former part of this work established, I hope satisfactorily, the principle, that the price of corn is regulated by the cost of its production on that land exclusively, or rather with that capital exclusively, which pays no rent, it will follow that whatever may increase the cost of production will increase the price; whatever may reduce it, will lower the price. The necessity of cultivating poorer land, or of obtaining a less return with a given additional capital on land already in cultivation, will inevitably raise the exchangeable value of raw produce. The discovery of machinery, which will enable the cultivator to obtain his corn at a less cost of production, will necessarily lower its exchangeable value. Any tax which may be

[p. 194]

CHAPTER VIII.*

TAXES ON RENT.

A TAX on rent would affect rent only; it would fall wholly on landlords, and could not be shifted to any class of consumers. The landlord could not raise his rent, because he would leave unaltered the difference between the produce obtained from the least productive land in cultivation, and that obtained from land of every other quality. Three sorts of land, No. 1, 2, and 3, are in cultivation, and yield respectively with the same labour 180, 170, and 160 quarters of wheat; but No. 3 pays no rent, and is therefore untaxed: the rent then of No. 2 cannot be made to exceed the value of ten, nor No. 1, of twenty quarters. Such a tax could not raise the price of raw produce, because as the cultivator of No. 3 pays neither rent nor tax, he would in no way be enabled to raise the price of the commodity produced. A tax on rent would not discourage the cultivation of fresh land, for such land pays no rent, and

[p. 221]

220

only be of the value of a yard and a quarter, or it might be of the value of a yard and three quarters, and therefore rather a different direction might be given to foreign trade. All these inconveniences would not interfere with the value of the exports and imports; they would only prevent the very best distribution of the capital of the whole world, which is never so well regulated, as when every commodity is freely allowed to settle at its natural price.

Although then the rise in the price of most of our own commodities, would for a time check exportation generally, and might permanently prevent the exportation of a few commodities, it could not materially interfere with foreign trade, and would not place us under any comparative disadvantage as far as regarded competition in foreign markets.

[p. 220]

224

furnishing him with the means, either in the shape of a loan, or in the purchase of an annuity for the duration of the lease. Whether distinguished or not, there is a real difference between the nature of the compensations which the landlord receives for these different objects; and it is quite certain, that a tax on the real rent of land falls wholly on the landlord, but that a tax on that remuneration which the landlord receives for the use of his stock expended on the farm, falls on the consumer of raw produce. If a tax were laid on rent, and no means of separating the remuneration now paid by the tenant to the landlord under the name of rent were adopted, the tax, as far as it regarded the rent on the buildings and other fixtures, would never fall for any length of time on the landlord, but on the consumer. The capital expended on these buildings, &c., must afford the usual profits of stock; but it would cease to afford this profit on the land last cultivated, if the expenses of those buildings, &c. did not fall on the tenant; and if they did, the tenant would then cease to make his usual profits of stock, unless he could charge them on the consumer.

[p. 224]

ende, con posterioridad a la impresión del libro: las páginas afectadas tuvieron, pues, que reimprimirse, y fueron sustituidas por el encuadernador en cada uno de los 750 ejemplares de dicha edición.⁶⁷

La existencia de esas "reposiciones", como se llaman dichos cambios, salta a la vista al examinar los ejemplares tal como fueron publicados originariamente a la rústica. Tres hojas fueron afectadas (6ª, 7ª y 8ª del pliego con la signatura o marca P), o sean seis páginas, incluyendo las dos últimas de "Impuestos sobre Productos Primos" y las cuatro páginas de "Impuestos sobre la Renta de la Tierra" (pp. 219-224 de la ed. I, correspondientes a las pp. 129-32, *infra*). Puede comprobarse a simple vista que estas tres hojas fueron encartadas para reemplazar otras más cortas, ya que sus márgenes sobresalen hasta media pulgada en ciertos ejemplares. El hecho de que los dos primeros están "conjugados" o sea unidos por el lomo, formando así una sola pieza de papel aun después de refinado el libro, comprueba definitivamente que fueron impresos por separado, pues de lo contrario no habrían formado una sola pieza las hojas 6ª y 7ª de un pliego en octavo.

La formación de un nuevo capítulo VIII * con las últimas cuatro páginas del capítulo VIII preexistente, requirió que el texto de dichas páginas fuera recorrido, ganándose así el espacio necesario para comenzar el nuevo capítulo en nueva página. La repercusión de este desplazamiento hubiera sido insignificante si la última página del capítulo estuviese vacía en parte, y por consiguiente en condiciones de absorber el texto recorrido. Parece que así fue. (Cf. facsímil. La parte que se recorrió de las pp. 220 y 221 fue transferida a la p. 224, llenándola totalmente; no bastó con esto, ya que el alto de la caja de la p. 221 final es mucho mayor que las páginas normales que abren capítulo.)

En consecuencia, nuestra hipótesis exige que la discusión de los impuestos sobre la renta, que ahora comienza en la p. 221 (*infra*, p. 131), hubiese principiado originariamente en el espacio, ahora en blanco, de la p. 220 (p. 130 de la presente edición). Eso se puede comprobar, de hecho, con la cita siguiente, que trata de la Renta y corresponde al índice, "El impuesto sobre la renta incide en su totalidad sobre el terrateniente", que corresponde a las pp. 220-224 (pp. 130-2 de la obra actual). De modo incidental, esta referencia demuestra que el índice fue compilado antes de efectuarse la división del capítulo VIII.

De manera similar se comprueba que ambos capítulos formaban uno solo, y para ello basta leer las entradas del índice en donde ambos capítulos se agrupan en un mismo concepto. En *Impuestos*, "Objeciones a la imposición del producto de la tierra, consideración y refutación de, 201-224" correspondientes a las pp. 121-32 del presente libro. Lo mismo sucede en el concepto en *Producto*.)

Por tanto, a pesar de que la primera duplicación de numeración se debió a un descuido, la segunda es, en cambio, deliberada, y podemos suponer que el descubrimiento del primer caso, ya irreparable, sugirió a Ricardo la solución del segundo, y le permitió convencer al impresor al respecto.⁶⁸

La correspondencia con Mill y la formación del libro nos permiten seguir el proceso de división de la obra en capítulos, hasta el último instante antes de su publicación. Dicha secuencia se prolongó aún más, por la subdivisión en

⁶⁷ Este es el caso en todos los ejemplares que hemos podido examinar. Sería interesante encontrar un ejemplar en el cual el encuadernador, por alguna razón, no haya llevado a cabo la reposición.

⁶⁸ El editor queda en deuda con el finado profesor Cannan, quien, previa solicitud, hizo una crítica útil acerca de los argumentos anteriores relativos a la numeración de los capítulos.

secciones del capítulo I, efectuada únicamente en la edición 2 y ampliada en la edición 3, según puede observarse en la descripción de las pp. xxxviii-xxxix, *infra*.

IV. EL CAPÍTULO SOBRE EL VALOR, EN LA EDICIÓN I

Los cambios más notorios y extensos en las ediciones sucesivas de los *Principios* afectan al primer capítulo. Para estudiarlos es indispensable efectuar un examen preliminar de la formación de la nueva teoría del valor, a través de los elementos aislados de dicha teoría, que se localizan en el *Ensayo sobre la influencia de un bajo precio de los granos en las utilidades del capital*.⁶⁹

Desde el comienzo, tanto en el *Ensayo* como en las cartas redactadas por Ricardo, en 1814 y en los comienzos de 1815, un principio básico era el de que "las utilidades del agricultor son las que regulan las utilidades de otras actividades". Malthus discrepaba de Ricardo a ese respecto, señalando que "las utilidades del agricultor no regulan las utilidades de otras industrias más de lo que éstas regulan aquéllas".⁷⁰ Después del *Ensayo* dicho principio desaparece y no vuelve a mencionarse en los *Principios*.

La base racional del principio en cuestión, referente a la función determinante de las utilidades de la agricultura, que nunca explica Ricardo en forma explícita, es que en la agricultura el mismo producto, digamos cereales, integra tanto el capital (que se concibe como compuesto por lo necesario para la subsistencia de los trabajadores) como el producto; por lo cual la determinación de la utilidad mediante la diferencia entre el producto total y el capital empleado, y también la determinación de la proporción entre dicha utilidad y el capital, se efectúan directamente entre volúmenes de cereales, sin considerar la valorización. Es evidente que sólo una industria puede pertenecer a esta categoría especial que no utiliza los productos de otras industrias, mientras todas las demás deben emplear su producto como capital. Por tanto, si debe existir una tasa de utilidad uniforme para todas las industrias, lo que debe ajustarse para rendir la misma tasa de utilidad son los valores de cambio de los productos de otras industrias, en relación con sus propios capitales (esto es, con respecto a cereales), como se ha establecido en el cultivo de este producto, ya que en tal caso ningún cambio del valor puede alterar el cociente (*ratio*) entre el producto y el capital, puesto que ambos coexisten en un mismo artículo.

Aunque Ricardo no menciona nunca este argumento en ninguno de sus artículos o de sus cartas conocidos, debe haberlo hecho en sus "artículos sobre las utilidades del capital", de marzo de 1814,⁷¹ que se han perdido, ya que Malthus se opone a Ricardo en los términos siguientes que, sin duda alguna, son eco de las declaraciones de este último: "En ningún caso de producción es el producto exactamente de la misma naturaleza que el capital empleado. Por consiguiente, nunca podemos referirnos de modo adecuado a una tasa material del producto. No son las utilidades particulares, o tasa del producto de la tierra, las que determinan las utilidades generales del capital ni el interés del dinero".⁷² La cita más relacionada con este tema la encontramos en un pasaje notable de cierta carta redactada por Ricardo, en junio de 1814: "La

⁶⁹ Generalmente citado en estos volúmenes como *Ensayo sobre las utilidades*.

⁷⁰ De Ricardo a Trower, 8 de marzo de 1814, *infra*, tomo VI. Cp. *Ensayo sobre las utilidades*, *infra*, tomo IV.

⁷¹ Cartas de Trower a Ricardo, de fecha 2 de mar. de 1814 y de Ricardo a Trower, de 8 de los mismos, *infra*, tomo VI.

⁷² Carta de 9 de agosto de 1814, *infra*, tomo VI.

tasa de utilidades y de interés debe depender de la proporción entre la producción y el consumo indispensable para obtener dicha producción.⁷³ Los ejemplos numéricos del *Ensayo* reflejan este método; y particularmente en el conocido Cuadro⁷⁴ que muestra los efectos de un incremento del capital, tanto el capital como el "producto neto" se expresan en cereales, calculando entonces el porcentaje de utilidad sin necesidad de recurrir a los precios.⁷⁵

La ventaja del método resolutivo de Ricardo consiste en que, a costa de una simplificación considerable, permite comprender cómo se determina la tasa de utilidad sin recurrir al método de reducir a un común denominador todo un conjunto heterogéneo de productos.

Sin embargo, en los *Principios*, Ricardo puede demostrar la determinación de la tasa de utilidad en una sociedad integral, adoptando una teoría general del valor, y sin preocuparse del universo microscópico formado por una rama particular de la actividad productiva. Al mismo tiempo estaba en posibilidad de abandonar la simplificación según la cual los salarios están formados únicamente por cereales, punto de vista combatido con frecuencia por Malthus, y tratarlos como si estuviesen compuestos de varios productos (incluso de artículos manufacturados), aun cuando los alimentos siguen ocupando en ellos una parte preponderante. En sustitución de los cereales, el trabajo aparece ahora, en ambos lados de la cuenta, según términos contables modernos, tanto en el insumo como en el producto: en conclusión, la tasa de utilidad ya no se determina por la proporción entre los cereales producidos y los cereales consumidos en la producción, sino conforme a la que existe entre el trabajo total del país y el requerido para producir las cosas que necesariamente se han de emplear en aquél.⁷⁶ (Pero en tanto que la teoría que sostiene que las utilidades del agricultor determinan todas las demás utilidades ya no se menciona en los *Principios*, la proposición más general de que la productividad del trabajo de la tierra libre de renta es fundamental para determinar las utilidades generales, sigue ocupando una posición preponderante.)

Varios años más tarde, se advierte una repercusión de la antigua teoría de la *ratio* de cereales (donde la distribución está separada del valor) cuando Ricardo, en un momento de desaliento, generado por las dificultades creadas por el valor, escribe a McCulloch: "Después de todo, las importantes cuestiones de renta, salarios y utilidades deben explicarse utilizando las proporciones del producto total que se reparten entre terratenientes, capitalistas y trabajadores, que no están vinculadas de manera esencial a la doctrina del valor".⁷⁷

Paralelamente a éste operó otro tema en el desarrollo del pensamiento de Ricardo. Dicho autor se adhirió en principio a la opinión, generalmente

⁷³ A Malthus, jun. 25 de 1814, *ib*.

⁷⁴ *Infra*, tomo IV.

⁷⁵ El hecho de calcular las utilidades del agricultor en términos de cereales lo señala Malthus como "la falla del cuadro del Sr. Ricardo"; pues el capital circulante no consiste sólo de cereales, sino que incluía "té, azúcar, ropa, etc., para los trabajadores"; de manera que un aumento en el precio relativo de los cereales "constituiría un excedente mucho mayor de la tierra" (cartas del 12 y el 14 de marzo de 1815, *infra*, tomo VI).

⁷⁶ Véase la declaración de que las utili-

dades dependen de la "proporción del trabajo anual del país [que se dedica] al sostenimiento de los trabajadores", *infra*, p. 36, y "la misma conclusión" en p. 96, *infra*. Cp. la referencia de Malthus al criterio de Ricardo respecto a los salarios, como "el costo en trabajo de los salarios de los trabajadores" y su relación con la tasa de utilidad, *infra*, tomo II, pp. 176-7.

⁷⁷ Carta de 13 de junio de 1820, *infra*, tomo VIII; cp. también cartas a Mill de 16 de noviembre de 1820, *ib*., y a McCulloch de 17 de enero de 1821, *ib*.

aceptada, según la cual un aumento en el precio de los cereales ocasionaría un aumento en los demás precios, debido a las repercusiones de la elevación de los precios sobre los salarios.⁷⁸ Ricardo no consideraba este punto de vista como incompatible con su teoría sobre las utilidades, mientras ésta se expresara en su forma "agrícola" primitiva. Sin embargo, el conflicto entre ambas opiniones fue tomando mayor fuerza a medida que Ricardo avanzaba en su tarea de dar una forma más general a su teoría, ya que la supuesta elevación general de los precios encubría la simple relación entre el aumento de los salarios y la disminución de las utilidades. A pesar de que en su *Ensayo sobre las utilidades* persiste todavía la forma agrícola, en una nota de pie de página Ricardo repudia el punto de vista aceptado: "Se cree generalmente que el precio de los cereales regula todos los demás precios. Esto me parece equivocado".⁷⁹ En relación con ello, hay pasajes del *Ensayo* que anuncian su teoría integral del valor, y la vinculan con la teoría de las utilidades: "El valor en cambio de todo producto aumenta al multiplicarse las dificultades de su producción. En consecuencia, si posteriormente surgen nuevas dificultades en la producción de cereales, se necesitará más trabajo para obtener una cantidad de cereales determinada, y si el trabajo necesario para obtener oro, plata, telas, etc. sigue siendo el mismo, el valor en cambio de los cereales aumentará forzosamente en relación con estos otros productos".⁸⁰ Más adelante, en el mismo *Ensayo*, señala: "Una reducción del precio de los cereales, ocasionada por mejoras en la agricultura o en la importación, reducirá únicamente el valor en cambio de los mismos sin afectar el precio de los demás productos. Por tanto, si el precio del trabajo disminuye, lo que puede ocurrir si baja el precio de los cereales, aumentarán las utilidades reales de todos los demás productos."⁸¹

Todos estos temas del *Ensayo* vuelven a ser considerados en el capítulo sobre el valor, de sus *Principios*, amén de analizarse en él otros nuevos elementos, algunos de los cuales se han considerado como los más característicos de la teoría de Ricardo, y se incorporan en una teoría sistemática del valor sobre la cual se basan las teorías de la renta, de los salarios y de las utilidades.

El punto crítico de esta transición del *Ensayo* a los *Principios* surgió a fines de 1815 cuando, habiendo iniciado la redacción de esta última obra, escribió a Mill: "Sé que en breve me veré detenido por la palabra precio" (p. xii, *supra*). Es la primera vez que confronta la necesidad de dar una solución general del problema, en vez de contentarse con resolver fragmentariamente las dificultades del precio, a medida que van surgiendo en casos específicos. Comprende de repente los diversos matices del tema: a) la distinción entre las causas que afectan al valor del dinero y las que afectan al valor de los productos; b) la suposición de la invariabilidad de los metales preciosos como normas de valor; c) la oposición al punto de vista de que el precio de los cereales regula el precio de los demás productos. Estos tres puntos están tan íntimamente vinculados en su mente que casi se identifican; son los que llama "ancla mayor sobre la cual descansan todos mis postulados".⁸²

La distinción entre ambos tipos de influencias sobre el valor (por el lado del dinero y por el lado de los bienes) se hace posible por la forma en que Ricardo trata al dinero, pues lo considera como cualquier otro bien. Por con-

⁷⁸ "Los precios de todos los bienes deben aumentar si el precio de los cereales aumenta." (Carta a Malthus, 25 de julio de 1814, *infra*, tomo VI. Véase también n. 3 sobre Bentham, *infra*, tomo III.)

⁷⁹ *Infra*, tomo IV.

⁸⁰ *Infra*, tomo IV.

⁸¹ *Ib.*

⁸² Carta a Mill de 30 de diciembre de 1815, *infra*, tomo VI.

siguiente, un cambio en los salarios no alteraría los precios de los bienes, puesto que (si la mina de oro de la cual se obtiene el dinero estuviera situada en el mismo país) un aumento de salarios afectaría igualmente al propietario de la mina de oro y a los de las demás industrias.⁸³ En consecuencia, serían las condiciones relativas de la producción de oro y de otros bienes las que determinarían los precios, y no la remuneración del trabajo.

El intento de incluir en su teoría general la tesis, por él establecida, de que un aumento de salarios no ocasiona una elevación de los precios, lo lleva inmediatamente a descubrir "el curioso efecto que el aumento de salarios produce sobre los precios de aquellos bienes que se obtienen principalmente con la ayuda de maquinaria y de capital fijo".⁸⁴ Esto produjo la conclusión triunfante de que no sólo era falso que un aumento de salarios elevaría el precio de cualquier bien (como creían "Adam Smith y todos los autores que siguieron sus pasos"),⁸⁵ sino que al contrario, ocasionaría una *disminución* de los precios de muchos bienes: como consecuencia, recalco la importancia de ello "para la ciencia de la economía política", a pesar de que concordaba bien poco "con algunas de sus doctrinas aceptadas".⁸⁶

La importancia que Ricardo llegó a otorgar al principio de que el valor de una cosa dependía de la cantidad de trabajo requerido para su producción, y no de la remuneración de dicho trabajo, refleja su convicción de que su teoría no se oponía meramente a la opinión popular del efecto de los salarios sobre los precios, sino también a otra teoría más general de Adam Smith (de que dicho efecto aparece como un caso particular): lo que Ricardo señala en su correspondencia con Mill como "error originario" de Adam Smith "con respecto al valor".⁸⁷ En pocas palabras, esta última teoría era la siguiente: "tan pronto como el capital se acumula en manos de personas determinadas" y "desde el momento en que las tierras de un país se convierten en propiedad privada", el precio de los bienes se determina mediante un proceso que consiste en *sumar* los salarios, la utilidad y la renta: "en todo pueblo civilizado las tres entran, en mayor o menor grado, en el precio de casi todos los bienes".⁸⁸ En otras palabras, "salarios, beneficio y renta son las tres fuentes originarias... de todo valor de cambio".⁸⁹ Adam Smith habla también de la variación del precio natural "según la tasa natural de cada una de sus partes componentes: salarios, beneficio y renta".⁹⁰

En el capítulo Sobre el Valor, Ricardo critica a Adam Smith por limitar la regla de que los bienes se intercambian según la cantidad de trabajo requerido para su producción, a "la situación inicial y difícil de la sociedad, que precede a la acumulación de capital y a la apropiación de la tierra"; "como si al pagar las utilidades y la renta, tuviesen alguna influencia sobre el valor relativo de los bienes, independientemente de la mera cantidad de trabajo que fue indispensable para su producción". Ahora bien, añade Ricardo, Adam Smith "no analizó nunca los efectos de la acumulación de capital, ni de la apropiación de la tierra, sobre el valor relativo".⁹¹ (Ricardo se reserva estudiar el efecto

⁸³ *Infra*, p. 41; y para el caso en que el oro tuviera que importarse (lo que sería imposible frente a un aumento de los precios de los bienes), pp. 79-80.

⁸⁴ Carta a Mill, 14 de octubre de 1816, *infra*, tomo VII.

⁸⁵ *Infra*, p. 35.

⁸⁶ *Infra*, p. 46.

⁸⁷ 2 de diciembre de 1816, *infra*, tomo VII.

⁸⁸ La riqueza de las naciones, Libro I, cap. vi, "Sobre los elementos componentes del precio de las mercancías"; ed. F. de C. E., pp. 47, 49, 50. Sin embargo, más tarde (*ib.* p. 141) esto es calificado con la observación de que la renta participa como un efecto y no como una causa del precio.

⁸⁹ *Ib.* pp. 51-52.

⁹⁰ *Ib.* p. 61.

⁹¹ *Infra*, pp. 17-8, n. 20.

de "la apropiación de la tierra" en el capítulo Sobre la Renta, y en el capítulo Sobre el Valor trata tan sólo de la acumulación del capital.) Este pasaje en donde critica a Adam Smith ha extrañado a sus lectores, ya que parece "contradecir netamente" (según señala Cannan)⁹² las posteriores secciones del capítulo.

Sólo en 1818, en una carta a Mill de que ahora disponemos por primera vez, señala Ricardo precisamente la índole de su discrepancia con la teoría de Adam Smith, aclarando así dicho pasaje de su obra.

Realiza esto comparando su propia interpretación del asunto con la de Torrens. "Según él (Torrens) Smith dice que tan pronto como el capital se ha acumulado, y los individuos activos se dedican al trabajo, la cantidad de trabajo empleada no es la única circunstancia que determina el valor de los bienes, y que yo me opongo a dicha opinión. Deseo explicar ahora que no me opongo a ella en la manera que piensa Torrens, pues según el propio pensamiento de Adam Smith, en las etapas iniciales de la sociedad todo el producto del trabajo pertenecía al trabajador, y después de acumulado el capital, una parte correspondió a las utilidades; sin tomar en cuenta los diferentes grados de duración del capital o cualquier otra circunstancia, esta acumulación *aumentó* necesariamente los precios o el valor de cambio de los bienes, y, por consiguiente, su valor ya no dependió más de la cantidad de trabajo necesario para su producción. En contraposición a ello, sostengo que el valor en cambio no varía a causa de esa división entre utilidades y salarios, ni porque el capital se acumula, sino que lo mismo ocurre en todas las etapas de la sociedad, debido tan sólo a dos causas: la mayor y menor cantidad de trabajo requerida y la mayor o menor durabilidad del capital: la primera no depende nunca de la última, sino que tan sólo puede ser modificada por ella."⁹³ La importancia de esta afirmación, con respecto a ciertos cambios en las ediciones posteriores, quedará explicada en la siguiente sección.

V. PRINCIPALES CAMBIOS DEL CAPÍTULO SOBRE EL VALOR EN LAS EDICIONES 2 Y 3

Será conveniente tratar estos cambios principales del capítulo Sobre el Valor en las ediciones 2 y 3, antes de estudiar estas ediciones en su conjunto.

Es opinión generalmente aceptada que Ricardo, en las ediciones subsecuentes de sus *Principios* se retractó constantemente, frente a la presión de sus críticos, de la teoría del valor que presentó en la primera edición. Tal fue la opinión que difundió el profesor Hollander, en su conocido artículo sobre "The Development of Ricardo's Theory of Value".⁹⁴ Al hablar de la edición 2, Hollander dice que "a pesar de que no son importantes" pueden ser considerados "como muy significativos", y que "muestran una reserva considerablemente mayor al defender 'el trabajo incorporado' como una medida universal del valor".⁹⁵ Con referencia a la edición 3, dice que el capítulo Sobre el Valor "es, por su contenido y tendencia, muy distinto"⁹⁶ del de la edición primera; en otra parte alude a "un mayor énfasis en las modificaciones de los principios

⁹² Repaso a la teoría económica, [ed. F. de C. E., 1940], p. 157. El contraste es particularmente notorio entre los títulos dados en la ed. 2 a las secciones respectivas (II y III-IV) a las que Cannan se refiere: véase el cuadro de títulos de secciones al final de la presente Introducción.

⁹³ Carta a Mill, de fecha 28 de dic. de 1818, *infra*, tomo VII. Las cursivas son del editor.

⁹⁴ *Quarterly Journal of Economics*, 1904, vol. XVII, pp. 455-91.

⁹⁵ *Ib.*, pp. 479 y 481.

⁹⁶ *Ib.*, p. 485.

que determinan el valor relativo", debido al empleo del capital.⁹⁷ El profesor Cannan va aún más lejos, y habla de "su admisión hecha de mala gana de la influencia del interés del capital como modificación de la teoría del valor determinado únicamente por el costo en trabajo". En relación con el efecto del capital sobre el valor, dice Cannan, Ricardo "es débil desde el principio, y se debilitó más y más según pasó el tiempo y las críticas se multiplicaron".⁹⁸ Así, ha venido a establecerse la opinión de que Ricardo se retractó respecto a su posición inicial, en cada edición sucesiva. Pero un examen de los cambios del texto, a la luz de la nueva evidencia, ya no confirma dicho punto de vista: la teoría de la edición 3 parece ser la misma, en esencia y en intensidad, que la de la edición 1.

Las alteraciones fueron por cierto amplias; poco más de la mitad de la versión final (edición 3) del capítulo Sobre el valor tiene la misma forma que en la edición 1. A pesar de que los cambios efectuados en la edición 2 fueron menores y que el orden del tema no cambió mucho, la subdivisión en secciones se introdujo por vez primera en dicha edición; esto acentuó tan sólo la repetición y la falta de orden del análisis, e hizo necesario un total reacomodo y una nueva redacción de la edición 3. Por consiguiente, la exposición de las excepciones a la ley del valor, debidas a distintas proporciones de capital (o, como Ricardo lo señaló, a consecuencia del aumento o disminución de los salarios), que se repitieron en diferentes pasajes de la edición 1⁹⁹ (y que están aún diseminadas en varias secciones de la segunda edición) aparecen en su mayor parte reunidas en las Secciones IV y V de la edición 3.

Toda la evidencia a favor del "debilitamiento" de Ricardo está basada en la mala interpretación general de ciertos cambios del texto que la carta a Mill, mencionada al final de la última sección, nos permite rectificar. La evidencia en cuestión descansa principalmente en dos cambios. Primero, la eliminación, en la edición 3, del pasaje en que critica a Adam Smith, por haber limitado la aplicación del principio del valor al "estado primitivo y rudo de la sociedad";¹⁰⁰ cambio que a primera vista parece muy importante; sabemos ahora, sin embargo, que dicho pasaje fue suprimido debido a que se prestaba a una mala interpretación, y la carta antes señalada demuestra que la crítica de Torrens no afectó al modo de pensar de Ricardo. El segundo cambio es la reposición, en la edición 3, del aserto según el cual: el valor en cambio "depende únicamente" de la cantidad de trabajo empleada en un producto; y que se modificó por "depende casi exclusivamente".¹⁰¹ Pero la misma carta a Mill aclara nuevamente que el "únicamente" de la edición 1 debe entenderse en el sentido de que ningún precio puede subir a consecuencia de un aumento de salarios; que los precios sólo pueden aumentar debido a un incremento en la dificultad de producción. Por otra parte, el "casi exclusivamente" de la ed. 3 refleja el cambio en la preferencia por la norma, de la ed. 1 a la ed. 3 (descrito más adelante en las pp. xxxi-xxxiv), ya que la nueva norma permite un aumento del precio, como resultado de un aumento de salarios, en el caso de los bienes que se producen sin capital fijo.

Esta frase es, por consiguiente, parte de una serie de modificaciones proyectadas para *reducir al mínimo* el alcance de dichos cambios en los precios en cualquier dirección, como ocurre, según la nueva norma adoptada, cuando los

⁹⁷ Nota del editor a *Letters to McCulloch*, 1895, p. 72.

⁹⁸ Repaso a la teoría económica [ed. del F. de C. E.], 1940, pp. 163-4 y 156. La opinión opuesta e inusitada ha sido emitida por

H. Biaujeaud, *Essai sur la théorie ricardienne de la valeur*, Paris, 1934, p. 125.

⁹⁹ *Infra*, pp. 39, 42-8, 49-50.

¹⁰⁰ *Infra*, p. 17, n. 20.

¹⁰¹ *Infra*, p. 10, n. 3, y cp. p. 16, n. 14.

salarios aumentan. Los demás pasajes introducidos en la edición 3 para el mismo efecto, fueron los siguientes: "sería... incorrecto darle demasiada importancia", p. 28 *infra*; "otra variación, aunque menor", p. 32 "de efectos relativamente leves", p. 27, y nuevamente en la p. 34.¹⁰² La implicación de estos cambios es bastante clara, y Malthus nunca consideró que la tercera edición mostrase debilidad alguna: "Los efectos de las utilidades lentas o rápidas, y de las distintas proporciones de capitales fijo y circulante fueron reconocidos claramente por Ricardo; pero en su última edición (la tercera, p. 36), ha subestimado mucho la magnitud de esos efectos."¹⁰³

En algún momento, entre la segunda y la tercera edición, Ricardo muestra ciertos indicios de debilidad. En un pasaje muy conocido escribió, el 13 de junio de 1820, a McCulloch: "A veces pienso que si tuviera que volver a escribir el capítulo sobre el valor que figura en mi libro, tendría que reconocer que el valor relativo de los bienes depende de dos causas en lugar de una, o sea, de la cantidad relativa de trabajo necesaria para producir los bienes en cuestión, y de la tasa de utilidad durante el lapso de tiempo que el capital permaneció inactivo hasta que los bienes fueron introducidos en el mercado. Quizás encuentre que las dificultades son casi tan grandes en este enfoque del tema como las que tuve que vencer en el que he adoptado."¹⁰⁴ A los seis meses había vuelto a redactar el capítulo, y encontró evidentemente que "las dificultades" de su nuevo enfoque eran aún mayores que las del anterior, como lo confirma ahora en su tercera edición.¹⁰⁵

Las cartas escritas en los meses intermedios ofrecen suficientes indicios de que su debilitamiento no era más que una disposición de ánimo pasajera. Ya el 9 de octubre de 1820 escribe a Malthus: "Dice Ud. que mi proposición de que, salvo una cuantas excepciones, la cantidad de trabajo empleada en los bienes determina la tasa según la cual se cambiarán unos por otros, no está bien fundamentada. Admito que no es satisfactoria en todos los casos, pero sí creo que es la que más se acerca a la verdad, la regla más adecuada que conozco para medir el valor relativo", y añade: "Mi primer capítulo no resultará sensiblemente alterado; en principio creo que no sufrirá alteración alguna."¹⁰⁶ El 25 de enero de 1821, mientras lucha con el problema de encontrar una norma del valor absoluto, escribe a McCulloch: "Estoy completamente persuadido de que vamos por el buen camino cuando consideramos que la cantidad de trabajo empleado en los bienes es la regla que gobierna su valor relativo."¹⁰⁷

A pesar de que las ediciones sucesivas no sufrieron ningún cambio esencial en lo que respecta a la regla que determina el valor, se registraron dos alteraciones considerables respecto a la selección de una medida invariable del valor. La búsqueda de lo que se ha llamado "la quimera de un patrón invariable de valor"¹⁰⁸ preocupó a Ricardo en los últimos años de su vida. Sin embargo, el

¹⁰² Véase también la referencia en Notas a Malthus (que corresponde a la época de la revisión para la ed. 3) acerca de "un efecto relativamente muy ligero" (*infra*, II, 43) y "no... de gran monta" (*ib.* 72) y *cp. ib.* pp. 47-8, 58. Una referencia semejante a la "insignificancia de sus efectos" se encuentra en una carta a Malthus, de 9 de octubre de 1820, *infra*, tomo VIII.

¹⁰³ *The Measure of Value*, 1823, p. 12, n.

¹⁰⁴ *Infra*, tomo VIII.

¹⁰⁵ De cualquier manera la sugestión del profesor Hollander de que el fracaso de Ri-

cardo en su propósito de realizar una "reconstrucción minuciosa" de éste capítulo en la ed. 3 tiene algo que ver con "la urgencia del impresor" (*op. cit.*, p. 484) puede pasarse por alto en vista de la amplia noticia que proporciona el autor y a las demoras subsiguientes en la publicación de dicha edición, descritas en la sección VII de la presente Introducción.

¹⁰⁶ *Infra*, tomo VIII.

¹⁰⁷ Carta a McCulloch de 25 de enero de 1821, *ib.*

¹⁰⁸ E. Cannan, *Repaso a la teoría económica*, *op. cit.*, p. 155.

problema que más lo interesó no fue el de encontrar un bien real que midiera con precisión el valor de los cereales o de la plata en distintas épocas y en diferentes lugares, sino más bien hallar las condiciones que un bien debe satisfacer para que posea un valor invariable, y con ello casi llegó a identificar el problema de una medida con el de la ley del valor: "¿No está claro que tan pronto como poseemos el conocimiento de las circunstancias que determinan el valor de los bienes, podemos decir qué es necesario para contar con una medida invariable del valor?"¹⁰⁹

La primera de las alteraciones mencionadas fue ocasionada por una creciente sensación de la dificultad de concebir, siquiera, ese mismo bien invariable. En las ediciones 1 y 2 la calidad esencial que debe tener un bien para ser invariable es que debería requerir "en cualquier época y bajo cualquier circunstancia, exactamente la misma cantidad de trabajo" para producirlo.¹¹⁰ Ricardo admitió que "no conocemos un bien de esta índole", pero consideró que esta dificultad era de orden práctico, y no tenía duda acerca de cuáles eran las "cualidades esenciales" de dicha norma.¹¹¹ Sin embargo, en la tercera edición Ricardo amplió el tema referente a la dificultad, y señaló que, aun si pudiera encontrarse un bien que satisficiera ese requisito, "no sería una perfecta medida del valor", ya que estaría sujeta a las variaciones relativas al aumento o disminución de salarios, debido a las distintas proporciones de capital fijo, o a diferentes duraciones del capital fijo, o a diferentes períodos de tiempo indispensables para situar los bienes en el mercado.¹¹² Por consiguiente, las mismas excepciones que descubrió en la regla fundamental, determinante del valor, surgieron nuevamente al intentar definir las cualidades de una norma invariable.

El segundo cambio se refiere a las condiciones de producción del bien que se adoptará como norma. En la primera edición dichas condiciones fueron las siguientes: "en toda esta argumentación he supuesto que el dinero fuese de un valor invariable; en otras palabras, que siempre sería el producto de la misma cantidad de trabajo *sin auxilio*".¹¹³ En esta edición Ricardo reconoce únicamente dos formas de variación del capital: distintas proporciones del capital fijo y del capital circulante, y diferentes duraciones de aquél. No advertía aún los "distintos lapsos de tiempo necesarios para colocar un bien en el mercado" (o la durabilidad del capital circulante), respecto de los cuales Torrens le llamó la atención;¹¹⁴ el resultado fue que en la segunda edición dichos períodos fueron introducidos como una tercera forma de variación del capital.¹¹⁵ Por tanto, en la primera edición, el término "sin ayuda" significa sin ayuda de capital fijo, con la tácita suposición de que el período que todas las cosas requie-

¹⁰⁹ De Ricardo a McCulloch, 21 de agosto de 1823, *infra*, tomo IX. *Cp.* también *infra*, p. 13, n. 9. Esta idea acerca de que toda teoría del valor corresponde a una ("medida invariable") apropiada, está evidentemente basada en la experiencia de Ricardo con su propia teoría, donde la determinación del valor por el trabajo inherente corresponde a una medida invariable bajo la forma de un bien producido con una cantidad constante de trabajo; y en la medida en que existen ciertas excepciones a dicha teoría, en el mismo grado resulta afectada la exactitud de la medida. Sin embargo, esta correspondencia es una propiedad peculiar de la teoría de Ricardo, y no se aplica forzosamente a otras teorías. Así, no parece

existir la misma relación entre la teoría de que los salarios determinan los precios y la norma "basada en el trabajo". (Véase, por otra parte, *infra*, p. 13-4.)

¹¹⁰ *Infra*, pp. 21, n. 25, 13, n. 9.

¹¹¹ *Infra*, p. 13, n. 9.

¹¹² *Infra*, pp. 33. Agrega que dichas circunstancias "descalifican cualquier bien del cual pudiera pensarse que constituye una medida perfectamente exacta del valor".

¹¹³ *Infra*, p. 47. Las cursivas son del editor.

¹¹⁴ Notas a los fragmentos sobre Torrens, *infra*, tomo IV.

¹¹⁵ *Infra*, p. 45-6, n. 12, y *cp.* 24, n. 32, p. 39, n. 2, p. 44, n. 8.

ren para ser producidas y puestas en el mercado (v. gr., el que necesita el capital circulante para circular) era de un año. Como señala James Mill en sus *Elementos*, "Un año se considera en política económica como el período que comprende un ciclo de producción y consumo."¹¹⁶

La calificación "sin auxilio" la hace explícita Ricardo únicamente en el pasaje cuidadosamente redactado que citamos, mientras que en otros lugares¹¹⁷ tan sólo menciona "la misma cantidad de trabajo". Dicha calificación es esencial, sin embargo, para las deducciones basadas en ella; en la primera edición, está continuamente explícita en la argumentación de Ricardo.¹¹⁸ En verdad, de esta definición del dinero invariable surge el sorprendente resultado de que "los bienes pueden disminuir su valor como resultado de un aumento real de los salarios, pero nunca aumentarlo por esa misma causa"¹¹⁹ (esto se debe a que el capital fijo participa en la producción de ciertos bienes, pero no en la producción de oro o de dinero). Aquí el término "valor" se refiere, con toda claridad, al valor "absoluto", o sea al valor medido según la norma invariable. Cuando Ricardo habla, en su primera edición, del "valor relativo",¹²⁰ dice que, con un aumento de salarios, ciertos bienes subirán en comparación con otros.

En la segunda edición, la sustancia de la argumentación sigue siendo la misma; pero varias alteraciones de expresión, que recalcan esta paradoja de la baja del valor de los bienes cuando los salarios aumentan, tienden a empañar la distinción mencionada entre el efecto de los cambios de los salarios sobre los valores "relativos" y "absolutos".

Así, los pasajes donde se alude al hecho de que, con un aumento de salarios, el valor relativo de ciertos bienes *aumenta*, en comparación con otros, fueron modificados, en la segunda edición, para señalar que ciertos bienes *bajan* con respecto a otros.¹²¹ Además, al afirmar que "el precio absoluto de ningún artículo aumenta tan sólo debido a que los salarios aumentan", de la primera edición, las palabras "precio absoluto" fueron reemplazadas por los términos "valor en cambio", más confusos.¹²²

En sus *Principios de Economía Política*, Malthus llama la atención hacia los bienes cuyo período de giro del capital circulante puede ser *menor* de un año.¹²³ En este caso (que abarca, como lo sugiere el autor, "una gran variedad de bienes"), los precios aumentarán "a consecuencia de un aumento en el precio del trabajo y de una reducción de las utilidades". En su Nota¹²⁴ sobre este pasaje, Ricardo admite que "inadvertidamente omití tomar en cuenta" dicho caso; y que "el Sr. Malthus tiene toda la razón en decir que muchas mercancías en que entra el trabajo principalmente y que pueden ser llevadas

¹¹⁶ *Elements of Political Economy*, 1821, p. 185. Cp. ejemplo de Ricardo, *infra*, p. 46, y su referencia en p. 44 al capital que "se consumiera y reprodujera anualmente, como sucede cuando se pagan salarios". Malthus también lo entiende así: "El Sr. Ricardo, con el fin de ilustrar su proposición, lo ha situado, a la ventura, entre las mercancías en que los anticipos consisten únicamente en el pago del trabajo, y los rendimientos ingresan exactamente al cabo del año." (*Principios de Economía Política*, *infra*, tomo II, p. 47.)
¹¹⁷ *Infra*, pp. 13, n. 9, 21, n. 25, 41, 65 y n. 1, 206.

¹¹⁸ Excepto (como en el ejemplo de pp. 41-2) cuando todos los bienes, incluso el di-

nero, se suponen explícitamente producidos con las mismas proporciones de capitales fijo y circulante.

¹¹⁹ *Infra*, p. 49.

¹²⁰ *Infra*, p. 43.

¹²¹ *Infra*, pp. 43, n. 7 y 44, n. 10.

¹²² *Infra*, p. 47, n. 16. Este último cambio fue el resultado de resumir en esta frase (que en ed. 2 se convierte en conclusión de una Sección) las tres causas posibles de un aumento de los bienes. Como una de dichas causas era una reducción en el valor del medio mismo, elimina el uso del término "precio absoluto" (que presupone un medio invariable).

¹²³ *Infra*, tomo II, pp. 45-6.

¹²⁴ *Ib.*, p. 46.

pronto al mercado, subirán al subir el valor del trabajo". Según lo señala entonces, la "opinión correcta" es que, como resultado de "un alza del precio de los salarios en dinero y de una baja de las utilidades, lejos de ser cierto que todas las demás mercancías subirán de precio, habrá muchas que bajarán en gran medida, algunas que no variarán en absoluto, y otro grupo numeroso que subirá".¹²⁵ Esta concesión, formulada en las *Notas a Malthus*, marca la transición entre la segunda y la tercera ediciones.

Como ilustración extrema del caso por él señalado, Malthus introdujo¹²⁶ al sorprendente ejemplo de la recolección de plata de las orillas del mar, con el trabajo de un día y, por consiguiente, sin capital fijo ni circulante; norma según la cual "en el presente supuesto no puede tener lugar ningún alza del precio del trabajo".¹²⁷

En la época en que su tercera edición estaba ya en prensa, Ricardo escribió a McCulloch: "Cuando me propongo fijar una norma de valor absoluto, me falta determinación para escoger entre el trabajo de un año, un mes, una semana o un día".¹²⁸ Sin embargo, en una carta anterior (en junio de 1820), había ya sugerido a McCulloch que "quizás lo mejor adaptado al conjunto general de bienes" era "el medio" entre los "dos extremos", "uno, durante la cual el bien se produzca sin demora y únicamente con trabajo, sin la intervención del capital; otro en que el bien sería el resultado de una gran cantidad de capital fijo, con muy poca necesidad de trabajo, y cuya producción no se lograría sin una demora considerable." "Los bienes situados a un lado de este medio aumentarían de valor, con relación a él, al subir el precio del trabajo y al disminuir la tasa de utilidades; el valor de los bienes situados al otro lado del medio disminuiría por las mismas causas."¹²⁹

Por consiguiente, en la tercera edición, la norma adoptada fue el dinero "producido con una proporción tal de ambas clases de capital, que se acercara lo más posible a la cantidad promedio utilizada en la producción de la mayoría de los bienes";¹³⁰ y los pasajes correspondientes fueron alterados para lograr que, con un aumento de salarios, ciertos bienes subiesen y otros bajasen en términos de dicha norma.¹³¹ (Si se midieran según dicha norma, el precio medio de todos los bienes, y su valor total, no serían afectados por un aumento ni por una reducción de salarios.)

Ya en una de las cartas a McCulloch que acabamos de citar, Ricardo sugirió que "todas las excepciones a la regla general" podían reducirse a "una de tiempo":¹³² o sea que todas las derivadas de distintas proporciones de capitales fijo y circulante, de diferentes durabilidades del capital fijo o de variaciones en el "período requerido para ponerlos en el mercado" (durabilidad del capital circulante), podían reducirse a términos de trabajo utilizado durante un período más o menos largo. Este fue uno de los conceptos a que fi-

¹²⁵ *Infra*, tomo II, 44-5. Esta admisión de un aumento es más bien renuente ("en grado insignificante") y cp. *ib.* n. 46.

¹²⁶ Primero en una carta de 10 de septiembre de 1819, *infra*, tomo VIII, y después en sus *Principios de Economía Política*, *infra*, tomo II, n. 58.

¹²⁷ *Infra*, II, 58. Como escribe más tarde Ricardo a McCulloch: "Malthus ha supuesto el caso de un hombre que puede, mediante un día de trabajo, extraer cierto número de granos de oro o de plata de la orilla del mar; supongamos que pueda recoger tanta plata

como la que acuíamos en un chelín, el trabajo no podría nunca valer menos de un chelín y si los cereales aumentan, el trabajo empleado en recoger plata no aumentaría" (carta del 25 de enero de 1821, desde Londres, *infra*, tomo VIII).

¹²⁸ *Ib.*

¹²⁹ *Infra*, tomo IV.

¹³⁰ *Infra*, p. 34.

¹³¹ *Infra*, p. 27, p. 32, n. 64, p. 36, n.

72.

¹³² Carta a McCulloch, 13 de junio de 1820, *infra*, tomo VIII.

nalmente se adscribió. En el recién descubierto artículo sobre "valor absoluto y valor en cambio",¹³³ redactado en las postrimerías de su vida, la norma adoptada en la tercera edición fue equiparada, en efecto, a la de la edición primera, al afirmar que "un bien producido por el trabajo de un año es la media entre los extremos de bienes producidos, de una parte por trabajo y anticipos por mucho más de un año, y de otra, por el trabajo empleado durante un día, sin ningún anticipo; en la mayoría de los casos, la media representa una desviación mucho menor de la verdad que si cualquiera de los extremos se usara como medida".¹³⁴

Por consiguiente, habiendo empezado con "el trabajo realizado en un año", considerado como el "límite extremo" del "trabajo sin auxilio", Ricardo se convenció, primero, de que no era en verdad un "extremo" ya que muchos bienes se producían con *menos* de un año de trabajo, y, segundo, que si adoptase como canon el "trabajo realizado en un día sin ningún anticipo", ello equivaldría a admitir una norma "dominada por el trabajo", y los salarios no podrían nunca elevarse en términos de esta norma. En consecuencia, en la tercera edición adopta un "justo medio" entre los extremos, "producido con una proporción tal de ambas clases de capital que se acercara lo más posible a la cantidad promedio".¹³⁵ Sobre tal base, Ricardo observa finalmente que dicha media puede reducirse a "un bien producido durante un año de trabajo",¹³⁶ la misma norma que utilizó en la primera edición, pero que en aquel caso trató como un caso "extremo".

La idea de una "medida invariable" tiene para Ricardo un complemento necesario en la del "valor absoluto". Este concepto aparece en los *Principios*, primero (en la ed. 1), como "valor absoluto",¹³⁷ y más tarde (en la ed. 3), como "valor real",¹³⁸ aparece de vez en cuando en sus cartas,¹³⁹ y adquiere una configuración más definida en su último trabajo sobre "valor absoluto y valor en cambio". En uno de los borradores de dicho trabajo escribe: "Nadie puede dudar que en economía política sería muy deseable tener una tal medida de valor absoluto que nos permitiera averiguar [...] cuando los bienes son alterados en su valor en cambio [...] cuál es la alteración de valor que ha ocurrido".¹⁴⁰ En otro borrador explica lo que considera como una prueba de que un bien ha sido alterado en su valor: "Puede preguntársele lo que quiero decir con la palabra valor, y con qué criterio juzgaría si un bien ha sufrido o no una alteración en su valor. Contesto que no conozco otro criterio para juzgar si una cosa es cara o barata, que los sacrificios de trabajo realizados para obtenerla."¹⁴¹ Además, escribe en otra parte: "Considero que es una contradicción decir que una cosa ha aumentado su valor natural,¹⁴² mientras se produce exactamente bajo las mismas circunstancias que antes."¹⁴³

Ricardo empieza (en la primera edición de los *Principios*) aplicando el concepto al problema de dos bienes que han cambiado en su valor relativo, como resultado de un cambio en la dificultad de producción: el valor absoluto es, entonces, el criterio para averiguar en cuál de los dos bienes ocurrió realmente el cambio. Termina (en su último trabajo sobre valor) aplicando dicho crite-

¹³³ *Infra*, tomo IV.

¹³⁴ Loc. cit., *infra*, tomo IV.

¹³⁵ *Infra*, p. 34.

¹³⁶ *Infra*, tomo IV.

¹³⁷ *Infra*, p. 16, y cp. pp. 47-8.

¹³⁸ *Infra*, pp. 32-3.

¹³⁹ A Malthus, octubre 9, 1820, *Infra*, tomo VIII; a McCulloch, 25 de enero de 1821, *ib.* a Trower, 4 de julio, ("como valor

positivo") y 22 de agosto de 1821, tomo IX; y frecuentemente en 1823, *ib.*

¹⁴⁰ *Infra*, tomo IV. Véase declaración similar en *Principios*, *infra*, p. 33.

¹⁴¹ *Infra*, tomo IV.

¹⁴² Según indica el contexto, "natural" significa aquí "absoluto".

¹⁴³ Artículo sobre valor absoluto y valor en cambio, op. cit., *infra*, tomo IV.

rio a un problema distinto; la distinción entre dos causas de alteraciones en el valor de cambio; porque "la dificultad o facilidad de producción no es absolutamente la única causa de la variación del valor; existe otra [...] el aumento o disminución de los salarios", puesto que los bienes no pueden "ser producidos y colocados en el mercado exactamente en el mismo tiempo".¹⁴⁴ Sin embargo, el valor absoluto refleja tan sólo el primer tipo de cambio, y no está afectado por el último. Como dice Ricardo con referencia a un bien cuyo precio cambia, debido a un aumento de salarios: "Si la medida fuese perfecta, no tendría que variar para nada."¹⁴⁵ Después de uno de los ejemplos numéricos con que ilustra esta desviación en una carta de 1823, comenta: "Si los dos bienes cambian en su valor relativo... ¿Puede decirse que las proporciones de capital que empleamos fueron alteradas de algún modo?, ¿o la proporción de trabajo? En verdad; no; nada ha sido alterado a no ser la tasa de distribución entre el patrón y el empleado... ésta, y sólo ésta es la razón por la cual los valores relativos han sido alterados"; y concluye: "La realidad es que no existe ninguna medida del valor absoluto que pueda de alguna manera considerarse precisa".¹⁴⁶ Por consiguiente, vuelve a su norma, a sabiendas de que es imperfecta, puesto que implica la menor "desviación de la realidad".¹⁴⁷

En este intento encaminado a extender la aplicación del valor absoluto al segundo problema (el de distinguir las dos clases de cambios en los valores en cambio) Ricardo se enfrentó al dilema siguiente: mientras la primera aplicación presupone una proporcionalidad exacta entre el valor absoluto y el relativo, la última implica una desviación variable del valor absoluto hacia el de cambio, para cada bien particular. Ricardo nunca logró resolver satisfactoriamente dicha contradicción, según puede observarse en su último trabajo.

En otro sentido, en su último trabajo sobre el valor retorna a una posición similar a la de la primera edición. Los efectos de las distintas proporciones o durabilidades del capital sobre el valor pueden examinarse desde dos puntos de vista diferentes. Primero, el de que produce una *diferencia* en los valores relativos de dos bienes producidos con la misma cantidad de trabajo. Segundo, el efecto que un aumento de salarios tiene de producir un *cambio* en su valor relativo. En la primera edición, este segundo aspecto es el único exclusivamente considerado: siempre que diferentes proporciones o durabilidades de capital se mencionan en relación con el valor, Ricardo habla en términos del efecto de un aumento de salarios. El primer aspecto surge en las últimas ediciones: una vez en la segunda y varias en la tercera, usualmente para redondear la discusión sobre las variaciones del valor, y probablemente como resultado de la discusión con sus antagonistas, en particular Torrens y Malthus, que analizaban el problema desde aquel ángulo.¹⁴⁸ Pero, mientras en la tercera edición, Ricardo señala a veces que distintas proporciones o durabilidades de capital ocasionan diferencias en los valores relativos, el efecto del aumento de

¹⁴⁴ *Ib.*

¹⁴⁵ *Ib.*

¹⁴⁶ Borrador de una carta a McCulloch, 25 de agosto de 1823, *infra*, tomo IX. Cp. la frase "debe confesarse entonces que no hay nada en el mundo que sea una medida perfecta del valor", art. cit., *infra*, tomo IV; también una expresión similar, en otra carta al mismo, *infra*, tomo IX, y el final de su última carta (a Mill, 5 de sept. de 1823), *ib.*

¹⁴⁷ En el artículo que versa sobre "El valor absoluto", *infra*, tomo IV; citado con más amplitud *supra*, p. xxxiv.

¹⁴⁸ En ed. 2 una declaración acerca del "valor desigual" se introduce casualmente *infra*, p. 47, n. 13. En ed. 3, este aspecto se considera *infra*, pp. 30-1, y p. 26, 28, párrafos segundo y cuarto. Cp. también carta a Malthus, de fecha 9 de oct. de 1820, *infra*, tomo VIII.

los salarios sigue predominando, y, en el trabajo sobre "Valor absoluto y valor en cambio", en él concentra toda su atención.

Esta preocupación del efecto de un cambio en los salarios surge de su enfoque del problema del valor que, como hemos visto, fue dominado por su teoría de las utilidades. En su opinión, "el problema principal de la Economía Política" era la división del producto nacional entre las clases,¹⁴⁹ y en el curso de esta investigación tuvo dificultades en el hecho de que la magnitud de dicho producto parecía cambiar al variar la división. A pesar de que nada ocurrió para cambiar la magnitud del conjunto, pueden existir cambios *aparentes* debidos tan sólo a las variaciones en la medición, en vista de que ésta se efectúa en términos de valor, y los valores relativos han sido alterados a consecuencia de un cambio en la división entre los salarios y las utilidades. Lo anterior es particularmente evidente en el caso extremo en que el conjunto está compuesto de los mismos bienes en cantidades iguales; sin embargo, su magnitud parecerá haber cambiado cuando se mide en términos de valor.

Por tanto, el problema del valor que preocupaba a Ricardo consistía en cómo encontrar una medida del valor que permaneciera invariable ante los cambios en la distribución del producto; porque si un aumento o una disminución de los salarios generase, de por sí, un cambio en la magnitud del producto social, sería muy difícil determinar con precisión los efectos sobre las utilidades. (Naturalmente, este problema es el mismo que se señaló antes,¹⁵⁰ en relación con la teoría de Ricardo, con referencia a las tasas de utilidades de los cereales.) Por otra parte, Ricardo no tenía un particular interés, en el problema de por qué dos bienes producidos con las mismas cantidades de trabajo no tienen el mismo valor de cambio. Se interesó en él tan sólo para esclarecer hasta qué punto los valores relativos están afectados por los cambios de salarios. Los dos puntos de vista, diferencia y cambio, están íntimamente vinculados; en consecuencia la investigación de una medida invariable del valor, punto crucial del sistema de Ricardo, nace exclusivamente del segundo, y no tiene equivalente en una investigación del primero.

Esta función de la teoría del valor, que permite, frente a los cambios en la distribución, medir los cambios de la magnitud de los agregados de bienes de distintas especies o, lo que es más importante, determinar su constancia, aparece una vez más con referencia a la medición de la cantidad de capital. Respecto a la teoría de Torrens ("que los bienes deben valuarse según el valor del capital utilizado en su producción y según el lapso de tiempo durante el cual se usa dicho capital") Ricardo señala, en una carta dirigida a McCulloch el 21 de agosto de 1823: "Quisiera preguntarle ¿qué medios tiene Ud. para determinar el valor igual de los capitales?... Dichos capitales no son de la misma especie [si lo fueran, indica en una redacción anterior 'sus cantidades proporcionales señalarían sus valores proporcionales']...¹⁵¹ y si ellos mismos se producen durante períodos desiguales, están sujetos a las mismas fluctuaciones que los demás bienes. No puede Ud. hablar de capitales iguales antes de haber especificado el criterio adecuado para determinar el valor", ya que, como dice en otra parte de esta carta, "los medios para determinar su igualdad o diferencia en valor constituyen el tema de la controversia".¹⁵²

¹⁴⁹ Véase el Prefacio a *Principios* y también el pasaje fuera de texto sobre el problema de la Economía Política en la carta a Malthus de 9 de octubre de 1820, *infra*, tomo VIII.

¹⁵⁰ *Supra*, pp. xxv-xxvi.

¹⁵¹ *Infra*, tomo IX.

¹⁵² *Ib.* Cp. también el artículo sobre el valor, escrito en la misma época, *op. cit.*, *infra*, tomo IV.

VI. LA EDICIÓN 2

La primera edición de los *Principios* tuvo un tiraje de sólo 750 ejemplares,¹⁵³ y a los dos meses de su publicación Murray señaló a Ricardo que una segunda edición sería "necesaria con toda seguridad".¹⁵⁴ Sin embargo, Ricardo no supo más de ello hasta después de la aparición de la reseña de McCulloch, en el ejemplar de junio de 1818 de la *Edinburgh Review* (publicado en realidad en agosto) según el cual la venta era "muy acelerada".¹⁵⁵ El 8 de noviembre de 1818, Ricardo escribe a Mill: "He sabido por varias fuentes que mi libro se está vendiendo muy rápidamente; y que en breve habrá necesidad de una nueva edición", añadiendo: "Creo que en nuestra última conversación convinimos en que no sería de mucha utilidad realizar modificaciones al contenido, ya que parece haber producido el efecto deseado sobre quienes han examinado mi obra".¹⁵⁶ El 17 de noviembre de 1818 Murray le pidió que preparara una segunda edición, y una semana después, Ricardo tenía el libro listo para la imprenta.¹⁵⁷ Al enviar el ejemplar revisado a Murray, mencionó que contenía "unas cuantas alteraciones insignificantes", y solicitó que la propuesta división del primer capítulo en secciones se enviase a Mill, con un mensajero, para su aprobación.¹⁵⁸ Sin embargo, la segunda edición no se publicó hasta el 27 de febrero de 1819.¹⁵⁹

En el interín recibió la traducción al francés de sus propios *Principios*, con notas de Say,¹⁶⁰ y en contestación a una de esas notas agregó un pasaje referente a la cuestión de si la teoría de la renta dependía o no de la existencia de tierras que no generaban ninguna renta.¹⁶¹ Este punto fue también el tema de una discusión que sostuvo cuando Malthus fue de visita a Gatcomb, en diciembre de 1818.¹⁶² Alguna vez pensó en traducir y publicar, en un apéndice de su segunda edición, las notas de Say, pero refirió el asunto a Murray, quien evidentemente influyó en contra de esta decisión.¹⁶³

En general, las alteraciones de la segunda edición no fueron de importancia, y Ricardo pudo decir que no contenía "nada nuevo".¹⁶⁴ Unos cuantos cambios efectuados para satisfacer las críticas, en puntos particulares, tienen algún interés y pueden identificarse como sigue. Ciertos pasajes sobre tributación fueron criticados por McCulloch. Al revisar la segunda edición, Ricardo escribió a éste que se proponía modificar un pasaje que pudiera ser considerado como "una disculpa presentada a los ministros encargados de la fijación de impuestos", y solicitó sugerencias "acerca de aquellos pasajes que a Ud. le gustaría modificar".¹⁶⁵ Se añadieron dos notas de pie de página para satisfacer la queja

¹⁵³ De las eds. 2 y 3 se tiraron 1000 ejemplares de cada una. Estas cifras fueron gentilmente suministradas por Sir John Murray, quien las tomó de los archivos de su empresa.

¹⁵⁴ De Ricardo a Trower, 15 de junio de 1817, *infra*, tomo VII.

¹⁵⁵ De Ricardo a McCulloch, 24 de noviembre de 1818, *ib.* Según Mallet fue esta reseña la que "impulsó la venta de la primera edición" (cita tomada del Diario de Mallet, *infra*, tomo VIII). En octubre, Malthus escribe: "He sabido que su obra se está vendiendo muy bien" (oct. 21, 1818, *infra*, tomo VII).

¹⁵⁶ 8 de nov. 1818, *ib.*

¹⁵⁷ *Ib.*

¹⁵⁸ Carta a Murray, nov. 23, 1818, *ib.*

¹⁵⁹ Aviso en el *Times*. Se le valuó en 14s.

¹⁶⁰ Carta a Trower, dic. 20 de 1818, *infra*, tomo VII.

¹⁶¹ *Infra*, p. 308, nota.

¹⁶² Carta a Mill, dic. 22, 1818, *infra*, tomo VII.

¹⁶³ Carta a Mill, 22 y 28 de diciembre de 1818.

¹⁶⁴ Carta a Say, 11 de enero de 1820, *infra*, tomo VIII.

¹⁶⁵ De Ricardo a McCulloch, 24 de noviembre de 1818, *infra*, tomo VII. McCulloch hizo ciertas sugerencias (*ib.*), varias de ellas fueron adoptadas, incluso, un segundo pasaje sobre tributación que fue redactado nue-

necesario para mi primer capítulo, y lo he dejado listo para una nueva revisión después de haberlo olvidado un poco.”¹⁸⁸

A principios de enero de 1821, Murray incluyó la “Tercera edición, corregida” de Ricardo en una lista donde anunciaba las “obras en preparación para su publicación inmediata.”¹⁸⁹ En una carta de 14 de enero, Ricardo esperaba que la impresión de su tercera edición estuviera terminada en unos cuantos días;¹⁹⁰ y nuevamente, el 25 de enero, escribió que el primer capítulo estaba “ya en prensa” y refirió que uno de los últimos capítulos del libro estaba “en manos del impresor.”¹⁹¹

Sin embargo, pasaron casi cuatro meses antes de que la nueva edición saliera a la venta; el anuncio de Murray acerca de la publicación efectiva apareció por vez primera en el *Morning Chronicle* de 18 de mayo de 1821; al precio de 12s. La razón de la demora se revela en una carta de Malthus a Prévost, fechada en 26 de abril de 1821: “Mi editor, el Sr. Murray, opina que los tiempos no favorecen la venta de libros, y en la actualidad está deteniendo una nueva edición terminada de la obra del Sr. Ricardo, debido a que la edición anterior no se ha agotado tan pronto como había calculado.”¹⁹² Esto no evitó que Ricardo enviara, mientras, a sus amigos unos ejemplares adelantados de su obra. El 25 de abril escribió a McCulloch que había solicitado a Murray un ejemplar “la semana pasada”;¹⁹³ y el 8 de mayo, al enviar su libro a Say, manifestaba: “Debido a la demora del editor y del impresor, la publicación se atrasó más de lo previsto, pero por fin puedo remitirle incluso uno de los primeros ejemplares de esta última edición.”¹⁹⁴

Las modificaciones de dicha edición fueron mucho más amplias que las de la segunda. Sin embargo, Ricardo parece haberlas considerado, en su mayoría, como desprovistas de importancia. Lo encontramos escribiendo a Trower, el 14 de enero de 1821: “He revisado detenidamente cada una de sus partes, y con mis limitadas facultades literarias, estoy convencido de que muy poco puedo hacer para mejorarla”;¹⁹⁵ y, el 25 de abril a McCulloch: “No encontrará Ud. mucha novedad en la nueva edición.”¹⁹⁶

Los principales cambios del primer capítulo han sido ya señalados. En lo que respecta a ordenación, las cinco secciones de la segunda edición fueron aumentadas a siete, subdividiendo la Sección 1 y agregando, además, una nueva sección Sobre una medida invariable del valor. El reacomodo del texto en dicho capítulo, iniciado en la segunda edición, prosiguió en forma más extensa, y a pesar de que subsistían ciertas anomalías, el capítulo logró tener una mayor unidad. Los pasajes que anteriormente estaban fuera de lugar, fueron transferidos a las debidas secciones, y las repeticiones se evitaron, omitiendo un pasaje, o refundiendo distintos pasajes en uno solo.

Muchas de las Notas a los *Principios* de Malthus se reflejan en las alteraciones introducidas en la nueva edición. En lo que se refiere a su antigua discrepancia con Malthus, acerca del efecto que los progresos agrícolas ejercen sobre la renta, Ricardo añade una nota de pie de página¹⁹⁷ en la cual atribuye el beneficio último a los terratenientes, sin condescender con su argumentación según la cual el efecto inmediato de dichos progresos era perjudicial para

¹⁸⁸ Carta de 14 de octubre de 1820, ib.
¹⁸⁹ *Monthly Literary Advertiser*, 10 de enero de 1821.

¹⁹⁰ A Trower, *infra*, tomo VIII.

¹⁹¹ A McCulloch, ib.

¹⁹² Carta al profesor Prévost de Ginebra, publicada por G. W. Zinke en *Journal of*

Economic History, mayo, 1942, vol. II, página 181.

¹⁹³ *Infra*, tomo VIII.

¹⁹⁴ Carta a Say, ib.

¹⁹⁵ Ib.

¹⁹⁶ Ib.

¹⁹⁷ *Infra*, pp. 61-2.

ellos. Malthus le había preguntado en qué sentido podía estar de acuerdo con Sismondi y con Buchanan al afirmar que el precio del grano “es como el de un monopolio corriente, y ventajoso únicamente para los terratenientes, y proporcionalmente perjudicial para los consumidores.”¹⁹⁸ La contestación de Ricardo fue que el interés del terrateniente era “que el aparato que posee para producir trigo tuviera demanda, y que en realidad su renta depende de él”. Sólo después de que la producción de cereal barato hubiese promovido un incremento de la población, “las ventajas de los adelantos” serían “transferidas al terrateniente.”¹⁹⁹ Una idea similar aparece expresada en dos párrafos nuevos, agregados al Capítulo XXIV, en donde afirma que cuando aumenta la productividad del suelo, “en primera instancia todas las utilidades serían disfrutadas por los trabajadores, los capitalistas y los consumidores, pero con el aumento de la población serían transferidas gradualmente a los propietarios del suelo.”²⁰⁰

Acerca de las ventajas de la libre importación de cereal Ricardo se mostró todavía más enfático de lo que había sido en las ediciones anteriores. En la “Advertencia a la Tercera edición” (*infra*, p. 8), dirige la atención del lector hacia los cambios que ha introducido en el último capítulo, para destacar con mayor relieve la doctrina de la mayor capacidad de un país para pagar los impuestos cuando obtiene sus alimentos a menor costo.

En sus *Principios*, Malthus criticó también a Ricardo por haber aplicado a la renta su medida basada en “las proporciones o el costo del trabajo”;²⁰¹ y por haber sugerido, como consecuencia, que con la ampliación del cultivo aumentaría la proporción de renta respecto al producto total de la tierra. Ricardo dedicó una de sus Notas²⁰² a reiterar su posición, y explicó que, en efecto, la renta absorbería una creciente proporción del producto de las tierras viejas, o, si se empleasen capitales adicionales en estas mismas tierras, absorbería una creciente proporción “de cada cantidad antes obtenida.”²⁰³ En un pasaje suprimido en las *Notas a Malthus* explica su punto de vista, de manera concisa, como sigue: “La renta no es una proporción del producto obtenido, no está gobernada, como los salarios o las utilidades; por proporciones, dependiendo, como depende, de la diferencia entre la cantidad de productos obtenidos por dos capitales iguales. Por lo tanto, si he dicho en alguna parte que la renta sube o baja en la proporción en que aumenta o disminuye el producto obtenido, he cometido un error. No obstante, no tengo idea de haberlo cometido.”²⁰⁴ Sin embargo, en la tercera edición modificó varios pasajes abiertos a la crítica de Malthus. Ejemplo de ello es el cambio en la frase de las ediciones 1 y 2, “Al hablar de la renta del terrateniente, la hemos considerado más bien como la proporción del producto global”, cuyas palabras finales fueron reemplazadas en la tercera edición por: “como la proporción del producto obtenido con un capital cierto en una hacienda determinada.”²⁰⁵

Los cambios a la tercera edición que pueden atribuirse a Say fueron parcial-

¹⁹⁸ *Infra*, tomo II, p. 83.

¹⁹⁹ Ib. p. 85.

²⁰⁰ *Infra*, p. 249. Sin embargo, la declaración en la misma página referente a “el interés del terrateniente es siempre opuesto al del consumidor y del fabricante” subsiste en ed. 3.

²⁰¹ *Infra*, tomo II, p. 138.

²⁰² Ib. pp. 138-40.

²⁰³ Ib. pp. 139-40, y 141, n. 143. En *Ensayo sobre las utilidades*, Ricardo, aparentemente refiriéndose más bien al producto neto

que al bruto, hizo la más arrolladora declaración: “El terrateniente no sólo obtiene un mayor producto sino una mayor porción”. (*Infra*, tomo IV.) Este es un ejemplo de un cambio más general notable entre el *Ensayo sobre las utilidades* y la ed. 3 de los *Principios* o sea, un cambio gradual de énfasis desde la antítesis de la renta y de las utilidades a la de los salarios y utilidades.

²⁰⁴ *Infra*, tomo II, p. 139, n. 137.

²⁰⁵ *Infra*, p. 63, y ep. p. 37, n. 73 y páginas 300-1.

mente ocasionados por cambios en la cuarta edición (1819) del *Traité* de Say, y de las *Cartas a Malthus* del mismo autor, acerca de los cuales Ricardo escribió algunas notas simultáneamente a sus *Notas a Malthus*.²⁰⁶ El cambio principal es la nueva redacción de varios párrafos del capítulo sobre el Valor y la riqueza²⁰⁷ y la omisión de algunos párrafos del mismo capítulo que citan ampliamente las ediciones iniciales del *Traité* de Say,²⁰⁸ debido a los cambios realizados por dicho autor en su cuarta edición.²⁰⁹ Hubo también unas cuantas adiciones menores en otros capítulos.²¹⁰

El cambio más revolucionario de la tercera edición es el nuevo capítulo Sobre la maquinaria, en el que Ricardo se retracta de su opinión anterior consistente en que la introducción de la maquinaria es beneficiosa para todas las diversas clases de la sociedad. "Mi error, —explica— provino de la suposición de que siempre que el ingreso neto de una sociedad aumentara, su ingreso bruto aumentaría también. Sin embargo, tengo ahora razones para pensar que un fondo, del cual los terratenientes y capitalistas obtienen su ingreso, puede incrementarse, mientras el otro, del que depende principalmente la clase trabajadora, puede disminuir."²¹¹ Su conclusión debe haber sorprendido a sus amigos aún más que el cambio del principio mismo: "Que la opinión sustentada por la clase trabajadora, de que el empleo de maquinaria redundaba frecuentemente en detrimento de sus intereses, no se funda en el prejuicio ni en el error, sino que está conforme con los principios correctos de la Economía Política."²¹²

Con anterioridad Ricardo había sostenido que, como la maquinaria permitía la producción de bienes a un menor costo, debía ocasionar una mayor cantidad de ellos, y ser, por consiguiente, beneficiosa para todas las clases sociales. No había expresado este punto de vista en las ediciones anteriores de los *Principios*, y el único lugar donde manifestó por escrito su opinión acerca de los efectos de la maquinaria sobre la mano de obra, fue una referencia incidental en el *Ensayo sobre las utilidades*, donde aludió a "los efectos de la maquinaria perfeccionada, que, ya no se pone en duda, tiene una marcada tendencia a elevar los salarios reales del trabajo".²¹³ Ahora bien, como señala al principio del nuevo capítulo, ha defendido "en otras formas" dichas doctrinas. Tenía acaso presente un discurso que pronunció, en 1819 ante el Parlamento, con respecto al plan de Robert Owen, en el cual declaró lo siguiente: "No puede negarse, considerando el caso en su conjunto, que la maquinaria no reduce la demanda de mano de obra".²¹⁴ El folleto de Barton *Observations on the Condition of the Labouring Classes* [Observaciones sobre la situación de las clases trabajadoras] publicado en 1817, no parece haber influido sobre Ricardo en la época de su publicación,²¹⁵ a pesar de su punto de vista relativo a los efectos adversos de la maquinaria sobre la mano de obra; sin embargo, lo cita en forma aprobatoria en el nuevo capítulo de la tercera edición. Cuando McCulloch

²⁰⁶ Carta a Malthus, nov. 24 de 1820, *infra*, tomo VIII.

²⁰⁷ *Infra*, pp. 210-3.

²⁰⁸ *Infra*, p. 215.

²⁰⁹ Carta a McCulloch, dic. 4 de 1820, *infra*, tomo VIII.

²¹⁰ *Infra*, pp. 187, 199 y 259.

²¹¹ *Infra*, p. 289.

²¹² *Infra*, p. 292.

²¹³ *Infra*, tomo IV.

²¹⁴ 16 de diciembre de 1819, *infra*, tomo

V. El conocimiento general de que Ricardo sostenía estas opiniones queda demostrado por la declaración de Malthus en sus *Principios* "Sin embargo, estoy completamente de acuerdo con el Sr. Ricardo en aprobar todo ahorro de trabajo y todos los inventos de maquinaria" (*infra*, tomo II, p. 269).

²¹⁵ Cp. Carta de Ricardo a Barton de 20 de mayo de 1817, que fue, sin embargo, anterior a la publicación del folleto (*infra*, tomo VII).

aprobó, en un artículo sobre "Taxation and the Corn Laws" ["La tributación y las leyes cerealistas"], publicado en la *Edinburgh Review* de enero de 1820, las ideas de Barton (artículo que en realidad era un comentario al aludido folleto), Ricardo escribió a McCulloch combatiendo dicha opinión. McCulloch había señalado que "el capital fijo invertido en una máquina debe siempre desplazar una cantidad considerablemente mayor de capital circulante, ya que de otra manera no habría motivo para aumentarlo; por tanto su primer efecto consiste en bajar, y no en aumentar, la tasa de salarios".²¹⁶ En contestación, Ricardo dijo: "Creo que el empleo de maquinaria no reduce nunca la demanda de mano de obra, no es nunca la causa de un descenso del precio de la mano de obra, sino el efecto de su incremento".²¹⁷ McCulloch adoptó dicho punto de vista, y en un artículo en la *Edinburgh Review* de marzo de 1821, sostuvo que "ningún perfeccionamiento de la maquinaria tiende a reducir la demanda de mano de obra, o la tasa de los salarios".²¹⁸ No es muy sorprendente su enérgica reprobación ante el cambio repentino de Ricardo sobre este asunto ni que al ver la nueva edición se quejara amargamente (en una carta publicada ahora, por vez primera) de "la tremenda equivocación en los principios que muy a la ligera suscribió con su nombre".²¹⁹

La redacción de las *Notas a Malthus*, en el otoño de 1820, particularmente la Nota 149, marcó un período de transición del pensamiento de Ricardo al respecto. En su capítulo "De los salarios del trabajo" Malthus había citado a Barton, con referencia al efecto de que "la demanda de trabajo tiene que ser proporcional al aumento del capital circulante, no del capital fijo": ahora bien, mientras admitía que "esto es sin duda cierto en casos particulares", Malthus afirmó que "no es necesario hacer esa distinción con referencia a toda la nación", y que "en general... el uso de capital fijo es extremadamente favorable a la abundancia de capital circulante".²²⁰

Los comentarios de Ricardo al respecto fueron los siguientes: "La demanda efectiva de mano de obra tiene que depender del aumento de la parte del capital con que se pagan los salarios... para el capitalista puede no tener importancia que su capital consista en capital fijo o en capital circulante, pero es de la mayor importancia para los que viven de los salarios del trabajo; están grandemente interesados en aumentar el ingreso bruto, ya que es del ingreso bruto del que tienen que depender los medios de abastecer a la población. Si el capital se realiza en maquinaria, habrá poca demanda de un aumento de la cantidad de trabajo".²²¹

Otra Nota (153) parece acercarse aún más a la nueva doctrina: "Si fuera posible hacer con caballos casi todo el trabajo desempeñado por hombres, el empleo de caballos sería, en ese caso, aunque le acompañase una producción mayor, ventajoso para la clase trabajadora? ¿No haría, por el contrario, disminuir mucho la demanda de mano de obra?"²²²

El paso final de este cambio de opinión surgió cuando (como dice él mismo en el nuevo capítulo) dejó de sostener que "siempre que el ingreso neto de una sociedad aumentara, su ingreso bruto aumentaría también",²²³ y vino a

²¹⁶ *Edinburgh Review*, enero de 1820, p. 171.

²¹⁷ Carta a McCulloch, 29 de marzo de 1820, *infra*, tomo VIII.

²¹⁸ *Edinburgh Review*, marzo de 1821, p. 115.

²¹⁹ De McCulloch a Ricardo, 5 de junio de 1821, *infra*, tomo VIII. Dice también que si la nueva opinión de Ricardo es correcta

"las leyes contra los Ludditas son una vergüenza para el Código" (*ib.*).

²²⁰ *Infra*, tomo II, pp. 168-70.

²²¹ *Ib.* pp. 166-7.

²²² *Ib.* p. 169 y cp. nota 27, al pie. Sin embargo, Ricardo señala en la nota 243 que se derivan "puras ventajas" de los inventos para economizar la mano de obra (*ib.* p. 259).

²²³ *Infra*, p. 289.

sostener, en cambio, que la introducción de maquinaria podría ser provechosa para incoar y hasta para originar un menor producto total y una disminución en la demanda de mano de obra.

No se sabe a ciencia cierta cuándo adoptó Ricardo el punto de vista final de que la maquinaria perfeccionada podría, en realidad, disminuir el producto bruto. En una anotación de su diario, contemporánea a la muerte de Ricardo, en septiembre de 1823, Mallet señaló: "Ocurrió accidentalmente durante una comida en su casa (la de Ricardo) hace tres años, estando presentes el Señor Grenfell, el Sr. Tooke y otras personas; como consecuencia de una objeción que se me ocurrió con respecto a las opiniones prevaletentes sobre el tema del beneficio indudable resultante de la sustitución del trabajo humano por la maquinaria, el Sr. Ricardo se vio obligado posteriormente (a pesar de que a la sazón no estaba de acuerdo conmigo) a reconsiderar dicho tema, y a redactar el capítulo complementario sobre maquinaria en su tercera edición. Él mismo me lo dijo de la manera más amable e ingenua".²²⁴ Aparentemente no había cambiado su opinión para el 29 de noviembre de 1820;²²⁵ el primer indicio que de ello tenemos es una carta de Malthus a Sismondi, de fecha 12 de marzo de 1821, donde se menciona que Ricardo modificó su punto de vista con respecto a la maquinaria.²²⁶ Es evidente que McCulloch no estaba enterado de nada hasta que recibió una carta de Ricardo, de 25 de abril de 1821, con referencia a "un cambio en mis opiniones relativas a las ventajas de la maquinaria".²²⁷ Sin embargo, una vez efectuado el cambio, Ricardo defendió con afán su nueva posición contra las objeciones de McCulloch. "Estas verdades —escribió— me parecen tan fáciles de demostrar como cualquiera de las de la geometría, y me sorprende el no haberlas encontrado antes".²²⁸

VIII. LA PRESENTE EDICIÓN

La presente edición de los *Principios* está basada en una colación de las ediciones primera, segunda y tercera. El texto adoptado es el de la tercera, publicada en 1821, última en ser revisada por Ricardo. Todas las variantes de las ediciones 1 y 2 se señalan en las notas de pie de página del editor.

Sin embargo, se adoptó un método especial en el caso del Capítulo I, Sobre el Valor, en algunos de cuyos pasajes los cambios son tan amplios y tan complicados que no permitían su explicación correcta para el lector mediante las solas notas de pie de página. En consecuencia, al final de dicho capítulo, el texto de la primera edición, correspondiente a las últimas dos terceras partes del capítulo, se imprimió en tipo más pequeño, a modo de Apéndice (pp. 39-50). Las notas de pie de página del texto correspondiente a la tercera edición (pp. 20-38) señalan todas las diferencias con respecto a las ediciones 1 y 2; pero mientras los pasajes más cortos se citan íntegramente en las notas de pie de página, de los más amplios sólo damos referencias en el texto del Apéndice. Por otra parte, las notas de pie de página del texto de la primera edición, señaladas en el Apéndice, indican únicamente los cambios de la segunda edición.

Además, para dar mayor claridad a las modificaciones en el orden del texto, una tabla de Concordancias, que muestra la posición relativa de los

²²⁴ En *Political Economy Club, Centenary Volume*, 1921, pp. 211-12. La ocasión citada puede haber sido la comida de 12 de enero de 1820, para la cual véase *infra*, tomo VIII.

²²⁵ Véase carta a Malthus de esa fecha, *ib.*

²²⁶ *Infra*, tomo VIII.

²²⁷ *Ib.*

²²⁸ Carta de 18 de junio de 1821, *ib.*

párrafos correspondientes a las ediciones 1 y 3 de dicha parte del capítulo, se incluye al final de la presente Introducción, impresa en una hoja plegada. La colación entre los pasajes señalados en dicha Tabla no es, a veces, más que aproximada, y para una mayor precisión, el lector deberá recurrir a las notas de pie de página. En la misma hoja plegada se encontrará una Tabla similar para la localización en la tercera edición de los nuevos párrafos agregados a la segunda edición.

Combinando así el uso de las Tablas de Concordancias y de las notas de pie de página, el lector podrá leer la tercera edición buscando su texto en las versiones anteriores de las ediciones 1 y 2, o, alternativamente, leer la primera edición, siguiendo las modificaciones sufridas por el texto en las ediciones subsiguientes.

Una Tabla comparativa de los encabezados de secciones del Capítulo Sobre el Valor, para las ediciones 2 y 3, puede encontrarse al final de la presente Introducción.

El Índice original de Ricardo se reproduce en el presente texto con las variantes de las ediciones, según se describe en la página 320 *infra*.

Para facilitar en la edición actual la identificación de las referencias de páginas que de las diversas ediciones de los *Principios* citan más los diversos autores, al final del presente volumen se incluye una Tabla de Correspondencia de Páginas.

Tanto en éste como en los subsiguientes volúmenes de la presente edición, las notas de pie de página del autor se indican con asteriscos y se imprimen a lo ancho de la página, mientras que, para distinguirlas de las anteriores, las del editor son numeradas y (cuando su extensión lo permite) vienen impresas en doble columna.

Las notas de pie de página del editor intentan señalar las fuentes de Ricardo correspondientes a los pasajes en cuestión, y completar sus referencias relativas a ciertas autoridades. Las referencias sobre Adam Smith han sido complementadas con las páginas correspondientes de la *Riqueza de las Naciones*, editada por Cannan (2 vols., Londres, Methuen, 1904) [y en español por el F. de C. E., México, 1958].

Se conservaron la ortografía y puntuación del original. Los errores evidentes de imprenta han sido corregidos, pero subsisten los que son susceptibles de un significado alternativo; en ambos casos se llama la atención del lector, mediante una nota de pie de página.

CUADRO DE ENCABEZAMIENTOS DE SECCIÓN DEL CAPÍTULO I, EN LAS EDICIONES 2 Y 3

EDICIÓN 2

EDICIÓN 3

SECCIÓN I. El valor de un artículo, o sea, la cantidad de cualquier otro artículo por la cual puede cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que se necesita para su producción, y no de la mayor o menor compensación pagada por dicho trabajo. p. 11

SECCIÓN II. La acumulación de capital no afecta al principio establecido en la sección anterior. p. 22

SECCIÓN III. El principio establecido en la sección anterior, se modifica en forma considerable por el empleo de maquinaria como capital fijo. p. 30

SECCIÓN IV. El principio de que el valor no varía con el aumento o la reducción de los salarios, queda modificado también por la durabilidad desigual del capital, y por la desigual rapidez con la cual vuelve a quien lo utiliza. p. 38

SECCIÓN V. Distintos efectos ocasionados por la alteración del valor del dinero, medio conforme al cual siempre se expresa el PRECIO, o por la alteración en el valor de los bienes que el dinero adquiere. p. 47

SECCIÓN I. El valor de un artículo, o sea, la cantidad de cualquier otro artículo por la cual puede cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que se necesita para su producción, y no de la mayor o menor compensación que se paga por dicho trabajo. p. 11 [p. 9]

SECCIÓN II. Las distintas calidades de trabajo son remuneradas de diferente modo. No es, ésta, una causa de variación del valor relativo de los bienes. p. 20 [p. 16]

SECCIÓN III. El valor de los bienes no sólo resulta afectado por el trabajo que se les aplica de inmediato, sino también por el trabajo que se empleó en los instrumentos, herramientas y edificios con que se complementa el trabajo inmediato. p. 22 [p. 17]

SECCIÓN IV. El principio de que la cantidad de trabajo empleada en la producción de bienes determina su valor relativo, considerablemente modificado por el empleo de maquinaria u otro capital fijo y duradero. p. 30 [p. 23]

SECCIÓN V. El principio de que el valor no varía con el aumento o la reducción de los salarios, queda modificado también por la durabilidad desigual del capital, y por la desigual rapidez con la cual vuelve a quien lo utiliza p. 30 [p. 29]

SECCIÓN VI. Sobre una medida invariable del valor. p. 43 [p. 33]

SECCIÓN VII. Distintos efectos ocasionados por la alteración del valor del dinero, medio conforme al cual siempre se expresa el PRECIO, o por la alteración en el valor de los bienes que el dinero adquiere. p. 47 [p. 35]

Las cifras entre corchetes remiten a las páginas de la presente edición en español.

CUADRO DE CONCORDANCIAS

entre las ediciones 1 y 3, por párrafos, de la parte final del capítulo I, Sobre el valor

EDICIÓN 1

EDICIÓN 3

pág.	pág.
El ahorro 39	20 El ahorro
En cualquier sociedad 39	20 Supongamos que en las etapas
Según que el capital 39	21 Si con la misma cantidad
Dos industrias 39	21 Si existiera algún otro bien
Por añadidura 39	21 Supongamos que el dinero
Además de la alteración 39	21 Ninguna alteración
Supongamos que en las etapas	22 Supongamos ahora
Si con la misma cantidad 40	22 En consecuencia, si tuviéramos
Si existiera algún otro 40	
Supongamos que el dinero 40	Sección IV
Ninguna alteración 41	23 En la sección anterior
Los precios de los bienes 41	23 Los alimentos y la ropa
Si la mina de oro 41	23 Según la rapidez
Supongamos ahora que 41	24 También debe observarse
En consecuencia, si tuviéramos	24 Dos industrias
Si entre los capitales 42	24 En una industria
Primero, si entre los capitales	24 A su vez, dos manufactureros
Ahora bien, si los salarios 43	24 Si para producir, los hombres
Vemos entonces que 43	25 Si emplean capital fijo
Segundo, supongamos 44	25 Ahora bien, aunque los bienes
Supongamos que se fabrica 44	25 Supongamos que dos personas
Si la misma cantidad 44	26 Supongamos que se pagaron
Ahora bien, como el propietario	26 Pero ¿cómo quedaría afectado
En proporción a la duración 45	26 El valor del trabajo no puede
Estos resultados 46	27 Sin embargo, el lector
Un fabricante de sombreros 46	27 No ocurre lo mismo
Resulta entonces que en propor-	28 Huelga decir.
ción 47	28 Supongamos que yo emplee
La afirmación anterior 47	28 En este caso parece
Siendo el dinero un bien 48	29 Parece entonces que
El aumento de los salarios 48	
De acuerdo con la distribución 48	Sección V
No es mediante la cantidad 48	29 En el apartado anterior
Por grande que sea la variación	29 Si el capital fijo no es
Si, con un capital 49	30 En cambio, un aumento
Si al mismo tiempo 49	30 He señalado ya que
Resulta, pues, que siendo 49	31 Sin embargo, el fabricante
A pesar de que siguen subiendo	32 Comprenderemos, así, que
También se observa que 50	32 Parece también que en
	Sección VI
	33 Cuando los bienes
	33 Por ejemplo, si
	33 Si suponemos que
	34 Así pues, si supongo
	34 Para facilitar, pues,
	35 Antes de dejar
	35 También considero necesario
	Sección VII
	35 Aunque, como ya he explicado
	36 Como el dinero es un bien
	36 Siendo el dinero un bien
	36 Un aumento en los salarios,
	36 Según sea la distribución
	37 No es mediante la cantidad
	38 Por grande que sea la variación
	38 Si, con un capital
	38 Si al mismo tiempo

[Véase p. 13, n. 9, donde aparece una exposición que puede compararse con ésta]

CUADRO DE CONCORDANCIAS

entre las ediciones 2 y 3, de los párrafos añadidos en la parte final del capítulo I, Sobre el valor

pág.	EDICIÓN 2	pág.	EDICIÓN 3
52, n. 1		31, n.	
[39, n. 1]	División no esencial	[24, n.]	Una división no esencial
52, n. 1		31	
[39, n. 2]	También debe observarse	[24]	También debe observarse
56, n. 1			
[42, n. 3]	Según esta sección, resulta		
58, n. 1		37	
[43, n. 7]	Resulta entonces que	[29]	Parece entonces que
58, n. 2		38	
[44, n. 8]	En la sección anterior	[29]	En el apartado anterior
60, n. 1			
[45, n. 12]	Para ilustrar mejor		
61, n.		37	
[46, n.]	El mismo resultado	[28]	Huelga decir que
		37	
		[28]	Supongamos que yo emplee
		37	
		[28]	Este caso parece
62, n. 1		42	
[47, n. 13]	Se observará entonces	[32]	Comprenderemos, así, que
65, n. 3		51	
[49, n. 23]	Si con un capital	[38]	Si, con un capital

Las cifras entre corchetes corresponden a la presente edición en español.

ON

THE PRINCIPLES

OF

POLITICAL ECONOMY,

AND

TAXATION.

By DAVID RICARDO, Esq.

LONDON:

JOHN MURRAY, ALBEMARLE-STREET.

1817.

ON
THE PRINCIPLES
OF
POLITICAL ECONOMY,
AND
TAXATION.

BY DAVID RICARDO, ESQ.

SECOND EDITION.

LONDON:
JOHN MURRAY, ALBEMARLE-STREET.

1819.

ON
THE PRINCIPLES
OF
POLITICAL ECONOMY,
AND
TAXATION.

BY DAVID RICARDO, ESQ.

THIRD EDITION.

LONDON:
JOHN MURRAY, ALBEMARLE-STREET

1821.

PREAMBULO

EL PRODUCTO de la tierra —todo lo que se obtiene de su superficie mediante la aplicación aunada del trabajo, de la maquinaria y del capital— se reparte entre tres clases de la comunidad, a saber: el propietario de la tierra, el dueño del capital necesario para su cultivo, y los trabajadores por cuya actividad se cultiva.

Pero en distintas formas de sociedad, las proporciones del producto total de la tierra que serán imputadas a cada una de estas tres clases, bajo los nombres de renta, utilidad, y salarios, serán esencialmente diferentes, dependiendo principalmente de la fertilidad real del suelo, de la acumulación de capital y de población, y de la habilidad, del ingenio y de los instrumentos utilizados en la agricultura.

La determinación de las leyes que rigen esta distribución es el problema primordial de la Economía Política: a pesar de los grandes avances de esta ciencia, gracias a las obras de Turgot, Stuart, Smith, Say, Sismondi y otros, dichos autores aportan muy poca información satisfactoria con respecto al curso natural de la renta, de la utilidad y de los salarios.

En 1815 el Sr. Malthus, en su "Investigación sobre la naturaleza y desarrollo de la renta", y un Fellow del University College, Oxford,¹ en su "Ensayo acerca de la aplicación del capital a la tierra," presentaron al mundo, casi en forma simultánea, la verdadera doctrina de la renta, sin cuyo conocimiento es imposible comprender el efecto del progreso de la riqueza sobre las utilidades y los salarios, o rastrear satisfactoriamente la influencia de los impuestos sobre las distintas clases de la comunidad; particularmente cuando los productos gravados pertenecen al grupo de bienes que se obtienen directamente de la superficie de la tierra. Adam Smith, y los demás autores famosos antes señalados, por no haber considerado correctamente los principios de la renta, han dejado advertidas, en mi opinión, muchas verdades importantes que sólo pueden descubrirse después de haber entendido por completo la materia de la renta.

Para contrarrestar esta deficiencia, se requieren habilidades muy superiores a las que posee el autor de las páginas siguientes; sin embargo, después de estudiar detenidamente dicho tema —aprovechando la ayuda que le han prestado las obras de las eminentes autores antes mencionados, y después de la experiencia valiosa que los últimos años, pródigos en acontecimientos, han brindado a la generación presente— no se considerará presunción en él, confía el autor, el formular sus puntos de vista acerca de las leyes propias de las utilidades y de los

¹ Edward West.

salarios, así como de la operación de los impuestos. Si los principios que él considera correctos se comprueban más tarde, quedará para otros, más capacitados que él, rastrearlos en todas sus consecuencias importantes.

Combatiendo opiniones tradicionales, el autor encontró necesario subrayar en especial los pasajes de los escritos de Adam Smith con los cuales no está de acuerdo; pero espera que no por ello se sospeche que, en comunidad con todos cuantos reconocen la importancia de la ciencia de la Economía Política, no participa en la admiración que con tanta justicia suscita la profunda labor de ese eminente autor.

Lo mismo puede aplicarse a las excelentes obras del Sr. Say, quien no sólo fue el primero, o de los primeros escritores del Continente, que apreció y aplicó correctamente los principios de Smith, y que hizo más que todos los escritores continentales juntos por recomendar los principios de este sistema, inspirado y provechoso, a las naciones de Europa; logró ordenar la ciencia de una manera más lógica e instructiva, enriqueciéndola con diversas discusiones, originales, precisas y profundas.* Sin embargo, el respeto que al autor le inspiran los escritos de este caballero, no le ha impedido comentar, con la libertad que considera requieren los intereses de la ciencia, los párrafos de la "Economie Politique" que no concuerdan con sus ideas.

* El Cap. XV, parte 1, "Des Débouchés", contiene, en particular, algunos principios muy importantes, que, según creo, este distinguido autor fue el primero en explicar.²

² La referencia corresponde a la 2ª ed., 1814, del *Traité d'économie politique* de Jean Baptiste Say; el capítulo "Des débouchés" estaba ya incluido en la primera edición, publicada en el año de 1803 (Volumen I, capítulo XXII).

ADVERTENCIA A LA TERCERA EDICIÓN

EN ESTA edición he intentado explicar más detalladamente que en la última mi opinión sobre el difícil tema del VALOR, y con dicho propósito he efectuado algunas adiciones al primer capítulo. También inserté un nuevo capítulo referente a la MAQUINARIA y a los efectos de su perfeccionamiento sobre los intereses de las diferentes clases del Estado. En el capítulo sobre las PROPIEDADES DISTINTIVAS DEL VALOR Y LAS RIQUEZAS, examiné las doctrinas de M. Say acerca de tan importante tema, tales como aparecen en la cuarta y última edición de su obra. En el último capítulo intenté formular, conforme a un punto de vista más sólido que antes, la doctrina de la capacidad de una nación para pagar impuestos monetarios adicionales, a pesar de que el valor monetario del conjunto de sus bienes decrezca debido a que se requiere una menor cantidad de trabajo para producir cereales en su propia tierra, a los perfeccionamientos en el cultivo, o bien a que dicha nación adquiere una parte de sus cereales a un precio inferior al del extranjero, mediante la exportación de sus bienes manufacturados. Esta consideración es de la mayor importancia, en vista de que concierne al tema de una política encaminada a mantener la libre importación de los cereales extranjeros, particularmente en una nación sobrecargada por un elevado impuesto monetario fijo, consecuencia de una enorme Deuda Nacional. Me esforcé en demostrar que la aptitud para pagar impuestos no depende del valor monetario bruto del conjunto de bienes, ni del valor monetario neto de los ingresos de capitalistas y terratenientes, sino del valor monetario del ingreso de cada persona, comparado con el valor monetario de los bienes que consume de ordinario.

26 de marzo de 1821.

CAPÍTULO I

SOBRE EL VALOR

SECCIÓN I

El valor de un artículo, o sea la cantidad de cualquier otro artículo por la cual puede cambiarse, depende de la cantidad relativa de trabajo que se necesita para su producción, y no de la mayor o menor compensación que se paga por dicho trabajo.¹

ADAM SMITH observaba que "la palabra Valor tiene dos significados diferentes, pues a veces expresa la utilidad de un objeto particular, y, otras, la capacidad de comprar otros bienes, capacidad que deriva de la posesión del dinero. Al primero lo podemos llamar 'valor en uso', y al segundo 'valor en cambio'." "Las cosas" —continúa diciendo— "que tienen un gran valor en uso, tienen comúnmente escaso o ningún valor en cambio y, por el contrario, las que tienen un gran valor en cambio, no tienen, muchas veces, sino un pequeño valor en uso o ninguno".² El agua y el aire son sumamente útiles; son, además, indispensables para la vida; sin embargo, en circunstancias ordinarias, no se puede obtener nada a cambio de ellos. El oro, por el contrario, a pesar de tener poco uso, en comparación con el aire y el agua, podrá cambiarse por una gran cantidad de otros bienes.

Por consiguiente, la utilidad no es la medida del valor en cambio, aunque es absolutamente esencial para éste. Si un bien no fuera, de ningún modo, útil —en otras palabras, si no puede contribuir de ninguna manera a nuestras satisfacciones—, no tendría ningún valor en cambio, por escaso que pudiera ser, o sea cual fuere la cantidad de trabajo necesaria para obtenerlo.

Por poseer utilidad, los bienes obtienen su valor en cambio de dos fuentes: de su escasez y de la cantidad de trabajo requerida para obtenerlos.

Existen ciertos bienes cuyo valor está determinado tan sólo por su escasez. Ningún trabajo puede aumentar la cantidad de dichos bienes y, por tanto, su valor no puede ser reducido por una mayor oferta de los mismos. Ciertas estatuas y cuadros raros, libros y monedas escasos, vinos de calidad peculiar, que sólo pueden elaborarse con

¹ La ed. 1 no divide este capítulo en secciones; la ed. 2 lo divide en cinco secciones, y la ed. 3 en siete. La Sección I tiene el mismo título en las eds. 2 y 3.

² Riqueza de las Naciones, Libro I, Cap. IV; ed. de Cannan, p. 30. [Ed. en español del F. de C. E., México, 1958]. El pasaje sigue comparando el agua con los diamantes.

uvas cosechadas en un determinado suelo, del cual existe una cantidad muy limitada, todos ellos pertenecen a este grupo. Su valor es totalmente independiente de la cantidad de trabajo originariamente necesaria para producirlos, y varía con la diversa riqueza y las distintas inclinaciones de quienes desean poseerlos.

Sin embargo, estos bienes constituyen tan sólo una pequeña parte de todo el conjunto de bienes que diariamente se intercambian en el mercado. La mayoría de los bienes que son objetos de deseo se procuran mediante el trabajo, y pueden ser multiplicados, no solamente en una nación, sino en muchas, casi sin ningún límite determinable, si estamos dispuestos a dedicar el trabajo necesario para obtenerlos.

Por tanto, al hablar de los bienes, de su valor en cambio y de las leyes que rigen sus precios relativos, siempre hacemos alusión a aquellos bienes que pueden producirse en mayor cantidad, mediante el ejercicio de la actividad humana, y en cuya producción opera la competencia sin restricción alguna.

En las etapas iniciales de la sociedad, el valor en cambio de dichos bienes, o la regla que determina qué cantidad de uno debe darse en cambio por otro, depende casi exclusivamente³ de la cantidad comparativa de trabajo empleada en cada uno.

"El precio real de cualquier cosa, —dice Adam Smith—, lo que realmente le cuesta al hombre que quiere adquirirla, son las penas y las fatigas que su adquisición supone. Lo que realmente vale para el que ya la ha adquirido, y desea disponer de ella, o cambiarla por otros bienes, son las penas y fatigas de que lo librarán, y que podrá imponer a otros individuos".

"El trabajo fue, pues, el precio primitivo, la moneda originaria que sirvió para comprar y pagar todas las cosas." Más aún, "en el estado primitivo y rudo de la sociedad, que precede a la acumulación del capital y a la apropiación de la tierra, la única circunstancia que puede servir de norma para el cambio recíproco de diferentes objetos parece ser la proporción entre las distintas clases de trabajo que se necesitan para adquirirlos. Si en una nación de cazadores, por ejemplo, cuesta usualmente doble trabajo matar un castor que un ciervo, el castor, naturalmente, se cambiará por o valdrá dos ciervos. Es natural que una cosa que generalmente es producto del trabajo de dos días o de dos horas valga el doble que la que es consecuencia de un día o de una hora".*

Que ésta es, en realidad, la base del valor en cambio de todas las cosas, salvo de aquellas que no puede multiplicar la actividad humana, es una doctrina de importancia primordial para la economía política,

* Libro I. Cap. 5.4

³ Las eds. 1-2 dicen "depende únicamente". ⁴ Caps. v y vi; ed. F. de G. E., pp. 31 y 47.

ya que de ninguna otra fuente brotan tantos errores ni tanta divergencia de opiniones en esta ciencia como de las vagas ideas que van unidas a la palabra valor.

Si la cantidad de trabajo cristalizada en los bienes determina su valor en cambio, cualquier aumento de la cantidad de trabajo debe elevar el valor de este bien sobre el que se ha aplicado, así como cualquier disminución debe reducir su valor.

Adam Smith, quien definió de manera tan precisa la fuente original del valor en cambio —y que con tanta constancia iba a sostener que todas las cosas se vuelven más o menos valiosas en proporción a que se empleara más o menos trabajo en su producción—, instituyó también otro patrón de medida del valor, y habla de cosas que son más o menos valiosas, según se cambien por una cantidad mayor o menor de dicha medida normal. Unas veces habla de los cereales, otras veces del trabajo como medida normal; no la cantidad de trabajo empleada en la producción de cualquier objeto, sino la cantidad que puede ejercer su capacidad adquisitiva en el mercado: como si ambas fueran expresiones equivalentes y como si, debido a que el trabajo de un hombre se ha hecho doblemente eficiente y él pudiera producir en consecuencia doble cantidad de un bien, tuviese que recibir, a cambio de éste, el doble de la cantidad que antes recibía.

Si esto fuera cierto, si la recompensa del trabajador estuviera siempre en proporción a lo producido por él, la cantidad de trabajo empleado en un bien, y la cantidad de trabajo que este mismo bien adquiriría serían iguales, y cualquiera de ellas podría medir con precisión las variaciones de otras cosas: pero no son iguales; en muchas ocasiones, la primera es bajo muchas circunstancias una norma invariable, que indica correctamente las variaciones de otras cosas; la última está sujeta a tantas fluctuaciones como experimenten los bienes que con ella se comparen. Adam Smith, después de demostrar brillantemente la insuficiencia de un medio variable, como el oro y la plata, para determinar el valor variable de otras, escogió por sí mismo un medio que es igualmente variable al adoptar los cereales o el trabajo.

Sin duda alguna, el oro y la plata están sujetos a fluctuaciones, debido al descubrimiento de minas nuevas y más abundantes; pero dichos descubrimientos son raros, y sus efectos, a pesar de ser poderosos, están limitados a períodos de tiempo de duración relativamente corta. Están también sujetos a fluctuaciones ocasionadas por los perfeccionamientos de la destreza humana y de la maquinaria con que se operan las minas; y a consecuencia de dichas mejoras, puede obtenerse una mayor cantidad de estos metales con el mismo trabajo. Están además sujetos a la fluctuación generada por la producción de

creciente de las minas después de que éstas han proporcionado al mundo su suministro, a través de los años. Pero ¿de cuál de estas fuentes de fluctuaciones están exentos los cereales? ¿Acaso no varían también, por una parte, debido a las mejoras en la agricultura, en la maquinaria e implementos empleados en el cultivo, así como por el descubrimiento de nuevas tierras fértiles en otras naciones que pueden ponerse en cultivo y que afectarán el valor de los cereales en cualquier mercado donde existe la libre importación? ¿No pueden, por otra parte, lograr un mayor valor, debido a las prohibiciones de importación, al incremento de la población y de la riqueza, y a la mayor dificultad para obtener mayores suministros, considerando la cantidad adicional de trabajo que requiere el cultivo de suelos más pobres? ¿Acaso el valor del trabajo no es igualmente variable, afectándose no sólo como las demás cosas, por la proporción entre la oferta y la demanda, que varía de modo uniforme con cada cambio de situación en la comunidad, sino también por el precio variable de los alimentos y de otros bienes necesarios, en adquirir los cuales se gastan los salarios del trabajo?

En un país puede necesitarse en determinada época doble cantidad de trabajo para obtener una cierta cantidad de alimentos y artículos necesarios, del requerido en otra época mucho más tardía. Sin embargo, la recompensa del trabajador puede haber disminuido muy poco. Si los salarios del trabajador en la primera época estuviesen constituidos por una cierta cantidad de alimentos y de productos indispensables, con toda probabilidad no hubiera podido subsistir, si esa cantidad se redujera. En tal caso, los alimentos y productos indispensables habrán aumentado en un 100 por ciento, si se estimaran por la cantidad de trabajo necesario para su producción, mientras que sería de escasa monta el aumento de valor, si éste se mide por la cantidad de trabajo por la cual se podrán cambiar.

La misma observación puede hacerse con respecto a dos o más naciones. En América y en Polonia, en las tierras últimamente puestas en cultivo, un año de trabajo de un cierto número de hombres producirá muchos más cereales que una tierra de las mismas características en Inglaterra.⁵ Ahora bien, suponiendo que todos los demás productos necesarios sean igualmente baratos en estas tres naciones ¿no sería un gran error concluir que la cantidad de cereales adjudicada al trabajador sería proporcional, en cada país, a la facilidad de producción?

Si el calzado y la indumentaria del trabajador fueran susceptibles de producirse, debido a perfeccionamientos en la maquinaria, con

⁵ En la ed. 1 esta frase es como sigue: "En América y en Polonia, un año de trabajo producirá mucho más cereal que en Inglaterra".

una cuarta parte del trabajo actualmente necesario para su producción, bajarían probablemente un 75 por ciento; pero, está tan lejos de ser cierto que el trabajador podría consumir permanentemente cuatro abrigo o cuatro pares de zapatos en vez de uno, que es probable⁶ que sus salarios habrían de ajustarse, en poco tiempo, por los efectos de la competencia y por el incremento de la población, al nuevo valor de las productos indispensables para cuya adquisición se gastaron. Si dichas mejoras se extendieran a todos los objetos consumidos por el trabajador, al final de unos cuantos años probablemente lo encontraríamos en posesión de un goce adicional ínfimo o acaso nulo; por el contrario, el valor en cambio de esos bienes, comparado con cualquier otro bien, en cuya fabricación no se introdujo ninguna mejora, ha sufrido una reducción muy considerable, a pesar de que esos bienes fueron el producto de una cantidad de trabajo considerablemente disminuida.

No puede ser correcto, pues, decir con Adam Smith "que como el trabajo muchas veces podrá comprar más y otras menos cantidad de bienes", lo que varía es el valor de los mismos, y no el trabajo que los adquiere, y "por consiguiente, el trabajo, al no variar nunca de valor, es el único y definitivo patrón efectivo, por el cual se comparan y estiman los valores de todos los bienes",⁷ es correcto, en cambio, afirmar, como lo hizo Adam Smith en un pasaje anterior: "la única circunstancia que puede servir de norma para el cambio recíproco de diferentes objetos parece ser la proporción entre las distintas clases de trabajo que se necesitan para adquirirlos";⁸ o, en otras palabras, que la cantidad comparativa de bienes producidos por el trabajo es la que determina su valor relativo presente o pasado, y no las cantidades comparativas de bienes que se entregan al trabajador, a cambio de su trabajo.⁹

Dos bienes varían en su valor relativo, y deseamos saber en cuál de ellos ocurrió realmente la variación. Si comparamos el valor actual

⁶ Las eds. 1-2 no contienen la exposición "es probable".

⁷ Libro I, cap. v; p. 34. Las citas contienen ciertas inexactitudes, y las cursivas son, como en la mayoría de los otros casos, de Ricardo.

⁸ Libro I, cap. vi; p. 47. Citado con más amplitud, supra, p. 10.

⁹ En lugar de los cuatro párrafos que siguen en el texto, y que terminan la sección, las eds. 1-2 contienen el siguiente: "Si se pudiera encontrar algún bien que necesitara ahora y siempre exactamente la misma cantidad de trabajo para ser producido, dicho bien tendría un valor invariable, y sería eminentemente útil como norma para medir las variaciones de las demás cosas. No conocemos un bien de esta índole, y por tanto nos consideramos in-

capaces para establecer cualquier norma de valor. Sin embargo, para elaborar una teoría correcta es muy conveniente determinar cuáles son las cualidades esenciales de una norma, que podamos conocer las causas de las variaciones en el valor relativo de los bienes, y que, como consecuencia, podamos calcular el grado en que tienden a operar". Véase, sin embargo, un pasaje similar conservado en la ed. 3, infra, pp. 206-7, y cf. Sección VI, p. 33 ss., que aparece en la ed. 3.

En las eds. 1-2 el párrafo citado en la presente nota va directamente seguido por el párrafo que en la ed. 3 inicia la Sección II (p. 16); en la ed. 1, los dos párrafos están separados por un filete (única huella de subdivisión de dicho capítulo en la ed. 1); en la ed. 2, se suprimió el filete.

de uno, con zapatos, medias, sombreros, hierro, azúcar y todos los demás bienes, encontraremos que se cambiará precisamente por la misma cantidad de todas estas cosas que antes. Si comparamos otro producto con los mismos bienes, encontramos que ha variado con respecto a todos ellos, podremos deducir entonces con gran probabilidad que la variación ocurrió en dicho bien, y no en los que hemos comparado con dicho producto. Si examinamos con mayor detalle todas las circunstancias inherentes a la producción de estos diferentes bienes, observaremos que exactamente las mismas cantidades de trabajo y de capital son necesarias para la producción de zapatos, medias, sombreros, hierro, azúcar, etc., no necesitándose, sin embargo, la misma cantidad que antes para producir el bien singular cuyo valor relativo ha sido alterado, la probabilidad se convierte entonces en certeza, y adquiriremos la seguridad de que la variación ha afectado a dicho bien: así descubrimos, también, cuál ha sido la causa de su variación.

Si encontráramos que una onza de oro puede cambiarse por una menor cantidad de todos los bienes antes enumerados, y de muchos otros, y si, además, advirtiéramos que mediante el descubrimiento de una nueva mina más fructífera, o con el empleo de maquinaria más ventajosa, una cierta cantidad de oro podría obtenerse con menor cantidad de trabajo, estaríamos autorizados para decir que la causa de la alteración del valor del oro con respecto a los demás bienes, fue la mayor facilidad de su producción, o la menor cantidad de trabajo necesario para obtenerlo.

Análogamente, si el valor del trabajo se reduce considerablemente, en relación con todas las demás cosas, y si encuentro que la reducción es el resultado de una oferta abundante, estimulada por la mayor facilidad con que se producen los cereales y demás productos indispensables del trabajador, sería correcto decir, a mi juicio, que los cereales y otros artículos necesarios tienen un valor más bajo, debido a la menor cantidad de trabajo necesario para producirlos, y que esa mayor facilidad para subvenir al sostenimiento del trabajador ocasionó una disminución del valor del trabajo. No, dicen Adam Smith y el Sr. Malthus,¹⁰ en el caso del oro estaba Ud. en lo cierto al decir que su variación significaba una reducción de su valor, ya que entonces los cereales y el trabajo no habían sufrido variaciones; y como el oro podría cambiarse por una menor cantidad de ellos, así como de todas las demás cosas, que antes, era correcto decir que todas las cosas habían permanecido invariables, y que sólo el oro había variado; pero si bajan de precio los cereales y el trabajo, es decir, los bienes que hemos seleccionado como medida normal del valor a pesar de todas las

¹⁰ Malthus, *Principios de Economía Política*, cap. II, sec. VII, *infra*, tomo II, pp. 68ss.

variaciones a las que, como sabemos, se hallan sujetos, sería sumamente incorrecto decir lo mismo; lo adecuado sería señalar que los cereales y el trabajo permanecieron estacionarios, y todas las demás cosas aumentaron de valor.

Impugno ahora esta opinión. Advierto que precisamente, como en el caso del oro, la causa de la variación entre los cereales y otras cosas es la menor cantidad de trabajo necesario para producirlos; por tanto, en buena lógica, me veo obligado a llamar a esa variación de los cereales y del trabajo reducción de su valor, y no elevación del valor de las cosas con las cuales fueron comparados. Si tuviera que contratar un trabajador por una semana, y en vez de pagarle diez chelines le diera ocho, no habiendo ocurrido ninguna variación en el valor del dinero, el trabajador podría obtener probablemente más alimentos y productos necesarios, con sus ocho chelines, que antes con diez: sin embargo, esto no se debe a un incremento real de su salario, como mencionaron Adam Smith, y más recientemente el Sr. Malthus, sino a una disminución del valor de las cosas en que gasta su salario, cosa totalmente distinta; empero, si llamo a esto reducción del valor real de los salarios, se me dice que adopto un lenguaje nuevo e inusitado, irreconciliable con los verdaderos principios de la ciencia.¹¹ En mi opinión el lenguaje inusitado, que es, además, incongruente, es el que usan mis antagonistas.

Supongamos que un trabajador reciba un *bushel* de cereales en pago de una semana de labor, cuando el precio de los cereales es de 80s el cuartal, y que se le dé un *bushel* y cuarto cuando el precio de dicho producto desciende a 40s. Supongamos también que consume medio *bushel* de cereales a la semana para la alimentación de su familia, y que cambia el resto por otras cosas, tales como combustible, jabón, candelas, té, azúcar, sal, etc.; si las tres cuartas partes del *bushel* que le quedan, en un caso, no pueden procurarle la misma cantidad de los artículos antes señalados, que medio *bushel* le brindaría en otro caso, el valor del trabajo ¿habrá aumentado o disminuido? Aumentado, diría Adam Smith, ya que su norma son los cereales, y el trabajador percibe más cereales por una semana de labor. Disminuido, diría el mismo Adam Smith, "porque el valor de una cosa depende del poder adquisitivo que para lograr otros bienes brinda la posesión de dicha cosa",¹² y la mano de obra tiene menor poder para adquirir dichos otros bienes.

¹¹ Malthus, *op. cit.*, *infra*, II pp. 130-4.

¹² En sustancia, Libro I, cap. V, p. 32.

SECCIÓN II

Las distintas calidades de trabajo son remuneradas de diferente modo. No es, ésta, una causa de variación del valor relativo de los bienes.¹³

* Sin embargo, al hablar del trabajo como base de todo valor y de la cantidad relativa de trabajo como determinante casi exclusivo¹⁴ del valor relativo de los bienes, no debe suponerse que paso por alto las distintas calidades de trabajo ni la dificultad que surge al comparar el trabajo de una hora o de un día, en una ocupación, con la misma duración del trabajo, en otra. La valuación¹⁵ de las distintas calidades de trabajo se ajusta rápidamente en el mercado para los fines prácticos y depende mucho de la destreza comparativa del trabajador, así como de la intensidad del trabajo realizado. Una vez establecida esa escala, está sujeta a pocas variaciones. Si el trabajo diario de un joyero es más valioso que la labor diaria de un obrero común, ha sido ajustado desde hace mucho tiempo, y se le sitúa en su debida posición en la escala del valor.*

Por consiguiente, al comparar el valor del mismo bien, en distintos periodos, la consideración de la destreza comparativa y de la intensidad del trabajo necesario para obtener el bien en cuestión, raras veces necesitan ser tenidas en cuenta, ya que influyen por igual en ambos periodos. Una descripción del trabajo en una época se compara con la misma descripción del trabajo, en otra; si una décima, quinta o cuarta parte ha sido agregada o suprimida, el valor relativo del bien registrará un efecto proporcional a la causa.

Si una pieza de paño tiene ahora el valor de dos piezas de lino, y si, de aquí a diez años, el valor ordinario de una pieza de paño llega a ser de cuatro piezas de lino, podemos concluir lógicamente, que o bien se requirió más trabajo para fabricar el paño, o menos trabajo para fabricar el lino, o que ambas causas han operado.

Como la investigación hacia la cual quiero orientar la atención del lector se vincula al efecto de las variaciones en el valor relativo de los bienes, y no en su valor absoluto,¹⁶ tendrá poca importancia in-

* "Pero aunque el trabajo es la medida real del valor en cambio de todos los bienes, generalmente no es la medida por la cual se estima ese valor. Con frecuencia es difícil averiguar la relación proporcional que existe entre cantidades diferentes de trabajo. El tiempo que se gasta en dos diferentes clases de tarea no siempre determina de una manera exclusiva esa proporción. Han de tomarse en cuenta los grados diversos de fatiga y de ingenio. Una hora de trabajo penoso contiene a veces más esfuerzo que dos horas

¹³ La ed. 2 no contiene este título, y sigue la Sección I hasta p. 22.

¹⁴ Las eds. 1-2 no contienen "casi exclusivo".

¹⁵ Como señala Cannan (Repaso a la teoría económica, p. 408).

¹⁶ Cp. una distinción similar en una carta de 9 de octubre de 1820, *infra*, tomo VIII.

dar el grado comparativo de valoración vigente para las distintas clases de trabajo humano. Podemos concluir con razón suficiente que cualquier desigualdad que originariamente pudiera haber existido en ellas, cualquiera que sea el ingenio, la destreza, o el tiempo necesario para la adquisición de ciertos tipos de habilidad manual superiores a otras, dicha desigualdad seguirá siendo casi la misma de una generación a la siguiente, o, por lo menos, que la variación es ínfima de un año a otro, y por consiguiente, puede influir muy poco, a la corta, sobre el valor relativo de los bienes.

"Como ya tuvimos ocasión de observar, la riqueza o la pobreza de la sociedad, su estado progresivo, estacionario o decadente, no tienen una gran influencia en la proporción tanto de los niveles de los salarios como de los beneficios en los distintos empleos. Esas revoluciones en el bienestar general, aun cuando generalmente afectan los niveles generales, lo mismo de los salarios que de los beneficios, a la postre afectan por igual las distintas clases de empleos. Así la proporción entre ellos continúa manteniéndose igual y no puede alterarse por tales revoluciones, a no ser en un espacio considerable de tiempo." *

SECCIÓN III

El valor de los bienes no sólo resulta afectado por el trabajo que se les aplica de inmediato, sino también por el trabajo que se empleó en los instrumentos, herramientas y edificios con que se complementa el trabajo inmediato.¹⁷

Aun²⁰ en aquella etapa inicial a que se refiere Adam Smith, cierto capital, posiblemente logrado o acumulado por el propio cazador, sería

de una labor fácil, y más trabajo, también, la aplicación de una hora de trabajo en una profesión cuyo aprendizaje requiere el trabajo de diez años, que un mes de actividad en una labor ordinaria y de fácil ejecución. Mas no es fácil hallar una medida idónea del ingenio y del esfuerzo. Es cierto, no obstante, que al cambiar las diferentes producciones de distintas clases de trabajo se suele admitir una cierta tolerancia en ambos conceptos. El ajuste, sin embargo, no responde a una medida exacta sino al regateo y a la puja del mercado de acuerdo con aquella grosera y elemental igualdad, que, aun no siendo exacta, es suficiente para llevar a cabo los negocios corrientes de la vida ordinaria." *Riqueza de las Naciones*, libro 1, cap. 10.¹⁷

* *La riqueza de las naciones*, libro 1, cap. 10.¹⁸

¹⁷ Este pasaje se encuentra en realidad en el Libro I, cap. V; p. 32. Pero el Libro I, cap. X, pte. 1, contiene una larga discusión del mismo tema.

¹⁸ Ed. F. de C. E., p. 139.

¹⁹ En ed. 2 "Sección II. La acumulación de capital no afecta al principio mencionado en la sección anterior."

²⁰ Las eds. 1-2 anteponen a este párrafo un pasaje adicional, que es el siguiente: "Del extracto que he hecho en la página [10] de la

'Riqueza de las Naciones' se observará que, a pesar de reconocer el principio, de que la proporción entre las cantidades de trabajo necesarias para adquirir diferentes objetos, es la única circunstancia que puede procurar una norma para el respectivo cambio, Adam Smith limita su aplicación al 'estado primitivo y rudo de la sociedad, que precede a la acumulación de capital y a la apropiación de la tierra'; como si, cuando las utilidades y la renta tienen que pagarse, tuvieran alguna influencia sobre el va-

necesario para permitirle matar a su presa. Sin arma alguna, ni el castor ni el venado pueden ser cazados, y por tanto el valor de dichos animales dependerá no solamente del tiempo y del trabajo necesario para su captura, sino también del tiempo y del trabajo indispensable para que el cazador se provea de su capital, del arma, con cuya ayuda efectuó la cacería.

Supongamos que el arma necesaria para matar al castor haya sido²¹ confeccionada con mucho más trabajo del que se necesitó para fabricar el arma adecuada para matar al venado; debido a la mayor dificultad que ofrece el acercarse convenientemente al primer animal, y a la consiguiente necesidad de disponer de una arma más precisa; un castor tendría naturalmente un valor mayor que dos venados, y precisamente por la razón de que, en general, se requerirá más trabajo para capturarlo. O supongamos que la misma cantidad de trabajo es necesaria para producir ambas armas, pero que la duración de ellas fuera desigual; solamente una pequeña porción del valor del instrumento durable sería transferida al bien, y una mayor porción del valor del instrumento menos duradero sería agregada al valor del bien que contribuyó a producir.²²

Todos los implementos necesarios para matar al castor y al venado podrían pertenecer a una clase de hombres, y el trabajo empleado para su captura ser suministrado por otra clase; aun así, sus precios comparativos serían proporcionales al trabajo realmente empleado, tanto en la formación del capital como en la captura de los animales. Dadas las circunstancias diversas de abundancia o escasez de capital, en relación con el trabajo, o la situación de abundancia o escasez de alimentos y de productos esenciales para la subsistencia del hombre, quienes aportaron igual valor de capital para un empleo o para otro, podrían percibir la mitad, la cuarta parte o un octavo del producto obtenido, siendo pagado el remanente como salarios a quienes suministraron el trabajo; sin embargo, esta distribución no afectaría el valor relativo de los bienes en cuestión, ya que a pesar de que las utilidades del capital fueron mayores o menores, ya fueran de 50, 20 o 10 por ciento, o que los salarios de la mano de obra hayan sido altos o bajos, afectarían de igual manera a ambos empleos.

lor relativo de los bienes, independientemente de la mera cantidad de trabajo que requirió su producción.

"Sin embargo, Adam Smith no analiza en ninguna parte los efectos de la acumulación de capital, ni de la apropiación de la tierra, sobre el valor relativo. Por consiguiente, es importante determinar hasta qué punto resultan alterados o modificados los efectos que evidentemente se producen sobre el valor en cambio de los bienes, por la cantidad comparativa

de trabajo necesaria para su producción, o por la acumulación del capital y el pago de la renta.

"Primero, en cuanto a la acumulación de capital. Aún", etc.

Este "primero" está relacionado con la frase "Queda sin embargo, por considerar", con la que se inicia el capítulo sobre la Renta, p. 51; cf. también pp. 58-9.

²¹ Eds. 1-2 "fue".

²² Las eds. 1-2 no contienen la frase que empieza en "O supongamos".

Si suponemos que las ocupaciones de la sociedad fueron aumentando, que unas requerían canoas y los implementos necesarios para la pesca, otras la semilla y la tosca maquinaria inicialmente empleada en la agricultura, el mismo principio sigue siendo válido: el valor de cambio de los bienes producidos sería proporcional al trabajo empleado en su producción: no sólo en su producción inmediata, sino en todos aquellos implementos o máquinas requeridos para llevar a cabo el trabajo particular al que fueron aplicados.

Si consideramos una era de la sociedad en la que se realizaron grandes progresos, y en la que florecieron el artesanado y el comercio, advertiremos que los bienes varían en su valor; de acuerdo con ese principio: por ejemplo, al calcular el valor en cambio, de las medias, encontraremos que su valor, en comparación con otras cosas, depende de la cantidad total de trabajo necesario para manufacturarlas y llevarlas al mercado. *Primero es el trabajo necesario para cultivar el suelo donde crece el algodón; segundo, el trabajo de transportar el algodón hasta el país donde van a fabricarse las medias, operación que incluye una porción del trabajo utilizado durante la construcción del barco que lo va a transportar, porción incluida en los fletes de las mercaderías; en tercer lugar, el trabajo del hilandero y del tejedor; en cuarto, una parte del trabajo del ingeniero, del herrero, del carpintero que erigieron los edificios y construyeron la maquinaria con cuya ayuda se producen las medias; en quinto lugar, el trabajo del comerciante al menudeo, y de muchos otros a los cuales huelga referirse. La suma total de estas diversas clases de trabajo determina la cantidad de otras cosas por las cuales dichas medias podrán cambiarse, mientras que la misma consideración de las diversas cantidades de trabajo que se han utilizado en esas otras cosas, determinará igualmente la porción de ellas que se dará a cambio de las medias.

Para convencernos de que ésta es la verdadera base del valor en cambio, supongamos que se realiza cualquier perfeccionamiento en los medios de reducir el trabajo en uno de los varios procesos por los cuales pasa la fibra de algodón, antes de que las medias elaboradas sean llevadas al mercado, para ser cambiadas por otras cosas, y observemos los efectos que resultarán. Si se necesitaron menos hombres para cultivar algodón, o si se emplearon menos marineros para tripular barcos, o menos obreros en la construcción de los buques que transportan la fibra; si se utilizaron menos personas en la construcción de edificios y en la fabricación de la maquinaria, o si las instalaciones, una vez efectuadas, tuvieran un rendimiento más eficiente, las medias bajarían inevitablemente de valor, y por consiguiente se cambiarían por una cantidad menor de otras cosas. Bajarían porque una menor cantidad de trabajo fue necesaria para su producción,

y por tanto se cambiarían por una menor cantidad de aquellas cosas en cuya producción el trabajo no se ha reducido.

El ahorro²³ en el uso de la mano de obra nunca deja de reducir el valor relativo de un bien, ya se realice el ahorro en el trabajo necesario para la fabricación del bien mismo, o en el requerido para la formación de capital, con cuya ayuda se produce dicho bien. En cualquier caso, el precio de las medias bajará, ya se empleen menos hombres en los procesos de blanqueo, hilado o tejido, obreros inmediatamente necesarios para su producción, o en las operaciones de transporte, ingeniería y herrería, cuyos operarios están más indirectamente relacionados con la producción misma. En el primer caso, la totalidad del ahorro de trabajo afectará a las medias, ya que dicha porción de trabajo fue enteramente dedicada a su producción; en el otro, solamente parte del mismo afectará a las medias, beneficiando el resto a todos aquellos otros bienes a cuya producción contribuyen también los edificios, la maquinaria y los transportes.²⁴

Supongamos que en las etapas iniciales de la sociedad, los arcos y flechas del cazador fueron del mismo valor y de la misma duración que la canoa y los implementos del pescador, porque ambos productos eran resultado de una misma cantidad de trabajo. En tales circunstancias, el valor del venado, producto de un día de trabajo del cazador, sería exactamente igual al valor del pescado, producto de un día de trabajo del pescador. El valor comparativo del pescado y de la pieza cazada dependería enteramente de la cantidad de trabajo gastado en cada caso, cualquiera que haya sido la cantidad producida, o por más altos o más bajos que fueren los salarios y las utilidades generales. Por ejemplo, si la canoa y los implementos del pescador tuvieran un valor de 100 libras, y se calculara su duración en unos diez años, y si el pescador empleara diez hombres, cuyo trabajo costase 100 libras al año, y pescasen en un día de trabajo veinte salmones; si las armas empleadas por el cazador tuvieran también un valor de 100 libras y una duración también de diez años, si el cazador emplease igualmente diez hombres, con un costo anual de 100 libras, y en un día de trabajo cazaran diez venados, entonces el precio natural de un venado sería dos salmones, por grande o pequeña que fuese la proporción del producto global empleado en los hombres que lo obtuvieron. La proporción que debería pagarse en concepto de salarios es de importancia máxima en lo que atañe a las utilidades, pues bien se comprende que las utilidades serán altas o bajas, exactamente en

²³ El texto de la ed. 1, con las variantes de la ed. 2, por el resto de este capítulo, se da *infra*, pp. 39-50.

²⁴ La ed. 1 contiene aquí cinco párrafos adicionales, cuatro de los cuales están situados

más adelante, en el capítulo de la ed. 3, omitiéndose el quinto. La ed. 2 contiene también aquí cinco párrafos, que se encuentran más adelante en la ed. 3, aunque en un orden distinto. Véase p. 23, n. 29, y cp. pp. 39-40.

proporción a que los salarios sean bajos o altos; en cambio, no puede afectar en lo más mínimo el valor relativo de la pesca y de la caza, ya que los salarios resultarían simultáneamente elevados o reducidos en ambas ocupaciones. Si el cazador se quejase por estar pagando una mayor parte, o el valor de una mayor parte de su caza en concepto de salarios, con el objeto de que el pescador le entregue más pescado a cambio de las piezas cazadas, este último afirmaría estar igualmente afectado por la misma causa; por consiguiente cualesquiera que fuesen las variaciones de los salarios y de las utilidades, sean cuales sean los efectos de la acumulación de capital, la tasa natural de cambio sería de un venado por dos salmones, mientras ambos productores continúan obteniendo respectivamente la misma cantidad de peces y la misma cantidad de caza mediante el trabajo de un día.

Si con la misma cantidad de trabajo se obtuviera una menor cantidad de pesca o una mayor cantidad de caza, el valor del pescado aumentaría en comparación con el del venado. Si, al contrario, con la misma cantidad de trabajo se obtuviera una menor cantidad de caza o una mayor cantidad de peces, el venado aumentaría su valor en comparación con el del pescado.

Si existiera algún otro bien cuyo valor fuera invariable,²⁵ podríamos precisar, mediante la comparación del valor del pescado y del venado con dicho bien, cuál sería la variación atribuible a una causa que afectó al valor del pescado, y cuál a una causa que afectó el valor de la caza.

Supongamos que el dinero sea el bien en cuestión. Si un salmón tuviera un valor de 1 libra, y un venado el de 2 libras, un venado valdría dos salmones. Pero un venado podría llegar a tener el valor de tres salmones, al requerirse más trabajo para obtener un venado o menos para pescar un salmón, o bien porque ambas causas operaron al mismo tiempo. Si tuviéramos esta norma invariable, fácilmente podríamos precisar hasta qué punto operaron cada una de dichas causas. Si el salmón sigue vendiéndose a 1 libra, mientras el venado sube a 3 libras, podríamos concluir que se requirió más trabajo para obtener el venado. Si el venado sigue teniendo el mismo precio de 2 libras, y el salmón se vende por 13s. 4d., podemos entonces estar seguros de que se requirió menos trabajo para pescar el salmón; y si el venado aumenta a 2 libras 10s. y el salmón baja a 16s. 8d., estaríamos convencidos de que ambas causas sirvieron para producir la alteración del valor relativo de dichos bienes.

Ninguna alteración en los salarios de la mano de obra podría ocasionar una alteración del valor relativo de dichos bienes ya que, supo-

²⁵ Las eds. 1-2 contienen, además, aquí "que requiera siempre, en cualquier época y bajo cualquier circunstancia, exactamente la misma cantidad de trabajo para obtenerlo". Cp. el análisis que de esta condición se elabora en la ed. 3, p. 33.

niendo que éstos aumenten,²⁶ no se requerirá mayor cantidad de trabajo en ninguna de las ocupaciones en cuestión, sino que el trabajo se remunerará a un precio más elevado, y las mismas razones que impulsarían al cazador y al pescador para elevar el valor de la caza y la pesca respectivas, harían que el propietario de la mina aumente el valor de su oro. El valor relativo de la caza, de la pesca y del oro seguiría inalterado si dicho móvil actúa con igual fuerza sobre las tres ocupaciones, y si la situación relativa de quienes se dedican a ellas es la misma, antes y después del aumento de salarios. Los salarios pueden aumentar en veinte por ciento, y las utilidades disminuir por consiguiente en una mayor o menor proporción, sin ocasionar la menor alteración en el valor relativo que tienen los bienes correspondientes.

Supongamos ahora que con el mismo trabajo y el mismo capital fijo se pudiera obtener más pescado, pero no más oro ni más caza; entonces el valor relativo del pescado disminuiría en comparación con el del oro y la caza. Si en lugar de veinte salmones se obtuvieran veinticinco, como producto de un día de trabajo, el precio de un salmón sería de dieciséis chelines en lugar de una libra, y se darían dos salmones y medio, en vez de dos, a cambio de un venado; sin embargo, el precio del venado seguiría siendo de 2 libras, como antes. Del mismo modo, si se obtuviera menos pescado con la misma cantidad de trabajo y de capital, el valor comparativo del pescado aumentaría. Por ende, el valor de cambio del pescado subiría o bajaría tan sólo porque se requirió más o menos trabajo para obtener una cierta cantidad del mismo; y nunca subiría o bajaría más allá de la proporción del aumento o disminución de la cantidad de trabajo requerido.

En consecuencia, si tuviéramos una norma invariable con la cual medir la variación en otros bienes, advertiríamos que el límite máximo hasta donde podrían aumentar permanentemente, si los bienes fuesen producidos en las circunstancias supuestas,²⁷ es proporcional a la cantidad adicional de trabajo requerida para su producción, y de ninguna manera podrían aumentar más, salvo si se necesitara más trabajo para producirlos. Un aumento de salarios no elevaría su valor monetario, ni tampoco en relación con ningún otro bien cuya producción no requirió una cantidad adicional de trabajo y para el cual se empleó la misma proporción de capital fijo y circulante, y un capital fijo de la misma durabilidad. Hemos observado ya que si se necesitara más o menos trabajo para la producción del otro bien, ocurriría inmediatamente una alteración en su valor relativo, pero dicha

²⁶ En vez de las palabras "ya que, suponiendo que éstos aumenten", las eds. 1-2 contienen un pasaje de 26 renglones. (cp. pp. 40-41), en donde se introduce una tercera ocupa-

ción: "el minero".

²⁷ En las eds. 1-2 no aparecen las siguientes palabras: "si los bienes fuesen producidos en las circunstancias supuestas".

alteración no se debe al aumento de salarios sino al cambio registrado en la cantidad de trabajo necesaria.²⁸

SECCIÓN IV

El principio de que la cantidad de trabajo empleada en la producción de bienes determina su valor relativo, considerablemente modificado por el empleo de maquinaria u otro capital fijo y duradero.²⁹

En la sección anterior hemos supuesto que los implementos y las armas necesarios para capturar el venado y el salmón tenían una duración igual, y eran el resultado de la misma cantidad de trabajo; vimos además que las variaciones del valor relativo del venado y del salmón dependían únicamente de las cantidades variables de trabajo necesario para obtenerlos; pero en cualquier etapa de la sociedad, las herramientas, implementos, edificios y maquinaria utilizados en distintas industrias pueden tener varios grados de durabilidad y su producción puede requerir diferentes porciones de trabajo. También pueden combinarse de varias maneras las proporciones en que el capital sostiene al trabajo y en que se invierte en herramientas, maquinaria y edificios. Esta diferencia en el grado de durabilidad del capital fijo, y esta variedad en las proporciones en que ambas clases de capital pueden combinarse, introducen otra causa, además de la cantidad mayor o menor de trabajo necesario para producir los bienes, para las variaciones de su valor relativo: dicha causa es el aumento o reducción del valor del trabajo.³⁰

Los alimentos³¹ y la ropa consumidos por el trabajador, los edificios en donde trabaja, los implementos con los cuales se ayuda en su trabajo son, todos, de índole perecedera. Sin embargo, existe una gran diferencia respecto al período de duración de esos distintos capitales: un motor de vapor durará más que un barco, un barco más que la indumentaria del trabajador, y la indumentaria del trabajador más que los alimentos que este mismo operario consume.

Según la rapidez con que perece el capital y requiere frecuentes reproducciones, o es de consumo lento, se le clasifica como capital circu-

²⁸ La ed. 2 contiene, aquí, un párrafo adicional (véase p. 42, n. 3), después del cual inicia la "Sección III. El principio señalado en la sección anterior se modifica considerablemente por el empleo de maquinaria como capital fijo."

²⁹ Los siete primeros párrafos de esta sección aparecen antes en el texto del mismo capítulo en las eds. 1-2; cp. p. 20, n. 24, supra, y pp. 39-40; infra.

³⁰ Las eds. 1-2 no contienen este párrafo; pero respecto a manifestaciones similares en dichas ediciones véase la p. 39. ("Además de la alteración") y p. 42 ("si entre los capitales fijo...").

³¹ Las eds. 1-2 anteponen a este párrafo una frase adicional: "En toda sociedad el capital que se emplea en la producción, es necesariamente de durabilidad limitada. 'Los alimentos', etc.

lante o fijo.* Un cervecero, cuyos edificios y maquinaria son valiosos y durables, emplea una considerable cantidad de lo que llamamos capital fijo: por el contrario, un fabricante de calzado, cuyo capital se utiliza principalmente para pagar salarios que se gastan en alimentos e industrial, bienes, éstos, más perecederos que los edificios y la maquinaria, utiliza una gran proporción de su capital en aquello que denominamos capital circulante.

También debe observarse que el capital circulante puede circular, o ser devuelto a su usuario, en períodos muy diversos. El trigo adquirido para siempre por un agricultor es un capital fijo, si se le compara con el trigo comprado por un panadero para elaborar hogazas. Uno lo deja en la tierra y no puede obtener su rendimiento hasta pasado un año; el otro puede molerlo para convertirlo en harina, y venderlo como pan a sus clientes, y entrar nuevamente en disponibilidad de su capital para volver a hacer lo mismo, o comenzar a ocuparlo de cualquier otra manera en una semana.³³

Dos industrias pueden entonces emplear la misma cantidad de capital; pero éste puede estar muy diversamente repartido con respecto a la porción fija y a la circulante.

En una industria puede emplearse muy poco capital como circulante, es decir, para asistir al trabajo —y en cambio puede encontrarse invertido, en su mayor parte, en maquinaria, implementos, edificios, etc., capital cuyo carácter es comparativamente fijo y duradero. En otra industria puede utilizarse la misma cantidad de capital, pero empleándolo principalmente para sostener la mano de obra, e invirtiéndolo en pequeña proporción en implementos, máquinas y edificios. Un aumento de salarios a los trabajadores no puede dejar de afectar de manera distinta los bienes producidos bajo circunstancias tan diferentes.³⁴

A su vez, dos manufactureros pueden usar la misma cantidad de capital fijo y la misma cantidad de circulante; pero la durabilidad de sus capitales fijos puede ser muy desigual. Uno puede tener máquinas de vapor por valor de 10 000 libras y el otro barco por el mismo valor.³⁵

Si para producir, los hombres no se sirvieran de maquinaria sino tan sólo del esfuerzo humano, y si el lapso de tiempo transcurrido antes de colocar sus bienes en el mercado fuese de la misma duración,

* Una división no esencial, y cuya línea divisoria no puede trazarse de manera precisa.³²

³² La edición 1 no contiene este párrafo. La edición 2 lo coloca tres párrafos más adelante, después del que principia "A su vez, dos manufactureros". Fue agregado, como el párrafo citado en la p. 46, nota, para aclarar una objeción de Torrens.

³³ La ed. 1 no contiene esta nota de pie de

página; cf. sin embargo, el pasaje sobre la dificultad de establecer una línea divisoria, página 114.

³⁴ Las eds. 1-2 no contienen este párrafo.

³⁵ Las eds. 1-2 no contienen el resto de esta sección, salvo los pasajes citados en las notas de las pp. 27, 28 y 29, nota 39.

el valor de cambio de sus bienes sería exactamente proporcional a la cantidad de trabajo empleada.

Si emplean capital fijo del mismo valor y de la misma duración, entonces también sería igual el valor de los bienes producidos, ya que éstos variarían con la mayor o menor cantidad de trabajo empleada en su producción.

Ahora bien, aunque los bienes producidos en circunstancias similares no varíasen uno con respecto a otro, por ninguna causa, a no ser por la adición o disminución de la cantidad de trabajo necesaria para producir uno u otro de ellos, si se comparan con otros que no fueron producidos con la misma cantidad proporcional de capital fijo, variarían también por la otra causa que ya he mencionado antes, o sea un aumento en el valor del trabajo, a pesar de que no se utilizó ni más ni menos trabajo en la producción de cualquiera de ellos. La cebada y la avena seguirían teniendo la misma relación una con otra, cualquiera que fuese la variación de salarios. Lo mismo sucedería con los tejidos y paños de algodón, si ambos fueran producidos en circunstancias precisamente similares; sin embargo, con un aumento o una disminución de salarios, la cebada sería más o menos valiosa en comparación con los tejidos de algodón, y la avena con el paño.

Supongamos que dos personas empleen cada una cien hombres, durante un año, en la construcción de dos máquinas, y que otra persona emplee el mismo número de individuos para cultivar maíz; al final del año, cada una de las máquinas tendrá el mismo valor que el maíz, ya que cada una de ellas fue producida con la misma cantidad de trabajo. Supongamos que uno de los propietarios de las máquinas utilice una de éstas, con la ayuda de cien hombres, al año siguiente, para fabricar paño, y que el propietario de la otra máquina la use también, con igual ayuda de cien hombres, en la fabricación de tejidos de algodón, mientras el agricultor sigue empleando los mismos cien hombres que antes para cultivar de nuevo maíz. Durante el segundo año, todos habrán empleado la misma cantidad de trabajo, pero los productos y la máquina del fabricante de paño, e igualmente los del fabricante de tejidos de algodón, serán el resultado del trabajo de doscientos hombres empleados durante un año, o, más bien, del trabajo de cien hombres durante dos años, mientras que el maíz será producido por el trabajo de cien hombres por un año. En consecuencia, si el maíz tuviera un valor de 500 libras, la máquina y el paño del primer fabricante deberían tener un valor de 1 000 libras, y la máquina y los tejidos de algodón del otro fabricante también deberían tener un valor equivalente al doble que el del maíz. Pero de hecho tendrían un valor mayor que eso, ya que las utilidades de capital de los dos manufactureros en el primer año han sido agregadas a sus capita-

les, mientras que las del agricultor han sido gastadas y disfrutadas. Por consiguiente, y debido a los diferentes grados de durabilidad de sus capitales, o, lo que viene a ser la misma cosa, al tiempo que debe transcurrir hasta que un conjunto de bienes pueda llevarse al mercado, tendrán un valor no precisamente proporcional a la cantidad de trabajo utilizada en ellos, no tendrán un valor de dos a uno, sino algo mayor, para compensar el mayor lapso de tiempo que debe transcurrir hasta que los bienes más valiosos puedan situarse en el mercado.

Supongamos que se pagaron 50 libras anuales por el trabajo de cada obrero, es decir, que se emplearon 5 000 libras de capital, y que las utilidades fueron del 10 %; al final del primer año, el valor de cada una de las máquinas, así como el del maíz, sería de 5 500 libras. En el segundo año, los fabricantes y el agricultor utilizarán nuevamente 5 000 libras cada uno para sostener la mano de obra, y volverán, por tanto, a vender sus bienes por 5 500 libras, pero para equipararse con el agricultor, quienes usan las máquinas no sólo deberán obtener 5 500 libras por el mismo capital de 5 000 libras empleado en mano de obra, sino que, además, deberán obtener un ulterior complemento de 550 libras, para cubrir la utilidad de las 5 500 libras que han invertido en maquinaria, y por consiguiente sus bienes deberán venderse en 6 050 libras. Así pues, en este caso, los capitalistas emplean exactamente la misma cantidad de trabajo anual para la producción de sus bienes, y sin embargo, los bienes que producen difieren en su valor, por razón de las distintas cantidades de capital fijo, o de trabajo acumulado, respectivamente utilizada por cada uno. El paño y los tejidos de algodón son del mismo valor, porque representan el producto de iguales cantidades de trabajo y de iguales cantidades de capital fijo; pero el maíz no tiene el mismo valor que dichos bienes, porque fue producido en circunstancias distintas, por lo que respecta al capital fijo.

Pero ¿cómo quedaría afectado su valor relativo por un aumento en el valor del trabajo? Es evidente que los valores relativos del paño y de los tejidos de algodón no sufrirán cambio alguno, ya que lo que afecta a uno de estos productos afectaría igualmente al otro, siempre en las circunstancias supuestas: tampoco los valores relativos del trigo y de los tejidos de algodón no sufrirán cambio alguno, ya que lo que las mismas circunstancias por lo que respecta al capital fijo y circulante, pero el valor relativo del maíz, en comparación con el paño o con los tejidos de algodón, vendrá a alterarse como consecuencia del aumento del trabajo.

El valor del trabajo no puede aumentar sin una reducción de las utilidades. Si el maíz se repartiera entre el agricultor y el trabajador, mientras mayor proporción perciba este último, menor cantidad que-

dará para el primero. Así, si el paño o los tejidos de algodón se repartieran entre el obrero y su patrono, a mayor proporción entregada al primero, menor cantidad quedaría para este último. Supongamos entonces que, debido a un aumento de salarios, las utilidades disminuyen del 10 al 9 %, en vez de agregar 550 libras al precio común de sus bienes (a 5 500 libras) para las utilidades correspondientes a su capital fijo, los fabricantes agregasen tan sólo un 9 % a dicha suma, o sean 495 libras; en tal supuesto, el precio sería de 5 995 libras en lugar de 6 050. Como el maíz seguiría vendiéndose en 5 500 libras, los bienes manufacturados, en los cuales se utilizó más capital fijo, disminuirían con respecto al maíz o a cualquier otro bien para los que se utilizó una menor porción de capital fijo. El grado de alteración del valor relativo de los bienes, ocasionado por un aumento o una reducción del trabajo, dependerá de la proporción del capital global empleada como capital fijo. Todos los bienes que se producen con maquinaria muy valiosa, o en edificios también muy costosos, o que requieren un lapso de tiempo más largo antes de llevarlos al mercado, disminuirán en su valor relativo, mientras que todos aquellos que fueron obtenidos principalmente mediante el trabajo, o que fueron rápidamente colocados en el mercado, verán aumentado su valor relativo.³⁰

Sin embargo, el lector observará que esta causa de variación de los bienes produce efectos relativamente leves. Con un aumento de salarios tal que ocasione una reducción de uno por ciento en las utilidades, los bienes producidos según las circunstancias supuestas, variarían tan sólo un uno por ciento en su valor relativo; sin embargo, la reducción de las utilidades es bastante notable, de 6 050 libras a 5 995. Los mayores efectos que podrían producirse sobre los precios relativos de dichos bienes a consecuencia de salarios, no podrían exceder del 6 al 7 %, porque las utilidades no podrían, en ninguna otra circunstancia, descender en forma general y permanente por debajo de dicha proporción.

No ocurre lo mismo con la otra causa principal de la variación del valor de los bienes, o sea, el aumento o la disminución de la cantidad de trabajo necesario para producirlos. Si para producir el maíz se necesitaran ochenta hombres en lugar de cien, el valor del maíz disminuiría en un 20 %, o sea de 5 500 libras a 4 400. Si para producir el paño fuese suficiente el trabajo de ochenta hombres en vez de cien, el paño disminuiría de 6 050 libras a 4 950. Una alteración en la tasa permanente de las utilidades es, en gran parte, el efecto de

30. A pesar de que los últimos tres párrafos no están contenidos en las eds. 1-2, corresponden en substancia a las p. 42 ("Primero, si entre los capitales fijo y circulante", etc.).

a 43. El texto de la ed. 3 incluye una corrección sugerida por Malthus (que algunos bienes aumentan con los salarios); cf. *intra*, p. 32, n. 64.

causas que no operan sino con el transcurso de los años; mientras que las alteraciones en la cantidad de trabajo necesario para producir bienes, son de ocurrencia diaria. Cualquier mejora en maquinaria, herramientas, edificios, etc., en la obtención de la materia prima, ahorra trabajo y nos permite producir con más facilidad el artículo al cual se aplican los perfeccionamientos y, por consiguiente, su valor se altera. En consecuencia, al estimar las causas de las variaciones del valor de los bienes, a pesar de que sería completamente erróneo omitir la consideración del efecto producido por un aumento o una reducción del trabajo, sería igualmente incorrecto darle demasiada importancia; en la parte subsiguiente de la presente obra, aunque de modo ocasional, habré de referirme a esta causa de variación, consideraré también todas las notables variaciones del valor relativo de los bienes producidos por una mayor o menor cantidad de trabajo que pueda necesitarse en distintas épocas para producirlos.

Huelga decir que los bienes para cuya producción se gastó la misma cantidad de trabajo, diferirán en su valor de cambio si no pueden ser colocados al mismo tiempo en el mercado.³⁷

Supongamos que yo emplee veinte hombres, con un costo de 1 000 libras anuales, en la producción de un bien, y que al terminar el año vuelva a emplear veinte hombres durante otro año, con un nuevo gasto de 1 000 libras, para acabar o perfeccionar ese mismo bien; y que lo coloque en el mercado al final de los dos años; si las utilidades fuesen de 10 %, mi artículo debería venderse en 2 310 libras, puesto que utilicé un capital de 1 000 libras por un año y uno de 2 100 libras por otro año más. Otra persona emplea precisamente la misma cantidad de trabajo, pero la emplea toda en el primer año; emplea cuarenta hombres con un gasto de 2 000 libras, y al final del primer año vende sus bienes con un 10 % de utilidades, o sea por 2 200 libras. Aquí tenemos, pues, dos artículos en los que se gastó exactamente la misma cantidad de trabajo, uno que se vende por 2 310 libras, el otro por 2 200.

Este caso parece distinto del anterior, pero en realidad es el mismo. En ambos casos el precio mayor de un bien se debe a la mayor duración del período que habrá de transcurrir antes de colocarlo en el mercado. En el primer caso, la maquinaria y el paño tenían un valor de más del doble del maíz, a pesar de que tan sólo se utilizó doble cantidad de trabajo para producirlos. En el segundo caso, un bien vale más que otro, aunque en su producción no se empleó más mano de obra. La diferencia en el valor proviene, en ambos casos, de las utilidades acumuladas como capital, y es únicamente una justa compensación para el tiempo durante el cual fueron retenidas las utilidades.

³⁷ Respecto a la noticia sobre este caso en la ed. 2, véase p. 46, n., y p. 24, n. 32.

Parece entonces que la repartición del capital en distintas proporciones de capital fijo y circulante, empleadas en diferentes industrias, introduce una considerable modificación a cierta regla que es de aplicación universal cuando el trabajo se utiliza casi con exclusividad en la producción;³⁸ o sea, que los bienes no varían nunca en su valor, a menos que para su producción se emplee una cantidad mayor o menor de trabajo, habiéndose señalado en esta sección que si no existe variación alguna en la cantidad de trabajo, el aumento de su valor ocasionará meramente una reducción del valor en cambio de dichos bienes, en cuya producción se empleó capital fijo; a mayor capital fijo, mayor reducción del valor en cambio.³⁹

SECCIÓN V

El principio de que el valor no varía con el aumento o la reducción de los salarios, queda modificado también por la durabilidad desigual del capital, y por la desigual rapidez con la cual vuelve a quien lo utiliza.⁴⁰

En el apartado anterior hemos supuesto que de dos capitales iguales, en dos ocupaciones distintas, las proporciones de capital fijo y circulante eran desiguales; supongamos ahora que tengan la misma proporción pero una durabilidad desigual. A medida que el capital fijo es menos duradero, se acerca más a la naturaleza del capital circulante. A fin de proteger el capital del manufacturero, dicho fondo será consumido y reproducido su valor en un período más breve. Acabamos de ver que, proporcionalmente a la preponderancia del capital fijo en una industria, cuando los salarios aumentan, el valor de los bienes producidos en dicha industria es relativamente menor que el de los bienes producidos en otras manufacturas donde prepondera el capital circulante. Proporcionalmente a la menor durabilidad del capital fijo, y a su acercamiento a la naturaleza del capital circulante, el mismo efecto será producido por la misma causa.⁴¹

Si el capital fijo no es de índole duradera, requerirá anualmente una mayor cantidad de trabajo para mantener su originario estado de eficiencia; pero el trabajo así empleado puede considerarse como gastado realmente en el producto manufacturado, que deberá tener un valor proporcional a dicho trabajo. Si tuviera una máquina con un

³⁸ Las eds. 1-2 dicen "en las condiciones (ed. 2 "épocas") iniciales de la sociedad" en lugar de "cuando el trabajo se utiliza casi con exclusividad en la producción".

³⁹ Este párrafo aparece primero en la ed. 2 (cf. p. 43, n. 7); pero el primer renglón incluye un párrafo que aparece posteriormente en el capítulo de la ed. 1 (véase p. 49, "Re-

sulta pues que siendo la acumulación de capital", etc.).

⁴⁰ Sección IV de ed. 2; el sumario, a modo de título, es uniforme en las eds. 2-3.

⁴¹ Respecto a las diferencias, en este párrafo, entre la ed. 1 y la ed. 3 (que en este caso es igual a la ed. 2), cf. las notas al párrafo que principia con "Segundo", p. 44, *infra*.

valor de 20 000 libras, susceptible de producir bienes con muy poco trabajo, y si el desgaste de dicha máquina fuera muy leve, y la tasa general de utilidad del 10 %, no necesitaríamos agregar mucho más de 2 000 libras al precio de los bienes, por razón del empleo de mi máquina; pero si su desgaste fuera mayor, si la cantidad de trabajo necesaria para mantenerla en buen estado fuese de cincuenta hombres al año, necesitaríamos requerir para lo producido un precio adicional, igual al que obtendría cualquier otro manufacturero que utilizara cincuenta hombres en la producción de otros bienes, y que no empleara ninguna máquina.

En cambio, un aumento de salarios de los obreros no afectaría igualmente a los bienes producidos con maquinaria de consumo rápido y a los bienes producidos con maquinaria de consumo lento. En la producción de los primeros una gran proporción de trabajo quedaría transferida continuamente al bien producido; en la otra, la transferencia será mínima. Por tanto, cada aumento de salarios o, lo que es lo mismo, cada reducción de las utilidades, amenguaría el valor relativo de los bienes producidos con un capital de índole durable, y elevaría proporcionalmente los producidos con capital menos perecedero. Una reducción de salarios ocasionaría exactamente el efecto contrario.⁴²

He señalado ya que el capital fijo tiene varios grados de durabilidad: supongamos ahora una máquina que pudiera emplearse en cualquier industria, que hiciera el trabajo de cien hombres durante un año, y que durase tan sólo un año. Supongamos además que la máquina cuesta 5 000 libras y que los salarios pagados anualmente, a cien hombres, fuesen de 5 000 libras; es evidente que para el manufacturero resultaría lo mismo emplear la máquina que utilizar a los hombres. Pero supongamos que aumente la remuneración de la mano de obra, y que, por tanto, el monto de los salarios de los cien hombres fuese de 5 500 libras al año; es obvio que el manufacturero no vacilará; le conviene adquirir la máquina y efectuar su trabajo con sólo 5 000 libras. Pero, ¿no puede ocurrir también que la máquina suba de precio hasta 5 500 libras, a consecuencia del aumento de la mano de obra?⁴³ Aumentaría de precio⁴⁴ si no se emplease capital en⁴⁵ fabricación, y si no hubiera que pagar utilidades a su fabricante. Por ejemplo, si la máquina fuese el producto del trabajo de cien hombres,⁴⁶ laborando un año en ella con salarios de 50 libras cada uno, y si su precio fuese, por tanto,⁴⁷ de 5 000 libras, al aumentar dichos salarios a 55

⁴² Los dos últimos párrafos corresponden en sustancia al pasaje que principia en la p. 44 de las eds. 1-2 ("Supongamos que se fabrica una máquina", etc.) y termina al final de la p. 45.

⁴³ En las eds. 1-2 la primera parte de este párrafo se incluye tan sólo en sustancia (p. 46: "Un fabricante de sombreros", etc.).

⁴⁴ Eds. 1-2 "Sería incrementado".

⁴⁵ Eds. 1-2 "in" en vez de "on" [Ambas con el mismo valor, en este caso, en la versión al español].

⁴⁶ Eds. 1-2 "fuese producida por 100 hombres".

⁴⁷ Eds. 1-2 no contienen las palabras "por tanto".

libras, su precio sería de 5 500 libras, pero éste no puede ser el caso; o bien se emplearon menos de cien hombres o bien no puede venderse por 5 000 libras, ya que de esta cantidad habrá que pagar las utilidades de capital⁴⁸ que dio trabajo a los hombres. Supongamos entonces que sólo se emplearon ochenta y cinco hombres con un costo de 50 libras cada uno,⁴⁹ o sean 4 250 libras al año, y que las 750 libras que la venta de la máquina aportará además de los salarios adelantados a los hombres, representan las utilidades del capital del fabricante de las máquinas. Si los salarios aumentan en 10 %, dicho fabricante se verá obligado a emplear un capital adicional de 425 libras; y utilizará, por ende, 4 675 libras, en vez de 4 250, capital que sólo le producirá 325 libras de utilidad si sigue vendiendo la máquina en 5 000 libras. Ahora bien, ése es precisamente el caso de todos los manufactureros y capitalistas; el aumento de salarios los afecta a todos. En consecuencia, si el productor de la máquina eleva el precio de ésta, debido a un aumento de salarios, sería necesario emplear una inusitada cantidad de capital en producir dichas máquinas, para lograr tan sólo que sus precios arrojen la tasa ordinaria de utilidades.⁵⁰ Vemos entonces que las máquinas no subirán de precio como consecuencia de un aumento de salarios.⁵¹

Sin embargo, el fabricante que en un aumento general de salarios pudiese utilizar una máquina que no incrementara el costo de producción de su producto, gozaría de ventajas peculiares si pudiese seguir cobrando para sus bienes el mismo precio; pero como ya hemos advertido, se vería obligado a reducir el precio de sus bienes, o de lo contrario el capital fluiría hacia su industria hasta que sus utilidades disminuirían para alcanzar el nivel general.⁵² Así pues, el público se beneficia con la utilización de maquinaria; estos agentes mudos son siempre el producto de mucho menos trabajo que el que desplazan, aun cuando sean del mismo valor monetario. A través de su influencia, el incremento en el precio de las provisiones como consecuencia

* Aquí vemos por qué las naciones viejas propenden constantemente a emplear maquinaria, y las nuevas a emplear mano de obra. Con cada dificultad para proveer el sostén de los hombres, la mano de obra aumenta necesariamente, y con cada incremento en el precio de la mano de obra surgen nuevas tentaciones para el uso de la maquinaria. Esa dificultad para satisfacer el mantenimiento de los obreros es constante en las naciones viejas, mientras en las nuevas puede ocurrir un enorme aumento demográfico sin que ocurra el menor aumento en los salarios obreros. Puede ser igualmente fácil sostener el 70., 80., y 90. millón de hombres que el 20., 30., y 40.⁵²

⁴⁸ Errata; el texto debe decir "del capital", como aparece en las eds. 1-2. También la puntuación de esta frase es más correcta en las eds. anteriores: cf. infra, p. 46.

⁴⁹ Las eds. 1-2 no contienen "50 libras cada uno, o".

⁵⁰ Las eds. 1-2 "sólo las utilidades usuales".

⁵¹ Las eds. 1-2 no contienen esta frase, y unen este párrafo con el siguiente.

⁵² Las eds. 1-2 no contienen esta nota.

⁵³ Esta frase reemplaza dos frases de las eds. 1-2 donde se utiliza un argumento similar al "fabricante de sombreros"; para la versión anterior cf. p. 46-7.

72739

de la elevación de salarios afectará a menos personas; alcanzará, en el ejemplo anterior, a ochenta y cinco hombres en vez de cien, y el ahorro resultante se reflejará en el precio reducido del bien manufacturado. Ni las máquinas ni los bienes fabricados con ellas aumentan su valor real,⁵⁴ sino que todos los bienes confeccionados⁵⁵ a base de máquinas bajan, en proporción a la durabilidad de ellas.

Comprenderemos, así, que en las etapas iniciales de la sociedad, cuando todavía no se empleaba mucha maquinaria ni capital durable,⁵⁶ los bienes producidos con capitales iguales tenían casi el mismo valor, y subían y bajaban únicamente unos en relación con otros,⁵⁷ según que su producción requiriera más o menos trabajo; pero desde la introducción de esos instrumentos costosos y duraderos,⁵⁸ los bienes producidos mediante el empleo de capitales iguales tuvieron un valor muy desigual; y aunque seguían subiendo y bajando unos en relación con otros, al necesitarse más o menos trabajo para su producción, estarán sujetos a otra variación, aunque menor,⁵⁹ ocasionada por el aumento o la disminución de salarios y utilidades. Como los bienes que se venden por 5 000 libras⁶⁰ pueden ser el producto de una cantidad de capital, igual a la que sirve para producir otros bienes que se venden por 10 000 libras, las utilidades de su fabricación serán las mismas; pero dichas utilidades serían desiguales si los precios de los bienes no variasen a consecuencia de una elevación o de una reducción de la tasa de utilidades.⁶¹

*Parece también que en proporción a la durabilidad del capital,⁶² empleado en cualquier clase de producción, los precios relativos de aquellos bienes en los cuales se empleó dicho capital duradero⁶³ variarán inversamente a los salarios; bajarán al aumentar los salarios,⁶⁴ y aumentarán cuando los salarios bajen; al contrario, los producidos principalmente a base de trabajo y con menos capital fijo, o con capital fijo de un carácter menos duradero que el medio en que se estima el precio, aumentarán al subir los salarios y bajarán cuando los salarios se reduzcan.

⁵⁴ Eds. 1-2 "Ni las máquinas ni los otros bienes aumentan de precio".

⁵⁵ Eds. 1-2 "que se fabrican".

⁵⁶ Ed. 2 contiene, además, "fijo".

⁵⁷ Ed. 2 inserta aquí la expresión "únicamente".

⁵⁸ Ed. 2 no contiene "y duraderos".

⁵⁹ Ed. 2 no contiene "otra" "aunque menor".

⁶⁰ Ed. 2. "2 000 libras".

⁶¹ Este párrafo no se encuentra en la ed. 1, pero su última parte incluye un párrafo que en la ed. 1 aparece más adelante en el capítulo (p. 49, "A pesar de que siguen subiendo y bajando, en...").

⁶² Ed. 1: "Resulta, entonces, que en proporción a la cantidad y durabilidad del capital fijo".

⁶³ La ed. 2 no contiene la palabra "duradero".

⁶⁴ Para la lectura del resto de este párrafo, en la ed. 1 y en la ed. 2, cf. *infra*, p. 47, texto y nota 16. La diferencia esencial se encontrará en el aserto, de las ediciones anteriores, de que "ningún bien aumenta nunca [su precio absoluto]", ed. 1; "su valor en cambio", ed. 2] tan sólo porque los salarios aumentan". Cf. la crítica de Malthus a la ed. 2, aceptada por Ricardo, *infra* II, 46; y *supra*, p. 27, n.

SECCIÓN VI

*Sobre una medida invariable del valor*⁶⁵

¶ Cuando los bienes variasen en su valor relativo, sería deseable averiguar con certeza cuáles de ellos bajaron y cuáles aumentaron en su valor real, y ello sólo podría lograrse comparándolos sucesivamente con cierta medida estándar invariable de valor, que no debe estar sujeta a ninguna de las fluctuaciones a las cuales están expuestos los demás bienes. Es imposible poseer una medida de esta clase, ya que no existe ningún bien que no se halle expuesto a las mismas variaciones que las cosas cuyo valor queremos determinar; o sea, no hay ninguno que no esté expuesto a requerir más o menos trabajo para su producción. Ahora bien, si se pudiera eliminar esta causa de variación en el valor de un medio; si, por ejemplo, la producción de nuestra moneda requiriese siempre la misma cantidad de trabajo, ésta ni aun así sería una norma perfecta o una medida invariable del valor, porque, como ya traté de explicar, estaría sujeta a las variaciones relativas de un aumento o una reducción de salarios, según las distintas proporciones de capital fijo que pudieran necesitarse para producirla, y para producir aquellos otros bienes cuya alteración de valor deseamos precisar. También podría estar sujeta a variaciones, por la misma causa, según los distintos grados de durabilidad del capital fijo empleado en ella y en los bienes que van a compararse con ella; o debido a que el período necesario para colocarla en el mercado puede ser más breve o más largo que el requerido por los demás bienes cuyas variaciones se trata de determinar; circunstancias éstas que descalifican cualquier bien del cual pudiera pensarse que constituye una medida perfectamente exacta del valor.

Por ejemplo, si adoptáramos el oro como patrón, es evidente que no se trataría sino de un bien que se obtiene bajo las mismas contingencias que los demás, y cuya producción requiere trabajo y capital fijo. Al igual que cualquier otro bien, los perfeccionamientos en el ahorro de mano de obra podrían aplicarse a su producción, y por tanto vería disminuido su valor relativo con respecto a los demás bienes, por este único motivo: la mayor facilidad con que se puede producir.

Si suponemos que esta causa de variación puede eliminarse y que siempre se requerirá la misma cantidad de trabajo para obtener la misma cantidad de oro, aun así, el oro no sería una perfecta medida del valor con la cual pudiéramos precisar exactamente las variaciones de las demás cosas, porque no sería producido precisamente en las mismas

⁶⁵ Las eds. 1-2 no contienen esta Sección. Para la opinión anterior de Ricardo con respecto a la norma invariable del valor, cf. p. 13, n. 9, *infra*, p. 47.

combinaciones de capital fijo y circulante que las demás cosas; ni tampoco con capital fijo de igual durabilidad; ni requeriría exactamente el mismo período hasta colocarlo en el mercado. Sería una medida perfecta del valor de las otras cosas producidas exactamente bajo las mismas circunstancias que dicho patrón, pero no para las demás. Por ejemplo, si se produjera en las mismas circunstancias que supusimos necesarias para producir el paño y los tejidos de algodón, sería una medida perfecta del valor de dichos productos, pero no lo sería para el maíz, los carbones y otros bienes obtenidos con una menor o mayor proporción de capital fijo, porque, como hemos demostrado, cualquier alteración de la tasa permanente de utilidades tendría algún efecto sobre el valor relativo de dichos bienes, independientemente de cualquier alteración en la cantidad de trabajo empleada en su producción. Aunque el oro se obtuviera en las mismas circunstancias que el maíz, y aun suponiendo que éstas no cambiaran nunca, por las mismas razones no siempre sería una medida perfecta para el valor del paño y de los tejidos de algodón. Por consiguiente, ni el oro ni cualquier otro bien nunca podrán ser una medida perfecta del valor para todas las cosas; pero ya he observado que es relativamente leve el efecto de una variación en las utilidades sobre los precios relativos de las cosas; que con mucho los efectos más importantes son ocasionados por las variables cantidades de mano de obra requeridas para la producción; y por tanto, si suponemos que esta importante causa de variación no existe en la producción del oro, tendremos probablemente la aproximación más cercana que pueda teóricamente concebirse, a una medida estándar del valor. ¿Acaso no puede considerarse el oro como un bien producido con una proporción tal de ambas clases de capital que se acercara lo más posible a la cantidad promedio utilizada en la producción de la mayoría de los bienes? ¿Acaso dichas proporciones no pueden encontrarse casi equidistantes de los dos extremos, en que se emplea poco capital fijo y el otro en que se utiliza escasa mano de obra, de tal manera que venga a ser un justo medio entre ambos?

Así pues, si supongo que me hallo en posesión de un patrón tan cercano al invariable, la ventaja es que estoy capacitado para hablar de las variaciones de otras cosas, sin molestarme, para cada caso, en considerar la posible alteración en el valor del medio en que se estima el precio y el valor.

Para facilitar, pues, el objeto de la presente investigación, aunque reconozco plenamente que el dinero hecho con oro está sujeto a la mayor parte de las variaciones que sufren las demás cosas, lo supondré invariable, y, por ende, supondré también que todas las alteraciones en precio fueron ocasionadas por alguna alteración en el valor del bien del que puedo estar hablando.

Antes de dejar este tema, sería conveniente observar que Adam Smith, y todos los autores que siguieron sus pasos, han sostenido, sin ninguna excepción que yo sepa,* que un aumento en el precio de la mano de obra iría seguido uniformemente por un aumento en el precio de todos los bienes.⁶⁶ Espero haber logrado demostrar que dicha opinión no tiene fundamento, y que aumentarían tan sólo aquellos bienes para los cuales se empleó menos capital fijo que el requerido en el patrón que sirvió para estimar el precio, y que todos cuantos absorbieron más capital fijo bajarán positivamente de precio al aumentar los salarios. Al contrario, si los salarios bajan, únicamente bajarán aquellos bienes en cuya producción se utilizó, en proporción, menos capital fijo que en el medio o patrón que sirvió de base a la estimación del precio; todos los que absorbieron más capital fijo subirán positivamente de precio.]

También considero necesario advertir que nunca afirmé que un bien tendría un valor de 1 000 libras, y otro el de 2 000 libras, porque el primero necesitó una cantidad tal de mano de obra que costaría 1 000 libras, y el otro una cantidad por valor de 2 000 libras. Afirmé tan sólo que su valor relativo sería de dos a uno, y que se cambiarían uno por otro en esas proporciones. Es indiferente para la validez de esta doctrina que uno de esos bienes se venda por 1 000 libras, y otro por 2 000 libras, o uno por 1 500 y otro por 3 000. Por ahora no indagaré más este asunto; tan sólo afirmo que sus valores relativos dependerán de las cantidades relativas de mano de obra empleadas en su producción.]

SECCIÓN VII

Distintos efectos ocasionados por la alteración del valor del dinero, medio conforme al cual siempre se expresa el PRECIO, o por la alteración en el valor de los bienes que el dinero adquiere.⁶⁷

Aunque, como ya he explicado, tendré oportunidad de considerar el dinero como invariable en su valor, con el propósito de señalar con más exactitud las causas de las variaciones relativas en el valor de otras cosas, acaso sea conveniente advertir los diferentes efectos que se producirán cuando resulten alterados los precios de los bienes por las causas que ya he señalado, o sea, las distintas cantidades de mano

* Acerca de esta doctrina Malthus dice, "Ciertamente que podemos llamar arbitrariamente al trabajo empleado en una mercancía su valor real, pero al hacerlo así, empleamos las palabras en un sentido diferente de aquel en que habitualmente se las usa; destruimos al mismo tiempo la importantísima distinción entre *costo* y *valor*, y

⁶⁶ Cf. las citas respecto a algunos de estos autores, *infra*, pp. 226, 229 y 235.

⁶⁷ Sección V de ed. 2; el sumario del encabezado es igual en las eds. 2-3.

de obra necesarias para producirlos y el hecho de que su alteración se debe a una variación en el valor del dinero mismo.⁷⁰

¶ Como el dinero es un bien variable, el aumento de los salarios en dinero será⁷¹ frecuentemente ocasionado por una baja del valor del dinero. En efecto, un aumento de salarios debido a esta causa irá invariablemente acompañado de un aumento en el precio de los bienes; pero en tales casos, se observará que la mano de obra y todos los bienes no han variado con respecto unos a otros, y que la variación ha quedado confinada al dinero.

Siendo el dinero un bien obtenido de una nación extranjera, siendo el medio general de cambio entre todas las naciones civilizadas, y hallándose además distribuido entre dichas naciones en proporciones que siempre cambian, debido a cualquier progreso en el comercio y en la maquinaria, y a cualquier dificultad creciente para obtener los alimentos y productos indispensables, para una creciente población, está sujeto a variaciones incesantes. Al establecer los principios que regulan el valor en cambio y el precio, debemos distinguir cuidadosamente entre las variaciones que son inherentes al bien mismo, y las que son ocasionadas por una variación en el medio con que se estima el valor o se expresa el precio.

¶ Un aumento en los salarios, debido a una alteración en el valor del dinero, produce un efecto general sobre el precio, y por esa razón no produce ningún efecto real sobre las utilidades. Al contrario, un aumento de salarios, debido a que la circunstancia de que el trabajador fue más liberalmente recompensado, o a la dificultad para procurarse los productos necesarios en que se gastan los salarios, no produce, salvo en ciertos casos,⁷² el efecto de elevar los precios, sino que su efecto importante es el de reducir las utilidades. En el primer caso, no se dedica una mayor proporción del trabajo anual del país al sostenimiento de los trabajadores; en el otro caso, sí se le dedica una mayor parte,

Según sea la distribución del producto total de la tierra de cualquier agricultor particular, entre las tres clases: terratenientes, capita-

hacemos casi imposible explicar con claridad el principal estímulo para la producción de riqueza, que, en realidad, depende de esa distinción.⁶⁸

Resulta que el Sr. Malthus cree que es parte de mi doctrina, que el costo y el valor de una cosa deben ser iguales; así es, si por costo quiere decir "costo de producción", incluyendo las utilidades. En el pasaje anterior esto es lo que él no quiere decir, y por consiguiente no me ha comprendido con claridad.⁶⁹

⁶⁸ (Malthus, *Principios*, *infra*, tomo II, 23-4).

⁶⁹ (Respecto a esta nota —no incluida en las eds. 1-2— cf. *infra*, tomo II, 25-6 y 72-3).

⁷⁰ Este párrafo no se encuentra en las eds. 1-2; pero cf. en dichas eds. la frase que princi-

pia con "Sin embargo, debe recordarse cuidadosamente", *infra*, p. 47.

⁷¹ Eds. 1-2 "Sin embargo, el dinero es un bien variable; y el aumento de salarios así como de los bienes está".

⁷² Eds. 1-2 no contienen "salvo en ciertos casos".

lista y trabajador,⁷³ habremos de juzgar el aumento o la disminución de⁷⁴ la renta, las utilidades y los salarios, y no según el valor con referencia al cual dicho producto puede haberse estimado, sirviéndose de un medio variable.

No es mediante la cantidad absoluta del producto obtenido por cualquiera de las clases mencionadas como podemos apreciar correctamente la tasa de utilidad, renta y salarios, sino por medio de la cantidad de mano de obra requerida para obtener el producto en cuestión. El producto global puede duplicarse mediante mejoras en la maquinaria y en la agricultura, pero si además resulta preciso duplicar los salarios, la renta y las utilidades, estos tres conceptos seguirán conservando entre sí la misma proporción que antes, y no se puede decir que ninguna ha variado relativamente. Pero si los salarios no comparten la totalidad de este incremento; si, en vez de duplicarse, aumentaron únicamente en un cincuenta por ciento; si la renta, en lugar de duplicarse aumentó tan sólo en un setenta y cinco por ciento, y el incremento restante fue absorbido por las utilidades, considero justificado afirmar que la renta y los salarios han disminuido, y que, en cambio, las utilidades aumentaron, ya que si tuviéramos un patrón invariable con que medir el valor del producto, encontraríamos que correspondió un menor valor a las clases de trabajadores y terratenientes, y un mayor valor a la clase de los capitalistas, de lo que antes percibieron unas y otras. Por ejemplo, podríamos observar que, a pesar de haberse duplicado la cantidad absoluta de bienes, éstos fueron exactamente el producto de la misma cantidad de mano de obra que antes. De cada cien sombreros, abrigos y cuarteles de maíz producidos, si

Los trabajadores percibían antes ⁷⁵	25
Los terratenientes	25
Y los capitalistas	50

100:

y si, después de duplicarse⁷⁶ la cantidad de dichos productos, de cada 100

Los trabajadores percibieron tan sólo	22
Los terratenientes	22
Y los capitalistas	56

100:

⁷³ Eds. 1-2 "del producto total de la tierra y del trabajo de la nación, entre las tres clases de terratenientes, capitalistas y trabajadores". Cf. *infra*, p. 63, n. 27. Por lo que puede constituir un intento para redactar nuevamente este pasaje, para incluir la nueva ver-

sión en la ed. 3, cf. *Notas a Malthus, infra*, II, 138, n. 136.

⁷⁴ Ed. 1 no contiene "el aumento o la disminución de".

⁷⁵ Ed. 1 no contiene "antes".

⁷⁶ Eds. 1-2 "se duplicara en".

en este caso diría que los salarios y la renta han disminuido, y que las utilidades aumentaron, aunque, debido a la abundancia de bienes, la cantidad pagada a los trabajadores y a los terratenientes habrá aumentado en la proporción de 25 a 44. Los salarios deben estimarse por su valor real, o sea por la cantidad de trabajo y de capital empleada para producirlos, y no por su valor nominal en abrigos, sombreros, dinero o maíz. En las circunstancias supuestas, los bienes habrían reducido su valor inicial a la mitad, y si el dinero no ha variado, también el precio actual sería la mitad del anterior. Entonces, si en este medio que no ha variado de valor, se observara que los salarios de los trabajadores han disminuido, dicha reducción no podría considerarse efectiva, ya que podrían adquirir mayor cantidad de bienes baratos que con el salario anterior.

Por grande que sea la variación en el valor del dinero no afecta a la *tasa* de utilidades. En efecto, supongamos que el valor de los bienes del industrial aumente de 1 000 a 2 000 libras, o sea 100 %; si su capital, sobre el cual las variaciones del dinero producen el mismo efecto que sobre el valor del producto; si su maquinaria, edificios y capital en circulación aumentan también en 100 %, su tasa de utilidades será la misma, y percibirá la misma cantidad, y nada más, del producto del trabajo en el país respectivo.

Si, con un capital de un valor dado, puede duplicar la cantidad del producto mediante el ahorro de trabajo, y si los bienes así producidos se reducen a la mitad del precio anterior, el nuevo precio representará la misma proporción del capital que antes, y por consiguiente, las utilidades seguirán teniendo la misma tasa.⁷⁷

Si al mismo tiempo que duplica la cantidad de producto mediante el empleo del mismo capital, el valor del dinero queda reducido a la mitad, por cualquier causa, el producto se venderá por dos veces el valor monetario de antes; pero el capital empleado para producirlo tendrá también dos veces su valor monetario inicial, y aunque el producto se duplique, la renta, los salarios y las utilidades variarán tan sólo conforme varían las proporciones en que dicho producto duplicado puede ser repartido entre las tres clases que lo comparten.⁷⁸

⁷⁷ Para las diferencias en los últimos dos párrafos entre la ed. 1 y la ed. 3 (que en este caso es igual a la ed. 2) cf. las notas de p. 49, *infra*.

⁷⁸ Ed. 1 inserta aquí tres párrafos adicionales (cf. pp. 49-50), que en las eds. 2-3 están parcialmente incorporados antes en el capítulo (cf. p. 29, n. 39 y p. 32, n. 61).

APÉNDICE DEL CAPÍTULO I

Texto de la primera edición, con variaciones de la segunda, para la última parte del Capítulo (pp. 20-38).

EL AHORRO en el uso de mano de obra nunca deja de reducir el valor relativo de un bien, ya sea que el ahorro se realice en el trabajo necesario para la fabricación del bien mismo, o en el que se requiere para la formación de capital, con cuya ayuda se produce dicho bien. En cualquier caso, el precio de las medias bajará, ya se empleen menos hombres en los procesos de blanqueo, hilado o tejido, obreros directamente necesarios para su producción, o en las operaciones de transporte, ingeniería y herrería, cuyos trabajadores están más indirectamente relacionados con la producción misma. En el primer caso, la totalidad del ahorro de trabajo afectará a las medias, ya que dicha porción de trabajo fue enteramente dedicada a su producción; en el otro caso, solamente parte del mismo afectará a las medias, aplicándose el resto a todos aquellos otros bienes, a cuya producción contribuyen también los edificios, la maquinaria y los transportes.

En cualquier sociedad, el capital empleado en la producción es, necesariamente, de una duración limitada. Los alimentos y la indumentaria consumidos por el trabajador, los edificios en donde trabaja, los implementos con los cuales se ayuda en su trabajo son, todos, de índole perecedera. Sin embargo, hay una amplia diferencia en el período de duración de esos capitales distintos: un motor de vapor durará más que un barco, un barco más que la indumentaria del trabajador, y la indumentaria del trabajador más que los alimentos que consume.

Según que el capital perezca con rapidez y requiera ser reproducido con frecuencia, o bien sea de consumo lento, se le clasifica como capital circulante o fijo.¹ Un cervecero, cuyos edificios y maquinaria son costosos y duraderos, emplea una gran parte de lo que llamamos capital fijo; al contrario, un fabricante de calzado, cuyo capital se utiliza principalmente para pagar salarios que se gastan en alimentos e indumentaria, bienes éstos más perecederos que los edificios y la maquinaria, utiliza una gran proporción de su capital como capital circulante. Dos industrias pueden entonces emplear la misma cantidad de capital; pero éste puede estar distintamente repartido con respecto a la porción fija y a la circulante.

Por añadidura, dos industriales pueden usar la misma cantidad de capital fijo y la misma cantidad de circulante; pero la durabilidad de sus capitales fijos puede ser desigual. Uno puede tener máquinas de vapor por valor de 10 000 libras, y otro, barcos por el mismo valor.

Además de la alteración en el valor relativo de los bienes, ocasionada por una cantidad mayor o menor de trabajo necesaria para producirlos, están también sujetos a fluctuaciones debidas a un aumento de salarios, y a una consiguiente reducción de las utilidades, tanto si los capitales fijos empleados son de valor desigual como si su duración no es la misma.²

¹ La ed. 2 incluye aquí una nota de pie de página: "División no esencial y cuya línea de demarcación no puede trazarse de modo preciso." Cp., para ed. 1, p. 114.

² En vez de este párrafo, trasladado en la ed. 2 a p. 42, *infra* (véase *ib.* nota 4), ed. 2 dice: "También debe observarse que el capital circulante puede circular, o volver a quien lo

Supongamos que en las etapas iniciales de la sociedad los arcos y flechas del cazador fueron del mismo valor y de la misma duración que la canoa y los implementos del pescador, siendo, ambos, producto de una misma cantidad de trabajo. En tales circunstancias, el valor del venado, producto de un día de trabajo del cazador, sería exactamente igual al valor del pescado, producto de un día de trabajo del pescador. El valor comparativo del pescador y de la pieza cazada dependería enteramente de la cantidad de trabajo gastada en cada uno, cualquiera que haya sido la cantidad de la producción, o por más altos o más bajos que fueren los salarios y las utilidades. Por ejemplo, si la canoa y los implementos del pescador tuvieran un valor de 100 libras, y si su duración se calculara en unos diez años, y si el pescador empleara diez hombres, cuyo trabajo costase 100 libras al año, que pescasen, con un día de su trabajo, veinte salmones; si las armas empleadas por el cazador tuvieran también un valor de 100 libras, y una duración de diez años, también; si éste emplease igualmente diez hombres, con un costo anual de 100 libras, y en un día de trabajo cazaran diez venados, entonces el precio natural de un venado sería dos salmones, por grande o pequeña que fuese la proporción del producto global gastada en los hombres que lo obtuvieron. La proporción que debería pagarse por concepto de salarios es de importancia máxima en lo que atañe a las utilidades; en efecto, es fácil observar desde luego que las utilidades serán altas o bajas, exactamente en proporción a salarios bajos o altos, pero no puede afectar en lo más mínimo al valor relativo de la pesca y de la caza, ya que los salarios resultarían simultáneamente elevados o reducidos en ambas ocupaciones. Si el cazador alegara estar pagando una mayor parte, o el valor de una mayor parte de su caza por concepto de salarios, con objeto de que el pescador le entregue más pescados a cambio de sus presas, este último declararía estar igualmente afectado por la misma causa; por consiguiente, bajo todas las variaciones de los salarios y de las utilidades, bajo todos los efectos de la acumulación de capital, la tasa natural de cambio sería de un venado por dos salmones mientras ambos productores continúan obteniendo respectivamente la misma cantidad de pescado y la misma cantidad de animales mediante el trabajo de un día.

Si con la misma cantidad de trabajo se obtuviera una menor cantidad de pesca o una mayor cantidad de caza, el valor del pescado aumentaría en comparación con el de la caza. Si, al contrario, con la misma cantidad de trabajo se obtuviera una menor cantidad de caza o una mayor cantidad de pesca, el valor de la caza aumentaría en comparación con el del pescado.

Si existiera algún otro bien cuyo valor fuera invariable y requiriera, en todo tiempo y bajo cualesquiera circunstancias, precisamente la misma cantidad de trabajo para obtenerlo, podríamos precisar, mediante la comparación del valor del pescado y del venado con dicho bien, cuál sería la variación atribuible a una causa que afectó el valor del pescado y cuál se debería a una causa que afectó el valor de la caza.

Supongamos que el dinero sea el bien en cuestión. Si un salmón tuviera un valor de 1 libra, y un venado el de dos libras, un venado valdría dos salmones. Pero un venado podría llegar a tener el valor de tres salmones, debido a que se requiera más trabajo para obtener un venado, o menos para pescar

emplea, en períodos desiguales. El trigo comprado por un agricultor para siembra es un capital fijo, en comparación con el trigo adquirido por un panadero para fabricar pan. Uno lo deja en la tierra, y no puede obtener de él ingreso alguno hasta después de un año; otro

puede molerlo para convertirlo en harina, venderlo en forma de pan a sus clientes y restituir su capital o iniciar otro empleo del mismo en el transcurso de una semana." Cp. el párrafo, que también fue agregado en cd. 2, *infra*, p. 46, nota.

un salmón, o bien debido a que ambas causas operaron al mismo tiempo. Si contáramos con dicho patrón invariable, fácilmente podríamos precisar hasta qué punto operó cada una de dichas causas. Si el salmón siguiera vendiéndose a una libra, mientras el venado se vendía por 3 libras, podríamos concluir que se requirió más trabajo para obtener el venado. Si el venado conservara el mismo precio de 2 libras, y el salmón se vendiera por 13s. 8d. podríamos entonces estar seguros de que se requirió menos trabajo para pescar el salmón; y si el venado aumenta a 2 libras 10s. y el salmón baja a 16d., nos convenceríamos de que ambas causas contribuyeron a producir la alteración del valor relativo de dichos bienes.

Ninguna alteración en los salarios de la mano de obra podrá ocasionar una alteración del valor relativo de dichos bienes, ya que si las utilidades fueran de 10 %, para reponer las 100 libras de capital circulante con una utilidad de 10 %, el ingreso debería ser de 110 libras; para reponer una igual proporción de capital fijo, cuando las utilidades tienen una tasa de 10 %, anualmente deberían percibirse 16.27 libras, ya que el valor actual de una anualidad de 16.27 libras, durante diez años, con dinero colocado al 10 %, es de 100 libras; en consecuencia, toda la caza del cazador debería venderse anualmente por 126.27 libras. Pero como el capital del pescador es relativamente el mismo y está repartido, en la misma proporción, entre capital fijo y circulante, amén de tener la misma durabilidad, para obtener las mismas utilidades deberá vender también sus bienes por el mismo valor. Si los salarios aumentan 10 %, y por tanto se requiere 10 % más de capital circulante en cada ocupación, dicho aumento afectaría de la misma manera a ambas actividades. En las dos se requerirían 210 libras en vez de 200 libras, para producir la cantidad inicial de bienes, y éstos se venderían exactamente por el mismo dinero, o sea por 126.27 libras: por consiguiente, tendrían el mismo valor relativo, y las utilidades serían igualmente reducidas en ambas ocupaciones.

Los precios de los bienes no subirían, ya que el dinero en que se valoraron es, en nuestro supuesto, de valor invariable, y requiere siempre la misma cantidad de trabajo para producirlo.

Si la mina de oro de la cual se obtiene el dinero estuviera en el mismo país, en este caso, después del aumento de salarios, sería necesario emplear, como capital, £ 210 para obtener la misma cantidad de metal que antes se obtenía con £ 200: por la misma razón que el cazador y el pescador requirieron £ 10 más en sus capitales, el minero requeriría una adición igual a su capital inicial. No se requerirá ninguna cantidad mayor de trabajo en ninguna de las ocupaciones en cuestión, sino que el trabajo se remunerará a un precio más elevado, y las mismas razones que impulsarían al cazador y al pescador a elevar el valor de su caza y pesca harían que el propietario de la mina aumentase el valor de su oro. El valor relativo de la caza, de la pesca y del oro seguiría inalterado si dicho móvil actúa con igual intensidad sobre las tres ocupaciones y si la situación relativa de quienes a ellas se dedican es la misma antes y después del aumento de salarios. Los salarios pueden aumentar en veinte por ciento, y las utilidades disminuir, por consiguiente, en una mayor o menor proporción, sin que ello ocasione alteración alguna en el valor relativo de los bienes correspondientes.

Supongamos ahora que con el mismo trabajo y el mismo capital fijo se pudiera obtener más pescado, pero no más oro ni más caza; entonces el valor relativo del pescado disminuiría en comparación con el oro o la caza. Si en lugar de veinte salmones se obtuvieran veinticinco como producto de un día de trabajo, el precio de un salmón sería de dieciséis chelines en lugar de una

libra, y se darían dos salmones y medio en vez de dos salmones a cambio de un venado, no obstante lo cual el precio del venado seguiría siendo de 2 libras como antes. Del mismo modo, si se obtuviera menos pescado con la misma cantidad de trabajo y de capital, el valor comparativo del pescado aumentaría. Por ende, el valor en cambio del pescado subiría o bajaría tan sólo porque se requirió más o menos trabajo para obtener una cierta cantidad del mismo; nunca subiría o bajaría más allá de la proporción del aumento o disminución de la cantidad de trabajo requerida.

En consecuencia, si tuviéramos un patrón invariable con el cual medir la variación en otros bienes, advertiríamos que el límite máximo hasta donde pudiesen aumentar permanentemente es proporcional a la cantidad adicional de trabajo requerida para su producción, y que de ninguna manera podrían aumentar más, salvo si se necesitara más trabajo para producirlos. Un aumento de salarios no elevaría su valor monetario, ni tampoco en relación con ningún otro bien cuya producción no requirió una cantidad adicional de trabajo y para el cual se empleó la misma proporción de capital fijo y circulante, y un capital fijo de la misma durabilidad. Hemos observado que si se necesitara más o menos trabajo para producir otro bien, ocurrirá inmediatamente una alteración en su valor relativo, pero dicha alteración no se debe al aumento de salarios, sino que ha variado la cantidad de trabajo necesaria.³

Si entre los capitales fijo y circulante existieran proporciones distintas, o si el capital fijo tuviese una durabilidad diferente, el valor relativo de los bienes producidos resultaría alterado como resultado de un aumento de salarios.⁴

Primero, si entre los capitales fijo y circulante existiesen proporciones distintas, por ejemplo que en vez ⁵ de £ 100 de capital fijo y £ 100 de capital circulante, el cazador utilizara £ 150 para el primero y £ 50 para el segundo, y que, al contrario, el pescador usara £ 50 de capital fijo y £ 150 de circulante.

Si las utilidades fuesen de 10 %, el cazador tendría que vender sus bienes por £ 79 8s. Ya que,

Para reponer su capital circulante de 50 libras con una utilidad de 10% requerirá un valor de

Para reponer su capital fijo con 10% de utilidad, el valor actual de una anualidad de 24.4 l. a 10% durante diez años será para

150 libras.

Si las utilidades fuesen ⁶ de 10%, el pescador debería vender sus bienes en £ 173 2s. 7d. Ya que,

³ La ed. 2 agrega aquí un párrafo con el que termina su Sección II: "Según esta sección, resulta que, no obstante la acumulación de capital, los bienes no variarían necesariamente en su valor relativo a consecuencia de un aumento de salarios, a menos que dicho aumento vaya acompañado de una mayor facilidad o dificultad para producir uno o más de ellos." (Cp. sobre el mismo tema, caso que demuestra las incertidumbres en decidir si los valores relativos "varían" o "aumentan", en una carta a Mill de nov. 23, 1818; *infra*, tomo VII.)

Después de esto, la ed. 2 inicia la "Sección III" bajo el título "El principio señalado en

la acción anterior, se modifica considerablemente por el empleo de maquinaria como capital fijo."

⁴ La ed. 2 omite este párrafo, y coloca aquí el que empieza con "Además de la alteración en el valor", que en la ed. 1 se encuentra *supra*, p. 39.

⁵ La ed. 2 inicia el párrafo con "Supongamos entonces que el capital fijo y circulante del cazador y del pescador sean de montos iguales, pero de proporciones distintas; supongamos que en vez", etc.

⁶ Ed. 2: "Pero con la misma tasa de utilidades" en vez de "Si las utilidades fuesen."

Para reponer su capital circulante de £ 150, con un 10% de utilidades, necesitará £ 165

Para reponer su capital fijo con 10% de utilidades necesitará una tercera parte de la suma correspondiente percibida por el cazador, o sea £ 8.13

£ 173.13

Ahora bien, si los salarios aumentan, se alterará el valor relativo de los bienes, a pesar de que ninguno de ellos requiera más trabajo para su producción. Si suponemos que los salarios aumentan en un 6%, el cazador no requerirá más que un incremento de £ 3 a su capital para emplear el mismo número de hombres y obtener la misma cantidad de caza; el pescador necesitará tres veces dicha suma, o sea £ 9. Las utilidades del capital bajarán en un 4%, y el cazador se verá obligado a vender su caza por £ 73 12s. 2d.

Para reponer su capital circulante de 53 l. con una utilidad de 4% £ 55.12

Para reponer el capital fijo, anualmente gastado, el valor actual de una anualidad de £ 18.49, ya que se trata de £ 150 colocadas al 4% durante 10 años £ 18.49

£ 73.61

El pescador tendrá que vender su pesca por £ 171 11s. 5d. o sea,

Para reponer su capital circulante de £ 159 con una utilidad del 4% £ 165.360

Para reponer el capital fijo anualmente gastado, el valor actual de una anualidad de £ 6.163 ya que se trata de un capital de £ 50 colocados al 4% durante 10 años £ 6.163

£ 171.523

Antes, la caza era al pescado como 100 a 218

Ahora, será como 100 a 233

Vemos entonces que con cualquier aumento de salarios, en la medida en que el capital empleado en cualquier ocupación consista en capital circulante, su producto será de mayor valor relativo que los bienes producidos en otras actividades, en las cuales fueron empleadas una menor proporción de capital circulante y una mayor proporción de capital fijo.⁷

⁷ En lugar de este párrafo la ed. 2 dice: "Resulta entonces que la división del capital en distintas proporciones de capital fijo y circulante, empleada en diferentes ocupaciones, introduce una modificación considerable a la regla de aplicación universal en las etapas iniciales de la sociedad, a saber: que los bienes no varían nunca en su valor, a menos que se emplee una mayor o menor cantidad de mano de obra en su producción, demostrándose en esta sección que sin ninguna variación en la cantidad de mano de obra empleada, el aumento de su va-

lor ocasionará tan sólo una reducción del valor de cambio de dichos bienes, en cuya producción se empleó capital fijo; a mayor monto de capital fijo, mayor será la reducción." Este texto incluye un párrafo que en la ed. 1 se encuentra en p. 49 (véase *ib.* nota 25).

Después, la ed. 2 inicia su "Sección IV" con el título: "El principio de que el valor no varía con el aumento o la disminución de los salarios, modificado también por la desigual durabilidad de capital, y por la rapidez desigual con que retorna a su usuario."

Segundo, supongamos que las proporciones de capital fijo sean las mismas, aunque con distintos grados de durabilidad.⁸ En la medida en que el capital fijo es menos duradero, se acerca más a la naturaleza del capital circulante. Con objeto de proteger el capital del manufacturero, será consumido en un período más breve, y reproducido su valor.⁹ Acabamos de ver que proporcionalmente a la preponderancia de capital circulante¹⁰ en una industria, cuando los salarios aumentan, el valor de los bienes producidos en dicha industria es relativamente mayor que el de los bienes producidos en otras industrias en las cuales prepondere el capital fijo. Proporcionalmente a la menor durabilidad del capital fijo, y a su acercamiento a la naturaleza del capital circulante, el mismo efecto sobrevendrá como consecuencia de la misma causa.

Supongamos que se fabrica una máquina que durará cien años, y cuyo valor sea de £ 20 000. Supongamos también que esa máquina pueda producir anualmente sin trabajo alguno, una cierta cantidad de bienes, y que las utilidades sean de 10%: el valor total de los bienes producidos sería anualmente de £ 2 000 2s. 11d., ya que las utilidades de £ 20 000 al 10% anual son de £ 2 000.

Y una anualidad de 2s. 11d. por 10 años, al 10% repondrá, al final de dicho período, un capital de £ 20 000 £ 2 11
Por consiguiente, los bienes deberán venderse en £ 2 000 £ 2 11

Si la misma cantidad de capital, o sean £ 20 000, se empleara para remunerar mano de obra productiva, y se consumiera y reprodujera anualmente, como sucede cuando se pagan salarios, en tal caso, para obtener una utilidad igual de 10% sobre £ 20 000, los bienes producidos deberán venderse por £ 22 000. Ahora bien, supongamos que dicha mano de obra aumenta, y que en lugar de bastar £ 20 000 para pagar los salarios de aquellos empleados en la producción de dichos bienes, se necesiten £ 20 952; en este caso, las utilidades se reducirían al 5%: ya que dichos bienes no se venderían por más

que antes, o sea £ 22 000
y para producirlos se necesitarán £ 20 952

por tanto no quedarán más que £ 1 048¹¹

de un capital de £ 20 952. Si la mano de obra aumentase, y se necesitara para subvenir a ella £ 21 153, las utilidades se reducirían a 4%, y si aumentase hasta £ 21 359 las utilidades descenderían al 3%.

Ahora bien, como el propietario de la máquina que durará cien años no pagará salarios, cuando las utilidades bajen al 5%, el precio de sus bienes deberá bajar a £ 1 007 13s. 8d., o sea £ 1 000 para pagar sus utilidades, y £ 7 13s. 8d. para acumular, durante 100 años, al 5%, la suma necesaria para reponer su capital de £ 20 000. Cuando las utilidades bajen al 4%, sus bienes deberán venderse por £ 816 3s. 2d., y cuando bajen al 3 %, por £ 632 16s. 7d.

⁸ La ed. 2 reemplaza esta frase por: "En la sección anterior hemos supuesto que en el caso de los capitales iguales en dos ocupaciones distintas, las proporciones de capitales fijo y circulante fueron desiguales; supongamos ahora que tengan las mismas proporciones pero que fuesen de durabilidad desigual." Cp. *infra*, p. 46, nota.

⁹ La ed. 2 coloca aquí "en un período más breve" en vez de situar dicha frase antes.

¹⁰ La ed. 2 dice "fijo" en lugar de "circulante"; y por consiguiente, más adelante, "relativamente menor" en lugar de "relativamente mayor" y "circulante" en vez de "fijo".

¹¹ La ed. 2 agrega la frase "o sea 5% de utilidad".

En consecuencia, por un aumento en el precio del salario, inferior al 7%, que no produce ningún efecto en los precios de los bienes totalmente producidos con trabajo, se registra una reducción de no menos del 68% en aquellos bienes totalmente producidos mediante utilización de maquinaria. Si el propietario de la máquina vende sus bienes por más de £ 632 16s. 7d., obtendrá más del 3%, que es la utilidad general del capital, y a medida que otros pueden surtir con máquinas al mismo precio de £ 20 000, se multiplicaría de tal modo dicha utilidad que se vería obligado a reducir el precio de sus bienes hasta que sólo le produjesen la tasa usual y general de utilidades del capital.

En proporción a la duración menor de dicha máquina, los precios resultarán menos afectados por la reducción de utilidades y por el aumento de salarios. Por ejemplo, si la máquina durase únicamente diez años, con una utilidad del 10%,

los bienes deberían venderse por	£ 3 254
con una utilidad del 5% por	2 590
del 4% por	2 465
del 3% por	2 344

porque ésas son las sumas necesarias para equiparar sus utilidades a las de los demás, y para reponer su capital al final de diez años; o, lo que viene a ser lo mismo: ésas son las anualidades que producirán las £ 20 000 durante diez años y con las tasas señaladas. Si la máquina durase sólo tres años, con una utilidad del 10%, el precio de los bienes sería de

.	£ 8 042
con una utilidad del 5% sería de	7 344
del 4% sería de	7 206
del 3% sería de	7 070

Si la máquina durase tan sólo un año, con una utilidad del 10%, los bienes se venderían por

.	£ 22 000
con una utilidad del 5% por	£ 21 000
del 4% por	20 800
del 3% por	20 600

por consiguiente, cuando las utilidades se reduzcan de 10 a 3%, los bienes, producidos con capitales iguales, bajarán en

68% si la máquina durara	100 años
28% si la máquina durara	10 años
13% si la máquina durara	3 años
y poco más del 6% si durara tan sólo	1 año ¹²

¹² En la ed. 2 aparece aquí una nota de pie de página y se agrega un párrafo en el texto.

La nota dice: "Para ilustrar mejor el principio he supuesto una máquina que hiciera el trabajo sin ayuda de mano de obra humana, lo que es evidentemente imposible. Un escritor de la *British Review* argumenta absurdamente como

si dicha suposición fuera esencial para la verdad del principio. Pero es obvio que ocurrirán resultados similares, aunque no de grado igual, cuando ambos manufactureros emplean mano de obra, y maquinaria u otro capital, si este último es de durabilidad desigual." (Véase *British Review*, noviembre 1817, art. XV, "Po-

Estos resultados son de tanta importancia para la ciencia de la economía política, a pesar de que están poco conformes con algunas de sus doctrinas aceptadas según las cuales cualquier aumento de salarios se transfiere necesariamente al precio de los bienes, que bien valdrá la pena detenemos para dilucidar el caso.

Un fabricante de sombreros emplea cien hombres a un costo anual de £ 50 cada uno, que le producen bienes por un valor de £ 8 000. Una máquina calculada para durar precisamente un año y para realizar de manera satisfactoria el mismo trabajo que los cien hombres, le es ofrecida por £ 5 000, exactamente la suma que está gastando en salarios. El manufacturero se mostrará indiferente ante la alternativa de adquirir la máquina o de seguir empleando a los obreros. Ahora bien, si los salarios de la mano de obra aumentan en un 10%, y si, por tanto, se requieren £ 500 adicionales para permitirle emplear el mismo contingente de obreros, mientras sus bienes puedan seguir vendiéndose por las mismas £ 8 000, ya no vacilará más sino que comprará de una vez la máquina, y hará lo mismo cada año, mientras los salarios sean superiores a las £ 5 000 libras originarias. Pero ¿podrá adquirir ahora la máquina al mismo precio de antes? ¿No habrá aumentado su valor como resultado del aumento de los salarios? Aumentaría de precio si no se emplease capital en su construcción y si no hubiera que pagar utilidades a su fabricante. Por ejemplo, si la máquina fuera el producto del trabajo de cien hombres, que trabajaran un año en ella con salarios de £ 50 cada uno, y si su precio fuera entonces de £ 5 000, al aumentar dichos salarios a £ 55, su precio sería de £ 5 500: pero éste no puede ser el caso; se emplean menos de cien hombres o bien no puede venderse por 5 000 libras, ya que de esta cantidad habrá que pagar las utilidades del capital que procuró trabajo a los hombres. Supongamos entonces que se emplearon sólo ochenta y cinco, con un gasto de £ 4 250 al año, y que las £ 750 obtenidas con la venta de la máquina, por encima de los salarios adelantados, representan las utilidades del capital del fabricante de la máquina. Si los salarios aumentan un 10%, se verá obligado a emplear £ 4 675, en vez de 4 250, capital que sólo le producirá una utilidad de 325 libras si sigue vendiendo su máquina por £ 5 000; pero ése es, precisamente, el caso de todos los manufactureros y capitalistas; el aumento de salarios les afecta a todos. Por consiguiente, si el fabricante de la máquina aumenta su precio, debido a un aumento de salarios, se empleará una cantidad inusitada de capital en la construcción de tales máquinas, hasta que su precio ofrezca tan sólo las utilidades usuales. Si el fabricante de sombreros vende sus sombreros por £ 8 000, mediante el empleo de la máquina, se encontrará en la misma situación que antes; no emplea más capital y obtiene las mismas utilidades. La competencia comercial no permitirá por mucho tiempo que las cosas ocurran de ese modo, ya que, a medida que el capital fluya hacia las actividades más productivas, se verá obligado a bajar el precio de los sombreros hasta que sus utilidades dismi-

litical Economy and Taxation"; cp. carta a Trower, dic. 10, 1817, *infra*, tomo VII.)

El nuevo párrafo dice: "El mismo resultado ocurrirá si los capitales circulantes son de durabilidad desigual. Si, debido a la naturaleza de dos industrias distintas, en las que se emplean capitales iguales, un manufacturero no puede colocar en menos de un año en el mercado el bien que produce, mientras que el otro los coloca en tres meses, el bien del primero disminuirá en su valor relativo con respecto al se-

gundo, con cada aumento de salarios o disminución de utilidades. No es necesario hacer ulteriores cálculos para probar que esto es cierto, ya que se basa precisamente en el mismo principio que el del caso ya considerado, o sea, en el distinto grado de durabilidad de dos capitales iguales." Este texto tenía como objeto satisfacer una objeción interpuesta por McCulloch, nov. 24, 1818, *infra*, tomo VII. Cp. cambios similares *supra*, p. 24, n. 32, p. 39, n. 2 y p. 43, n. 7 (título de Sec. IV) y p. 44, n. 8.

nuyan al nivel general. Así, el público se beneficia con la maquinaria: estos mudos agentes son siempre el producto de mucho menos trabajo que el que desplazan, aun cuando tengan el mismo valor monetario. A través de su influencia, un incremento en el precio de las provisiones que eleve los salarios afectará a menos personas; alcanzará, en el ejemplo anterior, a ochenta y cinco hombres en vez de cien, y el ahorro resultante se reflejará naturalmente en el precio reducido del bien manufacturado. Ni las máquinas ni ningún otro bien aumentan de precio, sino que todos los bienes producidos por máquinas bajan en proporción a la durabilidad de ellas.¹³

Resulta entonces que en proporción a la cantidad y durabilidad del capital fijo¹⁴ empleado en cualquier clase de producción, los precios relativos de aquellos bienes en los cuales se emplea dicho¹⁵ capital, variarán inversamente a los salarios; es decir, bajarán al aumentar los salarios.¹⁶ Resulta también que ningún bien aumenta nunca en su precio absoluto meramente porque los salarios aumenten; que jamás aumentan a menos que se emplee en ellos un trabajo adicional; pero que todos los bienes en cuya producción entra capital fijo, no sólo no aumentan con un aumento de salarios, sino que bajan de manera absoluta, hasta cifrarse en un 68%, cuando la elevación de salarios es de siete por ciento, y si se utiliza exclusivamente capital fijo de una duración de 100 años.

La afirmación anterior,¹⁷ que establece la compatibilidad de un aumento de salarios con una reducción de precios, tiene, bien lo sé, el inconveniente de la novedad, y debe confiar en sus propios méritos para defenderse, ya que entre sus oponentes figuran autores distinguidos y de merecida fama.¹⁸ Sin embargo, debe recordarse cuidadosamente que en toda esta argumentación he supuesto que el dinero fuese de un valor invariable; en otras palabras, que siempre sería el producto de una misma cantidad de trabajo humano, sin auxilio de ninguna clase. Empero, el dinero es un bien variable, y tanto el aumento de los salarios como el de los bienes deriva frecuentemente de una reducción en el valor del dinero. Un aumento de salarios debido a esta causa de hecho iría siempre acompañado de un aumento en el precio de los bienes; pero en

¹³ La ed. 2 agrega aquí un párrafo que incluye otro que en la ed. 1 aparece en la p. 50 (véase *ib.* nota 26). El nuevo párrafo es el siguiente: "Se observará entonces que, en las etapas iniciales de la sociedad, antes de que se emplee mucha maquinaria o capital fijo durable, los bienes producidos por capitales iguales serán de valor casi igual, y aumentarán o disminuirán relativamente entre sí, a consecuencia de la mayor o menor cantidad de trabajo necesaria para producirlos; pero después de la introducción de estos instrumentos onerosos, los bienes producidos mediante el empleo de capitales iguales tendrán valores muy desiguales; y aunque todavía podrán aumentar o disminuir en su relación mutua, al requerirse más o menos trabajo para su producción, estarán también sujetos a una variación ocasionada por el aumento o la reducción de los salarios y de las utilidades. Como los bienes que se venden por £ 2 000 pueden ser el producto de un capital de igual cuantía que el que se necesita para obtener otros bienes que se venden por £ 10 000, las utilidades de su manufactura serán

las mismas; pero dichas utilidades serán desiguales si los precios de los bienes no varían con un aumento o una reducción de la tasa de utilidades."

¹⁴ Ed. 2: "Resulta, también, que proporcionalmente a la durabilidad del capital."

¹⁵ La ed. 2 agrega aquí la palabra "durable".

¹⁶ En la ed. 2, el resto del párrafo es como sigue, "y aumentan a medida que los salarios disminuyen; y ningún bien tendrá nunca mayor valor en cambio sólo porque aumentan los salarios; sólo aumentarán cuando se utilice más trabajo en su producción, cuando los salarios bajen, o cuando el medio en que están estimados baje de valor".

Después de esto, en la ed. 2 se inicia la "SECCIÓN V" bajo el título: "Diferentes efectos de la alteración en el valor del dinero, medio en el que siempre se expresa el precio, o de la alteración en el valor de los bienes que el dinero adquiere."

¹⁷ Ed. 2 "precedente"

¹⁸ Cp. *supra*, p. 35.

tales ocasiones se encontrará que el trabajo y todos los bienes no han variado en su relación mutua, y que la variación se ha limitado al dinero.

Siendo el dinero un bien obtenido de una nación extranjera, un medio general de cambio entre todas las naciones civilizadas, y hallándose distribuido además entre dichas naciones en proporciones que siempre cambian debido a cualquier mejoramiento realizado en el comercio y en la maquinaria, está sujeto a variaciones incesantes cada vez que resulta más difícil obtener los alimentos y productos indispensables para una población en aumento. Al establecer los principios que regulan el valor en cambio y el precio, debemos distinguir cuidadosamente entre aquellas variaciones que pertenecen al bien mismo, y aquellas otras que son ocasionadas por una variación en el medio con el cual se estima el valor o se expresa el precio.

El aumento de los salarios, debido a una alteración en el valor del dinero, produce un efecto general sobre el precio, y por esa razón no produce ningún efecto real sobre las utilidades. Al contrario, un aumento de salarios, debido a la circunstancia de que el trabajador fue más liberalmente recompensado, o por la dificultad de suministrar los productos necesarios en que se gastan los salarios, no produce el efecto de elevar los precios, sino que tiene un efecto importante para reducir las utilidades. En el primer caso, no se dedica una mayor proporción del trabajo anual del país para el sostenimiento de los trabajadores; en el otro, se le dedica una proporción mayor.

De acuerdo con la distribución del producto total de la tierra y del trabajo del país entre las tres clases de terratenientes, capitalistas y trabajadores, debemos juzgar¹⁹ la renta, la utilidad y el salario, y no según el valor conforme al cual puede haberse estimado dicho producto con referencia a un medio que se reconoce variable.

No es mediante la cantidad absoluta del producto obtenido por cualquiera de las clases mencionadas, como podemos apreciar correctamente la tasa de utilidad, renta y salario, sino a través de la cantidad de trabajo requerida para obtener el producto en cuestión. El producto global puede duplicarse por obra de mejoras en la maquinaria y en la agricultura pero, si a la vez se duplican los salarios, la renta y la utilidad, estas tres partidas conservarán la misma proporción recíproca, y no se puede decir que ninguna ha variado relativamente. Por el contrario, si los salarios no comparten la totalidad de este incremento; si en vez de duplicarse, aumentaron únicamente en un 50%; si la renta, en lugar de duplicarse se elevó tan sólo en un 75%, y el incremento restante fue absorbido por las utilidades, creo correcto afirmar que la renta y los salarios han disminuido, mientras que las utilidades aumentaron; si tuviéramos, en efecto, una norma invariable con que medir el valor del producto, encontraríamos que un menor valor correspondió a las clases de trabajadores y terratenientes, y un valor mayor a la clase de los capitalistas, de lo que percibieron antes. Por ejemplo, podríamos observar que, a pesar de duplicarse la cantidad absoluta de bienes, éstos fueron exactamente el producto de la misma cantidad de trabajo que antes. De cada cien sombreros, abrigos, y cuartales de cereal producidos, si

Los trabajadores percibían ²⁰	25
Los terratenientes	25
Y los capitalistas	50

100

¹⁹ La ed. 2 agrega "el aumento o la reducción de".

²⁰ La ed. 2 agrega en este lugar la palabra "antes".

Y si, después de duplicarse la cantidad de dichos productos, de cada 100,

Los trabajadores percibieron tan sólo	22
Los terratenientes	22
Y los capitalistas	56
	100 ²¹

en este caso diríamos que los salarios y la renta han disminuido y que las utilidades aumentaron, aunque, debido a la abundancia de bienes, la cantidad pagada a los trabajadores y a los terratenientes habría aumentado en la proporción de 25 a 44. Los salarios deben estimarse por su valor real, o sea por la cantidad de trabajo y de capital empleada para producirlos, y no por su valor nominal en abrigos, sombreros, dinero o cereales. En las circunstancias supuestas, los bienes habrán reducido su valor inicial a la mitad, y si el dinero no ha variado, también el precio actual sería la mitad del anterior. Por consiguiente, si en dicho medio, que no ha variado de valor, se observase que los salarios de los trabajadores han disminuido, dicha reducción no sería real, ya que les permitiría adquirir mayor cantidad de bienes baratos que antes.

Por grande que sea la variación en el valor del dinero, no afecta a la tasa de utilidades; supongamos, por ejemplo, que los bienes del fabricante aumenten de £ 1 000 a £ 2 000, o sea 100%; si su capital, en el cual las variaciones del dinero producen el mismo efecto que sobre el valor del producto; si su maquinaria, edificios, y capital en giro ²² aumentan más del 100%, su tasa de utilidades habrá disminuido, y percibirá una cantidad proporcionalmente menor del producto disponible del trabajo del país en cuestión.

Si, con un capital de un valor dado, duplica la cantidad del producto, su valor se reduce a la mitad, y entonces dicho valor representa la misma proporción que antes con respecto al capital que lo produjo.²³

Si al mismo tiempo que duplica la cantidad de producto mediante el empleo del mismo capital, el valor del dinero viene a ser reducido a la mitad por cualquier causa, el producto se venderá por dos veces el valor monetario de antes; pero el capital empleado para producirlo tendrá también dos veces su valor monetario inicial; así, aunque el producto sea doble, la renta, los salarios y las utilidades variarán tan sólo en la medida en que varían las proporciones conforme a las cuales dicho producto duplicado puede ser repartido entre las tres clases que lo comparten.²⁴

Resulta pues, que siendo la acumulación de capital la causa de que se empleen distintas proporciones de capital fijo y circulante en diferentes industrias y al dar distintos grados de durabilidad a dicho capital fijo, introduce una considerable modificación a la regla que es de aplicación universal en las etapas iniciales de la sociedad.²⁵

A pesar de que siguen subiendo o bajando, en proporción al mayor o menor trabajo necesario para su producción, los bienes resultan también afectados en

²¹ Aquí la edición 1 tiene un punto que parece innecesario.

²² La ed. 2 dice aquí: "aumentan también 100%, su tasa de utilidad será la misma, y permitirá adquirir la misma cantidad, y nada más, del producto del trabajo del país que le corresponde."

²³ En la ed. 2 este párrafo es así: "Si con un capital de un cierto valor, puede, economi-

zando mano de obra, duplicar la cantidad de producto, y éste se reduce a la mitad de su precio inicial, mantendrá la misma proporción con el capital que antes lo produjo, y, por consiguiente, las utilidades seguirán manteniendo la misma tasa."

²⁴ En la ed. 2 el capítulo termina aquí.

²⁵ En la ed. 2 este párrafo está incluido supra, p. 43 (véase ib. n. 7).

su valor relativo por un aumento o una reducción de las utilidades, ya que se pueden obtener las mismas utilidades de bienes que se venden por £2 000 que de otros que se venden por £10 000; y, en consecuencia, las variaciones de aquellas utilidades, independientemente de cualquier cantidad aumentada o disminuida de trabajo necesaria para los bienes en cuestión, afectarán sus precios en distintas proporciones.²⁶

También se observa que los bienes pueden disminuir de valor como resultado de un aumento real de salarios, pero nunca pueden aumentar por la misma causa. Por otra parte pueden aumentar si se produce una reducción de salarios, ya que entonces pierden las ventajas peculiares de la producción que les proporcionaban los altos salarios.²⁷

²⁶ En la ed. 2 este párrafo ha sido incluido supra, p. 47 (véase nota 13, al pie, en la página citada).

²⁷ La ed. 2 omite este párrafo. Véase, sin embargo, ed. 2, supra, p. 47, primer párrafo y n. 16, para un pasaje similar.

CAPÍTULO II

SOBRE LA RENTA

QUEDA¹ sin embargo, por considerar, si la apropiación de la tierra, y la creación consecuente de la renta, ocasionarán alguna variación en el valor relativo de los bienes, independientemente de la cantidad de trabajo necesario para la producción. A fin de entender esta parte del tema, debemos examinar la naturaleza de la renta y las leyes por las cuales se regula su aumento o disminución.²

La renta es aquella parte del producto de la tierra que se paga al terrateniente por el uso de las energías originarias e indestructibles del suelo. Se confunde a menudo con el interés y la utilidad del capital y, en lenguaje popular, dicho término se aplica a cualquier suma anualmente pagada por el agricultor a su terrateniente. Si, de dos haciendas vecinas de la misma extensión y de la misma fertilidad natural, una poseyera todas las posibilidades ofrecidas por los edificios agrícolas, y además estuviera³ debidamente drenada y abonada, así como ventajosamente dividida por vallas, cercas y muros, mientras la otra no tuviera ninguna de estas ventajas, se pagaría naturalmente una remuneración mayor por el uso de la primera que por el de la segunda; sin embargo, en ambos casos la remuneración en cuestión se llamaría renta. Es evidente, sin embargo, que sólo una porción del dinero anualmente pagado por la hacienda mejorada se daría por las energías originarias e indestructibles del suelo; la otra parte se pagaría por el uso del capital empleado para mejorar la calidad de la tierra, y para erigir los edificios que se van necesitando con objeto de obtener y conservar el producto. Algunas veces Adam Smith habla de renta, en el sentido estricto al cual deseo limitar dicho término, pero con más frecuencia lo menciona en el sentido popular en que por lo general se emplea. Nos dice que la demanda de madera, y su elevado precio consiguiente en las naciones más meridionales de Europa, hizo que se pagara una renta por los bosques de Noruega, que antes no arrojaban renta alguna.⁴ Sin embargo, no es evidente que la persona que pagó lo que él llama renta, la pagó en consideración del bien valioso que entonces existía sobre la tierra, y que en realidad recupera lo pagado con una utilidad, mediante la venta de la madera? En verdad sí, después de haber removido la madera, fuera pagada al terrateniente alguna compensación por el uso de la tierra, con el propósito de cultivar árboles o cual-

¹ Cp. supra, p. 17-8, final de n. 20.

² En la ed. 1, este párrafo y el siguiente no están separados.

³ Eds. 1-2 "los edificios agrícolas, estuviera además".

⁴ Libro I, cap. xi, pte. II, p. 158.

quier otra cosecha, con miras a una demanda futura, dicha compensación podría llamarse con justicia renta, porque se pagaría por la energía productiva de la tierra; pero en el caso citado por Adam Smith, la compensación fue pagada por la libertad de extraer y vender la madera, y no por la libertad de cultivar los árboles que la producen. Habla también de la renta de las minas de carbón y de las canteras de piedra,⁵ a las que puede aplicarse la misma observación; que la compensación dada por la mina o cantera se pagó por el valor del carbón o piedra que podía extraerse de ellas, y no tiene ninguna relación con las energías originarias e indestructibles de la tierra. Ésa es una diferencia de suma importancia para cualquier investigación referente a la renta y a las utilidades, pues bien se advierte que las leyes reguladoras del progreso de la renta son muy distintas de las que regulan el progreso de las utilidades y que raras veces operan en la misma dirección. En todas las naciones adelantadas lo que se paga anualmente al terrateniente, que toma algo de ambos caracteres, renta y utilidades, se mantiene a veces estacionario, debido a que sus efectos emanan de causas opuestas; en otras épocas progresa o retrocede, cuando prevalece una o la otra⁶ de estas causas. En consecuencia, en las páginas posteriores de la presente obra, cuando hable de renta de la tierra, deseo que se entienda que hablo de la compensación que se paga al propietario de la tierra por el uso de sus energías originarias e indestructibles.⁷

En la primera colonización de un país, en el cual existe abundancia de tierra rica y fértil, requiriéndose cultivar tan sólo una proporción muy reducida para el sostenimiento de la población existente, porción ésta que puede cultivarse con el capital a la disposición de la población, no habrá renta, ya que nadie pagaría por el uso de la tierra, cuando todavía no es de propiedad privada una gran extensión de ésta y donde quedan grandes extensiones a disposición de quienes deseen cultivarlas.

Según los principios ordinarios de la oferta y la demanda, ninguna renta se pagaría por dicha tierra, y ello obedece a la misma razón ya mencionada de que tampoco hay que dar nada por usar el aire y el agua, o por cualquier otro don que la naturaleza nos brinde en cantidad ilimitada. Con una cierta cantidad de materiales, y con la ayuda de la presión atmosférica, de la elasticidad del vapor, los motores pueden desempeñar trabajo y abreviar el esfuerzo humano en una gran proporción; pero ningún cargo se hace por el uso de esas ayudas naturales, debido a que son inagotables y se hallan a disposición del

⁵ Ib., pp. 158, 161.

⁶ Las eds. 1-2 no contienen la palabra "la".

⁷ Cp. la "energía originaria e intrínseca de la tierra" en *Ensayo sobre las utilidades*, *infra*,

tomo IV. La definición de la renta se extiende *infra*, p. 197, n., hasta incluir la remuneración pagada al terrateniente por el uso de todas las "energías indestructibles" de la tierra, ya sean originarias o no.

hombre. De la misma manera el cervecero, el destilador, el tintorero utilizan constantemente el aire y el agua para producir sus bienes; pero como su oferta es ilimitada, no tienen⁸ precio.* Si toda la tierra tuviera las mismas propiedades, si su cantidad fuera ilimitada⁹ y su calidad uniforme, su uso no ocasionaría ningún cargo, a menos que brindara ventajas peculiares de situación. Por tanto, únicamente porque la tierra no es ilimitada en cantidad ni uniforme en calidad,¹⁰ y porque con el incremento de la población, la tierra de calidad inferior o menos ventajosamente situada tiene que ponerse en cultivo, se paga renta por su uso. Con el progreso de la sociedad, cuando se inicia el cultivo de la tierra de segundo grado de fertilidad, principia inmediatamente la renta en la tierra de la primera calidad, y la magnitud de dicha renta dependerá de la diferencia en la calidad de estas dos porciones de tierra.

Cuando se inicia el cultivo de tierras de tercera calidad, la renta comienza inmediatamente en la de segunda, y está regulada, como antes, por las diferencias en sus energías productivas. Al mismo tiempo, la renta de la primera calidad aumentará, ya que ésta siempre debe ser superior a la segunda, por razón de la diferencia existente entre el producto que rinden, con una cierta cantidad de capital y de trabajo. Con cada nueva etapa en el progreso de la población, que obliga a un país a recurrir a tierras de peor calidad para permitirle abastecerla con alimentos, la renta aumentará en la totalidad de las tierras más fértiles.

Supongamos, pues, que la tierra —Nº 1, 2, 3— rinda, con un mismo empleo de capital y de trabajo, un producto neto de 100, 90 y 80 cuartales de maíz. En un país nuevo, donde existe abundancia de tierra fértil en comparación con la población, y donde, por tanto, es tan sólo necesario cultivar la Nº 1, todo el producto neto pertenecerá al agricultor, y representará las utilidades del capital que adelanta. Tan pronto como la población se haya incrementado hasta un punto que haga necesario cultivar la Nº 2, de la que sólo pueden obtenerse noventa cuartales después de sostener a los trabajadores, la renta comen-

* "La tierra, como ya hemos visto, no es el único agente de la naturaleza que posee aptitudes productivas, pero es el único, o casi el único, de que un conjunto de hombres puede apropiarse para ellos, excluyendo a los demás, apropiándose, por tanto, los beneficios. Las aguas de los ríos, y del mar, por la aptitud que tienen de dar movimiento a nuestras máquinas, de transportar nuestros botes, de dar sustento a nuestros peces, tienen también una energía productiva; el viento que impulsa nuestros molinos, y hasta el calor del sol, trabajan para nosotros; pero afortunadamente nadie ha podido decir, 'el viento y el sol son míos, y el servicio que proporcionan debe pagarse'." *Economie Politique*, por J. B. Say, vol II, p. 124.

⁸ Ed. 1 "no tiene".

⁹ Eds. 1-2 "sin límites en cuanto a la cantidad".

¹⁰ Ed. 1 "Tan sólo entonces, porque la

tierra es de distintas calidades con respecto a sus energías productivas." La ed. 2 es similar a la ed. 3, salvo que tiene "sin límites", en vez de "ilimitada".

zará en la N^o 1; porque o debe haber dos tasas de utilidades del capital agrícola, o sean diez cuartales, o bien el valor de los diez cuartales deberá deducirse del producto de la N^o 1, para algún otro propósito. Si el propietario de la tierra, o cualquier otra persona, cultivase la N^o 1, los diez cuartales en cuestión representarían igualmente la renta, ya que el agricultor de la N^o 2 obtendría el mismo resultado con su capital, si cultivara la N^o 1, pagando diez cuartales de renta, o si continuara cultivando la N^o 2, sin pagar renta alguna. Del mismo modo podría demostrarse que cuando la N^o 3 se pone en cultivo, la renta de la N^o 2 deberá ser de diez cuartales, mientras que la renta de la N^o 1 aumentará a veinte cuartales, porque el cultivador de la N^o 3 tendría las mismas utilidades si pagara veinte cuartales por la renta de la N^o 1, diez cuartales por la renta de la N^o 2, que si cultivara la N^o 3 libre de toda renta.

Ocurre a menudo, y aun, pudiéramos decir, con carácter general, que, antes de que se cultiven las N^o 2, 3, 4 ó 5, o tierras de inferior calidad, el capital puede emplearse de manera más productiva en las tierras que ya se encuentran bajo cultivo. Acaso resulte que duplicando el capital originario empleado en la N^o 1, a pesar de que el producto no se duplique, es decir, no aumentará en 100 cuartales, pueda incrementarse en ochenta y cinco cuartales, y que dicha cantidad excede la que podría obtenerse en la tierra N^o 3 empleando el mismo capital.

En este caso, el capital se empleará de preferencia en la tierra vieja y creará igualmente una renta, ya que ésta es siempre la diferencia existente entre el producto obtenido mediante el empleo de dos cantidades iguales de capital y trabajo. Si, con un capital de £ 1 000, un arrendatario obtiene 100 cuartales de trigo de su tierra, y si, mediante el empleo de un segundo capital de £ 1 000, obtiene un nuevo ingreso de ochenta y cinco cuartales, al expirar su contrato su terrateniente tendrá derecho a exigirle quince cuartales, o un valor equivalente, por concepto de renta adicional, ya que no puede haber dos tasas de utilidades. Si el arrendatario está satisfecho con una disminución de quince cuartales, en el ingreso correspondiente a sus segundas £ 1 000, es porque no puede encontrar un uso más provechoso para éstas. La tasa común de utilidades mantendrá esa proporción, y si el primitivo arrendatario rehusara, se encontraría alguna otra persona dispuesta a entregar al propietario de la tierra todo cuanto exceda de dicha tasa de utilidad.

En este caso, como en el otro, el capital últimamente empleado no paga renta. Por la mayor capacidad productiva de las primeras £ 1 000 se pagaron quince cuartales de renta, pero por el empleo de las segundas £ 1 000 no se pagó renta alguna. Si las terceras £ 1 000 se emplea-

ran en la misma tierra, con un ingreso de setenta y cinco cuartales, entonces se pagaría renta por las segundas £ 1 000, y esa renta sería igual a la diferencia entre el producto de estas dos, o sean diez cuartales; al mismo tiempo la renta de las primeras £ 1 000 aumentaría de quince a veinticinco arrobas, mientras que las últimas £ 1 000 no pagarían renta alguna.

Por consiguiente, si la buena tierra existiera en cantidad mucho más abundante de la que requiere la producción de alimentos para una población creciente, o si el capital pudiera emplearse indefinidamente sin un ingreso decreciente en la tierra vieja, no podría haber aumento de renta, puesto que ésta proviene invariablemente del empleo de una cantidad adicional de trabajo con un ingreso proporcionalmente menor.

La tierra más fértil y más favorablemente situada se cultivará en primer lugar, y el valor en cambio de su producto se ajustará de la misma manera que el valor en cambio de todos los demás bienes, con referencia a la cantidad total de mano de obra necesaria en varias formas, de la primera a la última, para producirlo y colocarlo en el mercado. Cuando se abre al cultivo una tierra de calidad inferior, el valor en cambio del producto primario aumentará, ya que se requiere más trabajo para producirlo.

El valor en cambio de todos los bienes, ya sean manufacturados, extraídos de las minas u obtenidos de la tierra, está siempre regulado no por la menor cantidad de mano de obra que bastaría para producirlos, en circunstancias ampliamente favorables y de las cuales disfrutan exclusivamente quienes poseen facilidades peculiares de producción, sino por la mayor cantidad de trabajo necesariamente gastada en su producción, por quienes no disponen de dichas facilidades, por el capital que sigue produciendo esos bienes en las circunstancias más desfavorables; al referirme a estas últimas circunstancias aludo a las más desfavorables que la cantidad del producto en cuestión hace necesarias para llevar a cabo la producción.

Así, en una institución de caridad, donde se ponen a trabajar los pobres con los fondos provistos por los benefactores, los precios generales de los bienes, que son el producto de dicho trabajo, no estarán gobernados por las facilidades peculiares brindadas a esos trabajadores, sino por las dificultades comunes, usuales y naturales con que cualquier otro fabricante tendría que enfrentarse. El fabricante que no gozara de ninguna de esas facilidades podría quedar inclusive eliminado del mercado, si el suministro efectuado por los obreros favorecidos fuese igual a todas las necesidades de la comunidad; pero sólo seguiría produciendo a condición de que pudiese derivar la tasa usual y general de utilidades para su capital, y ello sólo podría ocurrir si su producto se

vendiese a un precio proporcional a la cantidad de trabajo empleado en su producción.*

Es verdad que en la mejor tierra se seguiría obteniendo el mismo producto con el mismo trabajo que antes, pero su valor se acrecería, debido a los ingresos decrecientes obtenidos por quienes emplearon trabajo y capital nuevos en la tierra menos fértil. En consecuencia, y a pesar de que las ventajas de las tierras fértiles sobre las inferiores, no se pierden en ningún caso, sino que se transfieren simplemente del cultivador, o consumidor, al terrateniente, sin embargo, como se requiere más trabajo en las tierras inferiores, y como es con éstas, únicamente, como podemos abastecernos con una cantidad adicional de productos primarios, el valor comparativo de dicha producción se mantendrá permanentemente por encima de su nivel anterior, y podrá cambiarse por más sombreros, vestidos, calzado, etc., para cuya producción no se requiere ninguna cantidad complementaria de trabajo.

La razón, pues, por la cual la producción primaria aumenta de valor comparativo, es que se emplea más trabajo en la producción de la última porción obtenida, y no la circunstancia de que se pague una renta al terrateniente. El valor del maíz está regulado por la cantidad de trabajo gastada en su producción en aquella calidad de tierra, o con aquella porción de capital que no paga renta. Dicho cereal no se encarece porque hay que pagar una renta, sino que debe pagarse una renta porque el cereal es caro; y como se acaba de observar,¹¹ no acarrearía reducción alguna en el precio del cereal aunque los terratenientes condonasen la totalidad de sus rentas. Dicha actitud no sólo permitiría a algunos granjeros vivir como caballeros, sino que no disminuiría la cantidad de trabajo necesaria para cosechar productos primarios en las tierras menos productivas bajo cultivo.

* En el siguiente texto ¿no ha olvidado el señor Say que es el costo de producción lo que en fin de cuentas regula los precios? "El producto del trabajo empleado en la tierra tiene esta propiedad particular: no encarece al escasear, porque la población siempre disminuye al mismo tiempo que disminuyen los alimentos, y por tanto, la cantidad demandada de dichos productos disminuye a la vez que la cantidad ofrecida. Además, no se observa que el cereal sea más caro en aquellos lugares donde hay abundancia de tierras incultas, que en naciones completamente cultivadas. Inglaterra y Francia tenían tierras cultivadas mucho más imperfectamente en la Edad Media que ahora; producían muchos menos productos primarios: a pesar de ello, podemos observar, mediante una comparación con el valor de las demás cosas, que el cereal no se vendía a un precio más elevado. Si el producto era menor, también lo era la población; la debilidad de la demanda compensaba la debilidad de la oferta". Vol. II, 338. El señor Say, influido por la opinión de que el precio de los bienes está regulado por el precio del trabajo, y suponiendo acertadamente que las instituciones de caridad de todas clases tienden a incrementar la población más de lo debido, y por ende a reducir los salarios, dice, "Sospecho que la baratura de los bienes que provienen de Inglaterra, se debe en parte a las numerosas instituciones benéficas que existen en aquel país". Vol. II, p. 277. Esta es una opinión congruente para alguien que sostiene que los salarios regulan el precio.

¹¹ Véase Malthus, *Inquiry into the Nature and Progress of Rent*, 1815, p. 57.

Nada más común que la alusión a las ventajas que la tierra posee sobre cualquier otra fuente de producción útil, debido al excedente que proporciona en forma de renta. Sin embargo, cuando la tierra es más abundante, más productiva y más fértil, no produce renta; solamente cuando sus energías se reducen, y cuando menos produce a cambio del trabajo, es cuando una parte del producto originario de las porciones más fértiles se aparta para el pago de la renta. Es extraño que esta calidad de la tierra, que debiera conocerse como una imperfección, en comparación con los agentes naturales que ayudan a los fabricantes, haya sido señalada como su peculiar preeminencia. Si el aire, el agua, la elasticidad del vapor y la presión atmosférica fueran de distintas calidades; si pudiesen apropiarse y si cada calidad existiera sólo en moderada abundancia, al igual que la tierra, brindarían una renta, a medida que se ponían en uso las calidades sucesivas. Con cada calidad inferior empleada, aumentaría el valor de los bienes en cuya fabricación serían empleados tales recursos, ya que iguales cantidades de trabajo se volverían menos productivas. El hombre tendría que trabajar más con el sudor de su frente, y la naturaleza ser menos generosa; la tierra ya no sería más preeminente debido a sus poderes limitados.

Si la producción excedente que la tierra brinda en forma de renta fuese una ventaja, convendría que, cada año, la maquinaria últimamente construida fuese menos eficiente que la antigua, ya que así los bienes manufacturados, no sólo con dicha maquinaria sino con toda la maquinaria del reino, tendrían indudablemente un mayor valor en cambio, y se pagaría una renta a todos cuantos estuvieran en posesión de la maquinaria más productiva.*

* "En la agricultura", dice Adam Smith, "trabaja asimismo la naturaleza con el hombre, y aunque a ella nada le cuesta su trabajo, el producto de ésta tiene su valor peculiar, tanto como el operario más costoso". El trabajo de la naturaleza se paga, no porque hace mucho, sino porque hace poco. A medida que se vuelve más avara de sus dones, cobra un mayor precio por su trabajo. Cuando se muestra espléndida, siempre trabaja gratis. "Los¹² animales de trabajo que se emplean en la agricultura no sólo reproducen un valor igual al de su propio consumo, como los operarios de cualquier manufactura, o bien un valor igual al capital del que los emplea, conjuntamente con los beneficios correspondientes, sino que producen un valor mucho mayor. Además del capital del labrador y de sus beneficios, ocasionan la reproducción de la renta del terrateniente. Esa renta puede considerarse como producto de aquellas facultades productivas de la naturaleza, cuyo aprovechamiento arrienda el dueño al colono. Será esa renta mayor o menor según sean mayores o menores esas facultades productivas, o en otros términos, según sea la fertilidad natural o artificial de la tierra. Es la obra de la naturaleza lo que resta, después de haber deducido o compensado todo cuanto puede considerarse como obra del hombre. Rara vez es menor de la cuarta parte del producto total y, por lo común, supera la tercera parte. No hay ninguna cantidad igual de trabajo productivo que, empleada en la manufactura, sea capaz de una eficiencia tan alta. En las manufacturas nada produce la naturaleza; todo lo hace el hombre, y su

¹² Adam Smith dice, en realidad, "Los trabajadores y". Hay otras inexactitudes menores.

El aumento de la renta es siempre efecto de la riqueza creciente del país y de la dificultad de procurar alimentos para su creciente población. Es, en realidad, un síntoma, pero nunca una causa de riqueza, ya que ésta aumenta a menudo más rápidamente cuando la renta es estacionaria y hasta decreciente. La renta aumenta más rápidamente a medida que la tierra disponible va perdiendo sus energías productivas. La riqueza aumenta más rápidamente en aquellos países donde la tierra disponible es más fértil, donde la importación sufre menos restricciones y donde, mediante mejoras agrícolas, las producciones pueden multiplicarse sin ningún incremento en la cantidad proporcional de trabajo, y donde, por consiguiente, el progreso de la renta es lento.

Si el alto precio de los cereales fuera el efecto, y no la causa, de la renta, el precio se vería correlativamente modificado según que la renta fuese alta o baja, y la renta sería un elemento del precio. Pero el cereal obtenido con la mayor cantidad de trabajo es el regulador

reproducción siempre ha de ser proporcionada a la fuerza de los agentes que la motivan. El capital que se emplea en la agricultura no sólo moviliza mayor cantidad de trabajo productivo que igual capital empleado en las manufacturas, sino que, aun atendida la proporción del trabajo productivo que emplea, agrega mucho más valor al producto anual de la tierra y del trabajo del país y, por lo tanto, a la riqueza real y al ingreso de sus habitantes. De ninguna otra manera puede emplearse el capital, que sea más ventajoso para la sociedad.¹³

¿No hace la naturaleza nada para el hombre en las manufacturas? ¿Es que no son nada los poderes del viento y del agua, que impulsan nuestra maquinaria y ayudan a la navegación? La presión atmosférica y la elasticidad del vapor, que permiten el funcionamiento de los motores más estupendos ¿no son todos ellos dones de la naturaleza? para no mencionar los efectos del calor para reblandecer y fundir los metales, de la descomposición de la atmósfera en los procesos del tinte¹⁴ y de la fermentación. No puede citarse ningún proceso de fabricación en el cual la naturaleza no brinde su ayuda al hombre, y la brinde, además, de manera generosa y gratuita.

Al hablar del pasaje que he copiado de Adam Smith, el señor Buchanan manifiesta: "En las observaciones referentes al trabajo productivo e improductivo, contenidas en el cuarto volumen, me he propuesto demostrar que la agricultura no agrega más al capital nacional que cualquier otra clase de industria. Al discutir sobre el hecho de que la reproducción de la renta tiene una ventaja muy grande para la sociedad, el doctor Smith no advierte que la renta es el efecto de un precio elevado, y que lo que el terrateniente gana con ella lo gana a costa de toda la comunidad. La sociedad no gana absolutamente nada con la reproducción de la renta; sólo una clase se aprovecha a costa de otra clase. La noción¹⁵ de que la agricultura rinde un producto y por ende una renta, debido a que la naturaleza coopera con la industria humana en el proceso de cultivo, es una mera fantasía. No es del producto, sino del precio a que se vende dicho producto, de donde se deriva la renta, y el precio en cuestión se logra no por la ayuda que la naturaleza presta a la producción, sino porque es el precio el que ajusta el consumo a la oferta."¹⁶

¹³ Ed. cit., pp. 328-329. Las cursivas son de Ricardo.

¹⁴ Errata en la ed. 3: "dying" en vez de "dyeing".

¹⁵ Errata: "motion" en vez de "notion" en todas las ediciones de Ricardo.

¹⁶ Ed. de Buchanan de *La riqueza de las naciones*, vol. II, p. 55, nota.

del precio de los cereales; y la renta no es y no puede ser, de ninguna manera, un elemento de su precio.* En consecuencia, Adam Smith no está en lo cierto cuando supone que el patrón originario que regula el valor en cambio de los bienes, o sea la cantidad comparativa de trabajo requerida para su producción, no puede ser alterada en nada por la apropiación de la tierra ni por el pago de la renta.¹⁷ Las materias primas entran en la composición de muchos bienes, pero el valor de dichas materias primas, así como el de los cereales, está regulado por la productividad de la porción de capital últimamente empleada en la tierra, y que no paga renta; por ende, la renta no es un elemento del precio de los bienes.

Hasta aquí hemos considerado los efectos del progreso natural de la riqueza y de la población sobre la renta, en una nación donde la tierra tiene distintos poderes productivos, y hemos visto que con cada porción de capital adicional que es necesario emplear en la tierra con una menor capacidad productiva, la renta aumentaría. De los mismos principios se deduce que cualesquiera otras circunstancias que hagan innecesario a una sociedad emplear la misma cantidad de capital en la tierra y que, por consiguiente, hagan menos productiva la última porción empleada, reducirían la renta. Cualquier reducción importante del capital de una nación, que disminuya materialmente los fondos destinados al mantenimiento de la mano de obra, tendría naturalmente dicho efecto. La población se regula por sí sola, de acuerdo con los fondos que se emplean para sostenerla, y por consiguiente aumenta o disminuye cuando aumenta o disminuye el capital. Por tanto, cualquier reducción del capital lleva como necesarias secuelas una menor demanda efectiva de cereales, una baja de precio y una disminución del cultivo. Inversamente a como la acumulación de capital eleva la renta, su disminución la reduce. Las tierras de calidades menos¹⁸ improductivas serán sucesivamente abandonadas, el valor en cambio del producto disminuirá y la tierra de mejor calidad será la cultivada en último recurso, y entonces no pagará renta.

Los mismos efectos pueden registrarse, sin embargo, cuando aumentan la población y la riqueza de un país, si dicho incremento está acompañado por notables mejoras en la agricultura, las cuales producirán los mismos efectos de disminuir la necesidad de cultivo de tierras

* El claro entendimiento de este principio es, en mi opinión, de suma importancia para la ciencia de la economía política.¹⁹

¹⁷ Acerca de la "suposición" de Adam Smith (sin ninguna referencia anterior en la ed. 3), véase pp. 17-8, n. 20.

¹⁸ Según el contexto de la frase debe leerse "cada vez menos" con toda probabilidad. Así debe haber sido redactada la copia

enviada al impresor, como parece indicarlo un espacio anormalmente amplio en el siguiente renglón de la ed. 1, indicio de que ciertas letras fueron suprimidas después de haberse hecho la composición del texto.

¹⁹ La ed. 1 no contiene esta nota.

pobres o de ampliar la misma cantidad de capital para el cultivo de porciones más fértiles.

Si se necesitara un millón de cuartales de cereal para el sostén de una cierta población, y fueran obtenidos de la tierra de las calidades Nº 1, 2 y 3, y si después de descubrirse que con una cierta mejora podría obtenerse dicha cantidad de las Nº 1 y 2, sin utilizar la Nº 3, es evidente que el efecto inmediato sería una reducción de la renta, ya que la Nº 2 y no la Nº 3 se cultivaría entonces sin pagar renta, y la renta de la Nº 1, en vez de ser la diferencia entre el producto de la Nº 3 y la Nº 1, sería únicamente la diferencia entre la Nº 2 y la Nº 1. Con la misma población estacionaria, no puede haber demanda para una cantidad adicional de cereal; el capital y el trabajo empleados en la Nº 3 serán dedicados a la producción de otros bienes deseables para la comunidad, y no influirá para elevar la renta, a menos que las materias primas con las cuales se elaboran dichos bienes no puedan obtenerse sin emplear capital menos ventajosamente en la tierra, en cuyo caso la Nº 3 debe cultivarse nuevamente.

Sin duda alguna es cierto que la reducción del precio relativo del producto primario, ocasionada por mejoras en la agricultura, o más bien por un menor empleo de mano de obra para su producción, produciría naturalmente una creciente acumulación; ya que las utilidades del capital aumentarían enormemente. Dicha acumulación ocasionaría una mayor demanda de mano de obra, mayores salarios, una población creciente, una más amplia demanda de productos primos y un incremento en los cultivos. Sin embargo, tan sólo después del incremento de la población sería la renta tan alta como antes; eso es, después de que la Nº 3 se cultive. Habría pasado un considerable lapso de tiempo, durante el cual la renta experimentaría una positiva reducción.

Sin embargo, las mejoras agrícolas son de dos tipos: las que incrementan las energías productivas de la tierra, y las que nos permiten, mediante perfeccionamientos en nuestra maquinaria,²⁰ obtener su producto con menos trabajo. Ambas ocasionan un descenso en el precio del producto primo; ambas afectan la renta, pero no²¹ de igual manera. Si no ocasionan un descenso en el precio del producto primo no se introducirían mejoras; en efecto la cualidad esencial de una mejora consiste en disminuir la cantidad de trabajo que antes se requería para producir un bien, y dicha disminución no puede ocurrir sin una reducción de su precio o de su valor relativo.

Las mejoras que incrementan²² las energías productivas de la tierra son, por ejemplo, la rotación más inteligente de las cosechas o la mejor

²⁰ La ed. 1 no contiene "mediante perfeccionamientos en nuestra maquinaria".

²¹ Errata en la ed. 3, "efectúan".

²² Errata en las eds. 2-3, "aumentaron".

selección de los abonos. De manera absoluta, dichas mejoras nos permiten obtener la misma producción con una menor extensión de tierra. Si destinamos alguna extensión de tierra al cultivo de nabos, puedo alimentar mis ovejas, además de cosechar mi trigo; la tierra donde antes pastaban mis ovejas se volverá innecesaria, y la misma cantidad de producto primario se obtendrá utilizando una menor extensión de tierra. Si descubro un abono que me permita aumentar en un 20% el producto de una parcela sembrada de maíz, podré sustraer por lo menos una parte de mi capital, utilizado en las porciones más improductivas de mi hacienda. Pero, como indiqué antes,²³ no es necesario abandonar el cultivo de ciertas tierras, para reducir la renta; para lograr dicho efecto, basta que se utilicen partes sucesivas del capital, en la misma tierra, con distintos resultados, y que se elimine la porción que rinde los menores resultados. Si, cultivando nabos, o mediante el uso de un abono más vigorizante, puedo obtener la misma producción con menos capital, sin trastornar la diferencia entre las aptitudes productivas de las sucesivas partes de capital, se reducirá la renta, ya que una porción diferente y más productiva será la que servirá de base o patrón para el cálculo de las demás. Si, por ejemplo, las porciones sucesivas de capital rindieron 100, 90, 80 y 70, y sigo utilizando las cuatro porciones, mi renta sería de 60, o sea la diferencia entre

$$\left. \begin{array}{r} 70 \text{ y } 100 = 30 \\ 70 \text{ y } 90 = 20 \\ 70 \text{ y } 80 = 10 \\ \hline 60 \end{array} \right\} \begin{array}{l} \text{mientras que el producto sería} \\ 340 \end{array} \left\{ \begin{array}{r} 100 \\ 90 \\ 80 \\ 70 \\ \hline 340 \end{array} \right.$$

y mientras siga utilizando esas porciones, la renta se mantendrá igual, a pesar de que el producto de cada una experimente el mismo aumento. Si en vez de 100, 90, 80, 70, el producto aumentara a 125, 115, 105, 95, la renta seguiría siendo de 60, o sea la diferencia entre

$$\left. \begin{array}{r} 95 \text{ y } 125 = 30 \\ 95 \text{ y } 115 = 20 \\ 95 \text{ y } 105 = 10 \\ \hline 60 \end{array} \right\} \begin{array}{l} \text{mientras que el producto} \\ \text{aumentaría a 440} \end{array} \left\{ \begin{array}{r} 125 \\ 115 \\ 105 \\ 95 \\ \hline 440 \end{array} \right.$$

Ahora bien, con dicho incremento del producto, sin un incremento en la demanda* no puede haber motivo para emplear tanto capital

* Espero que no vaya a pensarse que subestimo la importancia de todo género de mejoras agrícolas para los terratenientes; su efecto inmediato es la reducción de la

²³ Ed. 1 "he indicado".

en la tierra; una porción dejaría de cultivarse y, por consiguiente, la última porción de capital produciría 105 en vez de 95, y la renta disminuiría a 30 o sea la diferencia entre

105 y 125 = 20	} el producto seguiría siendo ²⁵ adecuado para las necesidades de la población, ya que sería de 345 cuartales o sea	125
105 y 115 = 10		115
— 30		105
		345

siendo la demanda tan sólo de 340 cuartales. Pero existen mejoras que pueden reducir el valor relativo del producto, sin reducir la renta en cereal, aunque reducirán la renta monetaria de la tierra. Dichas mejoras no incrementan las energías productivas de la tierra, pero nos permiten obtener su producto con menos trabajo. Se orientan más bien hacia la formación del capital aplicado a la tierra que hacia el cultivo mismo de ella. Las mejoras en los implementos agrícolas, como el arado y la máquina trilladora, la economía en el uso de caballos empleados en las labores agrícolas, y un mejor conocimiento de la ciencia veterinaria, son de esta índole. Menos capital, lo cual quiere decir menos trabajo, se empleará en la tierra, pero para obtener el mismo producto, no se puede cultivar menos tierra. Sin embargo, con objeto de averiguar si las mejoras de esta clase afectan la renta expresada en cereal, hay que contestar a la pregunta de si la diferencia entre el producto obtenido con el empleo de distintas porciones de capital aumentará, será estacionaria o disminuirá. Si se emplearan en la tierra cuatro porciones de capital, 50, 60, 70 y 80, cada una con un mismo resultado, y si cualquier mejora en la formación de dicho capital me permitiera sustraer 5 a cada una de ellas, de modo que queden 45, 55, 65, 75, no habrá ocurrido ninguna alteración en la renta expresada en cereal; pero si las mejoras me permitieran lograr todo el ahorro, en aquella porción del capital ²⁶ que se emplea con menor productividad, la renta del cereal bajaría inmediatamente, ya que disminuiría la diferencia entre el capital más productivo y el menos productivo; y es precisamente esta diferencia la que constituye la renta.

Sin multiplicar los ejemplos, espero haber dicho lo suficiente para

renta; pero como estimulan mucho la población, y al mismo tiempo nos permiten cultivar tierras más pobres, con menos trabajo, brindan definitivamente una enorme ventaja a los terratenientes. Sin embargo, habrá un período en que los perjudicarán de manera positiva.²⁴

²⁴ Las eds. 1-2 no incluyen esta nota; fue agregada, con otros pasajes similares en otras partes de la obra, en contestación a las críticas de Malthus: *infra*, tomo II, pp. 84-85; pero Ricardo había ya afirmado antes, en *Ensayo sobre las utilidades*, *infra*, tomo IV, que

la reducción de la renta sería temporal; cp. también, edición 1, *supra*, p. 60, y edición 2, página 307.

²⁵ Ed. 1, "sería"

²⁶ Ed. 1 "en la mayor porción del capital, aquella que".

demostrar que siempre que disminuye la desigualdad en el obtenido con porciones sucesivas de capital empleadas en tierras o en tierras nuevas, la renta tiende a disminuir, y que dicha desigualdad aumenta, ocurre precisamente el efecto contrario y la renta tiende a aumentar.

Al hablar de la renta del terrateniente, la hemos considerado más bien como la proporción del producto ²⁷ obtenido con un cierto capital en una hacienda determinada, sin referirnos a su valor en cambio; pero como la misma causa, la dificultad de producción, eleva el valor en cambio del producto primario, y eleva también la proporción del producto primario pagado al terrateniente por concepto de renta, es obvio que el terrateniente se beneficia doblemente con la dificultad de producción. Primero obtiene una mayor parte, y segundo el bien con que se le paga alcanza un valor más elevado.*

* Para ilustrar este aserto y demostrar los grados de variación de la renta en cereales y de la renta monetaria, supongamos que el trabajo de diez hombres producirá, en una tierra de cierta calidad, 180 cuartales de trigo, y que el valor de dicho producto es de £ 4 el cuartal, o sea £ 720, y que el trabajo de diez hombres más producirá, en la misma tierra o en otra, tan sólo 170 cuartales más; el trigo aumentaría en £ 4 a £ 4 4s. 8d., ya que 170 : 180 :: £ 4 4s. 8d.; o sea que, como en la producción de 170 cuartales se necesita el trabajo de 10 hombres, y solamente el de 9.44 hombres en el otro caso, por tanto el incremento sería de 9.44 a 10, o de £ 4 a £ 4 4s. 8d. Si se empleasen 10 hombres más y si el ingreso fuera de

160, el precio aumentaría a	£ 4 10 0
150, " " " "	4 16 0
140, " " " "	5 2 10

Ahora bien, si no se pagara ninguna renta por la tierra que rinde 180 cuartales, cuando el cereal estaba a £ 4 el cuartal, el valor de 10 cuartales se pagaría como renta cuando la producción fuese de 170, o sea que £ 4 4s. 8d. el cuartal equivaldría a £ 42 7s. 6d.

20 cuartales cuando se producen	160, lo que a	£ 4 10 0	daría	£ 90 0 0
30 " " " "	150, lo que a	4 16 0	"	144 0 0
40 " " " "	140, lo que a	5 2 10	"	205 13 4

La renta expresada en cereal aumentaría ²⁸ $\left\{ \begin{array}{l} 100 \\ 200 \\ 300 \\ 400 \end{array} \right\}$ y la renta monetaria en la proporción de $\left\{ \begin{array}{l} 100 \\ 212 \\ 340 \\ 485 \end{array} \right\}$

²⁷ En las eds. 1-2, "del producto global" y no contienen "obtenido con un cierto capital en una hacienda determinada". Acerca de la renta como proporción (tema objeto de la n.

73, p. 37, *supra*, y n. 14, p. 300, *infra*) véase Notas a Malthus, *infra*, tomo II, 138-141.

²⁸ La ed. 1 agrega aquí la palabra "entonces".

SOBRE LA RENTA DE LAS MINAS

LOS METALES, al igual que las demás cosas, se obtienen mediante el trabajo. En realidad, la naturaleza los produce, pero es el trabajo del hombre el que los extrae de las entrañas de la tierra, y los acondiciona para nuestro uso.

Las minas, como la tierra, pagan generalmente una renta a su propietario, y dicha renta, como la renta de la tierra, es el efecto y nunca la causa del alto valor de su producto.

Si hubiera abundancia de minas igualmente fértiles, que cualquiera pudiera apropiarse, no produciría renta; el valor de su producto dependería de la cantidad de trabajo necesario para extraer el metal de la mina y colocarlo en el mercado.

Pero hay minas de distintas calidades, que proporcionan resultados muy diferentes, con las mismas cantidades de trabajo. El metal extraído de la mina más pobre que se explota debe tener por lo menos un valor en cambio no sólo suficiente para proveer todos los vestidos, alimentos y productos necesarios, consumidos por quienes la trabajan, y para colocar el producto en el mercado, sino también para procurar las utilidades comunes y ordinarias a quien anticipa el capital necesario para llevar a cabo la empresa. El ingreso del capital en la mina más pobre, que no pague renta, regularía la renta de todas las demás minas productivas. Se supone que la mina en cuestión rinde las utilidades usuales del capital. Todo lo que las demás minas produzcan por encima de ese nivel, se pagará necesariamente a sus propietarios como renta. Como dicho principio es exactamente el mismo ya mencionado con respecto a la tierra, no será necesario extenderse más al respecto.

Bastará con señalar cómo la misma regla general que regula el valor del producto primario y de los bienes manufacturados, es aplicable también a los metales; su valor no depende de la tasa de utilidades, ni de la tasa de salarios, ni de la renta pagada por las minas, sino de la cantidad total de trabajo necesaria para obtener el metal y colocarlo en el mercado.

Al igual que cualquier otro bien, el valor de los metales está sujeto a variaciones. Pueden hacerse mejoras en el equipo y en la maquinaria usados en la minería, susceptibles de abreviar considerablemente el respectivo trabajo; pueden descubrirse minas nuevas y más productivas donde, con el mismo trabajo, es posible extraer más me-

tal, o bien pueden ampliarse las facilidades relativas a la colocación en el mercado. En cualquiera de estos casos, el valor de los metales disminuiría y, por tanto, se cambiarían por una menor cantidad de otras cosas. Por otra parte, debido a la mayor dificultad para extraer el metal, en vista de la mayor profundidad a que tienen que trabajarse las minas, debido a la acumulación de agua o a cualquier otra contingencia, su valor, comparado con esas otras cosas, podría aumentar considerablemente.

[Por esa razón se ha subrayado, que por muy honestamente que pueda conformarse la moneda de una nación a su patrón, el dinero hecho de oro y plata, al igual que los demás bienes, sigue estando sujeto a fluctuaciones en su valor, no sólo a variaciones accidentales o temporales sino permanentes y naturales.]

Con el descubrimiento de América y de las ricas minas que abundan en dicho Continente, se produjo un efecto muy importante sobre el precio natural de los metales preciosos. Muchos suponen que dicho efecto aún no ha terminado. Sin embargo, es probable que todos los efectos sobre el valor de los metales, ocasionados por el descubrimiento de América, hayan cesado desde hace mucho, y que si algún descenso ha ocurrido en su valor durante los últimos años, debe atribuirse a mejoras en el sistema de explotación de las minas.

Cualquiera que haya sido la causa de su origen, el efecto ha sido tan lento y gradual que muy pocas desventajas prácticas se han derivado de la circunstancia de ser el oro y la plata el medio general utilizado para estimar el valor de todas las demás cosas. A pesar de ser indudablemente una medida variable del valor, no hay probablemente otro bien sujeto a menos variaciones. Esta y las demás ventajas que dichos metales poseen, tales como dureza, maleabilidad, divisibilidad y otras más han afirmado con justicia la preferencia de que gozan en todas partes como patrón monetario de las naciones civilizadas.

Si iguales cantidades de trabajo con iguales cantidades de capital fijo pudieran obtener en cualquier época, de aquellas minas que no pagan renta, iguales cantidades de oro, este metal estaría tan cerca de constituir una medida invariable de valor como la mejor que se puede obtener en la naturaleza de las cosas.¹ En realidad la cantidad aumentaría con la demanda, pero su valor sería invariable y estaría perfectamente bien calculado para medir el valor variable

¹ En lugar de esta oración, las eds. 1-2 dicen: "Habiendo reconocido las imperfecciones que afectan al dinero de oro y de plata como medida del valor, ocasionadas por la mayor o menor cantidad de trabajo que pueda necesitarse, en distintas circunstancias, para la producción de dichos metales, acaso podamos su-

poner ahora que todas estas imperfecciones no existieran, y que con iguales cantidades de trabajo podría obtenerse siempre, de la mina que no paga renta, iguales cantidades de oro. El oro sería entonces una medida invariable del valor". (Cp. Notas a Malthus, *infra*, tomo II, p. 59.)

de todas las demás cosas. En la primera parte de la presente obra ya consideré al oro como un metal que se caracteriza por esa uniformidad, y en el próximo capítulo² continuaré suponiendo lo mismo. Por tanto, al hablar de precio variable, la variación será siempre referida al bien, y nunca al medio que sirvió de base a su estimación.

² Cuando esto se escribió, "el próximo capítulo" incluía probablemente lo que ahora es el capítulo "Sobre Salarios". Véase Introducción, sección III.

CAPÍTULO IV

SOBRE EL PRECIO NATURAL Y EL PRECIO DE MERCADO

AL CONSIDERAR el trabajo como base del valor de los bienes, y la cantidad comparativa de trabajo que es necesaria para su producción, como la regla que determina las cantidades respectivas de bienes que deben entregarse a cambio de cada uno de los otros, no debe suponerse que negamos las desviaciones accidentales y temporales que registran los precios reales o de mercado de los bienes, en relación con su precio primario y natural.

En el curso ordinario de los acontecimientos, no hay bien que pueda surtir por mucho tiempo, precisamente en el grado de abundancia necesario para satisfacer las necesidades y los deseos del género humano, y por consiguiente, no existe ninguno exento de las variaciones accidentales y temporales del precio.

Sólo a consecuencia de dichas variaciones se aporta precisamente el capital, en la abundancia requerida, y nada más, para la producción de los diferentes bienes que integran la demanda. Al aumentar o disminuir el precio, las utilidades se elevan por encima o se reducen por debajo de su respectivo nivel general, y el capital o bien resulta estimulado a participar en el empleo particular donde ocurrió la variación, o se le previene que debe abandonar dicho empleo.

Aun cuando cualquier persona está en entera libertad de emplear su capital donde le plazca, procurará naturalmente que su empleo sea el más ventajoso; es evidente que no estará satisfecho con una utilidad del 10%, si utilizándolo en otra actividad puede obtener una utilidad del 15%. Este deseo eterno por parte de todos los empresarios, que consiste en abandonar una actividad menos provechosa por otra que reporta más ventajas, registra una fuerte tendencia a igualar la tasa general de utilidades, o a fijar éstas en proporciones tales que, según estimación de las partes, compense cualquier ventaja que uno puede tener, o parece tener, sobre los demás. Es quizá muy difícil averiguar los pasos mediante los cuales este cambio se efectúa: probablemente lo provoca un fabricante que no cambia absolutamente su empleo, sino que reduce tan sólo la cantidad de capital en él invertido. En todas las naciones prósperas existe un cierto número de individuos que forman lo que llamamos la clase adinerada; estas personas no se dedican a ninguna industria, sino que viven del interés de su dinero, que utilizan para descontar documentos, o en préstamos concedidos a los sectores más industriales de la comunidad. Los ban-

queros también utilizan enormes masas de capital con el mismo objeto. El capital así empleado constituye un capital circulante de considerable cuantía, y se usa, en mayor o menor proporción, en todas las distintas actividades de un país. Acaso no hay ningún fabricante, por rico que sea, que limite sus negocios hasta el nivel de sus disponibilidades particulares: siempre recurre en cierta proporción a dicho capital flotante en cantidad mayor o menor, según lo requiere la demanda de sus productos. Cuando aumenta la demanda de sedas, y disminuye la de paños, el fabricante de paños no se pasa con su capital a la industria de la seda, sino que despide algunos de sus obreros y suspende su demanda de préstamos a los banqueros y a los hombres adinerados; en cambio, es distinto el caso del fabricante de sedas: desea emplear más obreros, y así tiene mayores motivos para tomar dinero a préstamo: pide más dinero y el capital pasa de un empleo a otro, sin necesidad de que un fabricante abandone su ocupación habitual. Cuando examinamos los mercados de una gran ciudad y observamos cuán regularmente son abastecidos con bienes nacionales y extranjeros, bajo todas las circunstancias de una demanda variable, ocasionada por el capricho de los gustos o por un cambio en el contingente demográfico, a menudo sin producir los efectos de una saturación por un abastecimiento sobreabundante, ni un marcado aumento de precios por la desigualdad entre la oferta y la demanda, debemos confesar que el principio que reparte el capital entre las industrias, en la cantidad exacta que se necesita, es más eficiente de lo que en general se supone.

Un capitalista que procura empleo provechoso para sus fondos, tomará naturalmente en cuenta todas las ventajas que caracterizan a una ocupación con respecto a otra. Por tanto estará dispuesto a sacrificar parte de su utilidad monetaria, en consideración a la garantía, sencillez, facilidad o cualquier otra ventaja, real o imaginaria, que una colocación puede tener sobre otra.

Si de un examen de dichas circunstancias, las utilidades del capital pudieran ajustarse de tal suerte que en una industria fuesen 20, en otra 25 y en una tercera 30 %, seguirían probablemente teniendo la misma diferencia relativa, y se ajustarían tan sólo con ella; porque si alguna causa elevara las utilidades de una de esas industrias en un 10%, o dichas utilidades serían temporales y volverían de nuevo a su estado habitual, o bien las utilidades de las demás serían elevadas en la misma proporción.

La época actual parece ser excepcional por lo que respecta a la veracidad de esta observación. La terminación de la guerra ha trastornado de tal suerte la repartición de empleos que existía en Europa antes de la guerra, que ningún capitalista ha encontrado todavía

acomodo en la nueva distribución que actualmente se ha revelado como necesaria.¹

Supongamos que todos los bienes tienen su precio natural, y que, en consecuencia, las utilidades del capital en todos los empleos alcanzan exactamente la misma tasa, o difieren tan sólo, según estimación de las partes, en el equivalente de alguna ventaja real o imaginaria que poseen o no poseen. Supongamos ahora que un cambio de moda incrementa la demanda de sedas y reduzca la de tejidos de lana; su precio natural, la cantidad de trabajo necesario para su producción, seguirá inalterada, pero aumentará el precio de mercado de la seda, y el de los tejidos de lana disminuirá; por consiguiente, las utilidades del fabricante de sedas serán más altas, mientras que las del fabricante de lana resultarán inferiores a la tasa general y ajustada de las utilidades.

No sólo las utilidades, sino los salarios de los obreros se verán afectados por dichas colocaciones. La demanda incrementada de sedas quedará, sin embargo, satisfecha, mediante la transferencia de capital y de trabajo, de la fabricación de lana a la de seda; cuando los precios de mercado de las sedas y de las lanas se acerquen nuevamente a sus precios naturales, las utilidades usuales serán obtenidas por los respectivos fabricantes de dichos bienes.

Por tanto, es el deseo que cada capitalista tiene de desviar sus fondos de una colocación menos provechosa a otra más rentable, la que evita que los precios de mercado de los bienes sigan manteniéndose, durante mucho tiempo, por encima o por debajo de sus precios naturales. Es esta competencia la que ajusta el valor en cambio² de los bienes, pues después de pagar los salarios del trabajo necesario para su producción, y todos los demás gastos requeridos para que el capital empleado vuelva a su primitivo estado de eficiencia, el valor restante o superávit será, en cada industria, proporcional al valor del capital empleado.

En el séptimo capítulo de la Riqueza de las Naciones,³ todo cuanto hace relación a este tema se considera de manera adecuada. Habiendo reconocido plenamente los efectos temporales que, en ciertas colocaciones de capital, pueden afectar los precios de los bienes, así como los salarios del trabajo, y las utilidades del capital, por causas accidentales, sin influir el precio general de los bienes, salarios, o utilidades, ya que dichos efectos operarán igualmente en todas las etapas de la sociedad, los dejaremos⁴ fuera de consideración, ya que tratamos de las leyes que regulan los precios naturales, los salarios naturales y las utilidades naturales, efectos totalmente independientes de

¹ Las eds. 1-2 no contienen este párrafo.

² Errata "cambiable" en lugar de "en cambio" en la ed. 3.

³ Libro I, cap. vii, "Del precio natural y del precio de mercado de los bienes".

⁴ Ed. 1 "nos permitiremos dejarlos".

dichas causas accidentales. Al hablar, pues, del valor en cambio de los bienes, o del poder adquisitivo que posee cada bien, se tratará siempre de aquel poder que poseería si no se viera perturbado por ninguna causa accidental o temporal, o sea que se tratará siempre de su precio natural.

CAPÍTULO V

SOBRE SALARIOS

LA MANO de obra, al igual que las demás cosas que se compran y se venden, y que pueden aumentar o disminuir en cantidad, tiene su precio natural y su precio de mercado. El precio natural de la mano de obra es el precio necesario que permite a los trabajadores, uno con otro, subsistir y perpetuar su raza, sin incremento ni disminución.

La aptitud del trabajador para sostenerse a sí mismo y a su familia, que puede revelarse como necesaria para mantener el número de trabajadores, no depende de la cantidad de dinero que pueda percibir por concepto de salarios, sino de la cantidad de alimentos, productos necesarios y comodidades de que por costumbre disfruta, adquiriéndola con dinero. Por tanto, el precio natural de la mano de obra depende del precio de los alimentos, de los productos necesarios y de las comodidades para el sostén del trabajador y de su familia. Al aumentar el precio de los alimentos y de los productos esenciales, el precio natural de la mano de obra aumentará; al disminuir el precio de aquéllos, bajará el precio natural de la mano de obra.¹

Con el progreso de la sociedad, el precio natural de la mano de obra tiende siempre a aumentar, porque uno de los principales bienes que regula su precio natural tiene tendencia a encarecer, debido a la mayor dificultad para producirlo. Sin embargo, así como las mejoras agrícolas, el descubrimiento de nuevos mercados, de los cuales pueden importarse las provisiones, vienen a contrarrestar, por un tiempo, la tendencia ascendente del precio de los productos de primera necesidad, y a ocasionar a veces una reducción de su precio natural, así también las mismas causas producirán los efectos correspondientes sobre el precio natural de la mano de obra.

El precio natural de todos los bienes, salvo el de los productos primos y el de la mano de obra, tiende a disminuir al progresar la riqueza y la población, pues aunque, por una parte, aumentan en su valor real, debido al aumento en el precio natural de las materias primas con que se elaboran, están más que compensados por las mejoras en la maquinaria, por una mejor división y distribución de la mano de obra, y por la creciente habilidad, tanto científica como industrial, de los productores.

El precio de mercado de la mano de obra es el precio que real-

¹ Estos pasajes iniciales parecen derivarse escrito por Torrens, p. 62; cp. *infra*, p. 74, de *Essay on the External Corn Trade*, 1815, nota.

mente se paga por ella, debido al juego natural de la proporción que existe entre la oferta y la demanda; la mano de obra es costosa cuando escasea, y barata cuando abunda. Por más que el precio de mercado de la mano de obra se desvíe de su precio natural, tiende, al igual que los bienes, a conformarse con él.

Cuando el precio de mercado de la mano de obra excede su precio natural, la condición del trabajador es floreciente y dichosa, y puede disponer en mayor proporción de los productos esenciales y de los goces de la vida y, por ende, criar una familia sana y numerosa. Por el contrario, cuando los salarios elevados estimulan el crecimiento de la población, crece el número de trabajadores, los salarios caen nuevamente hasta su precio natural y, a veces, debido a una reacción, se sitúan a un nivel todavía inferior al primitivo.

Cuando el precio de mercado de la mano de obra es inferior a su precio natural, la condición de los trabajadores es de lo más mísera: la pobreza los priva de aquellas comodidades que la costumbre convierte en necesidades absolutas. Sólo después de que sus privaciones han reducido su número, de que la demanda de mano de obra haya aumentado, o de que el precio de mercado del trabajo se haya elevado hasta su precio natural, tendrá el trabajador las comodidades moderadas que le proporcionará la tasa natural de salarios.²

No obstante la tendencia de los salarios para conformarse a su tasa natural, su tasa de mercado en una sociedad mejorada puede estar constantemente por encima de ella, durante un período indefinido; porque no antes puede responderse al estímulo que un mayor volumen de capital da a una nueva demanda de mano de obra, sino cuando un nuevo incremento de capital puede producir el mismo efecto; y así, si el incremento del capital es constante y gradual, la demanda de mano de obra puede estimular constantemente el crecimiento demográfico.

El capital es aquella parte de la riqueza de una nación que se emplea en la producción, y comprende los alimentos, vestidos, herramientas, materias primas,³ maquinaria, etc., necesario para dar efectividad al trabajo.

El capital puede aumentar en cantidad al mismo tiempo que se eleva su valor. Los alimentos y vestidos de un país deben incrementarse al mismo tiempo que se necesita más mano de obra para producir la cantidad adicional requerida sobre la cantidad anterior; en este caso no sólo aumentará la cantidad sino también el valor del capital.

O bien el capital puede aumentar sin que su valor se eleve, y aun puede ocurrir que éste disminuya, en realidad; no sólo puede lograrse

² Eds. 1-2 "precio natural de los salarios".

³ Ed. 1 "materia prima".

un incremento en los alimentos y vestidos de un país, sino que dicho aumento puede realizarse mediante la ayuda de maquinaria, sin ningún incremento, y hasta con una reducción absoluta de la cantidad proporcional de mano de obra necesaria para producirlos. La cantidad de capital puede aumentar, aunque ni su totalidad ni parte de él tenga un mayor valor que antes, sino que en realidad podría tenerlo menor.⁴

En el primer caso, el precio natural de la mano de obra,⁵ que siempre depende del precio de los alimentos, vestidos y otros artículos de primera necesidad, aumentará; en el segundo, permanecerá estacionario, o disminuirá; pero en ambos casos aumentará la tasa de mercado de los salarios, porque el incremento de la demanda de mano de obra será proporcional al incremento de capital; la demanda de los que tendrán que realizar el trabajo correspondiente estará en proporción a dicho trabajo.

En ambos casos también el precio de mercado de la mano de obra aumentará hasta llegar a ser superior a su precio natural, y en ambos casos tenderá a conformarse a su precio natural, pero en el primer caso esa aproximación se efectuará con mayor rapidez. [La situación del trabajador mejorará, pero no en forma considerable ya que el precio más alto de los alimentos y de los productos indispensables absorberá una gran parte de sus salarios aumentados; en consecuencia, una pequeña oferta de mano de obra, o un incremento insignificante de la población, pronto reducirán el precio de mercado al precio natural, entonces aumentado, de la mano de obra.]

En el segundo caso, la condición del trabajador mejorará considerablemente; percibirá salarios monetarios más altos, sin tener que pagar ningún precio mayor, y quizás hasta gozando de una reducción de precio para los bienes que él y su familia consumen; y sólo después de aumentar sustancialmente la población, el precio de mercado de la mano de obra⁶ disminuirá de nuevo hasta su⁷ precio natural, entonces bajo y reducido.

Así pues, con cualquier mejora de la sociedad, con cualquier incremento en su capital, aumentarán los salarios de mercado de la mano de obra; pero la permanencia de ese aumento dependerá de si aumentó también el precio natural de la mano de obra;⁸ ello, a su vez, dependerá del aumento en el precio natural de aquellos productos indispensables en los que se gastan los salarios del trabajador.

Esto no quiere decir que el precio natural de la mano de obra,⁹ aun estimado en alimentos y productos necesarios, sea absolutamente

⁴ En la ed. 1 no figuran las siguientes palabras: "sino que en realidad podría tenerlo menor".

⁵ Ed. 1 "precio natural de los salarios".

⁶ Ed. 1 "precio de mercado de los salarios".

⁷ Eds. 1-2 "sus".

⁸ Ed. 1 "precio natural de los salarios".

⁹ Ed. 1 "precio natural de los salarios".

fijo y constante. En un mismo país varía en distintas épocas; y difiere cuantiosamente de un país a otro.* Depende esencialmente de los hábitos y de las costumbres de la gente. Un campesino inglés consideraría su salario por debajo de la tasa natural, y demasiado escaso para mantener una familia, si no le permitiese adquirir otros alimentos que patatas, ni vivir en una habitación mejor que en una choza de barro; sin embargo, estas modestas exigencias naturales se consideran suficientes en países donde "la vida humana es barata", y sus necesidades son satisfechas con facilidad. Muchas de las comodidades de que actualmente se goza en una casita inglesa se habrían considerado como lujo en un período anterior¹⁰ de nuestra historia.

Mediante la baja de los precios de bienes manufacturados y el alza del de los productos terminados, debido al progreso de la sociedad se crea, a la larga, una desproporción tal en su valor relativo, que en países ricos un trabajador puede satisfacer ampliamente sus necesidades sacrificando tan sólo una pequeña parte de los productos que constituyen su alimento.

Independientemente de las variaciones que sufre el valor de la moneda, variaciones que forzosamente tienen que afectar a los salarios en dinero,¹¹ que aquí supusimos inoperantes, ya que concedimos un valor uniforme al dinero, resulta que¹² los salarios están sujetos a alzas o bajas debido a dos causas:

1º Oferta y demanda de mano de obra.

2º El precio de los bienes en que el obrero gasta su salario.

En las diferentes etapas de la sociedad, la acumulación del capital o de los medios para emplear mano de obra, es más o menos rápida, y dependerá, en todos los casos, de la capacidad productiva de la mano de obra. La capacidad productiva de la mano de obra es generalmente mayor cuando existe abundancia de tierras fértiles: en tales períodos, la acumulación se efectúa muchas veces con una rapidez tal, que no pueden proporcionarse trabajadores con la misma rapidez con que puede suministrarse capital.]

* "El alojamiento y la indumentaria indispensables en un país pueden no ser necesarios en otro; un trabajador de Indostán puede seguir trabajando con perfecto vigor, a pesar de recibir, como salario natural, tan sólo un sustento que sería insuficiente para evitar que pereciera un trabajador de Rusia. Aún en las naciones que disfrutan del mismo clima, los distintos modos de vida ocasionarán a menudo variaciones en el precio natural del trabajo, tan considerables como aquellas que producen las causas naturales".

P. 68. *An Essay on the External Corn Trade*, by R. Torrens, Esq.¹³

El coronel¹⁴ Torrens¹⁵ ilustra a la perfección todo este tema.

¹⁰ La ed. 1 "temprano".

¹¹ Las eds. 1-2 no contienen "en dinero".

¹² La ed. 1 omite "resulta entonces que".

¹³ Londres, Hatchard, 1815. Debe decir

p. 63.

¹⁴ La ed. 2 "Mayor".

¹⁵ La ed. 1 no contiene esta nota. Se agregó, junto con otra en la p. 204, *infra*, a causa de la queja de Torrens de que no se le había mencionado en la ed. 1; véase carta a Trower de ago. 23 de 1817, *infra*, tomo VII, y a Mill de nov. 23 de 1818, *ib.*

Se ha calculado que, en circunstancias favorables, la población mundial puede ser duplicada en un período de veinticinco años;¹⁶ sin embargo, en las mismas circunstancias favorables, la totalidad del capital que posee un país posiblemente podría ser duplicada en un período más corto. En este caso, durante todo ese lapso de tiempo los salarios tendrían una tendencia al alza, ya que la demanda de mano de obra aumentará con velocidad mayor a la de su oferta.

[En colonias nuevas, en las cuales se introducen las artes y conocimientos de países mucho más desarrollados y refinados, es probable que el capital tenga una tendencia a aumentar con mayor rapidez que la población: y si la escasez de mano de obra no fuera resuelta por los países más densamente poblados, esa tendencia haría aumentar mucho el precio del trabajo.] Correlativamente, cuando esos países se tornan populosos y se inicia el cultivo de tierras de calidad inferior, disminuye la tendencia al aumento de capital, ya que el excedente de la producción, después de satisfacer las necesidades de la población existente, necesariamente debe ser proporcional a la facilidad de producción, y en relación inversa al pequeño número de personas empleadas en ésta. Entonces, aunque es probable que bajo las circunstancias más favorables el poder de la producción sea todavía mayor que el de la población, no lo será por mucho tiempo, porque la tierra es limitada en cantidad y, al diferir en calidad, con cada mayor porción de capital empleado en ella se registrará un índice menor de producción, en tanto que el poder de la población continúa siendo siempre el mismo.

En países donde existe abundancia de tierras fértiles, pero donde por ignorancia, desidia y barbarie de sus habitantes éstos se exponen a los males del hambre y de la necesidad, y donde, según hemos advertido ya, la población ejerce presión sobre los medios de subsistencia, debería aplicarse un remedio completamente diferente de los necesarios en países colonizados de antiguo, donde se experimentan todos los males propios de países sobrepoblados, debido a la tasa decreciente de la oferta de productos primos. En el primer caso, el mal procede de un mal gobierno, de la inseguridad de la propiedad y de la falta de educación en los habitantes de toda la escala social. Para ser más felices requieren únicamente ser gobernados mejor, y mejor instruidos, ya que el aumento de capital sería el resultado inevitable, después del incremento de la población. Ningún aumento¹⁷ de la población puede ser nunca demasiado grande, pues correlativamente la capacidad de producción sería mayor.] En el otro caso, la población

¹⁶ Ensayo sobre la población, de Malthus, Libro 1, cap. 1.

¹⁷ La ed. 1 en vez de las dos últimas oraciones, dice: "En el primer caso, la miseria

se debe a la inactividad de la población. Para ser más felices, sólo necesitan ser estimulados a la acción; con tal esfuerzo, ningún aumento". Cp. *infra*, p. 76, n.

crece con rapidez mayor que los medios necesarios para su mantenimiento. Toda práctica industrial, a menos de estar acompañada de una tasa decreciente en el incremento de la población, no hará sino aumentar el mal, ya que la producción no puede coservarse a ritmo con ella.¹⁸

Si la población presiona sobre los medios de subsistencia, los únicos remedios viables consisten, ya sea en reducir la cantidad de habitantes, o en una acumulación más rápida de capital. En los países ricos, donde ya se cultivan todas las tierras fértiles, este último remedio no es ni práctico ni deseable, ya que sus efectos, a la larga, empobrecerían por igual a todas las clases. Pero en los países pobres, donde existen abundantes medios de producción inexplorados, de tierras fértiles que no han sido cultivadas, es éste el único método eficaz y seguro de suprimir el mal, máxime cuando sus efectos vendrían a elevar el nivel de vida de toda las clases sociales.

Cualquier persona humanitaria no puede sino desear que en todos los países las clases trabajadoras saboreen las comodidades y los goces, y que se les estimule por todos los medios legales para obtenerlas. No puede existir mejor salvaguarda contra una población superabundante.¹⁹

[En países donde la clase obrera tiene necesidades mínimas, donde

¹⁸ El argumento presentado en este párrafo tiene su origen en John Weyland (*The Principles of Population and Production*, 1815, pp. 25-30). Cp. carta a Trower de julio 15, 1815, *infra*, tomo VII.

¹⁹ En vez de estas dos últimas frases, y del párrafo precedente, la 1ª ed. dice: "En algunos países europeos, así como en muchos de Asia y de las islas de los Mares del Sur, la gente es miserable, ya debido a un gobierno vicioso, o por sus hábitos de indolencia, los cuales les hacen preferir la holgura y la inactividad momentáneas, sin ninguna seguridad contra la necesidad, a un esfuerzo moderado, que les garantizara abundancia de alimentos y de artículos necesarios. No se lograría remediar el caso haciendo decrecer la población, ya que de esta manera también la producción se reduciría grandemente, y tal vez en una proporción mayor. El remedio para los males que sufren Polonia e Irlanda, similares a los experimentados en los Mares del Sur, consiste en estimular la acción, en crear necesidades nuevas e implantar nuevos gustos; porque esos países deben acumular cantidades mucho mayores de capital, antes de que la disminución en la tasa de producción haga que la acumulación del capital sea necesariamente más lenta que el aumento de la población. La facilidad con que se satisfacen las necesidades de los irlandeses les permite pasar la mayor parte de su tiempo en la ociosidad:

si se redujera la población, el mal no haría sino aumentar, puesto que aumentarían los salarios y por tanto, el campesino podría, a cambio de una porción menor aún de su trabajo, subvenir a lo que requieren todas sus modestas necesidades.

"Dése al campesino irlandés el mismo anhelo de comodidades y deleites que el hábito ha convertido en esenciales para el trabajador inglés; y no le molestaría dedicar una porción de su tiempo a la industria, lo cual le permitiría obtenerlos. En ese caso, se obtendrían no sólo los alimentos que ahora se producen; sino un enorme valor adicional en aquellos otros bienes para cuya producción se utilizaría la fuerza de trabajo del país que ahora permanece inútil".

Estos pasajes fueron reescritos, como resultado de las críticas de George Ensor, en su *Inquiry concerning the Population of Nations; containing a Refutation of Mr. Malthus's Essay on Population*, Londres, E. Wilson, 1818, pp. 264-5. Después de hacer notar que la exposición de Ricardo de un obrero inglés (*infra*, p. 86) "no es digna de admiración", Ensor pregunta: "¿Cómo habrán de crearse los deseos en el campesino irlandés?" ¿Se supone acaso que son diferentes a otros seres humanos? ¿Acaso se piensa que escogen las privaciones? (Cp. la carta de Ricardo a Mill, de fecha 23 de noviembre de 1818, *infra*, tomo VII.)

se satisface con los alimentos más baratos, las gentes están expuestas a las mayores vicisitudes y miserias. Se hallan desamparadas ante la calamidad; no pueden acudir, en demanda de seguridad, a una escala social inferior; su posición es tan baja que ya no pueden descender más. A falta de su principal artículo de subsistencia, existen pocos substitutos de los cuales puedan echar mano, y su escasez va emparejada con casi todos los perjuicios que trae consigo el hambre.]

[Hallándose sujetos a las regulaciones de la oferta y la demanda, los salarios tendrán una tendencia a la baja por el progreso natural de la sociedad; en consecuencia la oferta de trabajadores continuará aumentando a la misma tasa, mientras que su demanda aumentará a una tasa más baja.] Si, por ejemplo, los salarios fuesen regulados por un incremento anual del capital, a la tasa de 2 %, las remuneraciones bajarían, de acumularse a sólo 1 ½ %. Caerían más bajo aún de aumentar el capital a la tasa de 1 ó de ½ %, y continuarían de esta manera hasta que el capital permaneciese estacionario, cuando los salarios también permanecerían estacionarios, siendo en tal caso sólo suficientes para mantener la cifra actual de población. En tales circunstancias, los salarios bajarían si estuvieran únicamente regulados por la oferta y la demanda de trabajadores; no debemos olvidar, empero, que los salarios se regulan también por los precios de los productos en los cuales se gastan.]

Al aumentar la población, los artículos necesarios aumentarían continuamente de precio, puesto que será necesario emplear una mayor cantidad de mano de obra para producirlos. En este caso, si bajarán los salarios monetarios de los obreros, mientras aumenta el precio de todos los bienes en que se gastan los salarios, el obrero se vería doblemente afectado y privado bien pronto de toda subsistencia. Por el contrario, si bajarán los salarios monetarios de los obreros, aumentarían los precios, pero no en una proporción suficiente para permitir al obrero procurarse muchos bienes necesarios y muchas comodidades, como solía hacer antes del alza en el precio de esos bienes. Si su salario anual era, antes, de £ 24 o sea 6 cuartales de cereal, cuando el precio de este producto era de £ 4 el cuartal, probablemente no recibiría más que el valor de cinco cuartales al subir el cereal a £ 5 el cuartal. Pero si 5 cuartales costasen £ 25, ello representaría un aumento a su salario, aun cuando con esa adición no podría proveerse de la misma cantidad de cereales y otros bienes, que junto con su familia solía consumir.

Resulta, entonces, que aun cuando el obrero reciba una remuneración menor, ese aumento de su salario disminuirá necesariamente las ganancias del fabricante, pues sus bienes no serían vendidos a precios más altos, aunque, por otra parte, aumentaría el costo de produc-

ción. Consideraremos este hecho en nuestro examen de los principios que regulan las utilidades.

Por tanto, la misma causa que hace crecer la renta, o sea la creciente dificultad de proveerse de una cantidad adicional de alimentos por medio de la misma cantidad proporcional de trabajo, elevará también los salarios; por consiguiente, si el dinero tuviera un valor invariable, tanto la renta como los salarios tendrían una tendencia al alza, junto con el aumento de las riquezas y de la población.

Existe, sin embargo, una diferencia esencial entre el alza de la renta y el alza de salarios. El alza en el valor monetario de la renta se acompaña siempre de una mayor participación en el producto; no sólo aumenta la renta monetaria del terrateniente, sino que también aumenta la renta expresada en cereal; poseerá mayor cantidad de cereales, y cada medida de capacidad de grano podrá cambiarla por una cantidad mayor de todos los otros bienes cuyo valor no ha aumentado. El destino del labrador será menos afortunado; recibirá mayor salario monetario, es verdad, pero verá reducido el valor expresado en cereales; y no sólo verá deteriorado el valor expresado en cereales, sino también su situación general, por la dificultad que encontrará para mantener la tasa de salarios en el mercado por encima de su tasa natural. Al subir el precio de los cereales en un 10 %, los salarios cubrirán menos de un 10%, pero la renta subirá siempre en proporción mayor; decaerá siempre la condición del labrador, en tanto que también mejorará, siempre, la del terrateniente.

Al costar los cereales £ 4 el cuartal, suponiendo que el salario del obrero sea de £ 24 anuales, es decir, el valor de seis cuartales de cereal, y suponiendo que gasta la mitad de su salario en cereales y la otra mitad, o sea £ 12 en adquirir otros diversos bienes, recibiría:

£ 24.14s.	cuando	£ 4.4s. 8d.	o sea	5.83	cuartales
„ 25.10s.	los cerea-	„ 4.10s.	el va-	5.66	„
„ 26.8s.	les cos-	„ 4.16s.	lor de	5.50	„
„ 27.8s. 6d.	taban	„ 5.2s. 10d.		5.33	„

Recibiría estos salarios que le permitirían vivir justamente como antes, pues cuando el cereal costaba £ 4 el cuartal, habría gastado por tres cuartales de cereal, a razón de

£ 4 el cuartal	£ 12
y en otros bienes	£ 12
	£ 24

Cuando antes costaban £ 4 4s. 8d., los tres cuartales de trigo consumidos por él y su familia, ahora le habrán costado: £ 12 14s.

otros bienes cuyo valor no ha sufrido cambios	£ 12.
	£ 24. 14s.
A £ 4. 10s., tres cuartales de cereal costarán	£ 13. 10s.
y otros bienes	£ 12.
	£ 25. 10s.
A £ 4. 16s., tres cuartales de cereal costarán	£ 14. 8s.
y otros bienes	£ 12.
	£ 26. 8s.
A £ 5. 2s., tres cuartales de cereal costarán	£ 15. 8s. 6d.
y otros bienes	£ 12.
	£ 27. 8s. 6d.

Al encarecerse el trigo, recibiría proporcionalmente una cantidad menor de salario en cereal, aun cuando aumente siempre su salario monetario, mientras que los bienes que por este medio podría adquirir, en el supuesto arriba indicado, serían exactamente los mismos. Como el precio de otros bienes aumentaría proporcionalmente a la cantidad de productos primarios comprendidos en su composición, tendría que pagar por algunos de ellos un precio mayor. Aun cuando el té, el azúcar, el jabón, las velas y la renta de su casa probablemente no encarecerían, pagaría más por el tocino, el queso, la mantequilla, el lino, los zapatos, y las telas; por tanto, aun con el aludido aumento en su salario, su situación sería comparativamente peor. Mas puede alegarse que he considerado el efecto de los salarios en los precios, bajo el supuesto de que el oro, o cualquier otro metal de que esté acuñada la moneda, se produzca en el país donde los salarios han sufrido esos cambios; las consecuencias que he deducido concuerdan muy poco con la situación real, puesto que el oro es un metal producido en el extranjero. Esta circunstancia no podrá, sin embargo, invalidar la veracidad de mi razonamiento, puesto que puede demostrarse que ya se produzca en el país, o tenga que importarse del exterior, los efectos últimos y ciertamente los inmediatos serían siempre los mismos.

El aumento de los salarios se debe generalmente a que el aumento de las riquezas y del capital ha causado una nueva demanda de mano de obra, la cual indefectiblemente estará emparejada con un aumento en la producción de bienes. Se requiere una cantidad mayor de dinero para mover esos bienes adicionales, aun cotizados al mismo precio de antes; se requerirá, también, una cantidad mayor del bien extranjero de que esté hecho el dinero y que sólo puede adquirirse mediante importación. Siempre que un producto se necesita en cantidades mayores de las requeridas con anterioridad, aumenta su valor relativo, en comparación con los bienes que sirvieron para

adquirirlo. Si se necesitara una mayor cantidad de sombreros, por ejemplo, su precio subiría, y se daría más oro por ellos. Si se necesitara más oro, éste aumentaría de valor, y bajaría el precio de los sombreros, puesto que sería necesaria una cantidad mayor de sombreros y otras cosas para comprar la misma cantidad de oro. Pero en el caso supuesto, al decir que aumentaría el precio de los bienes por causa del aumento de los salarios, incurriríamos en una positiva contradicción, puesto que primero afirmamos que subirá el oro en su valor relativo a consecuencia de la demanda, y luego aseveramos que bajará su valor relativo por el aumento en los precios, dos efectos totalmente incompatibles uno con otro. Decir que los bienes han subido de precio equivale a afirmar que el valor relativo del dinero ha bajado, ya que el valor relativo del oro se estima en su relación con los bienes. En el supuesto caso de que aumentara el precio de todos los bienes, no podría venir el oro del exterior para adquirir esas mercancías caras, sino que saldría del país al extranjero para ser empleado ventajosamente en la adquisición de productos de otro país, donde son relativamente más baratos. Resulta, por tanto, que el aumento de los salarios no incrementará el precio de los productos, ya sea que se importe o se produzca en el país mismo, el metal de que está acuñado el dinero. No es posible que aumente al mismo tiempo el precio de todas las mercaderías sin que aumente la cantidad de dinero. Hemos demostrado ya que este incremento no puede obtenerse en el país mismo; tampoco podría importarse. Para comprar cualquier cantidad adicional de oro en el exterior es necesario que los productos elaborados sean baratos, no caros. La importación del oro y un alza en el precio de los productos, elaborados en el país, con los cuales se compra el oro, son efectos absolutamente incompatibles. El uso extensivo que ahora se está dando al papel moneda no altera la cuestión, puesto que se conforma, o debería conformarse, al valor del oro, y por tal motivo, su valor resulta influido únicamente por las mismas causas que influyen el valor de ese metal.

Tales son, pues, las leyes que rigen los salarios, y por cuyo conducto se asegura la felicidad de la gran mayoría de una comunidad cualquiera. Al igual que los demás contratos, se deberían dejar los salarios a la libre competencia en el mercado y nunca deberían ser controlados ni intervenidos por la legislatura.

La tendencia clara y directa de las leyes de pobres está en directa contraposición a estos obvios principios: su intervención no será, como benévolamente intenta el legislador, corregir la situación de los pobres, sino empeorar tanto la condición del rico como la del pobre; en lugar de enriquecer a los pobres, están calculadas para empobrecer a los ricos; y en tanto estén en vigor las leyes actuales, será conveniente,

conforme al orden natural de las cosas, que el fondo de beneficencia para los pobres crezca progresivamente, hasta absorber los ingresos netos²⁰ del país, o cuando menos, todo cuanto el Estado nos deje después de satisfacer sus propias necesidades para los gastos públicos, que nunca disminuyen.*

La tendencia perniciosa de estas leyes no es ya un misterio desde que la mano experta del Sr. Malthus²¹ esclareció tales hechos; todo amigo de los pobres debe desear apasionadamente su abolición. Por desgracia, estas leyes han estado en vigor por tanto tiempo, y su observancia ha creado tales hábitos entre los pobres, que serían necesarios el mayor cuidado y la prudencia más absoluta para erradicarlos definitivamente de nuestro sistema político. Quienes desean la abrogación de dichas leyes están de acuerdo en que tal providencia deberá aplicarse gradualmente, para prevenir el desamparo más absoluto de aquellos para cuyo beneficio erróneamente fueron promulgadas.

Es un hecho indiscutible que la asistencia y el bienestar de los pobres no pueden asegurarse de un modo permanente sin una cierta cooperación de su parte, o sin algún esfuerzo por parte de la legislatura, para regular el crecimiento numérico de los menesterosos, y hacer menos frecuentes entre ellos los matrimonios efectuados a edad temprana y los contraídos con imprevisión. La operación del sistema de las leyes de pobres ha sido directamente contraria a ese principio. Ha convertido en superfluas las restricciones, y ha coonestado la imprudencia, ofreciéndoles una parte de las retribuciones de la prudencia y la industria.**

La naturaleza misma del mal indica su remedio. Contrayendo gradualmente la esfera de las leyes de pobres; haciendo hincapié ante

* Concuerdo con el Sr. Buchanan en el siguiente pasaje, si se refiere a estados temporales de miseria, en que "el gran mal de la condición de los trabajadores es la pobreza, debida ya sea a una escasez de alimentos, o de trabajo; en todos los países se han promulgado gran número de leyes para mejorar su condición. Sin embargo, existen miserias en la sociedad que no puede aliviar ninguna ley; y es útil conocer sus limitaciones, ya que no podemos dejar de realizar lo bueno que está en nuestro poder, por fijarnos metas impracticables". Buchanan, p. 61.²²

** El progreso del conocimiento manifestado a este respecto en la Cámara de los Comunes, desde 1796, es afortunadamente grande, como puede notarse al comparar el último Informe del Comité sobre Leyes de Pobres,²³ y las siguientes opiniones de Mr. Pitt, en ese año.

"Permitáscenos —dice— otorgar subsidios cuando la existencia de un gran número de niños constituye motivo de derecho y de honor, en vez de serlo de oprobio y desprecio. Esto hará que una familia numerosa sea causa de bendición, y no de maldición; establecerá una línea de distinción correcta entre quienes son capaces de cuidar

²⁰ Ed. 1 "limpios".

²¹ Essay on Population, 4ª ed., Londres, 1807, vol. II, Libro III caps. v, vi.

²² Ed. de Buchanan de La Riqueza de las naciones, vol. IV, Observaciones.

²³ Cp. el "Informe del Comité escogido sobre las Leyes de Pobres" fechado el 4 de julio de 1817 (Parliamentary Papers, 1817, vol. VI) y la carta a Trower de diciembre 10, 1817, infra, tomo VII.

éstos sobre el valor de la independencia; enseñándoles que no deben confiarse en la caridad sistemática o eventual, sino en sus propios esfuerzos para ganarse la vida, y evidenciando que la prudencia y la previsión son virtudes necesarias y beneficiosas, gradualmente alcanzaremos un Estado más sano y fuerte.

No merece en absoluto atención alguna un programa de reformas a la ley de pobres, cuyo objetivo final no sea la abolición de estas leyes; será, en efecto, el mejor amigo del pobre, así como de la causa de la humanidad, la persona que pueda señalar un modo de alcanzar ese fin con la mayor seguridad, al tiempo que con la menor violencia. El mal no podrá ser mitigado recabando, de manera diferente a la actual, los medios con que se sostiene a los pobres. No sólo no podría mejorar su condición, sino que se agravaría la desgracia que deseamos erradicar, si ese fondo se aumentara, o si fuera recaudado, de acuerdo con las últimas proposiciones,²⁴ considerándolo como un fondo general del país. El presente modo de recaudarlo, y su aplicación, han servido para mitigar sus efectos perniciosos. Toda parroquia colecta un fondo específico para el sostenimiento de sus propios pobres. Se convierte, por tanto, en un objeto de mayor interés y más práctico mantener baja la tasa, que instituir un fondo general para socorrer a los pobres de todo el Reino. Tendrá más interés una parroquia en una colecta económica de la tasa, y en una parsimoniosa distribución del dinero, cuando el ahorro total redunde en su propio beneficio, que si cientos de parroquias participasen de los fondos.

A ello debemos atribuir el hecho de que las leyes de pobres no hayan absorbido, aún, todo el ingreso neto del país; al rigor con que se aplican debemos el que no se hayan convertido en excesivamente opresivas. Si por ley todo ser humano que quisiera mantenerse pudiera estar seguro de hacerlo, y pudiera hacerlo en tal grado que la vida fuera para él tolerablemente²⁵ llevadera, la teoría nos llevaría a esperar que el conjunto de todos los impuestos restantes sería menos pesado, comparado con el de pobres. No es más cierto el principio de gravitación universal que la tendencia de tales leyes a cambiar la riqueza y el poder, en miseria y debilidad; apartan los esfuerzos del trabajo de todo objeto que no sea el de atender a la sola subsistencia; se oponen a toda distinción intelectual; ocupar de continuo la mente en satisfacer las necesidades del cuerpo; y así llegará un momento en que todas las clases sociales se verán infectadas por la plaga de la miseria univer-

de sí mismos, mediante su trabajo, y aquellos otros que, después de haber enriquecido a su país con cierto número de niños, tienen derecho a que le ayude a sostenerlos". *Hansard's Parliamentary History*, vol. 32, p. 710.²⁴

²⁴ La ed. 1 no contiene esta nota.

²⁵ Véase el discurso de Curwen relativo a las Leyes de Pobres, pronunciado el 21. de fe-

brero del año de 1817. *Hansard*, tomo XXXV, 520-1.

²⁶ Errata: "tolerable" en la 3ª ed.

sal. Afortunadamente el período de vigencia de estas leyes ha sido de prosperidad progresiva; en él han aumentado regularmente los fondos de manutención de la mano de obra, circunstancia que naturalmente provocará un incremento de la población. Pero de hacerse más lento nuestro progreso; si permanecemos en un nivel estacionario, del cual confío en que nos hallamos aún muy lejos, entonces se hará más patente y alarmante la naturaleza perniciosa de estas leyes, y entonces, también, su abrogación será obstaculizada por multitud de dificultades adicionales.

CAPÍTULO VI

SOBRE LAS UTILIDADES¹

DESPUÉS de haber demostrado² que las utilidades del capital, en sus diferentes usos, están proporcionadas unas a otras, y que tienen una cierta tendencia a variar todas en la misma dirección, nos queda por considerar cuál es la causa de las variaciones permanentes en la tasa de utilidades y las consecuentes alteraciones permanentes en la tasa de interés.

Hemos visto ya que el precio^{*} de los cereales se determina por la cantidad de mano de obra necesaria para producirlos, con aquella porción del capital que no paga renta. Hemos visto también que el precio de todos los bienes manufacturados aumenta o disminuye en relación directa con la cantidad de mano de obra necesaria para su elaboración. Ni el agricultor que cultiva aquella cantidad³ de tierra que regula los precios, ni el empresario que manufactura los bienes, sacrifican parte alguna del producto por la renta. El valor total de sus bienes se divide solamente en dos porciones: la una constituye el beneficio, la otra, la retribución de la mano de obra. /

Si suponemos que tanto los cereales como los bienes manufacturados se venden siempre a un precio uniforme, las utilidades serían altas o bajas proporcionalmente a que los salarios sean altos o bajos. Pero supongamos que el precio del cereal aumenta, por necesitar mayor cantidad de mano de obra para su producción; esta causa no hará subir el precio de aquellos bienes manufacturados en cuya producción no se requiera una cantidad adicional de mano de obra. Entonces, si los salarios continuasen iguales, las utilidades de los fabricantes⁴ permanecerían iguales; pero si, como con toda seguridad acontece, los salarios aumentasen a causa del alza de precio de los cereales, en ese caso sus⁵ utilidades necesariamente tendrían que disminuir.

Si un fabricante vendiese sus productos a un precio constante, supongamos, en £ 1 000, sus utilidades dependerían del precio de la mano de obra necesaria para fabricarlos. Sus utilidades disminuirían si los salarios ascendieran a £ 800, en lugar de ser de £ 600. En consecuen-

* Es conveniente que el lector recuerde que, con el fin de hacer más claro el tema, he considerado que el dinero tiene un valor invariable, y, por tanto, toda variación de precio deberá referirse a una alteración en el valor del artículo.

¹ En la 1ª ed. este capítulo lleva el N.º "V" en el título, y "V*" en el índice. Cf. Nota al pie del índice general.

² Supra, pp. 68-9.

³ Las eds. 1-2 dicen "calidad", que parece más apropiado.

⁴ La ed. 1 no contiene "de los fabricantes".

⁵ La ed. 1 no contiene "sus".

cia, las utilidades disminuirían en la proporción en que aumentasen los salarios. Ahora bien, si aumentara el precio de los productos primos, sería pertinente preguntarse: el agricultor ¿no podría conservar la misma tasa de utilidades, aun teniendo que pagar una suma adicional por salarios?⁶ Seguramente no, puesto que no solamente tendría que pagar, al igual del fabricante, un aumento en los salarios a cada obrero que emplee, sino que se vería obligado ya sea a pagar renta, o a emplear un número adicional de obreros, si quisiera obtener el mismo producto; el aumento en el precio de los productos primarios estará, pues, proporcionado únicamente a aquella renta, o a aquel número adicional, y no le compensará nunca por el aumento de salarios.

Si tanto el empresario como el agricultor empleasen diez hombres, cuyos salarios aumentasen anualmente de £ 24 a £ 25 por persona, la suma total pagada por cada uno será de £ 250 en vez de £ 240. Ésta es, sin embargo, la adición total que habría de pagar el fabricante para obtener la misma cantidad de bienes; pero el agricultor que cultivase un terreno antes inculto, se vería seguramente en la necesidad de emplear un obrero adicional, y pagar, por tanto, la suma adicional de £ 25 por concepto de salarios; el agricultor que cultivase tierras ya labradas, estaría obligado a pagar precisamente la misma suma adicional de £ 25 por renta; sin esta mano de obra adicional, no habría subido el precio de los cereales, ni aumentado la renta.⁷ El uno tendrá que pagar, por tanto, £ 275 por salarios solamente, mientras que el otro pagará la misma cantidad por salarios y renta; £ 25 más cada uno que el fabricante: puesto que por estas últimas £ 25 se⁸ compensa por la adición al precio del producto primo y sus⁹ utilidades serán, en consecuencia, conformes a las del fabricante. Dada la importancia de esta aseveración, penetraré aún más en su significado.

Hemos demostrado ya que en períodos primitivos de la sociedad, tanto la participación del obrero como la del terrateniente en el valor del producto de la tierra, sólo sería pequeña, y aumentaría proporcionalmente al incremento de la riqueza y a la dificultad de procurarse alimentos. Hemos demostrado también que aun cuando el valor de la participación del obrero aumenta únicamente por el alto precio de los alimentos, disminuirá su participación real, mientras crecerá la del terrateniente, tanto en valor como en cantidad.

La cantidad remanente del producto de la tierra, una vez pagados tanto el terrateniente como el labrador, necesariamente pertenece al arrendatario de la tierra, y constituye la utilidad de su capital. Puede alegarse, empero, que aunque al progresar la sociedad disminuiría la proporción que pueda obtener del producto total, sin embargo, consi-

⁶ La ed. 1 "un precio adicional para los salarios".

⁷ Ed. 1 omite "ni aumentando la renta".

⁸ La ed. 1 dice "se compensan" en vez de "el agricultor se".

⁹ La ed. 1 "su".

derando que aumentará el valor de dicho producto, tanto el arrendatario como el terrateniente y el labrador pueden recibir, no obstante, un mayor valor.

Puede decirse, por ejemplo, que cuando los cereales subieron de £ 4 a £ 10, los 180 cuartales obtenidos de las mejores tierras pudieron venderse en £ 1 800, en vez de £ 720; por tanto, aun cuando tanto el terrateniente como el trabajador obtengan evidentemente un mayor valor por renta y salarios respectivamente, también puede aumentar la utilidad obtenida por el agricultor. Sin embargo, esto es imposible, como en seguida paso a demostrar.

En primer lugar, el precio de los cereales aumentaría solamente en proporción a la creciente dificultad de producirlo en tierras de inferior calidad.

Hemos señalado ¹⁰ ya que si el trabajo de 10 hombres produce, en tierras de una determinada calidad, 180 cuartales de trigo, con valor de £ 4 por cuartal, o sea £ 720, y el trabajo de 10 hombres más produce, en las mismas tierras, o en otras de calidad diferente, solamente otros 170 cuartales, el precio del trigo subiría de £ 4 a £ 4 4s. 8d.; en efecto, $170 : 180 :: £ 4 : £ 4 4s.$ En otras palabras, dado que para producir 170 cuartales se requiere el trabajo de 10 hombres en un caso, pero sólo 9.44 en el otro, el aumento sería como 9.44 a 10, o sea como de £ 4 a £ 4s. 8d. Puede demostrarse, de la misma manera, que si el trabajo de 10 hombres más sólo produce 160 cuartales, el precio aumentaría a £ 4 10s.; y si sólo produce 150, subiría el precio a £ 4 10s.; y si sólo produce 150, subiría el precio a £ 4 16s., etc.

Pero cuando se produjeron 180 cuartales en tierras que no pagan renta,	
al precio de £ 4 el cuartal, se han vendido ¹¹ por . . .	£ 720
Y al producirse 170 cuartales, en tierras que no pagan renta, y subiera	
el precio a £ 4 4s. 8d., se continuarían vendiendo por . . .	£ 720
Entonces 160 cuartales a £ 4 10s. producirán . . .	£ 720
Y 150 cuartales a £ 4 16s. producen la misma suma de . . .	£ 720

Ahora bien, es evidente que si con estos valores iguales el agricultor se ve obligado a pagar una vez salarios regulados por el precio del grano cuando estaba a £ 4 y otras veces a precios más altos, la tasa de utilidades disminuirá en proporción al aumento en el precio del cereal.

En consecuencia, me parece haber demostrado claramente, en este caso, que un alza en el precio del cereal, al aumentar el salario monetario que recibe el trabajador disminuye el valor monetario de las utilidades del agricultor.

No será en modo alguno distinto el caso del que cultiva tierras mejores ya cultivadas; también él tendrá que pagar salarios mayores, y

¹⁰ Supra, p. 63, n.

¹¹ Ed. 1 "se vendían", que parece correcto

nunca podrá retener del valor del producto, por elevado que sea el precio, una porción mayor de £ 720, las cuales habrán de ser divididas entre él y un número siempre igual de campesinos; en consecuencia, podrá retener menos, proporcionalmente, a medida que éstos obtengan más.

Cuando el precio del cereal era de £ 4, la totalidad de 180 cuartales pertenecía al cultivador, quien los vendía en £ 720. Al elevarse el precio del cereal a £ 4 4s. 8d., se vio obligado a pagar el valor de 10 cuartales más, sustrayendo esa cantidad de sus 180 destinados a la renta, y en consecuencia, los 170 restantes no le reportaban más de £ 720: al aumentar a £ 4 10s., pagó veinte cuartales o su valor correspondiente, reteniendo por tanto solamente 160 cuartales, que le producían la misma cantidad de £ 720.

Esto demostrará que cualquier alza registrada en el precio de los cereales, como consecuencia de la necesidad de emplear una cantidad mayor de mano de obra y capital para obtener una cantidad adicional determinada del producto, esta alza, decimos, será siempre igualada en su valor por la renta adicional o la mano de obra adicional empleada. De esta manera, ya sea que los cereales se vendan a £ 4, £ 4 10s. o £ 5 2s. 10d., obtendrá el agricultor el mismo valor real de lo que queda después de pagar la renta. Vemos así que tanto en el caso de que el producto perteneciente al cultivador sea de 180, 170, 160 ó 150 cuartales, obtiene siempre a cambio la misma cantidad de £ 720. El precio aumenta en proporción inversa a la cantidad.

Resulta, entonces, que la renta incide siempre en el consumidor y nunca en el agricultor, puesto que si el producto de sus tierras es uniformemente de 180 cuartales, con el alza del precio retendría para sí mismo el valor de una cantidad menor, y entregaría el valor de una cantidad mayor al propietario de la tierra. Sin embargo, la deducción sería de tal índole, que siempre le dejaría la misma suma de £ 720.

Se notará también que, en todos casos, la misma suma de £ 720 habrá de ser dividida entre salarios y utilidades. Si el valor del producto primo de la tierra excede a este valor, pertenece a la renta, cualquiera que sea su monto. Si no hubiese excedente, no habrá renta. Ya sea que los salarios y las utilidades aumenten, o disminuyan, tendrán que ser provistos siempre de esa misma cantidad de £ 720. Por un lado, las utilidades no podrán nunca aumentar hasta el grado de absorber una proporción tal de esas £ 720 que no deje a los labradores la cantidad suficiente para proveer a sus necesidades perentorias; por otra parte, los salarios no podrán elevarse nunca al grado de no dejar una porción de ese importe para pagar las utilidades.

Resulta entonces que en cada caso las utilidades obtenidas, tanto en la agricultura como en la manufactura, se reducen al aumentar los precios del producto primo, cuando ese aumento va acompañado de una elevación de los salarios.* Si el agricultor no obtiene un valor adicional por el cereal que le queda una vez pagada la renta; si el fabricante no obtiene un valor adicional por los bienes que produce, y si ambos están obligados a pagar un valor más alto en concepto de salarios puede establecerse de una manera más clara que las utilidades habrán de disminuir, por el aumento de los salarios?

En consecuencia, aun cuando el agricultor no pague ninguna porción de la renta de su terrateniente, la cual está siempre regulada por el precio del producto, e incide irremisiblemente en el consumidor, éste tendrá, sin embargo, un interés bien definido en mantener baja la renta, o más bien, en mantener bajo el precio natural del producto. Como consumidor del producto primo y de aquellas cosas en las cuales éste entra como factor componente, tendrá el mismo interés que los otros consumidores en mantener bajo su precio. Materialmente, se ve más afectado con el alto precio del cereal, en su relación con los salarios. Con cada alza en el precio del cereal tendrá que pagar, de una misma e invariable suma de £ 720, una cantidad adicional en concepto de salarios, a los diez hombres que se supone emplea constantemente. Hemos visto ya, al tratar lo relativo a salarios, que se elevan invariablemente al subir el precio del producto primo. Sobre la misma base supuesta en las páginas 78-9, con el propósito de efectuar nuestros cálculos, habremos de demostrar que cuando los cereales estén a £ 4 por cuartal, los salarios deberán alcanzar un nivel de £ 24 anuales.¹²

	l.	s.	d.		l.	s.	d.
Al costar	4	4	8	Los salarios	24	14	0
los cereales	4	10	0	serían:	25	10	0
	4	16	0		26	8	0
	5	2	10		27	8	6

Al distribuir el fondo invariable de £ 720 entre trabajadores y agricultores:

* Es del conocimiento del lector que no consideramos las variaciones accidentales debidas a estaciones buenas o malas, ni de la mayor o menor demanda, debida a cualquier causa que afecte repentinamente al estado de la población. Hablamos de las fluctuaciones naturales y constantes del precio de los cereales, no de las accidentales.

¹² Todas las ediciones llevan punto y aparte en este sitio, donde parece inapropiado.

	l.	s.	d.		l.	s.		l.	s.	d.
Al costar	4	0	0	recibirán	240	0	recibirá	480	0	0
los cereales	4	4	8	los traba-	247	0	el granjero	473	0	0
	4	10	0	jadores ¹³	255	0		465	0	0
	4	16	0		264	0		456	0	0
	5	2	10		274	5		455	15	*

y suponiendo que el capital inicial del granjero fuese de £ 3 000, las utilidades de él derivadas, siendo, en el primer caso, de £ 480 serían a una tasa del 16 %. Al reducirse sus utilidades a £ 473, se situarían a una tasa del 15.7 %.

£ 465	15.5
£ 456	15.2
£ 445	14.8

Sin embargo, la *tasa* de utilidades se verá más reducida aún, ya que el capital del granjero, como recordaremos, consiste en buena parte en productos primos, tales como sus cereales y heno cosechados, su trigo y cebada no trillados, sus caballos y vacas, todo lo cual aumentaría de precio como consecuencia del alza en el precio del producto. Sus ganancias absolutas caerían de £ 480 a £ 455 15s.; pero si por la causa que acabo de indicar su capital aumentara de £ 3 000

* Los 180 cuartales de cereal se dividirían en las proporciones siguientes, entre terratenientes, agricultores y trabajadores, con las variaciones del valor del cereal que arriba se indican.

Precio por cuartal	Renta cereal	Utilidad en cereal	Salarios en cereal	Total
£ s. d.				
4 0 0	ninguna	120 cuartales	60 cuartales	180
4 4 8	10 cuartales	111.7 "	58.3 "	
4 10 0	20 "	103.4 "	56.6 "	
4 16 0	30 "	95 "	55 "	
5 2 10	40 "	86.7 "	53.3 "	

y, bajo las mismas circunstancias, la renta monetaria, los salarios y las utilidades serían como sigue:

Precio por cuartal	Renta	Utilidad	Salarios	Total
£ s. d.				£ s. d.
4 0 0	Ninguna	480 0 0	240 0 0	720 0 0
4 4 8	42 7 6	473 0 0	247 0 0	762 7 6
4 10 0	90 0 0	465 0 0	255 0 0	810 0 0
4 16 0	144 0 0	456 0 0	264 0 0	864 0 0
5 2 10	205 13 4	445 15 0	274 5 0	925 13 4

¹³ La ed. 1: "trabajador".

a £ 3 200, su tasa de utilidades sería inferior a 14 %, al costar el grano £ 5 2s. 10d.

Si un fabricante también invirtiera £ 3 000 en su negocio, se vería obligado, a consecuencia del alza de salarios, a aumentar su capital, con el fin de continuar operando como antes. Si anteriormente sus productos se vendían en £ 720, su precio continuaría siendo el mismo, mas los salarios de la mano de obra, que antes eran de £ 240, aumentarían a £ 274 5s., cuando el precio del cereal sea de £ 5 2s. 10d. En el primer supuesto, tendría un saldo de £ 480 como utilidad de £ 3 000, y en el segundo, su ganancia sólo sería de £ 445 15s. sobre un capital aumentado, y sus utilidades se conformarían, por tanto, a la tasa alterada de las obtenidas por el granjero.

Existen pocos productos que no se vean afectados en su precio, en mayor o menor grado, por el alza del precio del producto primo, puesto que algunas materias primas de la tierra son componentes de la mayor parte de esos productos. Todos los artículos de algodón, lino y paño subirán de precio al aumentar el precio de los cereales. Su alza se debe a la mayor cantidad de mano de obra invertida en la materia prima de la cual están confeccionados, y no porque el empresario haya pagado más a los operarios empleados en la fabricación de estos artículos.

En todos los casos, el alza del precio de los productos se debe a que se ha invertido una cantidad mayor de trabajo, y no a que el trabajo por medio del cual son producidos tenga un valor más alto. Los artículos de joyería, de hierro, plateados y de cobre no subirían de precio, puesto que en su composición no entra ningún producto primo de la superficie de la tierra.

Puede alegarse que he dado por sentado el hecho de que los salarios en dinero subirían al subir el precio de los productos primos, pero esta consecuencia no es en modo alguno necesaria, puesto que el trabajador puede contentarse con una cantidad menor de satisfactores. Es verdad que los salarios pueden haber alcanzado, con anterioridad, un nivel demasiado elevado, y que bien pueden resistir una reducción. De ser éste el caso, se verá contrarrestada la disminución de las utilidades. Es imposible, sin embargo, concebir que se reduzca el precio de los salarios, y ni siquiera que éstos se mantengan estacionarios, si el precio de los artículos necesarios aumenta gradualmente; puede, por tanto, darse por sentado el hecho de que, en circunstancias normales, nunca tiene lugar un aumento permanente en el precio de los artículos necesarios sin ocasionar, o sin haber sido precedido, por un alza en los salarios.

Los efectos resultantes para las utilidades habrían sido los mismos, o casi los mismos, de haberse registrado un aumento cualquiera en el

precio de aquellos otros bienes, excepto los alimentos, en los cuales se invierten los salarios de la mano de obra. La necesidad que siente el obrero de pagar un precio mayor al adquirir esos productos necesarios, le obligaría a pedir un salario más alto, y siempre que se aumente el salario, se reducirán necesariamente las utilidades. Pero supongamos ahora que suben los precios de bienes tales como sedas, terciopelos, muebles y otros bienes no consumidos por el obrero; a consecuencia de haberse aumentado la participación de la mano de obra ¿no afectaría esa circunstancia a las utilidades? Aseguramos que no, pues lo único que puede afectar a las utilidades es un aumento en los salarios; el obrero no consume ni sedas ni terciopelos, y por ese motivo, éstos no pueden originar un alza en los salarios.

Debe entenderse que, en el caso aludido, me refiero a utilidades en general. Ya he hecho la observación de que el precio de mercado de algún bien puede exceder su precio natural o necesario, dado que puede ser producido en menor cantidad de lo que la nueva demanda requiere. Este efecto no es sino temporal. Las elevadas utilidades obtenidas sobre el capital empleado en producir ese artículo, atraerán naturalmente más capital a esta rama específica; tan pronto se hayan provisto los fondos necesarios, aumentando en proporción la cantidad existente del referido artículo, bajará su precio, y los beneficios obtenidos en esa determinada rama se situarán al nivel general. Un descenso en la tasa general de las utilidades no es, en modo alguno, incompatible con un alza parcial de las ganancias en determinadas ramas. El capital se mueve de un empleo a otro precisamente debido a la desigualdad en las utilidades. Así pues, en tanto que disminuyen las utilidades generales y se sitúan gradualmente a un nivel inferior debido al aumento registrado en los salarios y a la dificultad creciente de proveer los artículos necesarios a la mayor población, el agricultor podrá obtener utilidades mayores durante un intervalo de corta duración. También puede darse un estímulo extraordinario, por un tiempo determinado, a alguna rama particular del comercio exterior o colonial, pero la admisión de este hecho no invalida de ningún modo la teoría según la cual las utilidades dependen de los salarios, altos o bajos: los salarios del precio de los artículos necesarios y el precio de artículos necesarios, principalmente del precio de los productos alimenticios, ya que todos los demás requisitos pueden ser aumentados en forma casi ilimitada.

Hemos de recordar que los precios siempre varían en el mercado, y, en el primer caso, debido a la situación comparativa de oferta y demanda. Aun cuando el paño debería ser vendido a 40s. la yarda, y proporcionar las utilidades usuales sobre el capital, puede subir a 60 u 80s., debido a un cambio general en las modas, o a alguna otra cau-

sa, que súbita e inesperadamente aumente la demanda o disminuya la oferta. Los fabricantes de paños obtendrán utilidades extraordinarias durante algún tiempo, pero el capital afluirá naturalmente hacia esa rama de industria hasta que la oferta y la demanda queden nuevamente a un nivel justo, al bajar de nuevo el paño al precio de 40s., su precio natural o necesario. Del mismo modo puede llegar a un nivel tan alto, con cada incremento en la demanda de cereales, que alcance un nivel superior a los beneficios ordinarios del granjero. Si hay abundancia de tierras fértiles, el precio de los cereales bajará de nuevo a su nivel anterior, una vez empleada la cantidad necesaria de capital para su producción, y no variarán las utilidades; pero cuando las tierras fértiles no abundan y si, para producir esa cantidad adicional, se requiere una cantidad mayor que la habitual tanto de capital como de mano de obra, el cereal no bajará a su nivel anterior. Aumentará su precio natural, y en vez de obtener permanentemente mayores ganancias el granjero habrá de conformarse con una menor tasa, que es la consecuencia inevitable del aumento de salarios, producido por el aumento en el precio de los artículos necesarios.

Las utilidades tienden naturalmente siempre a decrecer, puesto que al progresar la sociedad y la riqueza, la cantidad adicional de alimentos requerida sólo se obtiene por el sacrificio de una cantidad creciente de mano de obra. Esta tendencia, esta gravitación de las utilidades se ve afortunadamente contrarrestada a intervalos repetidos por las mejoras en la maquinaria empleada para la producción de los artículos necesarios, así como por los descubrimientos científicos registrados en el sector agrícola, lo cual nos permite prescindir de una gran cantidad de mano de obra que antes era necesaria, y en consecuencia, disminuir el precio de los artículos primarios que necesita el trabajador. Sin embargo, existe un límite al alza tanto del precio de los artículos necesarios, como de los salarios de la mano de obra, porque tan pronto como los salarios igualen (como en el caso anteriormente citado), la suma de £720 que representa la totalidad de los ingresos del agricultor, deberá cesar la acumulación, puesto que ningún capital podrá, en ese caso, producir utilidad alguna, ni puede solicitarse el empleo de mano de obra adicional, y en consecuencia, la población habrá alcanzado su punto máximo. Seguramente, mucho antes de llegar a ese punto, la tasa de ganancias, excesivamente baja, habrá refrenado toda acumulación, y la casi totalidad del producto del suelo, una vez pagados los trabajadores, pasarán a ser propiedad de los dueños de tierras y de los perceptores de impuestos y diezmos.

Tomando, por tanto, como base mis cálculos anteriores, en extremo imperfectos, resultaría que al costar el grano £20 el cuartal, el ingreso neto total del país pertenecería a los terratenientes, puesto

que sería necesaria la misma cantidad de mano de obra inicialmente requerida para producir 180 cuartales, en producir sólo 36, porque £20 : 41 :: 180 : 36. Luego, el agricultor que¹⁴ producía 180 cuartales (esto, en el caso de poderse establecer una diferenciación, ya que los capitales nuevos y viejo estarían a tal punto mezclados, que sería imposible separarlos) vendería los

180 cuartales a £20 el cuartal, o sea	£ 3 600
Valor de 144 cuartales { al terrateniente por concepto de renta, siendo ésta la diferencia entre 36 y 180 cuartales	£ 2 880
36 cuartales	£ 720
Valor de 36 cuartales a los diez obreros	£ 720

no dejando utilidad alguna.

He supuesto que¹⁵ a este precio de £20 los labradores continuarían consumiendo tres cuartales anuales cada uno, o sea £60.

Y que en los otros¹⁶ artículos gastarían 12

72 cada labrador.

Por tanto, diez labradores costarían £720 anuales.

Al efectuar todos estos cálculos, mi único deseo ha sido el de explicar el principio. Por este motivo, apenas resulta necesario advertir que la base de los mismos ha sido tomada al azar, con el solo propósito de poner un ejemplo. Los resultados, aunque diferentes en grado, habrían sido en principio los mismos, sin importar la exactitud con que yo hubiera expresado el número de obreros necesarios para producir las cantidades sucesivas de cereales requeridas por una población creciente, la cantidad consumida por la familia del labrador, etcétera. Mi único propósito ha sido simplificar la materia, y en consecuencia no he hecho ninguna concesión al precio creciente de los otros productos necesarios, excepto los alimentos del labrador, incremento que sobrevendría como consecuencia del mayor valor de las materias primas de los cuales están hechos y que incrementaría seguramente los salarios y disminuiría las ganancias.

Ya he afirmado que mucho antes de afianzarse ese nivel de precios, no existiría razón alguna para acumulaciones, porque nadie acumula sino con el propósito de hacer productiva su acumulación. Sólo empleada de esta manera podrá operarse provechosamente. No puede existir acumulación sin motivo, y por tanto, nunca se alcanzaría una situación tal de los precios. De igual manera que el trabajador no puede vivir sin salarios, no pueden el granjero y el fabricante vivir

¹⁴ Las eds. 1-2 contienen aquí además la palabra "originariamente".

¹⁵ La ed. 1 no contiene "he supuesto que".
¹⁶ Las eds. 1-2 "Y en otros".

sin utilidades. Sus motivos para acumular disminuirán con cada disminución en las ganancias, y llegarán al punto de detenerse, si las utilidades se sitúan a un nivel tan bajo que no les proporcionen una compensación adecuada por todos los sinsabores inherentes a su ocupación, y a los riesgos que por fuerza encontrarán al emplear su capital en forma productiva.

Me veo precisado a advertir nuevamente que la tasa de utilidades bajaría mucho más rápidamente de lo expresado en mis cálculos: en efecto, si el valor del producto es tal como lo he explicado bajo las circunstancias supuestas, el valor del capital del granjero se vería considerablemente aumentado, dado que por necesidad se integraría con gran parte de los bienes cuyo valor ha aumentado. Antes de que el cereal pudiera subir de £ 4 a £ 12, su capital probablemente se habría duplicado en términos de un valor intercambiable, y tendría entonces un valor de £ 6 000 en vez de £ 3 000. Si sus ganancias fuesen entonces de £ 180, o sea 6 % sobre su capital inicial, sus utilidades, en ese caso, no alcanzarían una tasa superior al 3 %, ya que £ 6 000 al 3 % producen £ 180, y en estas condiciones sólo un nuevo agricultor con £ 6 000 en su bolsillo podría iniciarse en la actividad agrícola.

Una gran cantidad de ramas del comercio derivarían ventajas, en menor o mayor grado, de la misma fuente. El fabricante de cerveza, el destilador, el pañero, el fabricante de lino se verían parcialmente compensados de la disminución de sus utilidades, por el alza de valor de su capital representado por materias primas y artículos terminados; mas un fabricante de artículos de ferretería, un joyero, y los fabricantes de otros muchos artículos, así como aquellos cuyo capital consiste únicamente en dinero, quedarían expuestos a la baja en la tasa de utilidades, sin compensación alguna.

Es también de esperar que sea cual fuere la tasa de utilidades sobre el capital, dicha tasa disminuiría como consecuencia de la acumulación de capital en las tierras y el alza de los salarios que¹⁷ sin embargo aumentaría la cantidad total de las ganancias. Suponiendo, entonces, que mediante repetidas acumulaciones de £ 100 000, la tasa de utilidades bajase de 20 a 19, a 18, a 17 %, una tasa en continua baja, sería lógico esperar que la cantidad total de ganancias recibida por esos sucesivos poseedores del capital sería siempre progresiva; que sería mayor, cuando el capital fuera de £ 200 000 que cuando fuera sólo de £ 100 000; que sería mayor aún cuando es de £ 300 000, y así sucesivamente, aumentando, aunque a tasa decreciente, con cada aumento de capital. Esta progresión, sin embargo, sólo es válida durante un tiempo determinado: así el 19 % de £ 200 000 es más que el 20 % de £ 100 000; también el 18 % de £ 300 000 es más que el

¹⁷ La ed. 1 no contiene "que".

19 % de £ 200 000; empero, tan pronto como el capital se ha acumulado en gran cantidad y se han reducido las utilidades, la acumulación posterior disminuirá el total de las ganancias. Supongamos que la acumulación sea de £ 1 000 000, y las ganancias de 7 %. En este caso, la utilidad total será de £ 70 000. Si agregamos a ese capital la suma de £ 100 000, y suponiendo que la tasa de interés descienda a 6 %, los propietarios de capital recibirán £ 66 000, o sea, habrán perdido £ 4 000, aunque dicho capital haya aumentado de £ 1 000 000 a £ 1 100 000.

No obstante, no puede existir acumulación de capital en tanto que éste arroja ganancias, sin producir no sólo un incremento de los productos, sino un aumento de su valor. El empleo de las £ 100 000 adicionales de capital, de ninguna manera hará menos productiva parte alguna del capital anterior. El producto del suelo y del trabajo del país debe ser aumentado, aumentando de esta manera su valor, no sólo por el valor del incremento que se haga a la cantidad anterior de producciones, sino por el nuevo valor que se da al producto total del suelo, en virtud de la mayor dificultad de producir la última porción.¹⁸ Cuando, sin embargo, la acumulación de capital se hace muy grande, pese al valor aumentado, éste será distribuido de tal manera que se destine un valor menor que antes a utilidades, aumentándose, en cambio, el destinado a salarios y renta. De esta manera, mediante adiciones sucesivas de £ 100 000 al capital, con una baja en la tasa de utilidades, de 20 a 19, a 18, a 17 %, etc., aumentarán en cantidad las producciones anualmente obtenidas, y tendrán un valor mayor que el adicional total, que se calcula habrá de producir el capital adicional. De £ 20 000 aumentará a más de £ 39 000, y luego a más de £ 57 000, y cuando el capital empleado es de un millón, como hemos supuesto anteriormente, de añadirsele £ 100 000 más y siendo la utilidad añadida menor que la obtenida anteriormente, se agregarán, sin embargo, más de £ 6 000 al ingreso del país, pero se agregarán a los ingresos de los terratenientes y de los trabajadores;¹⁹ obtendrán un producto superior al adicional, permitiéndoles esta situación participar hasta de las utilidades que antes eran exclusivamente del capitalista. Supongamos, entonces, que el precio del cereal es de £ 4 el cuartal, y que por esta razón, como antes calculamos, de cada £ 720 remanentes al granjero una vez pagada la renta, éste retenga £ 480 y pague £ 240 a sus trabajadores. Al subir el precio a £ 6 por cuartal, estaría obligado a pagar a sus trabajadores £ 300, reservándose únicamente £ 420 en calidad de ganancia. Tendría que pagarles £ 300 para permitirles consumir la misma cantidad de artículos necesarios que an-

¹⁸ La ed. 1 contiene aquí además "cuyo nuevo valor siempre se agrega a la renta".

¹⁹ La ed. 1 no contiene "y de los trabajadores".

tes consumían, y no más.²⁰ Ahora bien, si el capital empleado fuese tan grande como para contener cien mil veces £ 720, o sean £ 72 000 000, las utilidades totales serían de £ 48 000 000, si el cereal costara £ 4 el cuartal. De emplearse un capital mayor, sería ciento cinco mil veces £ 720 lo obtenido al costar el cereal £ 6, o sean £ 75 600 000; las utilidades en realidad bajarían de £ 48 000 000 a £ 44 100 000, es decir, ciento cinco mil veces £ 420, y los salarios subirían de £ 24 000 000 a £ 31 500 000. Los salarios tendrían que subir por que se emplearía un número mayor de trabajadores, en proporción directa al capital, y cada trabajador recibiría mayor salario en dinero. Sin embargo, la condición del trabajador, como ha quedado demostrado, sería peor, dado que podría adquirir una cantidad menor del producto del país. Las únicas personas realmente beneficiadas serían los terratenientes, ya que en primer lugar, recibirían rentas más elevadas porque el producto tendría un valor superior, y en segundo término porque dispondrían de una porción grandemente aumentada del producto.²¹

Pese a que se produce un mayor valor, los productores consumirán una mayor proporción del remanente de este valor, una vez pagada la renta, y es éste el hecho que regula las utilidades. Mientras la tierra produce generosamente, los salarios pueden subir por algún tiempo, y los productores pueden consumir una proporción mayor que la habitual; empero, el estímulo dado de esta manera a la población, forzará rápidamente a los campesinos a volver a su consumo normal. Sin embargo, cuando se cultivan tierras pobres, o cuando se gastan más capital y mano de obra en tierras ya cultivadas, con un rendimiento menor, el efecto debe ser permanente. Una proporción mayor de la parte del producto que constituye el remanente a distribuir, una vez pagada la renta, entre los capitalistas y los agricultores, será proporcional a esta última. Cada hombre puede, y probablemente tendrá una menor cantidad absoluta, pero como se emplea un número mayor de trabajadores en proporción al producto total retenido por el granjero, el valor de una mayor porción del producto total será absorbida por los salarios y, en consecuencia, las ganancias absorberán una proporción menor. Las leyes de la naturaleza, que han limitado el poder productivo de la tierra, probablemente harán que esto sea permanente.

De esta manera, llegamos de nuevo a la misma conclusión que anteriormente²² tratamos de establecer: que en todos los países y todos tiempos,²³ las utilidades dependen de la cantidad de mano de obra necesaria para proveer a los obreros de los artículos necesarios

²⁰ La ed. 1 no contiene las dos últimas líneas, comenzando desde las palabras "tendría que".

²¹ Las eds. 1-2 omiten "del producto".

²² Supra, p. 36.

²³ Las eds. 1-2 "y en todos tiempos".

en aquella tierra o con el capital que no produce renta. En consecuencia, los efectos de la acumulación serán distintos en los diferentes países, y dependerán principalmente de la fertilidad de la tierra. Por extenso que un país sea, si sus tierras son de inferior calidad, y si prohíbe la importación de productos alimenticios, se logrará la más moderada acumulación de capital con una gran reducción en la tasa de utilidades, y un rápido aumento de la renta. Por el contrario, un país pequeño pero fértil, sobre todo si permite la libre importación de productos alimenticios, podrá acumular grandes cantidades de capital sin sufrir una gran disminución en la tasa de utilidades, ni grandes aumentos en la renta de la tierra. En el capítulo dedicado a los Salarios, nos hemos propuesto demostrar²⁴ que el precio monetario de los satisfactores no aumentaría por haber aumentado los salarios, tanto en el supuesto de que el oro, medida normal del dinero, fuese producido en el país mismo, o que fuera importado del extranjero. Empero, de suceder de otra manera, si los precios de los bienes resultaran permanentemente aumentados debido a los salarios altos, la proporción no sería por ello menos cierta, puesto que los salarios altos afectan invariablemente a los empresarios, privándoles de una porción de su ganancia real. Suponiendo que el sombrerero, el calcetero y el zapatero pagasen cada uno £ 10 más, por concepto de salarios, para la manufactura de una cierta cantidad de sus artículos, y que el precio de los sombreros, las medias y los zapatos subiese en una cantidad suficiente para reponer al manufacturero las £ 10 adicionales que ha invertido, esto no mejoraría en nada su situación. De vender el calcetero sus medias por £ 110 en vez de £ 100, sus ganancias serían precisamente la misma cantidad de dinero que antes. Sin embargo, obtendría a cambio de esa suma una décima parte menos de sombreros, zapatos y demás artículos, y como con sus ahorros anteriores podría emplear una cantidad menor de obreros, a causa del alza sufrida, e igualmente proveerse de una cantidad menor de materias primas a los precios aumentados, no estaría en mejor situación que si sus utilidades en dinero hubiesen disminuido de hecho, mientras los otros artículos conservaban su precio antiguo. De esta manera he intentado demostrar, en primer lugar, que al registrarse un incremento en los salarios, ello no significa forzosamente un aumento en los precios de los artículos, sino que, en cambio, invariablemente disminuiría las utilidades; en segundo lugar, que si los precios de todos²⁵ los artículos pudieran ser aumentados, su efecto sobre las utilidades sería el mismo y que de hecho, únicamente sufriría una baja el valor en que se estiman precios y utilidades.

²⁴ Supra, pp. 79-80.

²⁵ Las eds. 1-2 no contienen "todos".

CAPÍTULO VII

SOBRE EL COMERCIO EXTERIOR

NINGUNA extensión del comercio exterior aumentará inmediatamente la suma de valor que posee un país, aun cuando contribuirá en gran medida a aumentar la masa de bienes y, por consiguiente, la suma de disfrutes. Como el valor de todos los artículos extranjeros se mide por la cantidad de productos de nuestra tierra, y de nuestra mano de obra, que a cambio de estos bienes se entregan, no tendríamos un valor mayor aun en el caso de que, en virtud del descubrimiento de nuevos mercados, obtuviésemos el doble de la cantidad de bienes extranjeros a cambio de una cantidad dada de los nuestros. Si mediante la compra de productos ingleses por valor de £ 1 000 un comerciante puede obtener una cierta cantidad de productos extranjeros que puede vender en el mercado inglés por £ 1 200, habrá realizado un beneficio del 20 % por ese empleo de su capital, pero ni sus utilidades ni el valor de los bienes importados aumentarán o disminuirán porque se obtenga una mayor o menor cantidad de bienes extranjeros. Si importa, por ejemplo, 25 ó 50 barriles de vino, su interés no será afectado de ninguna manera si en una determinada época vende al mismo precio de £ 1 200, una vez 25, y 50 barriles la otra. En ambos casos se verá limitada su utilidad a £ 200, o sea, el 20 % de su capital, y en ambos casos se importará el mismo valor a Inglaterra. Si los 50 barriles se vendiesen a un precio superior a £ 1 200, las utilidades de este comerciante particular excederían las de la tasa general de utilidades, y el capital fluiría naturalmente a esa ventajosa rama del comercio, hasta que la reducción del precio del vino llevara cada cosa a su nivel anterior.

Muchas veces se ha argüido que las grandes utilidades logradas algunas veces por comerciantes particulares en el comercio exterior elevarán la tasa general de utilidades del país y sustraerán capital de otros usos, para ser empleado en el nuevo y provechoso comercio exterior, provocando un alza general de precios, que a su vez aumentaría las utilidades. Prestigiosas autoridades han afirmado que siendo necesario un capital menor para el cultivo de cereales, la manufactura de paños, sombreros, zapatos, etc., a una demanda igual, aumentará de tal manera el precio de estos artículos que tanto el granjero como el sombrerero, el pañero y el zapatero obtendrán mayores beneficios, al mismo tiempo que el importador.*

* Cf. Adam Smith, libro i, cap. 9.¹

¹ Ed. cit., p. 91.

Quienes aducen ese argumento están de acuerdo conmigo en que las ganancias en los diversos empleos del capital muestran una tendencia a nivelarse. Avanzan y retroceden juntos. Mi variante es la siguiente: Aseguran que la igualdad de utilidades se logrará con el alza general de las utilidades. En cambio, mi opinión es que los beneficios de la rama favorecida pronto se reducirán al nivel general.

Porque, en primer lugar, niego que necesariamente haya de invertirse menos en el cultivo de cereales, la manufactura de paños, sombreros, zapatos, etc., salvo si disminuye la demanda de estos artículos; de ser así, no aumentará su precio. Para la adquisición de productos extranjeros se empleará ya sea la misma porción del producto de la tierra y del trabajo de Inglaterra, o una más pequeña o más grande. De emplearse de este modo la misma porción del producto, existirá exactamente la misma demanda de paños, zapatos, cereales y sombreros que existía anteriormente, y se invertirá la misma porción del capital en su producción. Si, a consecuencia del abaratamiento de los artículos importados se emplea una porción menor del producto agrícola y del trabajo ingleses en adquirirlos, quedará más para la adquisición de otros bienes. Si se registrara una mejor demanda de sombreros, zapatos, cereales, etc., que antes, lo cual es muy factible, los consumidores de artículos importados podrán disponer de una mayor porción de sus ingresos para adquirirlos, y también se dispondrá del capital con el cual previamente se adquirían los artículos extranjeros cuyo valor era superior; de manera que, junto con la mayor demanda de cereales, zapatos, etc., se encontrarán también los medios de procurar una mayor oferta y, en consecuencia, no pueden aumentar permanentemente ni los precios ni las utilidades. Si se emplea una cantidad mayor del producto y del trabajo de Inglaterra en la compra de artículos extranjeros, menos podrá emplear en la compra de otras cosas, requiriéndose, por tanto, menos sombreros, zapatos, etc. Al mismo tiempo que se libera capital de la manufactura de sombreros, zapatos, etc., se habrá de invertir una cantidad mayor en la manufactura de aquellos artículos por medio de los cuales se adquieren los productos extranjeros. Consecuentemente, en todos los casos el conjunto de la demanda de productos nacionales e importados, en lo que se refiere a valor, está limitada por el ingreso y el capital del país. Cuando el uno crece, el otro debe forzosamente disminuir. Si se duplica la cantidad de vino importada² a cambio de la misma cantidad de artículos ingleses, el pueblo inglés podrá consumir ya sea el doble de la cantidad de vino que antes consumía, o bien la misma cantidad de vino y una cantidad mayor de productos ingleses. Si yo tengo un ingreso de £ 1 000, del cual anualmente compro un barril de

² Ed. 1: "Si la importación de vino dado".

vino que cuesta £ 100 y una cierta cantidad de productos ingleses, por £ 900, al bajar el precio del vino a £ 50 podría gastar las £ 50 sobrantes ya sea en la compra de otro barril de vino o en la adquisición de más artículos ingleses. Si compro más vino, y lo mismo hicieran quienes consumen esa bebida, el comercio exterior no se vería afectado en lo más mínimo. Se continuaría exportando la misma cantidad de productos ingleses a cambio del vino, e Inglaterra recibiría, en cambio, el doble en cantidad, aun cuando no el doble en valor del vino. En cambio, si yo y otros consumidores de vino nos contentamos con la misma cantidad de vino que antes bebíamos, se exportaría una cantidad menor de mercaderías inglesas y los bebedores de vino podrían consumir los artículos que antes se exportaban u otros por los cuales tengan inclinación. El capital necesario para la producción de estos artículos lo proveerá el liberado del comercio exterior.

El capital puede ser acumulado de dos modos: ya puede ahorrarse a consecuencia del ingreso acrecentado, o por la reducción del consumo. Si las utilidades que yo obtengo aumentan de £ 1 000 a £ 1 200, mientras que mis gastos siguen siendo los mismos, acumularé £ 200 anuales más que antes. Se producirá un efecto semejante si ahorro £ 200 de mis gastos habituales, aun cuando mis ingresos permanezcan estables; agregaré £ 200 anuales a mi capital. El comerciante que importó vino después que la tasa de utilidades aumentó del 20 al 40 %, adquirirá los artículos de producción nacional en £ 857 2s. 10d. en vez de £ 1 000, y continuará vendiendo el vino importado en £ 1 200; o si continuase adquiriendo los artículos ingleses por £ 1 000 tendría que elevar el precio de su vino a £ 1 400; de este modo obtendría el 40 en vez del 20 % de utilidades sobre su capital; pero si, a consecuencia de la baratura de todos los bienes en que gastó su ingreso, él y todos los demás consumidores pudieran ahorrar el valor de £ 200 en cada £ 1 000 que gastaban anteriormente, aumentarían realmente la riqueza real del país; en el primer caso, se lograría el ahorro por un incremento del ingreso; en el segundo, a consecuencia de la disminución de los gastos.

Si por la introducción de maquinaria disminuyese en un 20 % el valor de la generalidad de los artículos en que gasto mi ingreso, yo realizaría un ahorro del 20 % tan efectivo como si mi ingreso hubiera sido incrementado en un 20 %; pero en un caso la tasa de utilidades es estacionaria, mientras que en el otro se incrementa en un 20 %. Si la introducción de artículos extranjeros baratos me permite ahorrar 20 % de mis gastos ordinarios, se obtendrá exactamente el mismo efecto que si la maquinaria hubiera reducido los gastos de su producción, pero las utilidades no habrían aumentado.

Por lo tanto, no es a consecuencia de la extensión de los merca-

dos que sube la tasa de utilidades,³ aun cuando dicha extensión puede ser igualmente eficaz para incrementar la masa de los bienes, lo cual puede permitirnos aumentar los fondos destinados al mantenimiento del trabajo y de los materiales en los que puede emplearse el trabajo. Es tan importante para la felicidad de la humanidad entera aumentar nuestros disfrutes por medio de una mejor distribución del trabajo, produciendo cada país aquellos artículos que, debido a su clima, su situación y demás ventajas naturales o artificiales, le son propios, o intercambiándolos por los producidos en otros países, como aumentarlos mediante un alza en la tasa de utilidades.

He tratado de demostrar, a través de toda esta obra, que la tasa de utilidades no podrá ser incrementada a menos que sean reducidos los salarios, y que no puede existir una baja permanente de salarios sino a consecuencia de la baja del precio de los productos necesarios en que los salarios se gastan. En consecuencia, si la expansión del comercio exterior o el perfeccionamiento de la maquinaria hacen posible colocar en el mercado los alimentos y productos necesarios al trabajador, a un precio reducido, las utilidades aumentarán. También bajarán los salarios y aumentarán las ganancias si, en vez de cultivar nuestros propios cereales o manufacturar nosotros mismos los vestidos y demás artículos necesarios para los obreros, descubriésemos un nuevo mercado del cual podemos abastecernos a un precio inferior; pero si los artículos obtenidos a precios inferiores, debido a la expansión del comercio exterior, o al perfeccionamiento de la maquinaria, son únicamente los artículos que consumen las clases pudientes, la tasa de utilidades no sufrirá cambio alguno. No se verá afectada la tasa de salarios, aun cuando el vino, los terciopelos, las sedas y otros artículos caros quedaran reducidos en un 50 %, continuando inalteradas, por lo tanto, las utilidades.

Así pues, el comercio exterior, aun cuando altamente beneficioso para un país, pues aumenta la cantidad y variedad de los objetos en que puede gastarse el ingreso, y proporciona, por la abundancia y baratura de los bienes, incentivos para ahorrar, no muestra ninguna tendencia a aumentar las utilidades del capital, a menos que los productos importados sean de la clase en que se gastan los salarios del trabajo.

Todos los comentarios anteriores referentes al comercio exterior, son también aplicables al comercio interno. No podrá nunca aumentarse la tasa de utilidades ni por una mejor distribución del trabajo, ni por la invención de maquinaria, ni por el establecimiento de nuevos caminos y canales, ni por ninguno de los métodos para emplear menos mano de obra, ya sea para la manufactura o para el transporte de las mercancías. Todas estas causas influyen en los precios, y son

³ Ed. 1 "Utilidades" en vez de "utilidad".

siempre altamente beneficiosas para los consumidores, ya que les permiten obtener, a cambio del mismo trabajo o con el valor del producto de ese mismo trabajo, mayor cantidad a cambio de los artículos a cuya producción se aplica la mejora, pero no afectarán a las utilidades. Por otra parte, aumenta las utilidades cualquier reducción que sufran los salarios, sin producir efecto alguno en el precio de los bienes. El uno es ventajoso para todas las clases sociales, puesto que todas ellas son consumidoras. El otro beneficia sólo a los productores, permitiéndoles ganar más, pero sin que esto afecte a los precios. En el primer caso, recibirán la misma cantidad que antes obtenían, pero todos los artículos en que inviertan sus ganancias tendrá un menor valor de intercambio.

La misma regla que establece el valor relativo de los bienes en un país, no rige el valor relativo del precio de los productos intercambiados entre dos o más países.

En un sistema de comercio absolutamente libre, cada país invertirá naturalmente su capital y su trabajo en empleos tales que sean lo más beneficioso para ambos. Esta persecución del provecho individual está admirablemente relacionada con el bienestar universal. Distribuye el trabajo en la forma más efectiva y económica posible al estimular la industria, recompensar el ingenio y por el más eficaz empleo de las aptitudes peculiares con que lo ha dotado la naturaleza; al incrementar la masa general de la producción, difunde el beneficio general y une a la sociedad universal de las naciones en todo el mundo civilizado con un mismo lazo de interés e intercambio común a todas ellas. Es este principio el que determina que el vino se produzca en Francia y Portugal, que los cereales se cultiven en América y en Polonia, y que Inglaterra produzca artículos de ferretería y otros.

En términos generales, las utilidades de un mismo país siempre están en un determinado nivel; o difieren solamente cuando la inversión de capital es más o menos segura y apetecible. No sucede esto entre países distintos. Si los beneficios derivados del capital invertido en Yorkshire excediesen los que se obtienen del capital empleado en Londres, el capital de Londres se trasladaría rápidamente a Yorkshire y se realizaría una igualación de utilidades; en cambio, si a consecuencia de una tasa reducida de producción en Inglaterra, debido al aumento de capital y de la población, se registrase un aumento en los salarios y se redujesen las utilidades, no sería de esperar que el capital y la población inglesa emigrasen a Holanda, España o Rusia, donde las utilidades podrían ser mayores.

Si Portugal no tuviera relaciones comerciales con otros países, en lugar de emplear una gran parte de su capital y de su industria en la producción de vinos, con los cuales adquiere de otros países la ropa

y la ferretería que consume, se vería obligado a dedicar una parte de ese capital a la fabricación de dichos bienes, los cuales obtendría probablemente en menor cantidad y de inferior calidad.

La cantidad de vino que tendría que pagar a cambio del paño obtenido en Inglaterra no se determina por las cantidades respectivas de trabajo necesarias para la producción de cada uno de ellos, si ambos bienes se fabricaran en Inglaterra o en Portugal.

Inglaterra puede encontrarse en circunstancias tales que la producción de paños pueda requerir el trabajo de 100 hombres durante un año. Si tratase de producir el vino, probablemente necesitaría el trabajo de 120 hombres durante el mismo tiempo. Consecuentemente, Inglaterra prefiere adquirir el vino importándolo, a cambio del paño que produce.

Portugal probablemente pueda producir su vino mediante el trabajo de 80 hombres durante un año, mientras que para la producción del paño requiera el trabajo de 90 hombres durante el mismo tiempo. Resulta, en consecuencia, ventajoso para Portugal exportar vino a cambio de paños. Este intercambio puede efectuarse aun cuando la mercadería importada se pueda producir en Portugal mediante una cantidad menor de mano de obra que en Inglaterra. Aun cuando podría producir el paño con el trabajo de 90 hombres, lo importaría de un país donde se emplee el trabajo de 100 obreros, ya que sería más provechoso para él emplear su capital en la producción de vino, mediante el cual obtendría una cantidad mayor de paños procedentes de Inglaterra, que el que podría producir invirtiendo en la manufactura de paños una parte del capital que ahora dedica a la producción de vino.

Inglaterra daría de este modo el producto del trabajo de 100 hombres, a cambio del trabajo de 80. Un intercambio de esta naturaleza no podría llevarse a cabo entre individuos de un mismo país. El trabajo de 100 ingleses no puede cambiarse por el trabajo de 80 ingleses, pero el producto del trabajo de 100 ingleses puede ser cambiado por el producto de la labor de 80 portugueses, 60 rusos, ó 120 indios orientales. La diferencia a este respecto se explica fácilmente si se considera la dificultad con que el capital se mueve de un país a otro, cuando se buscan inversiones más productivas, y la actividad con la que invariablemente pasa de una provincia a otra en un mismo país.*

* Resultaría, entonces, que un país que posee ventajas muy considerables, tanto en materia de maquinaria como de habilidad técnica, país que por este motivo podrá producir artículos con mucho menos mano de obra que sus vecinos, puede, a cambio de estos artículos, importar una porción de los cereales que requiere para su consumo, aun siendo este país más fértil, y pudiendo cultivar el cereal con menos mano de obra que la empleada en el país del cual se importó. Supongamos que dos hombres fabrican sombreros y zapatos, y que uno de ellos es superior al otro en ambas manufacturas; pero al fabricar sombreros, sólo podrá superar a su competidor en una quinta

Representaría indudablemente una ventaja para los capitalistas ingleses y para los consumidores de ambos países que, en tales circunstancias, tanto el vino como el paño fuesen fabricados en Portugal, y que por lo tanto, así el capital como el trabajo que Inglaterra emplea en la producción de paños, se trasladara a Portugal para este propósito. En tal caso, el valor relativo de estos artículos sería controlado por el mismo principio, como si uno fuese producido en Londres y otro en Yorkshire: en cualquier otro caso, si el capital afluyera libremente hacia los países donde pueda ser empleado más lucrativamente, no podría existir diferencia alguna en la tasa de utilidades ni tampoco en los precios reales o precios del trabajo de los bienes, salvo en la cantidad adicional de trabajo requerida para llevarlos a los diferentes mercados donde habrán de venderse.

Sin embargo, la experiencia ha demostrado que la inseguridad real o imaginaria del capital, cuando éste no está bajo el control inmediato de su dueño, aunada a la natural renuencia que siente cada persona a abandonar su país de origen y sus relaciones, confiándose a un gobierno extraño, con nuevas leyes, detienen la emigración del capital. Estos sentimientos, que lamentaría ver debilitados, son la causa de que muchos capitalistas se den por satisfechos con una tasa de utilidades baja en su propio país, en vez de buscar un empleo más ventajoso de su riqueza en países extraños.

En virtud de la competencia existente en el comercio, el oro y la plata, por ser el medio general de circulación, están distribuidos en proporciones tales como los diferentes países del mundo, que se acomodan al tráfico natural que seguiría el mismo curso, aun cuando no existieran esos metales, y aun cuando el comercio entre países se realizara a base de trueque.

De esta manera, el paño no puede ser importado a Portugal, a menos que se venda por más oro del que cuesta en su país de origen; y el vino no se puede importar en Inglaterra a menos que se venda a un precio mayor del que cuesta en Portugal. Si el comercio se hiciera únicamente a base de trueque, únicamente podría continuar mientras Inglaterra fuese capaz de producir el paño a un precio tan reducido que le permitiera adquirir una mayor cantidad de vino, mediante una determinada cantidad de trabajo, fabricando el paño que cultivando la vid; y también mientras la industria portuguesa registrara los efectos inversos. Supongamos ahora que Inglaterra descubre un proceso para fabricar vino, mediante el cual fuera más interesante para ella

parte, o sea el 20 por ciento, y haciendo zapatos podrá aventajarle por una tercera parte, o sea el 33 por ciento; ¿no será, acaso, interesante para ambos que el mejor de los dos fabrique exclusivamente zapatos, y que el menos bueno haga los sombreros? ⁴

⁴ Cf. El zapatero y el sastre de Adam Smith, libro IV, cap. ii; p. 402-3.

producir vino que importarlo. Naturalmente, retiraría una parte del capital invertido en el comercio exterior, para destinarlo al comercio interno. Dejaría de fabricar paños con destino a la exportación y produciría vino para su propio consumo. El precio monetario de estos artículos se vería afectado proporcionalmente. Bajaría el precio del vino, en tanto que el paño conservaría su precio anterior; y en Portugal, ninguno de los dos artículos sufriría cambios en su precio. Inglaterra continuaría exportando paños hacia ese país por algún tiempo, porque su precio continuaría siendo más alto en Portugal que aquí, pero tendría que entregar dinero y no vino a cambio del paño, hasta que la acumulación del dinero en este Reino y su disminución en Portugal influyera de tal manera en el valor relativo del paño en los dos países, que su exportación dejaría de producir utilidades. Si el adelanto técnico para producir vino fuese de gran importancia, sería conveniente para ambos países trocar sus actividades; porque Inglaterra produciría entonces todo el vino, en tanto que Portugal manufacturaría todo el paño que aquella consumiera; pero esto sólo podría llevarse a cabo mediante una nueva distribución de los metales preciosos, que aumentaría el precio del paño en Inglaterra y lo disminuiría en Portugal. El precio relativo del vino caería en Inglaterra, a consecuencia del provecho real obtenido mediante la mejora en su producción; es decir, bajaría su precio natural. El precio relativo del paño aumentaría a causa de la acumulación de dinero.

Supongamos que antes de registrarse el perfeccionamiento de que hablamos, el precio del vino en Inglaterra hubiese sido de £ 50 el tonel, mientras que el precio de cierta cantidad de paño fuese de £ 45; que en Portugal el precio de la misma cantidad de vino fuese de £ 45, y el de la misma cantidad de ropa £ 50. Portugal exportaría el vino realizando una ganancia de £ 5, e Inglaterra su paño mediante una utilidad igual.

Supongamos que, después de realizado el perfeccionamiento, el precio del vino bajase a £ 45 en Inglaterra, continuando el paño al precio anterior. Cada transacción comercial es independiente. Mientras un comerciante pueda adquirir paño en Inglaterra por £ 45 y venderlo en Portugal realizando la ganancia habitual, continuará exportándolo. Su comercio consiste únicamente en comprar paños ingleses, pagando con una letra de cambio comprada con dinero portugués. No tiene para él importancia el uso que se haga de su dinero; él se ha liberado de su deuda mediante el envío de la letra. Su transacción está indudablemente regulada por los términos conforme a los cuales pueda obtener esa letra, pero tiene que conocerlos al tiempo del envío de la misma, y las causas que puedan influir en el precio de mercado de las letras, o sea la tasa de cambio, no le interesa.

Si el mercado fuera favorable a las exportaciones de vino de Portugal a Inglaterra, el exportador no será más que el vendedor de un documento, el cual será adquirido ya sea por el importador del paño, o bien por la persona que le vendió ese documento. De esta manera, los exportadores serán pagados en sus países respectivos, sin necesidad de que el dinero pase de un país a otro. Sin efectuar ninguna transacción directa entre ellos, el dinero pagado en Portugal por el importador de paños será entregado al exportador portugués de vino. En Inglaterra, mediante la negociación del mismo documento, estará el exportador de paños autorizado a recibir su valor correspondiente, del importador de vinos.

Si los precios del vino fuesen tales que no pudiese ser exportado a Inglaterra, el importador de paños tendría igualmente que adquirir un documento, con la diferencia de que el precio de esta letra sería mayor, debido al conocimiento que tiene el vendedor, de que no existe un contradocumento en el mercado, por medio del cual pudiese saldar la transacción entre los dos países. Ha de saber que el dinero, en oro o plata, que recibe a cambio de su documento, debe ser efectivamente exportado a su corresponsal en Inglaterra, con el fin de permitirle pagar el giro que ha autorizado contra sí mismo y puede, por lo tanto, cargar en el precio del documento todos los gastos, junto con su utilidad habitual y justa.

La importación cesaría por supuesto, si el premio por una letra en Inglaterra fuese igual al beneficio obtenido de la importación del paño; pero si el premio por el documento fuese únicamente de 2 %, y si, para poder pagar una deuda de £ 100 en Inglaterra, tuviesen que ser pagadas en Portugal £ 102, donde el paño, con valor de £ 45, se vendiese a £ 50, se importarían paños, se adquirirían letras y se exportaría dinero, hasta que su acumulación en Inglaterra y su disminución en Portugal produjesen una situación tal en los países, que estas transacciones no fuesen ya lucrativas.

Pero la disminución de dinero en un país y su acumulación en otro no influyen sólo en el precio de un bien determinado, sino en el precio de todos ellos, y, como consecuencia, el precio del vino y del paño sufrirán, ambos, un alza en Inglaterra, al tiempo que una baja en Portugal. Siendo el precio del paño de £ 45 en un país y de £ 50 en otro, probablemente bajaría a £ 49 o £ 48 en Portugal, y subiría a £ 45 o £ 47 en Inglaterra, lo cual no permitirá una utilidad suficientemente alta, una vez pagada la prima por el documento, para incitar al comerciante a importar esa mercadería.

Es así como el dinero está distribuido en cada país en las cantidades necesarias para regular un lucrativo comercio de trueque. Inglaterra exportaba sus paños a cambio de vino porque, de este modo,

le resultaba más productiva su industria. Obtenía más vino y más paño que de haberlos fabricado ambos ella misma. Portugal importaba paño y exportaba vino porque, fabricando el vino, su industria se empleaba del modo más útil para ambos. El comercio cesaría inmediatamente, de existir en Inglaterra mayores dificultades para la fabricación del paño, o en Portugal para producir el vino, o mayor facilidad en Inglaterra para producir vino, o en Portugal para fabricar paño.

La situación en Portugal no sufrirá cambio alguno. Inglaterra, por el contrario, se percató de que puede emplear más lucrativamente su mano de obra en la fabricación de vino, lo cual hace cambiar de inmediato el comercio de trueque entre los países. No sólo cesará la exportación de vino de Portugal, sino que tendrá lugar una redistribución de los metales preciosos, lo cual le impediría exportar paños.

Sería útil para ambos países fabricar su propio paño y su propio vino, pero ello produciría el siguiente resultado singular: en Inglaterra, aun siendo más barato el vino, subiría el precio del paño, y el consumidor tendría que pagar más por este último artículo; en cambio, en Portugal, los consumidores, tanto de paño como de vino, podrían adquirir estos productos por un precio inferior. Los precios aumentarían en el país donde se realizó el perfeccionamiento. En el país donde nada se ha alterado, salvo la circunstancia de verse privado de una provechosa rama de su comercio exterior, bajarían los precios.

Esta ventaja para Portugal es sólo aparente, ya que disminuirían las cantidades tanto del vino como de paños producidos en ese país, mientras que aumentaría la producción inglesa. El dinero cambiaría, hasta cierto punto, de valor en los dos países: valdría menos en Inglaterra y más en Portugal. El ingreso total de Portugal, estimado en dinero, disminuiría, en tanto que en Inglaterra aumentaría.

Lo anterior indica, pues, que los perfeccionamientos de fabricación descubiertos en un país propenden a alterar la distribución de los metales preciosos entre las naciones: tienden a incrementar la cantidad de bienes, al mismo tiempo que causan un alza general de precios en el país donde se opera el perfeccionamiento.

He estado suponiendo, para simplificar la cuestión, que el comercio entre dos países se limita al intercambio de dos artículos, vino y paño; pero es del conocimiento general que muchos y diversos productos entran en la lista de importaciones y exportaciones. Con el retiro del dinero de un país y su acumulación en otro, se afecta el precio de todas las mercaderías, y en consecuencia se estimula la exportación de una gran cantidad de artículos, aparte del dinero, lo cual evitará que se opere un efecto tan grande en el valor del dinero de los dos países como el que de otra manera podría esperarse.

Además de los adelantos en la destreza y en la maquinaria, existen otras varias causas que influyen constantemente en el curso natural del comercio y que interfieren en el equilibrio y en el valor relativo del dinero. Las subvenciones a la exportación o a la importación, los nuevos impuestos sobre los productos, operando unas veces directa y otras indirectamente, alteran el comercio natural de trueque, y producen una necesidad consecuente de importar o exportar dinero, con el fin de acomodar los precios al curso natural del comercio. Este efecto se produce no sólo en el país donde tiene lugar la causa de alteración, sino, en mayor o menor grado, en todos los países del mundo comercial.

Esto explicará, hasta cierto punto, la diferencia del valor de dinero en los países; nos explicará por qué el precio de los productos nacionales y el de los fabricados en masa, aun teniendo un valor comparativamente pequeño,⁵ son, independientemente de otras causas, más caros en aquellos países donde la industrialización florece. De dos países que contaran exactamente con la misma población, la misma cantidad de tierras de igual fertilidad y también los mismos conocimientos en materia de agricultura, resultarían más altos los precios de los productos primos en aquel país donde se emplee una mejor maquinaria y se ponga en juego una habilidad mayor para la fabricación de artículos exportables. La diferencia en la tasa de utilidades probablemente será muy pequeña, puesto que los salarios o la compensación real del obrero sería la misma en ambos países, pero se cotizarían más alto en dinero los salarios, así como los productos primos, en aquel país donde debido a la destreza productiva y a la maquinaria, se importara dinero en abundancia, a cambio de los productos fabricados.

Si alguno de estos dos países tuviese ventaja en la fabricación de artículos de una determinada calidad, mientras que el otro la tuviera en la fabricación de otra calidad distinta no habría una entrada o influjo decisivo de metales preciosos en ninguno de ellos, pero si la ventaja de uno de ellos fuese notoria, sería inevitable ese efecto.

En una parte anterior de esta obra he supuesto, para facilitar la argumentación, que el dinero tiene siempre un valor determinado. Quiero ahora demostrar que, independientemente de las variaciones ordinarias en el valor del dinero y las que son comunes al mundo comercial, existen también variaciones parciales a las cuales está sujeto el dinero, en algunos países en particular, y que de hecho,⁶ el valor del dinero nunca es igual en dos países cualesquiera, ya que depende de la tributación fiscal, de la habilidad manufacturera, de las ventajas que proporciona el clima, de la producción natural y de muchas otras causas.

⁵ La ed. 1 no contiene "aun teniendo un valor comparativamente pequeño".

⁶ Las eds. 1-2 dicen "De hecho"; ed. 3 dice, por errata, "en hecho".

Sin embargo, aun cuando el dinero esté sujeto a estas perpetuas variaciones, y en consecuencia también los bienes comunes a la mayoría de los países estén sujetos a considerables diferencias, no sufrirá efecto alguno la tasa de utilidades por la entrada o la salida de dinero. El aumento en el medio circulante no comporta un aumento de capital. Si la renta pagada por el granjero al terrateniente y los salarios de sus trabajadores fueran un 20 % más altos en un país que en otro, y si al mismo tiempo el valor nominal del capital del granjero es de 20 % más, obtendría precisamente la misma utilidad, aun cuando vendiera su producto primo por un 20 % más.

Nunca se insistirá demasiado en el hecho de que las utilidades dependen de los salarios, no de los salarios nominales, sino de los reales; no del número de libras que pueda pagarse anualmente al trabajador, sino de los días de trabajo necesarios para obtener ese dinero. Por tanto, los salarios pueden ser idénticos en dos países distintos. Pueden igualmente guardar la misma proporción con la renta y con el producto total obtenido de la tierra, aun cuando en uno de los países el labrador reciba 10 chelines por semana, y en el otro 12.

En la etapa primitiva de la sociedad, cuando las manufacturas habían progresado poco, y el producto de todos los países era más o menos semejante, y consistía en los bienes más útiles y voluminosos, el valor del dinero en los diferentes países se regulaba principalmente por la distancia a que estaban las minas de las cuales se extraían los metales preciosos; pero al desarrollarse la destreza y la sociedad, y al sobresalir algunas naciones en la manufactura de algunos artículos en particular, aun sin dejar de tener en cuenta la distancia, el valor de los metales preciosos será regulado principalmente por la superioridad de estas manufacturas.

Supongamos que todos los países produjesen cereales, ganado e indumentaria burda, y que, mediante la exportación de estos artículos, obtuviesen oro de los países que lo producen, o de aquellos que los sojuzgan. Es natural que el oro sería, en ese caso, de un mayor valor en cambio en Polonia que en Inglaterra, debido al gasto inherente a la expedición de una mercancía tan voluminosa, como lo son los cereales, a un destino más distante, y también al costo más elevado que tendría la remisión del oro a Polonia.

Existiría esta diferencia en el valor del oro, o, lo que es lo mismo, la diferencia en el precio de cereales en los dos países, aun cuando las facilidades de producir maíz en Inglaterra excediesen a las existentes en Polonia, debido a la mayor fertilidad de la tierra, y a la superioridad en los conocimientos y en los implementos con que contase el trabajador.

Sin embargo, si Polonia fuese la primera en perfeccionar sus ma-

nufacturas, y tuviese éxito en la fabricación de un artículo de gran demanda, inclusive de gran valor y volumen reducido, o hubiese sido dotada con alguna producción exclusiva, con demanda general y no poseída por otros países, obtendría una cantidad adicional de oro a cambio de ese bien, y esa cantidad adicional operaría sobre el precio de sus cereales, su ganado y su indumentaria burda. La desventaja derivada de la distancia sería probablemente más que compensada por la ventaja de poseer un artículo exportable de gran valor, y el dinero tendría permanentemente menor valor en Polonia que en Inglaterra. Si por el contrario, la ventaja de una mayor habilidad manual y de la maquinaria estuviese de parte de Inglaterra, se añadiría otra razón más a la ya existente, por la cual el oro debería valer menos en Inglaterra que en Polonia, y nos explicaría por qué los cereales, el ganado y la indumentaria deberían tener un precio más elevado en Polonia.]

Creo que son éstas las únicas dos causas que regulan el valor comparativo del dinero en los diferentes países del mundo. Aun cuando los impuestos causan una perturbación en el equilibrio del dinero, obran privando al país, en el cual se fijan, de alguna de las ventajas que proporcionan la habilidad manual, la industria y el clima.

Me he propuesto distinguir cuidadosamente entre el bajo valor de una moneda y el alto valor del cereal, o de cualquier otro artículo con el cual pueda compararse el dinero. Generalmente se les ha considerado como una misma cosa, pero es evidente que cuando el cereal sube de 5 a 10 chelines el *bushel*, ello puede deberse ya sea a una baja en el valor del dinero, o a un alza en el valor del cereal. Hemos visto que debido a la necesidad de recurrir sucesivamente a tierras de fertilidad cada vez menor para alimentar a la población creciente, debe subir el valor relativo del cereal. En consecuencia, si el dinero tuviera permanentemente el mismo valor, el cereal se cambiaría por más dinero en esas condiciones; es decir, subiría su precio. También causarían un alza en el precio del cereal ciertos perfeccionamientos en la maquinaria utilizada en las manufacturas, tales que nos permitan producir artículos con peculiares ventajas: ello producirá un aflujo de dinero; disminuirá su valor y se cambiará, por tanto, por una cantidad menor de cereales. Sin embargo, los efectos resultantes de un elevado precio del cereal, según sean provocados por el alza del valor de éste, y por una baja del valor del dinero, son enteramente distintos. En ambos casos aumentará el precio monetario de los salarios, pero si dicho fenómeno fuera consecuencia de la baja del valor del dinero, no sólo subirán los salarios y los cereales, sino también todos los artículos. Si el fabricante tiene que pagar salarios más altos, recibirá más por sus productos terminados, y la tasa de utilidades se mantendrá inafec-

tada. En cambio, sus utilidades disminuirán si el alza en el precio del cereal se debe a la dificultad en su producción, pues en este caso tendrán que pagarse salarios más elevados, sin posibilidad de resarcirse mediante la elevación del precio del artículo terminado.

Cualquier mejora técnica en la explotación de minas, por medio de la cual pueden producirse los metales preciosos con menos trabajo, hará bajar, de un modo general, el valor del dinero. En ese caso, se intercambiará por una cantidad menor de mercaderías en todos los países; pero cuando algún país sobresalga en la fabricación, de tal manera que cree un aflujo monetario hacia él, bajará el valor del dinero, y el precio tanto de los cereales como de la mano de obra serán relativamente más altos en ese país que en ningún otro.]

El intercambio no es índice del valor más elevado del dinero; las letras pueden continuar negociándose a la par, pese a que los precios de los cereales y de la mano de obra sean un 10, 20 ó 30% más elevados en un país que en otro. En las circunstancias supuestas, tal diferencia en los precios corresponde al orden natural de las cosas; el cambio sólo puede estar a la par cuando, en un país sobresaliente en la manufactura, se introduce una cantidad suficiente de dinero que eleve el precio tanto del cereal como de la mano de obra. Si los países extranjeros prohibieran la exportación de dinero, y logaran hacer cumplir esa regulación, podría seguramente evitarse el alza de los precios de los cereales y de la mano de obra en el país manufacturero; porque dicha alza sólo puede tener lugar tras el aflujo de metales preciosos, en el supuesto de que no se utilice el papel moneda, pero no podrían, sin embargo, impedir que el intercambio les fuera desfavorable. Suponiendo que Inglaterra fuera el país fabricante, y si fuera posible impedir la importación de dinero, el intercambio con Francia, Holanda y España podría ser de 5, 10 ó 20% desfavorable a esos países.

Cada vez que la circulación de dinero se detiene por causas de fuerza mayor, impidiendo que el dinero se sitúe a su justo nivel, no existen límites a las posibles variaciones en el cambio. Los efectos son similares a los que surgen cuando un papel moneda que no puede cambiarse por metálico a voluntad del tenedor, se pone en circulación forzosa. Esta moneda estará necesariamente confinada al país emisor: de ser demasiado abundante, no puede difundirse en otros países. Se destruye el equilibrio de la circulación, y el intercambio será necesariamente desfavorable al país que lo posea en cantidades excesivas: tales serían también los efectos de una circulación en metálico, si por coerción, por medio de leyes ineluctables, se mantuviera el dinero en un país, cuando la corriente comercial lo impeliese a otros.

Cuando cada país posee la cantidad precisa de dinero que requiere, no tendrá seguramente un valor idéntico en todos ellos, ya que puede

variar en 5, 10 y hasta 20 % con respecto a los diferentes bienes; pero el cambio estará a la par. Cien libras en Inglaterra o la plata correspondiente a esas £100 comprarán un documento de £100, o una cantidad equivalente de plata en Francia, España u Holanda.

Hablando del cambio, y del valor comparativo del dinero en los diferentes países, no debemos referirnos en absoluto al valor estimativo del dinero con respecto a los bienes, en cualquier país. No podrá nunca determinarse el cambio por la estimación comparativa del valor del dinero en cereales, vestidos o cualquier otro artículo, sino mediante la estimación del valor de la moneda de un país, en comparación con la moneda de otro.

Puede igualmente determinarse comparándolo con un cierto patrón común a ambos países. Si una letra sobre Inglaterra por £100 compra la misma cantidad de artículos en Francia o en España, que un documento sobre Hamburgo por el mismo valor, el cambio entre Hamburgo e Inglaterra estará a la par. Pero si una letra sobre Inglaterra por £130 no puede adquirir más que otra sobre Hamburgo por £100, el cambio estará 30 % contra Inglaterra.

En Inglaterra, £100 pueden comprar un efecto mercantil, o el derecho de recibir £101 en Holanda, £102 en Francia y £105 en España. En ese caso, el cambio con Inglaterra estará al 1 % contra Holanda, 2 % contra Francia, y 5 % contra España. Indica que el equilibrio de la moneda está a un nivel más alto de lo que debiera en esos países, y el valor relativo de sus monedas, y el de Inglaterra, sería inmediatamente restaurado a la par, ya sea detrayendo del de esos países o añadiendo al de Inglaterra.

Quienes han manifestado que nuestra moneda ha estado depreciada en los diez últimos años, cuando el cambio varió del 20 al 30 % en contra nuestra, nunca han sostenido, como se les acusa, que el dinero no puede valer más en un país que en otro, en comparación con diversos bienes. Sostenían que £130 no podían permanecer en Inglaterra, a menos que estuviesen depreciadas,⁷ cuando no tenían un valor superior, estimado en dinero de Hamburgo, o de Holanda, que el metálico de⁸ £100.

Si envío £130 inglesas en esterlinas a Hamburgo, aun a un costo de £15, yo poseería en ese país £125. ¿Qué circunstancia, entonces, podría hacerme consentir en dar £130 por un documento que me produciría £100 en Hamburgo sino el hecho de que mis libras no fueran buenas libras esterlinas? Ellas quedarían deterioradas, degradadas en su valor intrínseco por debajo de las libras esterlinas de Hamburgo, y si en realidad fuesen enviadas a esa plaza a un costo de £5, se venderían por sólo £100. Con libras esterlinas en metálico, no se

⁷ Las eds. 1-2 no contienen "a menos que estuviesen depreciadas".

⁸ Las eds. 1-2 no contienen "el metálico de".

puede negar que mis £130 me procurarían £125 en Hamburgo; mas con papel moneda no puedo obtener más de £100. Sin embargo, se sostenía⁹ que £130 en papel tenían¹⁰ un valor idéntico al de £130 en oro o en plata.

Algunos aseveraban, más razonablemente, que £130 en papel moneda no tenían el mismo valor de £130 de moneda acuñada, pero alegaban que era el dinero acuñado y no el papel moneda lo que había cambiado de valor. Deseaban confinar el significado de la palabra depreciación a una baja real del valor, y no a la diferencia comparativa entre el valor del dinero y el patrón por el cual legalmente se rige. Cien libras de dinero inglés tenían antiguamente un valor semejante, y podían adquirir £100 en dinero de Hamburgo: en cualquier otro país un documento de £100 sobre Inglaterra o sobre Hamburgo podía adquirir precisamente la misma cantidad de mercaderías. Para obtener las mismas cosas, yo tenía que entregar anteriormente £130 inglesas, cuando Hamburgo podía adquirirlas por £100 en dinero hamburgués. Si el dinero inglés tenía el mismo valor que antes, entonces seguramente el dinero hamburgués debió haber aumentado su valor. Pero ¿quién comprueba semejante cosa? ¿Cómo hemos de determinar si es el dinero inglés el que ha bajado o si ha subido el hamburgués? No existe norma alguna por medio de la cual pueda esclarecerse tal cosa. Es un argumento que no admite comprobación, y, por tanto, no puede ser ni positivamente refutado, ni afirmado positivamente. Las naciones de todo el mundo deben haberse convencido de que no existe ninguna norma de valor a la cual pudieran referirse sin peligro de errar, por lo que idearon un medio que, en su conjunto, les parecía menos variable que cualquier otro bien.

Debemos conformarnos a esa norma hasta que cambie la ley, y hasta que se descubra otro bien cuyo uso nos permita alcanzar un patrón más perfecto que el actualmente establecido. Mientras el oro sea la norma exclusiva en este país, el dinero se verá depreciado cuando una libra esterlina no tenga un valor igual a 5 dwts.* y 3 grs. de oro *standard*, y esto sucederá aun cuando baje o suba el oro en su valor general.

* Abreviatura de *penny weight*, peso inglés = $\frac{1}{200}$ libras, o sea 1.56 gr.

⁹ Eds. 1-2 "se sostiene".

¹⁰ Las eds. 1-2 "tienen".

CAPÍTULO VIII

SOBRE LOS IMPUESTOS

LOS IMPUESTOS son una porción del producto de la tierra y de la mano de obra de un país, puestos a disposición del gobierno; su pago proviene siempre, en último término, ya sea del capital o del ingreso del país.

Ya hemos demostrado cómo el capital de un país es fijo o circulante, de acuerdo con su naturaleza más o menos duradera.¹ Es difícil definir estrictamente dónde comienza la distinción entre los capitales fijo o circulante, porque existen grados casi infinitos en la durabilidad del capital. Los productos alimenticios de un país se consumen y reproducen cuando menos una vez por año. El vestido del obrero probablemente no se consuma y reproduzca en menos de dos años, en tanto que su casa y su mobiliario se calcula que durarán un período de diez o veinte años.

Cuando la producción anual de un país hace más que reponer² su consumo anual, se dice que incrementa su capital; cuando su consumo anual no puede ser repuesto, al menos,³ por su producción anual, se dice que su capital disminuye. Por tanto, el capital puede aumentar mediante una producción incrementada, o disminuir por un consumo improductivo.⁴

Si el consumo del Gobierno, incrementado por la recaudación de impuestos adicionales se satisface, ya sea mediante una producción incrementada o bien mediante un menor consumo por parte de la población, los impuestos recaerán sobre el ingreso, y el capital nacional no se verá afectado; pero cuando no se incrementa la producción ni disminuye tampoco el consumo improductivo⁵ por parte del pueblo, los impuestos tendrán necesariamente que recaer en el capital,⁶ es decir, mermarán el fondo destinado al consumo productivo.*

* Debe entenderse que siempre se consume la producción total de un país; el hecho de que sean las personas que reproducen o aquellas que no reproducen algún valor quienes consumen esos productos, constituye la máxima diferencia. Cuando afirmamos que se ahorra el ingreso y se añade al capital, lo que queremos decir es que la porción del ingreso que decimos que se agrega al capital, es consumida por trabajadores productivos, en vez de trabajadores improductivos.⁷ No existe mayor error que el de suponer que el no-consumo aumenta el capital. De elevarse el precio de la mano de obra a un grado tal que no se pudiera emplear una cantidad mayor, pese al aumen-

¹ Supra, p. 24.

² Las eds. 1-2 dicen "exceden" en vez de "más que reponer".

³ Las eds. 1-2, "repuesto por lo menos".

⁴ Las eds. 1-2 no contienen "improductivo".

⁵ Las eds. 1-2 no contienen "improductivo".

⁶ Las eds. 1-2 no contienen el resto de la frase.

⁷ Las eds. 1-2 no contienen "improductivo".

Proporcionalmente a la disminución del capital de un país se reducirán sus producciones; en consecuencia, si continúa efectuándose el mismo gasto improductivo⁸ por parte del pueblo y del Gobierno, con una reproducción anual en constante disminución, los recursos del pueblo y del estado decrecerán con creciente rapidez y a ello seguirán la escasez y la ruina.

Pese al enorme gasto del Gobierno inglés durante los últimos veinte años, resulta indudable que la producción incrementada por parte del pueblo lo ha compensado con creces. El capital nacional no sólo ha mermado, sino que ha aumentado en gran medida, y el ingreso anual del pueblo, aun después de pagados sus impuestos, es probablemente mayor ahora que en cualquier período anterior de nuestra historia.

Para comprobar lo anterior, podemos referirnos al aumento de población —a la extensión de la agricultura— al incremento del transporte por vía marítima y de las manufacturas —a la construcción de muelles— a la apertura de numerosos canales, así como a otras muchas empresas costosas; ambos demuestran un incremento, tanto del capital como de la producción anual.

Es, sin embargo, cierto que de no ser por las exacciones tributarias el aumento del capital habría sido mucho mayor. No existe impuesto alguno que no tenga tendencia a disminuir el poder de la acumulación. Todos los impuestos inciden ya sea sobre el capital o sobre el ingreso. Si gravan el capital disminuirán proporcionalmente este fondo cuya magnitud viene siempre a regular la importancia de la industria productiva del país. De recaer sobre el ingreso, o bien disminuyen la acumulación o bien obligan a los contribuyentes a ahorrar la cantidad correspondiente al impuesto, disminuyendo proporcionalmente su anterior consumo improductivo¹⁰ de artículos necesarios o de lujo. Algunos impuestos causarán estos efectos en mayor grado que otros. Pero el gran mal de la tributación se encuentra¹¹ no tanto en la selección de sus objetivos, sino en el monto total de sus efectos de conjunto.

Los impuestos no son necesariamente impuestos al capital por el hecho de que incidan sobre éste. Ni tampoco son impuestos a los

⁸ Cfr. La riqueza de las naciones, Libro II, cap. iii, pp. 305-6.

⁹ Las eds. 1-2 no incluyen esta nota.

¹⁰ La ed. 2 no contiene la palabra "improductivo".

¹¹ En la 1ª ed., este párrafo no contiene la primera frase, sino que dice: "no existe impuesto que no tienda a impedir la acumulación, ya que no hay uno que no pueda considerarse como un obstáculo para la producción, ni deja tampoco de causar los mismos

efectos que un suelo árido o un mal clima, que una disminución de la destreza o laboriosidad, una mala distribución de la mano de obra, o la pérdida de alguna maquinaria útil; aun cuando algunos impuestos causarían este efecto en mayor escala que otros, debemos confesar que el más grande mal de la contribución se encuentra" etc. Tanto la alteración como la redacción presente fueron sugeridas por McCulloch; Cf. su carta a Ricardo de dic. 6, 1818, *infra*, tomo VII.

ingresos cuando en ellos recaen. Si de mi ingreso de £1 000 anuales debo pagar £100, será en realidad un impuesto sobre mi ingreso, si me conformo con gastarme las £900 restantes. Será, empero, un impuesto sobre el capital, si continúo gastando £1 000.

El capital del cual derivo mi ingreso de £1 000 puede ser de £10 000. Un impuesto de 1% sobre ese capital será de £100, pero mi capital no se vería afectado si, después de pagar mi impuesto, me contento con gastar las £900 restantes.

[El deseo consustancial a todo ser humano de guardar su posición en la vida, y de mantener su riqueza a la altura que haya alcanzado,¹² ocasiona que la mayoría de los impuestos, ya incidan sobre el capital o sobre el ingreso, se paguen del ingreso. Por tanto, al seguir su curso la tributación, o al incrementar sus gastos el gobierno, los disfrutes¹³ anuales del pueblo forzosamente quedarán reducidos, a menos que se le capacite para aumentar proporcionalmente su capital y su ingreso. Los gobiernos deberían seguir esa política respecto al pueblo, y no instituir impuestos tales que incidan inevitablemente sobre el capital, puesto que de hacerlo así, disminuyen los fondos destinados al sostenimiento de la mano de obra, disminuyendo, por tanto, la producción futura del país.]

En Inglaterra se ha descuidado mucho esta política, estableciendo impuestos sobre las sucesiones testamentarias, sobre los legados y otros muchos que afectan la transferencia de la propiedad de los muertos a los vivos. Si un legado de £1 000 debe cubrir un impuesto de £100, el legatario considera que su legado es de sólo £900 y no estima necesario ahorrar de sus gastos las £100 detraídas por el impuesto, lo cual disminuye el capital del país. Si, por el contrario, hubiera ya recibido las £1 000 y se le requiriese el pago de £100 como impuesto sobre el ingreso, sobre caballos, sobre el vino o sobre los sirvientes, probablemente habría antes disminuido, o más bien no habría incrementado su gasto por esa suma, dejando así sin merma el capital del país.

“Los impuestos sobre las transmisiones de dominio *mortis causa* —dice Adam Smith— vienen a incidir, final e inmediatamente, sobre las personas que adquieren la propiedad. Los derechos que gravan la venta de terrenos se pagan por el vendedor. Éste se confronta casi siempre con la necesidad de vender y, por lo tanto, tiene que contentarse con el precio que le ofrecen. El comprador rara vez se ve precisado a comprar y, por lo mismo, sólo dará el precio que le acomode. Cuando se decide a comprar una tierra, considera conjuntamente precio e impuesto. Cuanto más tenga que pagar por razón

¹² La ed. 1 “obtenido”, corregido en la de erratas.

¹³ Las eds. 1-2 “gastos” en vez de “disfrutes”.

de este concepto, tanto menos se hallará dispuesto a pagar por el otro. Por esa razón, semejantes gravámenes vienen a incidir casi siempre sobre personas necesitadas y son, por lo tanto, muy opresivos y crueles.¹⁴ El impuesto de timbre y los derechos sobre el registro de obligaciones y contratos, relativos a préstamos en dinero, inciden enteramente sobre el prestatario, y, de hecho, es siempre éste quien los paga. Los derechos de la misma especie en los pleitos los satisfacen los litigantes, y reducen, para ambas partes, el valor capital de la cosa litigiosa. Cuanto más cuesta adquirir una propiedad, tanto más se reduce el valor neto de la cosa adquirida. Todo impuesto sobre traslación de dominio, de cualquier clase que sea, en cuanto disminuye el valor capital de la propiedad, reduce los fondos destinados a sostener el trabajo.¹⁵ Más o menos todos estos impuestos son contribuciones que aumentan las rentas del soberano, y que raras veces sostienen si no es trabajadores improductivos, a expensas del capital de la nación, que sólo mantiene los que son productivos.”¹⁶

No es ésta la única objeción que pueda hacerse a los impuestos sobre la traslación de dominio. Impiden también una distribución del capital nacional de la manera más beneficiosa para la comunidad. Para crear una prosperidad general, no conviene dar demasiadas facilidades para el traspaso e intercambio de toda clase de propiedades, ya que por tales medios es probable que el capital de todo género llegará a las manos de quienes habrán de emplearlo de la manera más conveniente para aumentar la producción del país. “¿Por qué”, pregunta M. Say, “desea un individuo vender su propiedad? Porque tiene en perspectiva para los fondos un empleo distinto que será más productivo. ¿Por qué desea otro comprar esa misma tierra? Para emplear el capital que le reporta muy poco, al no usarlo, o cuyo empleo piensa que podrá mejorar. Este intercambio incrementará los ingresos generales, puesto que incrementa el ingreso de ambos. Pero si los recargos son tan exorbitantes que impidan el intercambio, serán un obstáculo a ese incremento del ingreso general.”¹⁷ Sin embargo, tales impuestos son fáciles de cobrar, lo cual hace pensar a muchos que constituye una compensación suficiente a su perjudicial efecto.

¹⁴ El texto inglés de Adam Smith dice “son muy frecuentemente crueles”.

¹⁵ Adam Smith dice “el trabajo productivo”.

¹⁶ Libro v, cap. ii, Apéndice a los artículos I y II, pp. 760-1.

¹⁷ *Traité d'Economie Politique*, 2ª ed., 1814, vol. II, p. 312.

CAPÍTULO IX

IMPUESTOS SOBRE PRODUCTOS PRIMOS

CREO HABER comprobado a satisfacción, en una parte anterior de este libro, el principio de que el precio de los cereales se regula por su costo de producción, exclusivamente en la tierra, o más bien, exclusivamente con el capital que no paga renta; de ello se sigue que todo cuanto pueda incrementar el costo de producción, incrementará el precio; todo cuanto pueda reducirlo, reducirá también su precio. La necesidad de cultivar tierras más pobres, o de obtener una utilidad menor con un capital dado, aplicado a tierras que ya se han cultivado, incrementará de modo inevitable el valor intercambiable del producto primo. Los nuevos adelantos técnicos, que permitirán al cultivador obtener sus cereales a un costo inferior de producción, reducirán necesariamente su valor de intercambio. Cualquier impuesto que incida sobre el cultivador, ya sea en forma de impuesto predial, en calidad de diezmos o como impuesto sobre el producto cuando éste se obtiene, incrementará el costo de producción, elevando, por tanto, el precio del producto primo.

Si no aumenta el precio del producto primo en forma tal que compense al cultivador por el impuesto, él tendría naturalmente que abandonar un negocio cuyas utilidades estuviesen por debajo de la tasa general. Ello ocasionaría una disminución de la oferta, hasta que la demanda, que no ha sufrido disminución, produzca un alza tal en el precio del producto primo, que haga su cultivo tan rentable como la misma inversión de capital, en cualquier otro negocio.

Un alza en el precio es el único medio de pagar el impuesto y, al mismo tiempo, de continuar obteniendo las utilidades usuales y generales de este empleo que hace de su capital. No podría deducir el impuesto de la renta, obligando de este modo al terrateniente a pagarlo, puesto que no paga renta. No lo deduciría tampoco de sus utilidades, puesto que no existe razón para que continúe empleando su capital en actividades que rinden pocas utilidades cuando todos los demás usos en que podría utilizar ese mismo capital las producen mayores. No existe duda alguna de que tendrá el poder de incrementar el precio del producto primo por una cantidad similar al monto del impuesto.

El impuesto sobre el producto primo no sería pagado por el terrateniente; tampoco lo pagaría el granjero; pero lo pagaría, en la forma de un precio más alto, el consumidor.

Debe recordarse que la renta es la diferencia entre el producto

obtenido por porciones iguales de mano de obra y capital empleados en tierras de calidades semejantes o diferentes. También conviene recordar que la renta monetaria de la tierra y la renta en cereales no varían en la misma proporción.

En el caso del impuesto sobre el producto primo, de un impuesto sobre la tierra, o de diezmos, variará la renta en cereales, mientras que permanecerá invariable la renta monetaria.

Si, como antes hemos supuesto,¹ las tierras en cultivo fuesen de tres calidades diferentes, y con un capital de la misma magnitud,

180 cuartales de cereal se obtendrán de la tierra	Nº 1
170 " " "	Nº 2
160 " " "	Nº 3

la renta de la Nº 1 sería de 20 cuartales, diferencia entre la renta de la Nº 3 y de la Nº 1; y la de la Nº 2 sería de 10 cuartales, diferencia entre la de la Nº 3 y la de la Nº 2; la Nº 3 no pagaría renta alguna.

Ahora bien, si el precio del cereal fuera de £ 4 el cuartal, la renta monetaria de la tierra Nº 1 sería de £ 80, y la de la Nº 2, de £ 40.

Supongamos que el impuesto sobre cereales sea de 8s. por cuartal; el precio subiría entonces a £ 4 8s.; si los terratenientes continuasen obteniendo la misma renta en cereales que antes, la renta de la tierra Nº 1 sería de £ 88 y la de la Nº 2 de £ 44. No obtendrían, sin embargo, la misma renta en cereales; el impuesto incidiría con más fuerza sobre la Nº 1 que sobre la Nº 2, y más en la Nº 2 que en la Nº 3, puesto que recaería sobre una mayor cantidad de cereal. La dificultad de producción que afecta a la tierra Nº 3 regula el precio del cereal, y el precio sube precisamente a £ 4 8s., para que las utilidades sobre el capital empleado en la Nº 3 estén al mismo nivel de las utilidades generales del capital.

El producto y el impuesto sobre las tres calidades de tierra serán como sigue:

Nº 1 produciendo 180 cuartales a £ 4 8s. el cuartal	£ 792
dedúzcase el valor de 16.3, u 8s. por cuartal, sobre 180 c. ²	£ 72
producto neto del cereal: 163.7	
Producto monetario neto	£ 720
Nº 2 produciendo 170 cuartales a £ 4 8s. el cuartal	£ 748
deduciendo el valor de 15.4 { a £ 4 8s., u 8s. por cuartal {	£ 68
de 170 cuartales	
producto neto del cereal: 154.6	
Producto monetario neto	£ 680

¹ Supra, pp. 63, n. y 86.

² Debería decir "Dedúzcase el valor de 16.3 cuartales, a £ 4. 8s. u 8s. por cuartal

en 180 cuartales"; compárense con éste los textos que siguen, en los apartados números 2 y 3.

Nº 3 produciendo ³ 160 cuartales a £ 4 8s.	£ 704
deduciendo el valor de 14.5 { cuartales a £ 4 8s. por cuartal en 160 }	£ 64
producto neto del cereal: 145.5	
Producto monetario neto	£ 640

La renta monetaria de la Nº 1 continuaría siendo de £ 80, o sea la diferencia entre £ 640 y £ 720 y la de la Nº 2 sería de £ 40, o sea la diferencia entre £ 640 y £ 680, exactamente la misma que antes; sin embargo, la renta en cereales sería reducida de 20 cuartales en la Nº 1 a 18.2 cuartales, diferencia entre 145.5 y 163.7 cuartales,⁴ y la de la Nº 2 de 10 a 9.1 cuartales, o sea la diferencia entre 145.5 y 154.6 cuartales.

Por consiguiente, un impuesto sobre los cereales incidiría sobre el consumidor del cereal, y aumentaría su valor en comparación con todos los otros productos en un grado proporcional al impuesto. En la medida en que el producto primo entre la composición de otros bienes incrementará su valor, a menos que el impuesto quedara compensado por otras causas. De hecho, estarían sufriendo un impuesto de carácter indirecto, y su valor aumentaría proporcionalmente al impuesto.

Sin embargo, un impuesto sobre el producto primo y sobre los artículos necesarios al obrero, tendrá otro efecto más: hará que suban los salarios. En virtud del efecto del principio de población sobre el incremento de la humanidad, los salarios más bajos nunca continúan por mucho tiempo por encima de la tasa que la naturaleza y las costumbres demandan para el sostenimiento de los obreros. Esta clase no puede nunca soportar la carga de una proporción⁵ considerable de los impuestos. En consecuencia, si fuera preciso pagar 8s. adicionales por cada cuartal de cereal, y en alguna menor proporción en otros productos necesarios, no podrían subsistir mediante los mismos salarios que anteriormente recibían, ni conservarse la población obrera. Los salarios aumentarían necesaria e inevitablemente, y en proporción a su incremento bajarían las utilidades. El Gobierno recibiría un impuesto de 8s. por cuartal sobre todo el cereal consumido en el país, parte del cual pagarían directamente los consumidores de cereal; la otra parte la pagarían indirectamente quienes emplean la mano de obra, y afectaría a las utilidades, de la misma manera que si los salarios hubieran sufrido un alza debido a la mayor demanda de mano de obra, en comparación con la oferta, o bien debido a una mayor difi-

³ Las eds. 1-2 no contienen la palabra "produciendo".

⁴ La ed. 1 no contiene "diferencia entre

145.5 y 163.7 cuartales," ni la frase similar al final del párrafo.

⁵ Las eds. 1-2, "proporción".

cultad para obtener los alimentos y productos necesarios para el trabajador.

El impuesto sería equitativo hasta donde afecte a los consumidores, pero sería parcial en su incidencia sobre las utilidades; no incidiría ni en el terrateniente ni en el capitalista, ya que ambos continuarían percibiendo, uno la misma renta monetaria, y otro los mismos dividendos monetarios que antes obtenían. [El impuesto sobre el producto de la tierra operaría, entonces, como sigue:]

- 1º Elevaría el precio del producto primo por una cantidad igual al impuesto, y recaería por lo tanto en cada consumidor, proporcionalmente a su consumo.
- 2º Elevaría los salarios de la mano de obra, y disminuiría las utilidades.

Por tanto, podrían sucitarse las siguientes objeciones a este impuesto:

- 1º Que como eleva los salarios de la mano de obra y disminuye las utilidades, es un impuesto desigual, dado que afecta los ingresos del granjero, del comerciante y del fabricante, y no incide sobre el ingreso del terrateniente, del capitalista y otras personas que gozan de ingresos fijos.
- 2º Que existiría un intervalo considerable entre el alza en el precio de los cereales y el alza de los salarios, durante el cual el obrero se vería afectado por una gran escasez.
- 3º Que el alza de los salarios y la disminución de las utilidades desalienta la acumulación, y tiene los mismos efectos perniciosos que la pobreza natural del suelo.
- 4º Que al elevar el precio del producto primo se elevarían los precios de todos los bienes para cuya elaboración aquél se emplea y por tanto no podríamos competir en un pie de igualdad con productores⁶ extranjeros, en el mercado mundial.

Respecto a la primera objeción, que por el incremento de los salarios de la mano de obra y la disminución de las utilidades, opera de un modo desigual, puesto que afecta el ingreso del granjero, del comerciante y del fabricante, y en cambio deja sin gravar los ingresos del terrateniente, del capitalista y otros que gozan de ingresos fijos, puede responderse que si el impuesto opera en forma desigual, corresponde a la legislatura cuidar de que sea más parejo, creando impuestos directamente sobre la renta de la tierra y sobre los dividendos que del capital se obtienen. De este modo, se alcanzarían todos los objetivos que persigue un impuesto sobre los ingresos, sin recurrir

⁶ Las eds. 1-2, "producciones".

al enojoso arbitrio de inmiscuirse en los asuntos de cada persona, ni se tendrá que nombrar comisarios con poderes que repugnen a las costumbres y sentimientos de un país libre.

Respecto a la segunda objeción, de que habría un intervalo considerable entre el alza del precio del cereal y el alza de los salarios, durante el cual las clases más necesitadas experimentarían una escasez, yo contesto que bajo circunstancias diferentes, los salarios siguen a velocidades muy distintas a los precios del producto primo; que en algunos casos el alza de los cereales no produce efecto alguno sobre los salarios, y en otros, el alza de los salarios precede al alza del precio de los cereales; también aquí, en algunos casos el efecto sobre los salarios es lento, y rápido en otros.⁷

Quienes sostienen que es el precio de los artículos necesarios lo que regula el precio de la mano de obra, tomando siempre en cuenta el estado de progreso particular en que puede encontrarse la sociedad, parecen haber concedido con demasiada prisa que un alza o baja en el precio de los productos necesarios será seguido muy lentamente por un alza o una baja en los salarios. El alto precio de las provisiones puede derivarse de muchas causas, y producir, igualmente, diversos efectos. En consecuencia obedecen a:

- 1º Una oferta deficiente.
- 2º Una demanda gradualmente creciente, la cual puede alcanzarse, en última instancia, mediante un costo de producción incrementado.
- 3º Una baja en el valor del dinero.
- 4º Los impuestos sobre artículos de primera necesidad.

Estas cuatro causas no han sido distinguidas ni separadas suficientemente por quienes han inquirido acerca de la influencia de los precios altos de los artículos de primera necesidad sobre los salarios. Las examinaremos por separado.

Una cosecha pobre será causa del alto precio de las provisiones, y el alto precio es el único medio por el cual se puede obligar al consumo a conformarse al estado de la oferta. Si todos los consumidores de cereales fuesen personas de recursos, el precio del grano podría subir sin límite, pero el resultado sería exactamente idéntico. Su precio en última instancia sería tan alto, que las personas menos ricas tendrían finalmente que abstenerse de adquirir la cantidad de cereales que antes solían comprar, ya que con la sola disminución del consumo podría lograrse la disminución de la demanda hasta que se confinara dentro de los límites de la oferta. En estas circunstancias, no

⁷ La ed. 1, "también aquí en algunos el efecto es lento, y en otros el intervalo debe ser muy corto."

puede haber política más absurda que la de regular por la fuerza los salarios monetarios por el precio de los alimentos, como frecuentemente se suele hacer, en el caso de la mala aplicación de las Leyes de Pobres. Tal medida no presta ningún alivio real al trabajador, puesto que su efecto consiste en elevar aún más el precio del cereal, lo cual le obligará en último término a limitar su consumo proporcionalmente a las limitaciones existentes en la oferta. En el curso natural de los negocios una oferta deficiente debida a malas temporadas no irá seguida por un alza de los salarios, de no interferir el Gobierno de modo pernicioso o imprudente. El alza de los salarios es meramente nominal para los beneficiados; aumenta la competencia en el mercado de cereales, y su efecto final será el de elevar las utilidades de los cultivadores y de los comerciantes en cereales. Los salarios obreros se regulan, en realidad, por la proporción que existe entre la oferta y la demanda de productos necesarios, y entre la oferta y la demanda de mano de obra; por tanto, el dinero es únicamente el medio, o medida, en la cual se expresan los salarios. En este caso, será inevitable la pobreza del obrero, sin que ninguna legislación pueda procurar remedio, de no ser mediante la importación de artículos alimenticios adicionales, o adoptando los sustitutivos más útiles.⁸

Cuando el alto precio de los cereales es el efecto de una demanda creciente, ésta se halla siempre precedida por un aumento de los salarios, puesto que la demanda no puede aumentar sin que aumenten los medios de que el pueblo dispone para pagar los artículos que desea adquirir. La acumulación del capital produce naturalmente una mayor competencia entre quienes emplean la mano de obra, y su consecuente alza de precio. Los salarios aumentados no siempre⁹ se gastan de inmediato en alimentos, sino que se instituyen para contribuir a que el obrero goce de mayores ventajas. Esta mejora en su condición le permite, sin embargo, y le induce a casarse y, luego, la necesidad de alimentar a su familia naturalmente hace pasar a segundo término la de obtener mayores goces en los cuales invertía su salario, tiempo atrás. Los cereales aumentarán entonces su precio, dado que crece su demanda, puesto que existen en la sociedad personas con mayores recursos para adquirirlos. Las utilidades del agricultor se elevarán por encima del nivel general de utilidades, hasta que en su producción se haya empleado la cantidad necesaria del capital. El que, después que esto ha tenido lugar, baje el precio de los cereales hasta su nivel anterior, o permanezca en el alto precio alcanzado, dependerá de la calidad del terreno del cual se obtiene la cantidad adicional de cereales. De obtenerse de tierras con feracidad idéntica

⁸ Las eds. 1-2 no contienen "o adoptando los substitutivos más útiles". La argumentación de este párrafo se inspira en Malthus, *Ensayo sobre la población*, 4ª ed., 1807, vol. II, pp. 79-82.

⁹ Las eds. 1-2 no contienen "siempre".

a las cultivadas con anterioridad, y sin que ocasione un gasto mayor en mano de obra, bajará el precio a su nivel anterior; si se obtiene de tierras más pobres, continuarán manteniendo los cereales un elevado precio. Los altos salarios del primer ejemplo procedían de un aumento en la demanda de mano de obra: como con esa elevación se crea un incentivo para el matrimonio, suscitando la necesidad de mantener hijos, el efecto consiguiente es el de aumentar la oferta de mano de obra. Ahora bien, una vez nivelada la oferta, los salarios volverán a ocupar su nivel anterior si los cereales han vuelto a su anterior nivel; y tendrán un precio superior al precio primitivo, si la mayor cantidad de cereales se ha obtenido de tierras de calidad inferior. Un alto precio no es, en modo alguno, incompatible con una oferta abundante: el precio permanece alto no porque la cantidad sea deficiente, sino porque su costo de producción es mayor. Sucede generalmente que, cuando se ha procurado un estímulo a la población, se produce un efecto mayor que el requerido. La población puede aumentar y, en efecto, generalmente aumenta de tal manera que, pese al incremento en la demanda de mano de obra, guarda una proporción mayor con los fondos destinados a su mantenimiento que antes del aumento de capital. En este caso tendrá lugar una reacción: los salarios quedarán por debajo de su nivel natural, y continuarán a dicho nivel hasta que la proporción común entre la oferta y la demanda se haya restablecido. En tal caso, el alza en el precio de los cereales se ve precedido por un alza de los salarios, con lo que el obrero no se perjudica.

La baja del valor del dinero es consecuencia de un aflujó de metales preciosos provenientes de las minas, o bien del abuso de los privilegios de que gozan los bancos y constituye otra causa de la elevación de los precios de los artículos alimenticios; no producirá, sin embargo, cambio alguno en la cantidad producida. No afecta tampoco al número de trabajadores, ni a su demanda, puesto que no habrá aumento ni disminución de capital. La cantidad de productos necesarios asignada al obrero depende de la demanda y de la oferta comparativa de artículos necesarios y de la oferta y demanda comparativas de la mano de obra. Siendo únicamente el dinero el medio por el cual se expresan las respectivas cantidades, y dado que ninguna de las dos ha sufrido alteración alguna, la retribución real del obrero no sufrirá tampoco alteraciones. Se elevarán los salarios en dinero, pero esto únicamente le permitirá adquirir la misma cantidad de artículos necesarios que antes obtenía. Quienes discuten este principio habrán de demostrar por qué un aumento de dinero no ha de tener el mismo efecto de elevar el precio de la mano de obra cuya cantidad no se ha aumentado, pues reconocen que así ocurriría en el

precio de zapatos, sombreros y cereales, de no aumentar la cantidad de estos bienes. El valor de mercado relativo de sombreros y zapatos se regula mediante la oferta y la demanda de sombreros, en comparación con la oferta y la demanda de zapatos, y el dinero no es sino el medio por el cual se expresa su valor. Si se duplicara el precio de los zapatos, también se duplicaría el de los sombreros, manteniéndose, por lo tanto, el mismo valor comparativo. En consecuencia, si tanto los cereales como todos los artículos necesarios para el trabajador duplican su precio, la mano de obra costará también el doble, y mientras no exista interrupción a la oferta y a la demanda usuales de productos necesarios y de mano de obra, no habrá razón por la cual no hayan de conservar su valor relativo.

Ni la disminución del valor del dinero, ni un impuesto sobre productos primos, aun cuando cada uno de ellos elevara el precio, habrá de interferir necesariamente con la cantidad de producto primo, ni con el número de habitantes capaces de comprar y dispuestos a consumir dichos materiales. Fácil es darnos cuenta por qué, cuando el capital de un país aumenta irregularmente, han de subir los salarios, mientras que permanece estacionario el precio de los cereales, o aumenta en una proporción menor; ni por qué, cuando disminuye el capital de un país, hayan de bajar los salarios permaneciendo los cereales estacionarios, o bajando en una proporción mucho menor, y esto también por un tiempo considerable. La razón es que la mano de obra es un bien que no puede aumentar y disminuir a voluntad. Si existen pocos sombreros en el mercado, insuficientes para satisfacer la demanda, subirá su precio, mas sólo por un corto periodo, puesto que en el curso de un año, mediante el empleo de un mayor capital en esa rama de la industria, se obtendrá una adición razonable a la cantidad de sombreros, por lo que su precio de mercado no podrá exceder por largo tiempo a su precio natural. Cosa diferente ocurre con el material humano. No se puede aumentar su número en uno o dos años cuando hay aumento de capital, ni se puede reducir rápidamente su número cuando el capital disminuye. Por tanto, si el número de brazos aumenta o disminuye lentamente, mientras los fondos para el sostenimiento de la mano de obra aumentan o disminuyen con rapidez, debe existir un intervalo considerable antes de que el precio de la mano de obra llegue a estar regulado con exactitud por el precio de los cereales y de los artículos de primera necesidad. En el caso de que baje el valor del dinero, o se fije un impuesto sobre cereales, no existe necesariamente un exceso en la oferta de mano de obra, ni reducción alguna de la demanda, por lo que no existe razón por la cual el obrero haya de soportar una disminución real en su salario.

Un impuesto sobre cereales no disminuye necesariamente la cantidad de cereales, sino que simplemente eleva su precio en dinero. No disminuye necesariamente la demanda en comparación con la oferta de mano de obra. Entonces ¿por qué había de disminuir la porción pagada al obrero? Supongamos que disminuyó realmente la cantidad perteneciente al obrero, o, en otras palabras, que no elevó sus salarios en dinero en la misma proporción en que el impuesto elevó el precio de los cereales que consumió. ¿No excedería la oferta de cereales a la demanda? ¿No bajaría su precio? ¿Y no obtendría, por tanto, el obrero su porción habitual? En este caso, desde luego, se retiraría capital de la agricultura, ya que si el precio no aumenta por el total del importe del impuesto, las utilidades de la agricultura serían más bajas que el nivel general de utilidades, y el capital buscaría un ¹⁰ empleo más lucrativo. Por lo que se refiere, pues, a un impuesto sobre el producto primo, que es el punto al cual se refiere nuestra discusión, me parece que no se registrará ningún intervalo que pueda incidir de modo opresivo al trabajador, entre el alza del precio del producto primo y el alza de los salarios del trabajador; y que por ende, esta clase no tendría que sufrir ningún otro inconveniente sino el derivado de cualquier otro tipo de impuestos, es decir, el riesgo de que el impuesto pueda incidir en los fondos destinados al sostenimiento de la mano de obra, y que por lo tanto podría restringir o disminuir su demanda.

Con relación a la tercera objeción contra los impuestos sobre productos primos, la cual asegura que la elevación de los salarios y la disminución de utilidades desalienta la acumulación, y actúa del mismo modo que una aridez natural del suelo. He demostrado en otra parte de esta obra ¹¹ que los ahorros pueden obtenerse efectivamente tanto del gasto como de la producción; de una reducción en el valor de los artículos como de un aumento en la tasa de utilidades. Mediante el aumento de mis utilidades de £ 1 000 a £ 1 200, en tanto que los precios continúan a su mismo nivel, se ve aumentada mi capacidad de incrementar mi capital mediante el ahorro, pero no tanto como lo sería de continuar mis utilidades a su nivel anterior, en tanto que los bienes disminuyesen tanto de precio que con £ 800 pudiera comprar tanto como lo que antes podía adquirir con £ 1 000.

Ahora bien, la suma requerida por el impuesto debe ser recaudada, y la cuestión consiste simplemente en saber si esa cantidad debe tomarse de los individuos disminuyendo sus utilidades, o bien elevando el precio de los bienes en los cuales se habrán de gastar esas utilidades.¹²

¹⁰ Las eds. 1-2 no contienen la palabra "una".

¹¹ Supra, p. 100.

¹² La ed. 1 no contiene este párrafo.

La contribución, bajo cualquiera de sus formas, presenta una disyuntiva entre dos males; si no incide sobre las utilidades, o sobre otras fuentes de ingresos,¹³ debe actuar sobre el gasto; y siempre y cuando la carga ¹⁴ se reparta equitativamente y no reprima la reproducción, es indiferente que incida sobre uno o sobre otro. Los impuestos sobre la producción, o sobre las utilidades del capital, ya se apliquen inmediatamente a las utilidades, o indirectamente, incidiendo sobre la tierra o su producto, tienen esa ventaja sobre otros impuestos; que siempre y cuando todos los demás ingresos estén gravados,¹⁵ ninguna clase de la comunidad podrá evadirlos, y cada una de ellos contribuirá de acuerdo con sus recursos.

Un avaro puede eludir los impuestos sobre gastos; puede tener un ingreso de £ 10 000 anuales y no gastar más que £ 300; pero de los impuestos sobre utilidades, ya sean directos o indirectos, no podrá escapar; contribuirá, ya sea entregando una parte o el valor de una parte del producto; o no podrá seguir acumulando a la tasa a que antes lo hacía, debido a los altos precios de los artículos necesarios para la producción. Puede, desde luego, contar con un ingreso por un valor equivalente, pero no dispondrá de una cantidad igual de mano de obra, ni de una igual cantidad de materiales en los cuales haya de emplear la mano de obra.

Cuando un país se aísla de todos los demás, y no comercia con ninguno de sus vecinos, no podrá nunca trasladar a otros individuos porción alguna de sus impuestos. Una parte del producto de su tierra y de su mano de obra se dedicará al servicio del Estado; y no puedo menos de imaginar que, a menos que ejerza una presión desigual en aquella clase que acumula y ahorra, no tendrá importancia que los impuestos incidan sobre las utilidades, o sobre los productos agrícolas o manufacturados. Si yo tengo un ingreso de £ 1 000 anuales y tengo que pagar impuestos por £ 100, no tendrá importancia para mí si pago este importe con mis ingresos, quedándome con £ 900, o si debo pagar £ 100 adicionales por los productos agrícolas o manufacturados que adquiero. Si £ 100 es la proporción que justamente me corresponde de los gastos del país, la virtud de la tributación consiste ¹⁶ en asegurar que pague estas £ 100, ni más ni menos; y no hay mejor manera de asegurarlo que mediante impuestos sobre salarios, utilidades o productos primos.

La cuarta y última objeción digna de notarse es la siguiente: que mediante el alza del precio de los productos primos, habrá de elevarse

¹³ Las eds. 1-2 no contienen "o sobre otras fuentes de ingresos".

¹⁴ La ed. 1 "burthen". Las posteriores "burden".

¹⁵ Las eds. 1-2 no contienen "que siem-

pre y cuando todos los demás ingresos estén gravados".

¹⁶ En las eds. 2-3 aparece en este lugar la palabra "consisten", debido a una errata de imprenta.

el de todos los productos en cuya manufactura se empleen y que, por lo tanto, no podremos competir sobre una base de igualdad en el mercado mundial.

En primer lugar, los cereales y todos los productos nacionales no podrían sufrir una elevación material de precio sin una afluencia de metales preciosos, puesto que la misma cantidad de circulante no sería capaz de hacer circular la misma cantidad de bienes, tanto a precios altos como bajos, ni los metales preciosos podrían nunca comprarse con artículos de elevado precio. Cuando se requiere una mayor cantidad de oro, éste debe ser adquirido a cambio de más, y no de menos bienes. La falta de dinero no podrá tampoco ser suplida mediante el papel, puesto que no es el papel el que regula el valor del oro como mercancía, sino que el oro regula el valor del papel. No se podría añadir papel a la circulación sin depreciarlo, a menos que bajara el valor del oro. Y que no baja el valor del oro, se revela claramente al considerar que el valor del oro, como mercancía, debe ser regulado por la cantidad de artículos que a cambio de él habremos de entregar a los extranjeros. Cuando el oro es barato, las mercancías resultan caras; cuando el oro está caro, están baratas las mercancías, y su precio baja. Como no hemos mostrado causa alguna por la cual los extranjeros hayan de vender su oro a un precio inferior al normal, no parece probable que se registre una afluencia de oro. Si no hay tal afluencia, no puede aumentar la cantidad, ni bajar el valor, ni subir el precio general de los bienes.*

El efecto probable de un impuesto sobre los productos primos sería el de elevar¹⁷ el precio de éstos, y¹⁸ de todos los artículos en cuya elaboración se utilizaran dichos productos, pero no en proporción al impuesto; mientras otros productos para cuya elaboración no fuera necesario el producto primo en cuestión, tales como los que están hechos de metal y los de alfarería, bajarían de precio: así que sería adecuada a la circulación total la misma cantidad de dinero antes empleada.

Un impuesto que tuviese el efecto de elevar el precio de todas las manufacturas nacionales no impediría la exportación, excepto durante un tiempo muy limitado. Si su precio nacional se elevara, no podrían ser exportadas con utilidad de inmediato, puesto que estarían sujetas en el país a un gravamen, del cual se hallarían exentas en el extranjero. El impuesto produciría un efecto semejante al de una alteración en el valor del dinero, no general y común a todos los países, sino confinada a uno solo. De ser Inglaterra ese país, no podría

* Es dudoso el que los artículos cuyo precio ha subido por causa de los gravámenes únicamente, requirirán más dinero para circular. A mi parecer, no lo necesitarían.¹⁹

17 Ed. 2, "rise" y no "to rise", por errata.

18 La ed. 1 omite "el precio de éstos; y".

19 Las eds. 1-2 no contienen esta nota. Cf. infra, p. 160-1, n.

vender, sino sólo comprar, puesto que los bienes importables no habrían subido de precio. En tales circunstancias lo único que se exportaría, a cambio de productos extranjeros, sería dinero, pero este género de comercio no podría continuar por largo tiempo; un país no puede agotar completamente su dinero, puesto que después de haberse desprendido de una parte de él, el valor del resto se elevará, y en consecuencia los bienes alcanzarían un precio tal, que cabría exportarlos de nuevo realizando ganancias. En cuanto el dinero haya aumentado de valor, ya no lo exportaremos a cambio de bienes,²⁰ sino que exportaremos las manufacturas cuyo precio haya aumentado, debido al alza en el precio del producto primo del cual están hechos, el cual habría bajado de nuevo debido a la exportación de dinero.

Puede objetarse que cuando el valor del dinero se eleva de este modo, se elevará tanto con relación a bienes extranjeros como respecto de los nacionales, y que, por tanto, cesará todo incentivo para la importación de artículos extranjeros. Supongamos que importásemos artículos que en el extranjero cuestan £100, que se han vendido aquí por £120. Dejaríamos de importarlos cuando el valor del dinero se hubiese elevado de modo tal en Inglaterra, que no podríamos vender esos artículos por más de £100: sin embargo, esto nunca podría suceder. El motivo que nos decide a importar un bien determinado es el descubrimiento de que es relativamente barato en el extranjero: esto es, la comparación de su precio en el extranjero con su precio en el país.²¹ Si un país exporta²² sombreros e importa paños, lo hace porque puede obtener más paño mediante la fabricación de sombreros, cambiándolos por paño, que si fabricara paños él mismo. Si el alza de precio del producto primo ocasiona un incremento en el costo de producción al hacer los sombreros, ocasionará también el mismo efecto en la industria pañera. Por tanto, si ambos artículos fuesen fabricados en el país, ambos aumentarían de precio. Sin embargo, siendo uno de ellos un bien de importación, no subiría ni bajaría al elevarse el valor del dinero; al no caer, recuperaría su relación natural con el artículo exportado. El alza del producto primo hace que un sombrero suba de 30 a 33 chelines, o sea el 10 %. La misma causa haría subir el paño de 20 a 22 chelines la yarda, si se fabricara en el país. Esta alza no destruye la relación entre paño y sombreros; un sombrero valía, y sigue valiendo, una yarda y media de paño. Pero si importásemos el paño, su precio continuaría siendo uniformemente de 20 chelines la yarda, sin que le afectasen, primero la baja, ni, luego, al alza del valor del dinero; mientras los sombreros, que han subido de 30 a 33 chelines, volverán a bajar de 33 a 30 che-

20 Las eds. 1-2 "bienes importados".

21 Las eds. 1-2 "su precio natural en el

extranjero, con su precio natural en el país".

22 En la ed. 3 "exportan", por errata.

lines, punto en donde queda restaurada la relación entre sombreros y paño.

Con el fin de simplificar este tema, he supuesto que un alza en el valor de las materias primas afectaría, en una proporción igual, todos los artículos de fabricación nacional; que si el efecto, en uno de ellos, fuese el de producir un alza del 10 %, los elevaría a todos en un 10 %; sin embargo, como el valor de las mercaderías se integra muy desigualmente con materia prima y mano de obra, y como algunos artículos, por ejemplo, aquellos que se fabrican con metales, no se verían afectados por el alza del producto primo de la superficie de la tierra, es evidente que su efecto sobre el valor de los bienes sería muy variado, al implantarse un impuesto sobre el producto primo. Al producirse este efecto estimularía o retardaría la exportación de algunos bienes particulares, y seguramente se vería afectado por los mismos inconvenientes propios de la tributación sobre mercancías; destruiría la relación natural entre el valor de cada uno de ellos. En consecuencia, el precio natural de un sombrero, en vez de equivaler a una yarda y media de paño, podría valer sólo una yarda y cuarto, o bien tener el valor de una yarda y tres cuartos, lo cual llevaría por caminos diferentes al comercio exterior. Probablemente²³ no todos estos inconvenientes interferirían el valor de las exportaciones y de las importaciones; sólo impedirían la óptima distribución de capital en todo el mundo, que nunca está tan bien regulada como cuando se permite a cada artículo asentarse libremente a su precio natural, libre de restricciones artificiales.²⁴

Aun cuando el alza en el precio de la mayor parte de nuestros propios productos impediría por algún tiempo la exportación en general y permanentemente la de algunos de ellos, dicha alza no podría interferir materialmente el comercio exterior, ni nos colocaría en ninguna desventaja comparativa en lo que se refiere a la competencia en los mercados extranjeros.

²³ La ed. 1 no contiene la palabra "Probablemente".

²⁴ La ed. 1 no contiene "libre de restricciones artificiales".

CAPÍTULO X

IMPUESTOS SOBRE LA RENTA¹ DE LA TIERRA

UN IMPUESTO sobre la renta no afectaría más que a la renta; incidiría única y exclusivamente sobre los terratenientes, sin que pudiera ser desviado a ninguna clase de consumidores. El terrateniente no podría elevar su renta, porque ello no alteraría la diferencia entre el producto obtenido de la tierra menos productiva en cultivo, y el obtenido de tierras de cualquier otra calidad. Supongamos que se cultivan tres clases de tierras: N° 1, 2 y 3, las cuales producen, respectivamente, con la misma cantidad de mano de obra, 180, 170 y 160 cuartales de trigo; pero la N° 3 no paga renta, por lo que no habrá de pagar este impuesto; luego la renta de la N° 2 no puede ser tal que exceda el valor de diez, ni la de la N° 1 de veinte cuartales. Un impuesto tal no podría elevar el precio del producto primo, porque dado que el cultivador del terreno N° 3 no paga ni renta ni impuesto, no podría, en modo alguno, elevar el precio del producto. Un impuesto sobre la renta no desalentaría el cultivo de nuevas tierras, puesto que no pagarían renta, y por lo tanto no estarían gravadas. De cultivar el terreno N° 4, el cual produciría 150 cuartales, no se pagaría impuesto alguno por esta tierra; en cambio, crearía una renta de 10 cuartales para la N° 3, la cual comenzaría entonces a pagar el impuesto.

Un impuesto sobre la renta, dada la estructura peculiar de ésta, desalentaría el cultivo, ya que incidiría sobre las utilidades del terrateniente. El concepto "renta de la tierra", como he observado en otra parte de este libro,² se aplica a la suma total que paga el granjero a su terrateniente, de la cual sólo una parte será estrictamente la renta. Las construcciones y equipos, así como otros gastos cubiertos por el terrateniente, forman, en sustancia, una parte del capital de la granja, y debe proporcionarlos el inquilino si no los ha suministrado el terrateniente. La renta es la cantidad pagada al terrateniente por el uso de su tierra, única y exclusivamente. El agregado a esta cantidad que se le paga bajo el nombre de renta, lo es por el uso de las construcciones, etc., y constituye en realidad las utilidades del capital del terrateniente. Al gravar la renta, debido a que no se haría distinción alguna entre la parte pagada por el uso de la tierra y la parte que se paga por el uso del capital del terrateniente, una parte incidiría sobre las utilidades del terrateniente, lo cual desalentaría el cultivo, a

¹ En la ed. 1 este capítulo es VII* aquí y en el índice. Cf. Nota al Índice general.

² *Supra*, comienzo del capítulo II, "Sobre la renta", p. 51.

menos que aumentase el precio de los productos primos. Sobre aquellas tierras por cuyo uso no habría de pagarse renta, se podría dar una compensación al terrateniente, bajo el mismo nombre, por el uso de sus construcciones. Esos edificios no habrían sido construidos, ni se cosecharía en esas tierras el producto primo, sino hasta que el precio de venta pagase no sólo las erogaciones usuales, sino también esa³ erogación adicional que representa el impuesto. Dicha porción del impuesto no incide en el terrateniente, ni en el agricultor, sino en el consumidor del producto primo.

No puede existir duda sobre el hecho de que, si se gravara la renta con un impuesto, los terratenientes pronto encontrarían un medio de establecer una diferencia entre la que se⁴ les paga por el uso de la tierra y la que se⁵ les paga por el uso de sus construcciones, y las mejoras que se hacen⁶ mediante su capital. Ese último o bien sería llamado renta sobre habitaciones y edificaciones, o bien en⁷ todas las nuevas tierras que entrasen en cultivo se construirían⁸ estos edificios por parte del arrendatario, y las mejoras se harían por su cuenta, y no por la del terrateniente. El capital del terrateniente podría, en realidad, emplearse en dichos fines; podría ser gastado nominalmente por el arrendatario, pero lo proporcionaría en realidad el terrateniente en forma de préstamo, o mediante la compra de una anualidad por el tiempo que dure el contrato. Ya se haga esa distinción o no, existe una diferencia real entre la naturaleza de las compensaciones que recibe el terrateniente por esos dos diferentes renglones; es completamente seguro que el impuesto sobre la renta real de la tierra recae por completo en el terrateniente, pero que un impuesto sobre la remuneración que recibe el terrateniente por el uso de su capital gastado en la granja, incide, en un país progresista,⁹ sobre el consumidor de productos primos. De existir un impuesto sobre la renta, y si no hubiera un método para separar la remuneración que ahora paga el arrendatario al terrateniente, bajo el nombre de renta, el impuesto, en lo que se refiere a la renta sobre edificios y equipos, no incidiría nunca, por ningún concepto, sobre el terrateniente, sino sobre el consumidor. El capital invertido en esos edificios, etc., debe producir la utilidad¹⁰ general sobre el capital; dejaría de producir esa utilidad en la tierra cultivada en último término, de no incidir los gastos de dichos edificios, etc., sobre el arrendatario; de ser así, el arrendatario se vería privado de sus utilidades usuales sobre el capital, a menos que pueda hacer que incidan sobre el consumidor.

³ La ed. 1 "sino también por esa".

⁴ La ed. 1 "pagaba".

⁵ La ed. 1 "pagaba".

⁶ La ed. 1 "hicieran".

⁷ La ed. 1 "in"; las otras "on".

⁸ La ed. 1 no contiene las palabras "se construirían".

⁹ Las eds. 1-2 no contienen "en un país progresista".

¹⁰ Las eds. 1-2 "utilidades".

CAPÍTULO XI

DIEZMOS

LOS DIEZMOS son un impuesto sobre el producto bruto de la tierra, y a semejanza de los impuestos sobre el producto primo, inciden por completo en el consumidor. Difieren de un impuesto sobre la renta por el hecho de que afectan tierras que este último impuesto no alcanzaría, puesto que elevarían el precio del producto primo, el cual no podría ser alterado por el impuesto. Las tierras de la peor calidad, así como las tierras de la calidad mejor, pagan diezmos exactamente proporcionados a la cantidad del producto que de ellas se pueda obtener; los diezmos son, por tanto, un impuesto equitativo.

Si la tierra de calidad ínfima, o sea la que no paga renta, que es, a la vez, la que regula el precio del cereal, produce una cantidad suficiente para proporcionar al granjero la utilidad usual sobre el capital, y de ser el precio del cereal de £ 4 el cuartal, su precio deberá ser elevado a £ 4 8s. antes de que se pueda obtener la misma utilidad una vez atendidos los diezmos, puesto que por cada cuartal de cereal deberá pagar el cultivador ocho chelines a la iglesia,¹ y de no obtener la misma utilidad, no existe razón por la cual no abandone su empleo, cuando puede obtener esa utilidad en otras ramas.

La única diferencia entre los diezmos y los impuestos sobre productos primos, es que uno es un impuesto variable en dinero, y el otro es un impuesto fijo en dinero. En una situación estacionaria de la sociedad en la cual no existe una mayor ni una menor facilidad para producir cereales, sus efectos serán precisamente los mismos; en un estado tal, los cereales tendrán un precio invariable, lo cual hará que el impuesto sea invariable también. En un Estado retrógrado, o en otro durante el cual se hacen grandes adelantos en la agricultura y en donde en consecuencia el producto primo bajará en valor comparativamente con otros bienes, los diezmos representarán una carga menor que los impuestos monetarios; ya que si el precio de los cereales bajara de £ 4 a £ 3, bajaría también el impuesto de ocho a seis chelines. En un estado progresista de la sociedad, pero en el cual no se hayan logrado aún marcados adelantos en la agricultura, se elevaría el precio de los cereales, y los diezmos serían una carga más pesada que la de un impuesto monetario permanente. Si el precio del cereal sube de £ 4 a £ 5, el impuesto sobre la misma tierra aumentaría de ocho a diez chelines.

La renta en dinero que perciben los terratenientes no puede ser

¹ La ed. 1 no contiene el resto de este párrafo.

gado en exceso lo percibe el Estado. En el segundo caso, paga más que en el primero, y no toda esa diferencia la recibe el Estado. No es sino un precio aumentado, en virtud de la dificultad existente para su producción, debido a que se nos despoja de los mejores medios de producción, al ponerle trabas en forma de impuestos.

CAPÍTULO XII

IMPUESTO PREDIAL

UN IMPUESTO predial, proporcionado a la renta de las tierras, y variable con cada cambio sufrido por dicha renta es, en realidad, un impuesto sobre la renta. En su calidad de impuesto sobre la renta, no podrá aplicarse a tierras que no la produzcan, ni al producto del capital empleado en las tierras con fines de lucro únicamente, y que nunca pagan renta. No afectará de ningún modo al precio del producto primo, sino que incidirá en su totalidad sobre los terratenientes. Este impuesto no diferiría en ningún sentido de un impuesto sobre la renta. Pero si un impuesto predial gravara toda la tierra cultivada, por moderado que fuese, resultaría siempre un impuesto sobre el producto, y haría subir, por tanto, el precio de los productos. Aun cuando no pagase renta, de ser la tierra N° 3 la que ha entrado en cultivo en último término, no podría ser cultivada y producir la tasa general de utilidades después de pagado el impuesto, a menos que suba el precio del producto hasta cubrir el importe del impuesto. O bien se retirará el capital de ese empleo y se invertirá en otros usos hasta que suba el precio de los cereales a consecuencia de la demanda, es decir, hasta poder obtener la utilidad habitual, o bien, si ya está invertido en esa clase de tierras, las abandonará, en busca de una actividad más ventajosa. No puede transferirse el impuesto al terrateniente, ya que se supone que no percibe renta. El impuesto puede estar proporcionado a la calidad de la tierra y a la abundancia de su producción, y en tal caso no diferiría en nada de los diezmos; puede también ser fijo, por extensión de tierra cultivada, cualquiera que sea su calidad.

Un impuesto sobre las tierras, tal como lo acabamos de describir, sería muy desigual, y contrario a una de las cuatro máximas acerca de los impuestos en general, a las cuales, según Adam Smith,¹ habrían de conformarse todos los impuestos. Son como sigue:

- 1º "Los ciudadanos de cualquier estado deben contribuir al sostenimiento de su Gobierno, en cuanto sea posible, en proporción a sus respectivas aptitudes".
- 2º "El impuesto que cada individuo está obligado a pagar debe ser cierto y no arbitrario."
- 3º "Todo impuesto debe cobrarse en el tiempo y de la manera que sean más cómodos para el contribuyente."
- 4º "Toda contribución debe percibirse de tal forma que haya la

¹ Libro v, cap. ii; pp. 726-7.

menor diferencia posible entre las sumas que salen del bolsillo del contribuyente y las que se ingresan en el tesoro público."

Un impuesto predial igual, fijado indistintamente y sin tomar en consideración las diferentes calidades de toda la tierra cultivada, será, sin duda alguna, causa de la elevación del precio de los cereales, en proporción al impuesto pagado por el cultivador de la tierra de más baja calidad. Con el mismo capital se obtendrán cantidades muy diferentes de producto primo, según la calidad de la tierra. Si gravamos con un impuesto de £100 una tierra que con un capital dado produce mil cuartales de cereal, subirá éste 2s. por cuartal, para compensar al granjero por ese impuesto. Mas si con el mismo capital podemos obtener 2000 cuartales en tierras de calidad superior, con 2s. de aumento en cada cuartal, obtendríamos £200. Sin embargo, siendo el impuesto de £100 en las tierras de calidades inferior y superior, por igual, el consumidor no sólo tendrá que pagar los impuestos que exige el Estado, sino que también dará al propietario de la tierra de buena calidad £100 anuales de utilidad por el tiempo que dure su contrato, y proporcionará después un aumento en la renta que percibe el terrateniente. Por tanto, un impuesto tal sería contrario a la cuarta máxima de Smith, pues saldría del bolsillo del contribuyente más dinero del que ingresaría en el Tesoro público.

La talla (*taille*), vigente en Francia antes de la Revolución, era un impuesto de esa naturaleza. Sólo se gravaban las tierras que no pertenecían a los nobles, lo cual beneficiaba a aquellos cuyas propiedades estaban exentas de impuestos, pues recibían mayores rentas, toda vez que el precio del producto primo subía proporcionalmente al impuesto. No puede hacerse la misma objeción en cuanto a los impuestos sobre productos primos y diezmos: elevan el precio del producto, y aun en el caso de que fuesen deducidos de las utilidades del una contribución proporcional a su producción real, y no en proporción al producto de la tierra menos productiva.

Adam Smith, desde su peculiar punto de vista acerca de la renta, no advirtió el hecho de que en todos los países se invierte mucho dinero en las tierras por las cuales no se paga renta, de lo cual inferió que todos los impuestos sobre bienes raíces, ya fueran sobre la tierra misma, en forma de impuestos prediales o en diezmos, o sobre su producto, y aun en el caso de que fuesen deducidos de las utilidades del granjero, incidirían siempre sobre el terrateniente, siendo sólo él, en todos los casos, el contribuyente real, aun cuando inicialmente o nominalmente fuese el arrendatario quien hiciera el pago. "Los impuestos sobre el producto de la tierra son, en realidad, impuestos sobre la renta, y, aunque los pague originalmente el colono, quien en definitiva los soporta es el dueño de los predios. Cuando es necesario pagar

una parte del producto, en concepto de impuesto, el arrendatario hace un cómputo lo más exacto posible de cuál es el valor de esa parte, un año con otro, para lograr una reducción proporcional en la renta que está dispuesto a pagar al dueño de la tierra. No hay arrendatario que no compute con anterioridad y exactitud a cuánto asciende el diezmo de la iglesia, que viene a ser una especie de contribución territorial."² Sin duda el agricultor calcula sus gastos probables, en todos los renglones, al acordar con el dueño de la tierra que cultiva el ³ monto de la renta; si un aumento en el valor relativo de la producción de su granja no le compensara de los diezmos pagados a la iglesia o de los impuestos sobre el producto de la tierra, naturalmente tendría que ⁴ deducirlos de la renta. Pero es precisamente ésta la cuestión que discutimos: si finalmente deducirá ese importe de la renta, o si se verá compensado por un precio más alto del producto. Por todas las razones antes expuestas no puedo tener la menor duda de que aumentaría el precio del producto, de lo que resulta que Adam Smith adoptó un punto de vista incorrecto en esta importante cuestión. La opinión del Dr. Smith acerca de este tema es probablemente la razón de que haya escrito lo siguiente: "Tanto el diezmo como cualquier otro impuesto de la misma condición son impuestos desiguales, a pesar de su aparente uniformidad, porque una misma parte del producto no siempre equivale, en distintas situaciones, a la misma proporción de la renta."⁵ He tratado de mostrar que semejantes impuestos no inciden con gravamen desigual sobre las diferentes clases de agricultores o terratenientes, ya que ambos quedan compensados por el alza del producto primo, y sólo contribuyen al impuesto en la proporción en que son consumidores de dicho producto. El efecto, en la medida en que los salarios, y a través de los salarios la tasa de utilidades resultan afectados, los terratenientes, en lugar de contribuir con todo lo que les corresponde a semejante impuesto, forman una clase peculiarmente exenta. Es de las utilidades del capital, de las cuales se deriva esa porción del impuesto, que incide sobre aquellos granjeros que, por insuficiencia de fondos, no pueden pagar impuestos; esa porción es soportada exclusivamente por aquellos cuyo ingreso deriva del empleo de capital, y, por consiguiente, en modo alguno afecta a los terratenientes.

De esa opinión relativa a los diezmos, y a los impuestos sobre la tierra y su producto, no debe inferirse que no desalienten el cultivo. Todo cuanto eleva el valor en cambio de los artículos de cualquier clase que son objeto de demanda muy general, tiende a desalentar, a la vez, el cultivo y la producción; ahora bien, éste es un mal

² Libro V, cap. II, p. 736-7.

³ La ed. I "lo concerniente al" en vez de "el".

⁴ Las eds. 1-2 no contienen las palabras "tendría que".

⁵ Libro V, cap. II, p. 737.

inseparable de toda tributación, y no es privativo de los particulares impuestos a que ahora nos referimos.

Ello debe considerarse, en efecto, como la inevitable desventaja que afecta a todos los impuestos que percibe y gasta el Estado. Cada nuevo impuesto constituye una nueva carga sobre la producción, y eleva el precio natural. Una porción del trabajo del país, que antes se hallaba a la disposición del causante del impuesto, queda ahora a la disposición del Estado y, por consiguiente, no puede emplearse en forma productiva.⁶ Dicha porción puede ser tan grande que no quede un excedente de producción lo bastante cuantioso para estimular los esfuerzos de quienes usualmente aumentan con sus ahorros el capital del Estado. La tributación, por fortuna, nunca hasta ahora ha sido elevada tanto en ningún país libre, que disminuya su capital, año con año. Semejante estado de tributación no podría tolerarse durante largo tiempo, o en el caso de que lo fuera, absorbería en forma constante tal cantidad del producto anual del país que suscitaría el cuadro más extenso de miseria, hambre y despoblación.

"Aunque un impuesto sobre la tierra como el que existe en la Gran Bretaña, establecido sobre cada uno de los distritos en la forma de un canon invariable, pueda ser equitativo en la época de su primer establecimiento, necesariamente pierde esa condición con el transcurso del tiempo, según los varios grados de adelanto o de atraso que experimente el cultivo en las diferentes regiones del país. En Inglaterra la valuación de los diferentes condados y parroquias que sirvió para hacer el reparto del impuesto territorial, con arreglo a las disposiciones del cuarto año del reinado de Guillermo y María, fue muy desigual ya desde la época de su primer establecimiento. Este tributo, a pesar de contrariar la primera de las máximas que acabamos de mencionar, se halla de acuerdo con las tres restantes. El impuesto se conforma con el canon de certeza. El tiempo del pago, corriendo a compás del momento en que la renta se devenga, es cómodo para el contribuyente. Aun cuando el dueño es la persona llamada realmente al pago del impuesto, es el colono quien lo adelanta, estando el señor obligado a deducírselo cuando satisface la renta."⁷

Si el arrendatario transfiere el impuesto, no al terrateniente sino al consumidor, si no es desigual al principio ya nunca lo será, porque el precio del producto ha sido elevado desde luego en proporción al impuesto, y posteriormente no variará por tal razón. Si es desigual, como ya he intentado poner de manifiesto que lo es, puede ir contra la cuarta máxima anteriormente mencionada, pero no transgredirá la primera. Puede sacar de los bolsillos de la gente más dinero del que

⁶ Las eds. 1-2 omiten "y, por consiguiente, no puede emplearse en forma productiva".

⁷ La Riqueza de las Naciones, Libro V, cap. II, p. 729.

percibe el Tesoro público, pero no gravará en forma desigual ninguna clase especial de contribuyentes. A mi juicio M. Say confunde la naturaleza y efectos de la ley del impuesto predial inglés, cuando dice: "Numerosas personas atribuyen a la inmutabilidad de esa evaluación la gran prosperidad de la agricultura inglesa. De que ha contribuido mucho no puede existir duda alguna. Pero qué diríamos de un Gobierno que, dirigiéndose a un pequeño comerciante, hablase de esta manera: 'Con un pequeño capital estáis llevando a cabo un comercio limitado y vuestra contribución directa es, por consiguiente, muy pequeña. Tomad en préstamo y acumulad capital; expandid vuestro comercio, para que pueda procuraros inmensas utilidades; no tendréis que pagar una contribución mayor. Por añadidura, cuando vuestros sucesores hereden las utilidades por vosotros realizadas, y tengan que seguir incrementándolas, ellas no serán valuadas a tasa más alta de lo que lo son las vuestras, y vuestros sucesores no tendrán que soportar una porción más alta de las cargas públicas'."

"Indudablemente, ello constituiría un gran estímulo a las manufacturas y al comercio; pero ¿sería justo? ¿No podría obtenerse tal progreso a otro precio? En Inglaterra misma ¿no han hecho la manufactura y el comercio un progreso mayor desde el mismo período, sin evidenciarse una tal parcialidad? Un terrateniente, gracias a su tenacidad, economía y destreza, incrementa su renta anual en 5 000 francos. Si el Estado le reclama la quinta parte de su ingreso incrementado ¿no le quedarán 4 000 francos de incremento como estímulo de sus ulteriores esfuerzos?"⁸

M. Say supone que "un terrateniente, gracias a su tenacidad, economía y destreza, incrementa su renta anual en 5 000 francos". Pero un terrateniente no tiene medios de emplear su tenacidad, economía y destreza sobre su tierra, salvo si él mismo la cultiva; entonces la mejora la hace en su calidad de capitalista y de granjero, pero no en su calidad de terrateniente. No podría concebirse que aumentara de tal modo el producto de sus tierras en virtud de una peculiar destreza de su parte, sin aumentar primero la cantidad de capital empleada en ella. Si aumentara el capital, su mayor ingreso podría guardar la misma proporción con su capital incrementado, como ocurre con todos los demás agricultores respecto a sus capitales.⁹

Si se siguiera la sugestión de M.¹⁰ Say, y el Estado reclamase la quinta parte del ingreso incrementado del agricultor, ello constituiría¹¹ un impuesto parcial a los cultivadores; gravaría sus propias utilidades, sin afectar las de otros empleos. El impuesto lo pagarían todas las tierras, lo mismo las de escaso rendimiento que aquellas otras cuyo

⁸ *Traité d'Economie politique*, 2ª ed., 1814, vol. II, pp. 353-4.

⁹ Las eds. 1-2 no contienen este párrafo.

¹⁰ La ed. 1 "Mr."

¹¹ En las eds. 1-2 el resto de esta frase dice: "un impuesto parcial, el cual ejercería

CAPÍTULO XIII

IMPUESTOS SOBRE EL ORO

EL ALZA en el precio de los bienes, a consecuencia de la tributación, o de la dificultad de producirlos, se manifestará en definitiva en todos los casos, pero la duración del intervalo, antes de que el precio de mercado se conforme al ¹ precio natural, dependerá de la naturaleza del bien de que se trate, y de la facilidad con que pueda reducirse en cantidad. Si la cantidad del artículo gravado no pudiese ser disminuida; si el capital del granjero o del sombrerero, por ejemplo, no pudiera ser transferido a otras ocupaciones, no tendría ninguna consecuencia el que sus utilidades fueran reducidas, mediante un impuesto, por debajo del nivel general; a menos que se incrementase la demanda de sus artículos, nunca se hallarían en posibilidad de aumentar el precio de mercado del cereal o de los sombreros, por encima de su ² precio natural incrementado. Sus amenazas de abandonar dichas ocupaciones, y de trasladar sus capitales a otros negocios más lucrativos, sería considerada como una amenaza ociosa que no podría llevarse a efecto; en consecuencia, el precio no se aumentaría como consecuencia de haber disminuido la producción. Sin embargo, los artículos de todo género pueden ser reducidos en cantidad, y el capital puede ser trasladado de aquellas actividades donde es menos provechoso a otras en que lo es más, aunque con diferentes grados de rapidez. En proporción a como la oferta de un artículo particular puede ser más fácilmente reducida, sin inconveniente para el productor, ³ su precio subirá más rápidamente en cuanto aumente la dificultad de su producción, por obra del impuesto, o por otros medios cualesquiera. Como el cereal es un artículo necesariamente indispensable para cualquier persona, escaso será el efecto que se producirá sobre su demanda a consecuencia de un impuesto, y por consiguiente, y con toda probabilidad, la oferta no será ⁴ por mucho tiempo excesiva, aunque los productores tengan grandes dificultades para sacar sus capitales de la tierra. Por esta razón el precio del cereal ⁵ aumentará rápidamente por el impuesto, y el agricultor se hallará en condiciones de trasladar el impuesto, de sí mismo al consumidor.

Si las minas que nos proveen de oro estuvieran ubicadas en este país, y el oro fuese objeto de impuesto, no podría elevarse su valor

¹ Las eds. 1-2 dicen aquí "antes de que el precio de mercado de los bienes se conforme al suyo".

² Las eds. 1-2 "por encima del", en vez de "por encima de su".

³ Las eds. 1-2 no contienen "sin inconveniente para el productor".

⁴ Las eds. 1-2 "no podría ser".

⁵ Las eds. 1-2 omiten las palabras "Por esta razón".

relativo, con respecto a otras cosas, hasta que su cantidad se redujera. Tal sería particularmente el caso si el oro fuese exclusivamente ⁶ utilizado para acuñar moneda. Es cierto que las minas menos productivas, aquellas que no pagan renta, no podrían continuar siendo explotadas, puesto que no rendirían la tasa general de utilidades, hasta que aumente el valor relativo del oro, por una suma igual al impuesto. La cantidad de oro y, por consiguiente, la cantidad de dinero, irían reduciéndose lentamente: disminuirían un poco en un año, un poco más en otro, y finalmente su valor aumentaría en proporción al impuesto; pero en el intervalo, los propietarios o los granjeros, puesto que pagan el impuesto, serían los perjudicados, y no los que usan el dinero. Si de cada 1 000 cuartales de trigo en el país, y de cada 1 000 producidos en el futuro, retuviera el Gobierno, como impuesto, 100 cuartales, los restantes 900 se cambiarían por la misma cantidad de otros artículos por que antes se cambiaban 1 000; pero si ocurriera la misma cosa con respecto al oro, y de cada £ 1 000 en dinero, existentes ahora en el país, o que en el futuro pudieran entrar en él, el Gobierno pudiera cobrar £ 100 como impuesto, las £ 900 restantes comprarían muy poco más que de lo que £ 900 compraban antes. El impuesto incidiría sobre aquel cuya propiedad consiste en dinero, y continuaría teniendo tal efecto hasta que su cantidad se redujera en proporción al mayor costo de su producción, causado por el impuesto.

Tal sería, al parecer, más particularmente el caso con respecto a un metal usado para acuñar dinero, y no el de cualquier artículo, porque la demanda de dinero no es una cantidad definida, como la demanda de vestidos o de alimentos. La demanda de dinero está completamente regulada por su valor, y su valor por su cantidad. Si el valor del oro se duplicase, la mitad de su cantidad realizaría las mismas funciones en la circulación, y si su valor fuese la mitad, se requeriría doble cantidad. Si el valor de mercado del cereal aumentara, por obra del impuesto o de la dificultad de producirlo, en una décima parte, es dudoso que se produjera efecto alguno sobre la cantidad consumida, porque la necesidad de cada persona es una cantidad definida, y, por consiguiente, si tiene medios de comprar, continuará consumiendo como antes: pero en cuanto a la moneda, la demanda se halla exactamente proporcionada a su valor. Nadie puede consumir doble cantidad de cereal de la que habitualmente necesita para sustentarse, pero todos los que pueden comprar y vender solamente la misma cantidad de bienes pueden verse obligados a emplear el doble, el triple o más de la misma cantidad de dinero.

La argumentación que he estado desarrollando se aplica solamente a aquellos estadios de la sociedad en que los metales preciosos se usan

⁶ Las eds. 1-2 "utilizado exclusivamente".

para fines de acuñación y donde no está establecido el crédito en papel. El valor del metal de oro, como de todos los demás artículos, se halla regulado en el mercado, en último término, por la facilidad o dificultad comparativa de producirlo, y aunque por su naturaleza duradera y por la dificultad de reducir su cantidad, no se adapta fácilmente a las variaciones en su valor de mercado, semejante dificultad ha aumentado mucho por la circunstancia de utilizarse como moneda. Si la cantidad de oro en el mercado, para fines comerciales solamente, fuese de 10 000 onzas, y el consumo en nuestras manufacturas fuera anualmente de 2 000 onzas, su valor podría aumentar en una cuarta parte, o sea en un 25 %, en un año, reduciendo la oferta anual; pero si, a consecuencia de su empleo en la acuñación, la cantidad empleada fuese de 100 000 onzas, no podría aumentar su precio en una cuarta parte, en menos de diez años. Como el dinero hecho de papel fácilmente puede reducirse en cantidad, su valor, aunque su patrón fuera el oro, aumentaría tan rápidamente como aumenta el del metal mismo,⁷ si el metal, formando una pequeñísima parte de la circulación, tuviera una conexión, por pequeña que fuese, con el dinero.

Si el oro fuese producido en un solo país, y se le usara universalmente para acuñar dinero, podría establecerse sobre él un impuesto muy considerable, que no incidiría sobre un determinado país, salvo en la proporción en que fuese usado en manufacturas y para utensilios; sobre la porción en que fuese usado como moneda, aunque se recaudara un impuesto elevado, nadie lo pagaría. Ésta es una cualidad peculiar del dinero. Todos los demás artículos de los cuales existe una limitada cantidad, que no puede aumentar mediante la competencia, dependen, en cuanto a su valor, de los gustos, el capricho y la capacidad de los compradores; pero el dinero es un artículo que ningún país tiene deseo o necesidad de aumentar; no produce ninguna ventaja usar como moneda veinte millones en lugar de diez. Un país puede tener un monopolio de sedas o de vino, y sin embargo, los precios de las sedas y del vino pueden bajar, a causa del capricho, de la moda o del gusto, prefiriéndose paños y licores, como sustitutos; el mismo efecto puede ocurrir, en cierto grado, con el oro, en la medida en que su uso quede limitado a las manufacturas. Pero cuando el dinero es medio general de cambio, la demanda del mismo nunca es materia de elección, sino siempre de necesidad: tenemos que tomarlo a cambio de nuestros bienes, y, por consiguiente, no existen límites a la cantidad que habremos de recibir por fuerza en virtud del comercio exterior, si el valor del metal descende; y no habrá reduc-

⁷ El resto de esta frase en la 1ª ed. dice "si no tuviera conexión alguna con el dinero"; y en la 2ª ed. se introduce una nueva variante: "si formando una pequeñísima parte, tuviera una conexión, por pequeña que ésta fuera, con el dinero".

ción alguna a la cual no tengamos que someternos, si su valor aumenta. Podemos, en efecto, emplear en su lugar papel moneda, pero mediante este arbitrio no disminuiríamos ni podremos disminuir la cantidad de dinero, porque ésta se halla regulada por el valor del patrón que se emplea en cambio;⁸ solamente por el alza del precio de los bienes podemos evitar que sean exportados de un país donde se compran con poco dinero, a otro donde pueden venderse por más, y esta alza sólo puede efectuarse importando dinero metálico desde el extranjero, o creando o aumentando el papel moneda en el propio país. Si el rey de España, —en el supuesto de que se hallase en posesión exclusiva de las minas, y de que sólo el oro se usara para las acuñaciones— estableciera un considerable impuesto sobre el oro, aumentaría muchísimo su valor natural; y como su valor de mercado en Europa se halla regulado en último término por su valor natural en Hispanoamérica, se ofrecerían más artículos en Europa por una cierta cantidad de oro. Ahora bien, no sería producida en América la misma cantidad de oro, puesto que su valor solamente resultaría incrementado proporcionalmente a la disminución de la cantidad, consecuencia de su mayor costo de producción. De este modo no se obtendrían en América más bienes que antes, a cambio del oro exportado, y cabría preguntar: ¿cuál sería entonces el beneficio para España y sus colonias? El beneficio sería éste: que si se produjera menos oro, menos capital se emplearía en producirlo; se importaría de Europa el mismo valor en bienes con un capital menor, que el que antes se obtenía mediante el empleo de otro mayor; por consiguiente, todos los productos obtenidos mediante el empleo del capital retirado de las minas, significaría una utilidad que España podría derivar del establecimiento del impuesto, y que no podría obtener con la misma abundancia o la misma certidumbre, poseyendo el monopolio de otro artículo cualquiera. Por semejante impuesto, en cuanto a la moneda se refiere, las naciones de Europa no sufrirían perjuicio alguno; tendrían la misma cantidad de bienes, y, por consiguiente, los mismos medios de disfrute que antes, pero estos bienes circularían en menor cantidad por razón de ser más valiosa la moneda.⁹

Si, a consecuencia del impuesto, sólo una décima parte de la cantidad actual de oro se obtuviera de las minas, esa décima parte sería de igual valor que los 10 décimos que ahora se producen. Pero el rey de España no se halla en posesión exclusiva de las minas de metales preciosos; si lo estuviera, la ventaja de su posesión y la capacidad de establecer impuestos quedaría muy reducida por la limitación de la demanda y del consumo en Europa, a consecuencia de su sustitución

⁸ La ed. 1 no contiene "porque ésta se halla regulada por el valor del patrón que se emplea en cambio";

⁹ La ed. 1 simplemente dice "una cantidad menor de dinero", en lugar de "por razón de ser más valiosa la moneda".

puede absorber la mitad, y aun las tres cuartas partes de su producto neto, o de su renta, si así os agrada; sin embargo, la tierra continuaría cultivándose por la mitad o la cuarta parte no absorbida por el impuesto. La renta, es decir, la participación del terrateniente, será simplemente algo más baja. La razón de este hecho aparecerá en forma palmaria si consideramos que, en el caso supuesto, la cantidad de producto obtenida de la tierra y enviada al mercado seguirá siendo la misma, a pesar de todo. Por otra parte, los motivos sobre los cuales se funda la demanda del producto continúan siendo, también, los mismos.

"Ahora bien, si la cantidad de producto ofrecido y la cantidad demandada continúan siendo necesariamente las mismas, a pesar del establecimiento o del aumento del impuesto, el precio de dicho producto no variará, y si el precio no varía el consumidor no pagará la más pequeña porción de ese impuesto."

"¿Podrá decirse entonces que el granjero, que suministra trabajo y capital, habrá de soportar junto con el terrateniente la carga de dicho impuesto? Ciertamente no, puesto que el impuesto no ha disminuido el número de granjas que se ofrecen en renta, ni incrementado el número de granjeros. Como, en este ejemplo, tanto la demanda como la oferta continúan igual, la renta sobre las tierras seguirá siendo la misma. El ejemplo del productor de sal, que sólo puede hacer que los consumidores paguen una porción del impuesto, y el del terrateniente que no puede reembolsarse a sí mismo en mínimo grado, prueban el error de quienes mantienen, en oposición a los economistas, que todos los impuestos inciden finalmente sobre el consumidor." Vol. II, p. 338.

Si el impuesto "absorbe la mitad, y aun las tres cuartas partes del producto neto de la tierra" y el precio del producto no se eleva ¿cómo podrían los granjeros obtener las utilidades usuales del capital que paga moderadas rentas, si disponen de una calidad de tierra que requiere una proporción mucho mayor de trabajo para obtener un rendimiento determinado, que en el caso de la tierra de calidad más fértil? Aunque la renta entera fuese condonada, ellos obtendrían utilidades más bajas que las de otras actividades, y en consecuencia no seguirían cultivando sus tierras, a menos que pudiesen elevar el precio de su producto. Si el impuesto incidiera sobre los granjeros habría menos cultivadores dispuestos a arrendar tierras; si incidiera sobre los terratenientes, muchas fincas no se rentarían, porque no producirían renta alguna. Pero ¿de qué fondos pagarían el impuesto quienes producen grano y no pagan ninguna renta? Es evidente que el impuesto debe recaer sobre el consumidor. ¿Cómo una tierra de la calidad descrita por el Sr. Say, en el siguiente pasaje, pagaría un impuesto de la mitad o tres cuartas partes de su producto?

"Vemos en Escocia tierras pobres que cultiva el propietario, y que no podrían ser trabajadas por ninguna otra persona. Así, también, vemos en las provincias interiores de los Estados Unidos tierras vastas y fértiles cuyos ingresos, por sí solos, no bastarían para mantener al propietario. Estas tierras se cultivan, sin embargo, pero forzadamente por el propietario mismo o, en otros términos, él debe añadir a la renta, que es poco o nada, las utilidades de su capital y de su trabajo, para resistir la competencia. Es bien sabido que la tierra, aunque cultivada, no produce ingreso al terrateniente cuando ningún granjero quiere pagar por ella una renta: lo cual constituye una prueba de que tal tierra sólo procura las utilidades del capital y del trabajo necesario para su cultivo." Say, Vol. II. p. 127.

veces al año por unos pocos días. Como esas demandas de dinero son sólo temporales, casi nunca afectan los precios; generalmente tales dificultades se superan mediante el pago de una elevada tasa de interés.*

* "Los préstamos públicos de todas clases", observa M. Say, "van acompañados de las inconveniencias de retirar capital, o partes de capital, de las actividades productivas para dedicarlo al consumo; por añadidura, cuando tienen lugar en un país cuyo gobierno no inspira mucha confianza, tienen, además, el inconveniente de elevar el interés del capital. ¿Quién daría prestado el 5% anual para agricultura, industria y comercio, cuando el prestatario está dispuesto a pagar un interés de 7 u 8%? Esa clase de ingreso que es llamado ganancia del capital, subirá entonces a expensas del consumidor. El consumo se reducirá por la elevación del precio de la producción, y los otros servicios productivos tendrán una menor demanda y no serán tan bien pagados. La nación entera, a excepción de los capitalistas, sufrirá de tal estado de cosas".¹⁷ A la pregunta: ¿Quién prestaría dinero a agricultores, industriales y comerciantes, al 5% anual, cuando otro prestatario, teniendo poco crédito, daría el 7 o el 8%? Mi respuesta es que lo haría cualquier hombre prudente y razonable. Porque ¿acaso el hecho de que el tipo de interés sea del 7 ó el 8 %, allí donde el prestamista corre un riesgo extraordinario, es razón para que sea igualmente elevado en aquellos casos en que está asegurado contra tales riesgos? M. Say reconoce que el tipo de interés depende de la tasa de ganancias, pero de ello no se sigue que la tasa de ganancias dependa del tipo de interés. La una es la causa; el otro, el efecto, y es imposible, bajo cualquier circunstancia, modificar su posición relativa.

¹⁷ *Traité d'Economie politique*, 2ª ed., 1814, vol. II, p. 360. Cursivas de Ricardo.

CAPÍTULO XXII

PRIMAS A LA EXPORTACIÓN Y PROHIBICIONES A LA IMPORTACIÓN

Las PRIMAS a la exportación de cereales tienden a bajar su precio para el consumidor extranjero, pero no producen efectos permanentes en el precio del mercado interno.

Supóngase que para que se produzcan las utilidades generales y usuales del capital, el precio del grano deba ser, en Inglaterra, de £ 4 por cuartal. No podría entonces ser exportado a países extranjeros en los que se vendiera a £ 3.15s. el cuartal. Pero si se diera a la exportación una prima de 10s. por cuartal, podría venderse en el mercado externo a £ 3.10s., y, consecuentemente, el cultivador de granos obtendría la misma utilidad vendiéndolo a £ 3.10s. en el mercado extranjero, o a £ 4 en el mercado nacional.

Una prima, pues, que bajara el precio del cereal británico en el país extranjero por debajo del costo de producción en ese país, aumentaría naturalmente la demanda del cereal británico, disminuyendo la del suyo propio. Esta ampliación de la demanda del cereal británico elevaría necesariamente su precio, durante algún tiempo, en el mercado interno, e impediría durante ese período que bajase en el mercado extranjero más de lo que la prima tuviese tendencia a causar. Pero las causas que operarían de esta suerte en el precio de mercado del cereal en Inglaterra no causarían ningún efecto en su precio natural o en su costo real de producción. El cultivo del cereal no requeriría ni más trabajo ni más capital y, por lo tanto, si las utilidades del capital del agricultor eran, antes, únicamente iguales a las utilidades del capital de otras actividades, después del alza del precio estarán considerablemente arriba de éstas. Al elevar las ganancias del capital del agricultor, la prima operará como un aliciente a la agricultura, y el capital será retirado de la manufactura para ser empleado en la tierra, hasta que sea cubierta la demanda ampliada del mercado extranjero, cuando el precio del cereal vuelva a su precio natural y necesario en el mercado interno, y las utilidades retornen a su nivel ordinario y acostumbrado. El mayor suministro de granos entregado al mercado extranjero, hará que baje también su precio en el país a donde es exportado y, por lo tanto, restringirá las utilidades del exportador hasta la tasa más baja a que puede operar.

Así pues, el efecto último de una prima sobre la exportación de cereales, no es subir o bajar el precio en el mercado interno, sino disminuir el precio del cereal para el consumidor extranjero —siempre

ducción. Si para comprar una barrica de vino estuviera en posibilidad de exportar lingotes que fueron adquiridos con el valor de la producción de 100 días de trabajo, pero el Gobierno, al prohibir la exportación de lingotes, me obligara a comprar el vino utilizando una mercancía adquirida con el valor de producción de 105 días de trabajo, se ha perdido para mí, y por mi medio para el Estado, la producción de cinco días de trabajo. Pero si estas transacciones tuvieron lugar entre particulares, en diferentes provincias del mismo país, se beneficiaría con el mismo provecho a ambos, al individuo y, a través de él, al país, si pudiera escoger libremente las mercancías con las que hace sus compras; y el mismo daño si fuera obligado por el Gobierno a comprar haciendo uso de mercancías menos lucrativas. Si un productor pudiera, con el mismo capital, elaborar más hierro allí donde el carbón abunda que en donde es escaso, el país se beneficiaría con la diferencia. Pero si el carbón no abundara en ninguna parte, y tuviera que importar hierro, y pudiera obtener la cantidad adicional que necesite manufacturando una mercancía, con el mismo trabajo y mano de obra, beneficiaría de esa manera a su país con la cantidad adicional de hierro. En el Capítulo 7^o 38 de esta obra me he esforzado en demostrar que todo comercio, nacional o extranjero, es benéfico, al incrementar el volumen y no el valor de la producción. No obtendremos un valor mayor, sea que realicemos el comercio nacional o extranjero más lucrativo, o que, a consecuencia de las trabas de las leyes prohibitivas, nos veamos obligados a conformarnos con el menos provechoso. La tasa de utilidades y el valor producido serán los mismos. El provecho se resuelve siempre en eso que M. Say parece limitar al comercio interno. En ambos casos, no existe otra ganancia que la de una *utilité produite*.

38 En todas las ediciones se lee "Capítulo 6^o" que denota correctamente el capítulo "Sobre Comercio exterior" en la ed. 1, pero no en las eds. 2-3 (cp. nota al Índice general).

CAPÍTULO XXIII

PRIMAS SOBRE LA PRODUCCIÓN¹

PUEDE SER no poco instructivo el considerar los efectos de una prima sobre la *producción* de productos primarios y otras mercancías, con vistas a observar la aplicación de los principios que me he esforzado en establecer, en relación con las utilidades del capital, la división del² producto anual de la tierra y la mano de obra, y los precios relativos de las manufacturas y del producto primo. En primer lugar, supongamos que se estableciera un impuesto sobre todas las mercancías, con el propósito de allegar un fondo que sería empleado por el Gobierno para dar una prima a la *producción* de cereales. Como el Gobierno no gastaría nada de ese impuesto, y como todo lo que fuera recibido de un sector del pueblo llegaría a otro sector, la nación, colectivamente, no sería ni más rica ni más pobre con ese impuesto y esa prima. Se admitirá sin dificultad que el impuesto haría subir el precio de las mercancías gravadas; por lo tanto, todos los consumidores de tales productos contribuirían al fondo. En otras palabras, al elevarse su precio natural o necesario, se elevaría también su precio de mercado. Pero el precio natural de los cereales descendería, por la misma razón que subiría el precio natural de esas mercancías. Antes de que se pagara la prima sobre la producción, los agricultores obtenían por sus cereales un precio suficiente, necesario para compensarles de su renta y sus gastos, y proporcionarles la tasa general de utilidades. En cuanto la prima se establezca, recibirían más de aquella tasa, salvo el caso en que el precio del cereal descienda en una suma por lo menos igual a la prima. El efecto, pues, del impuesto y de la prima sería elevar el precio de las mercancías en un grado igual al del impuesto que pesa sobre ellas, y bajar el precio del grano en una suma igual a la prima pagada. Se observará, también, que no puede producirse ninguna alteración permanente en la distribución de capital entre la agricultura y la industria porque, como no se alteraría ni el volumen de capital ni el de la población, habría precisamente la misma demanda de pan y manufacturas. Las utilidades del granjero no rebasarían el nivel general de utilidades, después de la baja en el precio de cereal, ni serían más bajas las del fabricante, después del alza de los productos manufacturados. La prima, pues, no daría lugar a que se empleara más capital en la tierra para producir cereales, ni

1 Por errata la ed. 3 dice aquí, y lo repite luego en uno de los títulos de página, "producciones", pero en cambio dice "producción"

tanto en el índice como en los otros títulos de página.

2 Las eds. 1-2 omiten "la división del".

mer caso, el dinero es bajo en relación con todas las mercancías; en el otro, el grano es elevado en relación con todo. En el primero, los cereales y las mercancías continúan a los mismos valores relativos; en el segundo, los cereales alcanzan un precio más elevado en relación con las mercancías y el dinero.

La siguiente observación de Adam Smith es aplicable al bajo valor del dinero, pero es completamente inaplicable a un alto valor del cereal. "Si la importación de grano fuese libre en todo momento, los labradores y hacendados percibirían cada año, uno con otro, menor cantidad de dinero por su cosecha de la que actualmente perciben, pues aquella se halla casi prohibida; pero el dinero percibido tendría un mayor valor real, *porque podría comprar muchos más bienes de otra especie*, empleando y manteniendo más trabajo productivo. Por lo tanto, la riqueza efectiva, el ingreso real, sería el mismo de ahora, aunque se midiese y expresase en menor cantidad de plata; mas tampoco se verían desalentados, ni tropezarían con las dificultades actuales en el cultivo del grano. Por el contrario, como el alza en el valor real de la plata, como consecuencia de la baja nominal en el precio del trigo, rebaja en cierto grado los precios en dinero de todas las demás mercancías, ello da a las actividades económicas del país en que se verifica, cierta ventaja sobre los mercados extranjeros y, por consiguiente, es, conforme a su tendencia, un medio seguro para fomentar la industria nacional. La extensión del mercado doméstico de cereales ha de ser proporcionada a la actividad económica general del país en que aquella se cultiva o al número de personas que producen otras mercancías,²⁰ para ofrecerlas a cambio del grano, o al precio de ellas, que viene a ser lo mismo. En todo país, el mercado interior es el más próximo y el más conveniente, por lo que también se puede considerar como el más amplio y el más importante para el trigo. El aumento en el valor real de la plata, como efecto de la rebaja del precio pecuniario del trigo, tiende a aumentar el mercado más importante de este grano, de tal manera que, en lugar de desanimar, fomenta su producción."²¹

Un precio en dinero, alto o bajo, de los cereales, producto de la abundancia y baratura del oro y la plata, no tiene importancia para el terrateniente, ya que igualmente será afectada toda clase de productos, como lo describe Adam Smith. Sin embargo, un precio relativamente alto del cereal es siempre muy beneficioso para el terrateniente²² porque, en primer lugar, le proporciona un volumen mayor

²⁰ Ricardo omite aquí varias palabras que no alteran el sentido.

²¹ Lib. IV, cap. V; p. 475.

²² En las eds. 1-2 el resto del párrafo dice

"ya que con la misma cantidad de trigo no sólo pone a su disposición una mayor cantidad de dinero, sino una mayor cantidad de cualquier mercancía que el dinero puede comprar".

de cereal por concepto de renta, y en segundo lugar, porque por cada medida igual de cereal tendrá a su disposición no sólo una cantidad mayor de dinero, sino un volumen mayor de todas las mercancías que el dinero puede comprar.

tividad de oro o plata y la que se necesita igualmente para traer al mercado cualquier otra mercancía"?¹⁴ Esa cantidad no resultará afectada, ya sea que las utilidades o los salarios sean altos o bajos. ¿Cómo entonces pueden subir los precios a causa de las elevadas utilidades?

¹⁴ Lib. II, cap. II, pp. 297-8. Este pasaje ha sido citado supra, p. 231; en ninguno de los

dos casos la cita que hace Ricardo es literalmente exacta.

CAPÍTULO XXVI

DEL INGRESO BRUTO Y DEL INGRESO NETO

ADAM SMITH exagera constantemente las ventajas que un país deriva de un fuerte ingreso bruto, más que la de un fuerte ingreso neto. Dice: "En la medida en que se emplee una mayor parte de capital en la agricultura, mayor será la cantidad de trabajo productivo que ponga en movimiento dentro del país; análogamente también será más elevado el valor que se agrega al producto anual de la tierra y del trabajo de aquella sociedad. Después de la agricultura, lo que promueve mayor cantidad de trabajo productivo, y agrega más valor al producto anual, es el capital que se emplea en las manufacturas. El que se destina a la exportación es el que produce menos de los tres".^{*1}

Concediendo por un momento que esto fuera cierto ¿cuál sería para un país la ventaja derivada del empleo de una gran cantidad de labor productiva si su renta neta y sus utilidades, juntas, serían las mismas, así empleara ese gran volumen o uno menor? La producción total de la tierra y el trabajo de cada país están divididos en tres partes: una que se dedica a los salarios, otra a las utilidades, y la tercera a la renta. Sólo de las dos últimas pueden hacerse deducciones para impuestos o ahorros; la primera, si es moderada, representa siempre los gastos necesarios de producción.** Para un individuo con un capital de £ 20 000, cuyas ganancias fueran de £ 2 000 anuales, sería completamente indiferente el que su capital emplease cien o mil hombres, o que las mercancías producidas se vendieran por 10 000 ó por £ 20 000, siempre que, en todos los casos, sus utilidades no bajarán de £ 2 000. ¿No es similar el verdadero interés de la nación? Siempre que su ingreso real neto, su renta y sus utilidades sean los mismos, no tiene importancia que la nación se componga de diez o

* M. Say es de la misma opinión que Adam Smith: "Para el país en general, el empleo más productivo del capital, después del de la tierra, son las manufacturas y el comercio interno, porque pone en actividad una industria cuyos beneficios se obtienen en el país, mientras que aquellos capitales que se emplean en el comercio exterior hacen productivas, indistintamente, la industria y las tierras de todos los países.

"El empleo de capital menos favorable para una nación, es el que se aplica a transportar el producto de un país extranjero a otro." —Say, vol. II, p. 120.

** Posiblemente esta expresión sea demasiado fuerte, porque generalmente se asigna al trabajador, bajo el nombre de salarios, más de los gastos absolutamente necesarios de producción. En ese caso el trabajador recibe una parte del producto neto del país, que él puede ahorrar o gastar, o puede permitirle contribuir a la defensa del país.²

¹ Lib. II, cap. V, p. 330.

² Eds. 1-2 no contienen esta nota; en una nota a la ed. francesa de los Principios de

Ricardo, 1819 (vol. II, p. 222-3), Say ha criticado la afirmación del texto como demasiado general.

Francia a cambio de sus lienzos, de las que obtenía de Inglaterra: ¿no cesarían inmediatamente Inglaterra y Escocia de comerciar entre sí, y no se cambiaría el comercio interior de consumo por el comercio exterior de consumo? Y aunque dos capitales adicionales entraran a este comercio, el de Alemania y el de Francia ¿no continuaría empleada la misma suma de capital escocés e inglés, dando movimiento al mismo volumen de industria que cuando estaba dedicada al comercio interior?

CAPÍTULO XXVII

DE LA MONEDA Y DE LOS BANCOS

SE HA ESCRITO tanto ¹ sobre la moneda, que nadie sino quienes se dejan llevar por prejuicios, de entre quienes prestan su atención a tales asuntos, ignoran sus verdaderos principios. Por lo tanto, sólo haré una somera relación de algunas de las leyes generales que regulan su cantidad y su valor.

El oro y la plata, como todos los demás bienes, son valiosos únicamente en proporción a la cantidad de trabajo necesario para producirlos y llevarlos al mercado. El oro es cerca de quince veces más caro que la plata, no porque sea objeto de mayor demanda, ni porque la oferta de plata sea quince veces más grande que la del oro, sino solamente porque para obtener una cantidad dada de éste se necesita un volumen de trabajo quince veces mayor.

La cantidad de dinero susceptible de ser utilizado en un país debe depender de su valor: si sólo se utilizara el oro para la circulación de mercancías, se necesitaría una cantidad quince veces menor de la que se precisaría si se usara la plata para el mismo objeto.

La circulación no puede ser nunca superabundante porque al disminuir su valor aumentará su cantidad en la misma proporción, e incrementando su valor, disminuirá su cantidad.²

Mientras el Estado ³ acuñe moneda, sin cargar una tasa por ello, la moneda tendrá el mismo valor que cualquier otra pieza del mismo metal que tenga el mismo peso y finura; pero si el Estado cobra dicha tasa, la pieza acuñada de moneda excederá el valor de la pieza de metal no acuñada, por el valor completo del referido gravamen, porque requerirá una cantidad mayor de trabajo o, lo que es igual, el valor del producto de mayor cantidad de trabajo para procurarla.

Mientras el Estado sea el único que acuña, no puede haber límite al gravamen que fije por ese concepto, pues al limitar los cuños puede elevarlos a cualquier valor posible.

Éste es el principio que regula la circulación del papel moneda: la carga completa que se cobra por el papel moneda puede ser con-

¹ En la ed. 1 el capítulo comienza: "No es mi intención detener al lector con una extensa disertación sobre el tema del dinero. Tanto".

² En la ed. 1 hay aquí una nota:

"El uso del oro y la plata establece entonces en cada lugar, una cierta necesidad de estos bienes; y cuando el país posee la cantidad necesaria para satisfacer ésta necesidad, todo lo que además se importe, no teniendo demanda,

es estéril en valor y de ninguna utilidad para sus propietarios." —J. B. Say, op. cit., vol. I, p. 187.

"M. Say dice, en la página 196, que si un país necesita 1 000 carruajes y posee 1 500, todos los que exceden de 1 000 serán inútiles, de lo que infiere que si posee más dinero del necesario, el excedente no será empleado."

³ Las eds. 1-2 "estado", aquí y abajo.

de sus tierras y de su trabajo. No obstante, ese aumento en la cantidad de metales preciosos no ha contribuido a acrecentar, por lo que parece, dicho producto anual, ni ha fomentado la agricultura y la industria del país y mejorado la suerte de sus habitantes. España y Portugal, a pesar de ser los países que poseen las minas, son quizá los más pobres de Europa, después de Polonia. Ello no obstante, el valor de los metales preciosos *tiene que ser más bajo en España y en Portugal* que en otras partes de Europa,⁶ sobrecargados no sólo con los costos de flete y seguro, sino también con los gastos que supone el contrabando, ya que la exportación se halla prohibida o bien sujeta al pago de derechos. La cantidad de estos metales, en proporción al producto anual de las tierras y del trabajo de ambos países tiene que ser necesariamente mayor en ellos que en ningún otro lugar de Europa. Sin embargo, esos dos territorios son mucho más pobres que la mayor parte de las otras naciones europeas. Aun cuando el sistema feudal se haya abolido en España y Portugal, no ha sido sustituido por otro sistema más ventajoso.”⁷

El argumento del Dr. Smith me lo imaginó en esta forma: Cuando el oro se estima en cereales es más barato en España que en otros países, y la prueba de esto es, no que el grano lo ofrecen otros países a España a cambio de oro, sino que el paño, el azúcar, la ferretería, los dan aquellos países a cambio de ese metal.

⁶ Ricardo omite aquí “puesto que a través de esos países se distribuyen por las otras regiones del Continente”.

⁷ Lib. I, cap. XI, pte. III, pp. 229-30. Tanto las cursivas como las versalitas son de Ricardo.

CAPÍTULO XXIX

IMPUESTOS PAGADOS POR EL PRODUCTOR

MONS. SAY¹ exagera grandemente los inconvenientes que resultan de imponer un gravamen sobre el período inicial, y no sobre el posterior, de la manufactura de una mercancía. Los fabricantes, observa,² a través de los cuales pasa sucesivamente la mercancía, tienen que emplear fondos mayores puesto que adelantan el impuesto, el cual, a menudo, causa considerables dificultades al fabricante con capital y crédito muy limitados. No puede hacerse objeción a esas observaciones.

Otro inconveniente del que trata³ es el de que a consecuencia del anticipo del impuesto, también debe cargarse al consumidor la utilidad derivada de tal adelanto, y que el Tesoro no deriva ningún provecho de este impuesto adicional.

No puedo estar de acuerdo con M. Say en esta última objeción. Supondremos que el Estado necesita reunir *inmediatamente* £ 1 000 y grava por ese importe a un fabricante quien, hasta dentro de doce meses, no estará en posibilidad de cargarlas al consumidor de su mercancía ya terminada. A resultas de tal dilación está obligado a cargar por su mercancía un precio adicional, no sólo de £ 1 000, monto del impuesto, sino probablemente de £ 1 100, cobrando £ 100 como intereses de las £ 1 000 anticipadas. Sin embargo, obtiene un beneficio real por esta suma adicional de £ 100 pagadas por el consumidor, en tanto que el pago del impuesto, que el Gobierno requería inmediatamente y que debe pagar al final, se ha pospuesto por un año. Por lo tanto se le ha brindado una oportunidad de prestar al fabricante, que tuvo necesidad de ellas, las £ 1 000 al 10 %, o a cualquier otra tasa de interés que se acuerde. Mil cien libras pagaderas al final del año, cuando el dinero está al 10 % de interés, no tienen mayor valor que £ 1 000 inmediatamente pagaderas. Si el Gobierno demorara la percepción del impuesto por un año, hasta que se completara la manufactura de la mercancía, se vería obligado tal vez a emitir una letra de tesorería que causa intereses, y a pagar la misma cantidad que el consumidor ahorrará en el precio, exceptuando, desde luego, esa porción del precio que el fabricante puede estar en posibilidad de añadir a sus propias ganancias reales a consecuencia del impuesto. Si el Gobierno hubiera pagado 5 % de intereses de la letra de tesorería, no emitiéndola se ahorraría un impuesto de £ 50. Si el fabricante pidió prestado

¹ Eds. 1-2 “M. Say”.

² *Traité* ..., 2ª ed., 1814, vol. II, p. 342. pp. 342-3.

³ *Traité d'Economie Politique*, vol. II,

el capital adicional al 5 %, y cargó al consumidor 10 %, habrá ganado también 5 % sobre su anticipo, por encima y más allá de sus ganancias usuales, de tal modo que el fabricante y el Gobierno ganan juntos, o ahorran, precisamente la suma que paga el consumidor.

M. Simonde, en su excelente obra *De la Richesse Commerciale*, siguiendo la misma línea de argumentación de M. Say, ha calculado⁴ que un impuesto de 4 000 francos, pagado originariamente por un fabricante cuyas utilidades se mantuvieran a la moderada tasa del 10 %, se recaudaría con un costo para el consumidor de 6 734 francos, si la mercancía manufacturada pasó únicamente por las manos de cinco diferentes personas. Este cálculo se basa en la suposición de que quien primero anticipó el impuesto recibirá 4 400 francos del siguiente fabricante, y éste, a su vez, 4 840 francos del que le sigue, de tal manera que en cada caso se añadirá un 10 % a su valor. Todo esto suponiendo que el valor del impuesto se acumule a un interés compuesto; no al interés de 10 % al año, sino a una tasa absoluta de 10 % en cada paso de su desarrollo. Esta opinión de M. Simonde sería correcta si transcurrieran cinco años entre el primer anticipo del impuesto y la venta al consumidor de la mercancía afectada; pero si sólo transcurrió un año, la remuneración de 400 francos, en vez de 2 734, arrojará una ganancia a la tasa de 10 % al año a todos los que han contribuido al anticipo del impuesto, ya sea que la mercancía haya pasado por las manos de cinco o cincuenta fabricantes.

⁴ J. C. L. Simonde, *De la Richesse commerciale, ou Principes d'économie politique, appliqués à la législation du commerce*, Gine-

bra, Paschoud, 1803, vol. II, pp. 43-6. Cuando se publicó esta obra, el autor no había adoptado aún el nombre Sismondi.

CAPÍTULO XXX

DE LA INFLUENCIA DE LA OFERTA Y LA DEMANDA SOBRE LOS PRECIOS

Es EL COSTO de producción el que debe regular en último término el precio de las mercancías y no, como se ha dicho a menudo, la proporción entre la oferta y la demanda: la proporción entre la oferta y la demanda puede por un tiempo, ciertamente, afectar el valor de mercado de una mercancía, hasta que ésta sea suministrada con mayor o menor abundancia, conforme la demanda pueda haber aumentado o disminuido; pero este efecto sólo será de duración temporal.

Disminúyase el costo de producción de los sombreros, y su precio bajará finalmente a su nuevo precio natural, aunque la demanda resulte duplicada, triplicada o cuadruplicada. Disminúyase el costo de subsistencia de los hombres, reduciendo el precio natural del alimento y del vestido, con los que se sustenta la vida, y los salarios bajarán finalmente, sin que se tome en cuenta que la demanda de trabajadores puede aumentar de modo muy considerable.

La opinión de que el precio de las mercancías depende solamente de la proporción entre oferta y demanda, o entre demanda y oferta, ha venido a ser casi un axioma en la Economía Política, y ha sido fuente de muchos errores en dicha ciencia. Es esta opinión la que ha hecho que el Sr. Buchanan sostenga que los salarios no resultan influidos por el alza o la baja en el precio de las provisiones, sino únicamente por la oferta y la demanda de trabajo; y que un impuesto sobre los salarios del trabajador no los elevará porque no altera la proporción entre la demanda y la oferta de trabajadores.¹

No puede decirse que la demanda de una mercancía aumenta si no se compra o consume ninguna cantidad adicional de ella y, sin embargo, bajo tales circunstancias, su valor en dinero puede aumentar. Así, si fuera a bajar el valor del dinero, subiría el precio de cada mercancía, pues cada uno de los competidores estaría dispuesto a gastar² más dinero que antes en su compra; pero aunque su precio subiera 10 ó 20 %, si no se comprase más que antes, entiendo que no sería admisible decir que la variación en el precio de la mercancía fue causada por el aumento de su demanda. Su precio natural, su costo monetario de producción, resultará realmente alterado por el valor modificado del dinero, y el precio de la mercancía se ajustará naturalmente a ese nuevo valor, sin ningún incremento en la demanda.

¹ Véase supra, p. 163.

² Ed. 1 "dar", corr. en la fe de erratas.

bajaran hasta situarse a los precios de otros países. Al efectuar intercambios con esos otros pueblos, podría darse una mercancía que cueste aquí dos días de trabajo, por otra que cueste uno en el exterior, y este desventajoso cambio sería consecuencia de esa actitud, pues la mercancía que se exporta, y que aquí cuesta dos días de trabajo, habría costado uno solo si no se hubiera desechado el uso de maquinaria, cuyos servicios han aprovechado más sabiamente los vecinos.

CAPÍTULO XXXII

OPINIONES DEL SR. MALTHUS SOBRE LA RENTA

AUNQUE la naturaleza de la renta ha sido estudiada con cierto determinimiento en las páginas anteriores de esta obra, me considero sin embargo, obligado a citar, sobre el asunto, algunas opiniones que me parecen erróneas y que son importantísimas por cuanto están contenidas en los escritos de uno de los hombres de la actualidad con quien están más en deuda algunas ramas de la ciencia económica. Aprovecho, complacido, la oportunidad de que disfruto de expresar mi admiración por el Ensayo sobre la Población del Sr. Malthus. Los ataques de los enemigos de esta gran obra han servido únicamente para demostrar el vigor de las argumentaciones del autor, y estoy persuadido de que su reputación merecida se difundirá con el cultivo de esa ciencia de la que es tan destacado exponente. El Sr. Malthus, también, ha explicado satisfactoriamente los principios de la renta, y demostrado que ésta sube o baja en proporción al relativo provecho, por la fertilidad o la situación de las diferentes tierras en cultivo, arrojando con ello abundante luz sobre muchos puntos difíciles relacionados con el tema de la renta, que antes ni siquiera eran conocidos, o sólo se entendían muy imperfectamente; sin embargo, me parece que nuestro autor ha caído en algunos errores que su autoridad hace más necesario dilucidar, si bien su característica sinceridad convierte nuestra tarea en desagradable. Uno de estos errores reside en suponer que la renta es una ganancia líquida y constituye una nueva creación de riqueza.

Yo no admito todas las opiniones del Sr. Buchanan acerca de la renta, pero concuerdo completamente con las que expresa en el siguiente pasaje, que cita de su obra el Sr. Malthus, y, por lo tanto, debo disentir de los comentarios que el Sr. Malthus hace acerca de ellas.

"En este sentido ésta [la renta] no constituye adición general al capital de la comunidad, pues el excedente neto en cuestión no es sino un ingreso transferido de una clase a otra, y de la simple circunstancia de que cambie así de manos es claro que no puede resultar ningún fondo del cual se paguen impuestos. El ingreso que se paga por el producto de la tierra existe ya en manos de quienes compran esa producción, y aunque el precio de subsistencia fuera más bajo, todavía permanecería en sus manos, en donde sería tan posible gra-

INDICE ANALÍTICO *

- accionistas, cómo son afectados los, por una baja considerable en el precio del trigo, 317-8
- acumulación de capital, efectos de la, en el valor relativo de las mercancías, 17-20, 39-48; sobre ganancias e intereses, 216-24
- adelantos en la agricultura, efectos de los, sobre las rentas, 59-62; su importancia, 61-2; nota; efecto de las mejoras sobre las manufacturas, en la distribución de los metales preciosos, 104-8
- agricultores, pagan más altos impuestos de pobres que los manufactureros, 196-7; beneficio que se obtiene de gravar sólo sus ganancias, 159, 160
- agricultura, efectos de las mejoras en la, sobre las rentas, 55-63; su importancia, 61-2; resulta afectada por el malestar que originan los cambios repentinos en el comercio, 200-4; mejoras agrícolas, no originan un incremento en la renta, 308
- alimentos, causas del alto precio de los, 122, primera, una oferta deficiente, 122-3; segunda, demanda gradualmente creciente, acompañada por un costo aumentado de producción, 123-4; tercera, una baja en el valor del dinero, 124, 125; cuarta, el impuesto sobre los artículos de primera necesidad, 126
- artículos de primera necesidad, impuesto sobre los, causa del alto precio de los alimentos, 127-30
- bancos, establecimiento de, afecta el poder exclusivo del Estado para acuñar dinero, 264; consecuencias de que el Banco de Inglaterra emita demasiado papel moneda, 264-6; esta corporación no podrá abusar de su poder de emitir papel moneda si se la obliga a pagar sus billetes en monedas de oro o en lingotes, 266-9; asistencia prestada por el Banco de Inglaterra al comercio, razón de la, 271, 272; véase también papel moneda
- Buchanan, observaciones de, sobre la doctrina de Adam Smith del trabajo productivo e improductivo, 57-8, nota; examen de la opinión de Smith acerca de los impuestos sobre los salarios, 162-4; observaciones sobre ella, 163-77; observaciones acerca de sus opiniones sobre primas a la exportación, 235
- cambio, no es criterio del valor incrementado del dinero, 111; utilidad esencial para el valor en cambio, 9; se le fija estimando el valor del dinero en dinero de otro país, 112; y también comparándolo con algún patrón común a ambos países, 112-3; efectos del papel moneda sobre el cambio, 173-5
- cambios, repentinos, en los canales del comercio, consideración de los, 198-204
- capital, naturaleza del efecto de su acumulación, sobre el valor relativo de los bienes, 18; efectos de, en una etapa ruda o primitiva de la sociedad, 17-8, 20-2, 39-40; y en un estado más avanzado de la sociedad, 19; valor relativo del capital circulante y del capital fijo, 23-5, 39-40; efectos del empleo de maquinaria y otros capitales fijos y durables, 25-30; la desigual durabilidad del capital, y la desigual rapidez con que regresa a quien lo empleó, modifica el principio de que el valor no varía con el alza o la baja de salarios, 29-32; casos en que el capital crea renta, 54-5; dificultad de establecer

* Este índice es el que aparece en la tercera edición inglesa (1821); lo publicamos sin introducir más cambios que los obligados por la diferente paginación de una a otra edición.

✓ XIX. Sobre los cambios repentinos en los canales del comercio	198
✓ XX. Valor y riqueza, sus propiedades distintivas	205
XXI. Efectos de la acumulación sobre las utilidades y el interés	216
XXII. Primas a la exportación y prohibiciones a la importación	225
XXIII. Primas sobre la producción	239
XXIV. Doctrina de Adam Smith acerca de la renta de la tierra	243
XXV. Del comercio colonial	252
XXVI. Del ingreso bruto y del ingreso neto	259
XXVII. De la moneda y de los bancos	263
✓ XXVIII. Del valor comparativo del oro, de los cereales y del trabajo en los países ricos y pobres	278
XXIX. Impuestos pagados por el productor	283
✓ XXX. De la influencia de la oferta y la demanda sobre los precios	285
• XXXI. De la maquinaria	288
XXXII. Opiniones del Sr. Malthus sobre la renta	297

Este libro se acabó de imprimir el día
30 de septiembre de 1973 en los talleres
de Lito Ediciones Olimpia, S. A.,
Sevilla 109; y se encuadernó en Encuadernación Progreso, S. A., Municipio
Libre 188, México 13, D. F. Se tiraron
20 000 ejemplares.

05873